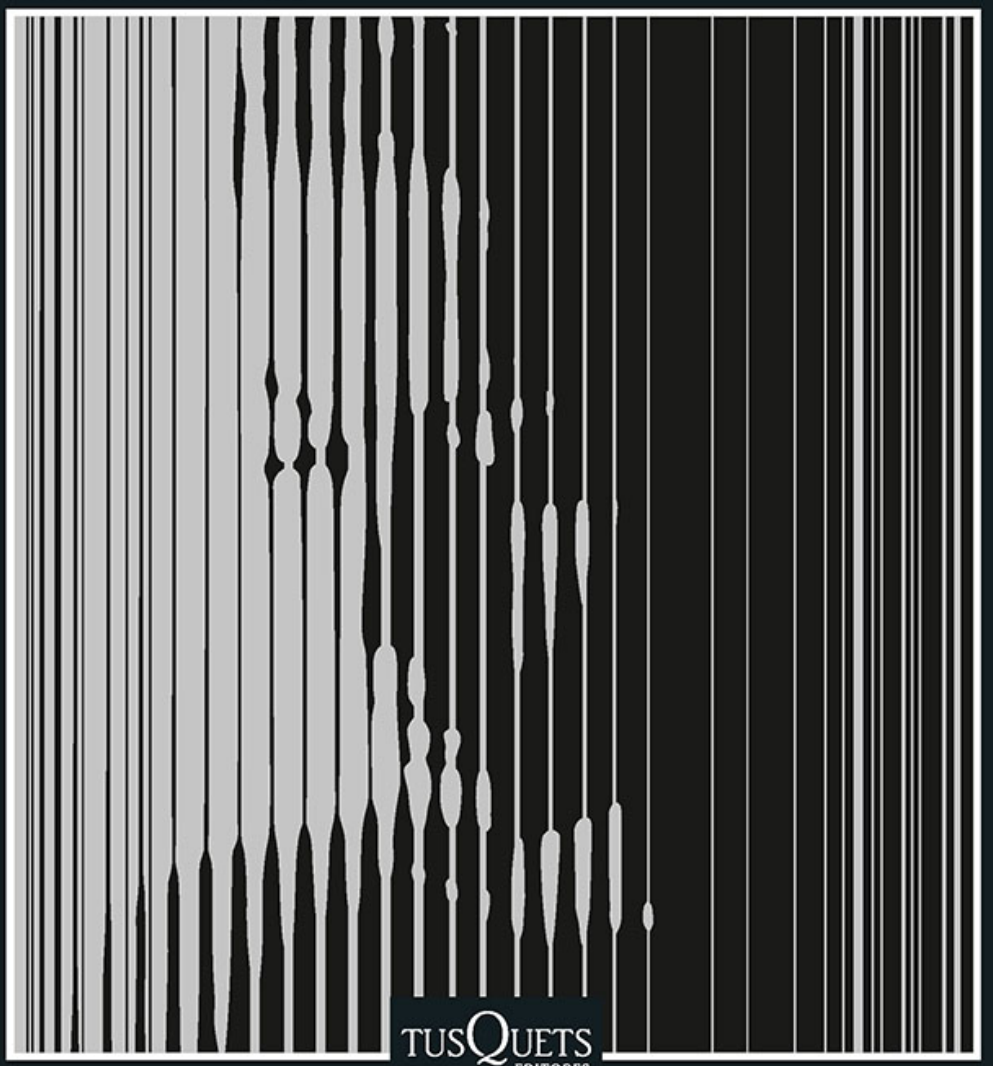
Marc-Uwe Kling

QUALITYLAND 2.0

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
CONDICIONES GENERALES DE LECTURA
PRÓLOGO
DRAMATIS PERSONAE
PRÓLOGO: EL TITIRITERO
¡SECUESTRAN AL TERAPEUTA DE MÁQUINAS MÁS POPULAR DE QUALITYLAND! (¡Lo que sucede a continuación es increíble!)
QualityLand. TU GUÍA TURÍSTICA PERSONAL. Neoliberales
POR QUÉ NO DEBES CREERTE TODO LO QUE TE HAN CONTADO SOBRE JOHN OF US (¡Piel de gallina garantizada!)
ESTOS SON LOS TRES SECRETOS DEL ÉXITO DE LAS PERSONAS RICAS (¡Los multimillonarios de QualityLand no quieren que los descubras!)
Doble D. EL CANAL DE DAN Y DAN EN MV
UNA MUJER SE SEPARA DE SU PAREJA DESPUÉS DE VER ESTAS FOTOS
¿TE SABES EL CHISTE MÁS GRACIOSO DEL MUNDO? LO ENCONTRARÁS EN ESTE CAPÍTULO
MYARY
¡TRUCOS Y CONSEJOS QUE TE AYUDARÁN A SOPORTAR MEJOR TU TRABAJO!
CINCO CAPACIDADES DE NIVEL QUE HARÁN QUE TU VIDA SEA GENIAL
LA VERDAD AL DESNUDO SOBRE WorldView
CINCUENTA Y NUEVE
Doble D. EL CANAL DE DAN Y DAN EN MV
¡LO QUE ESTE ROBOT ASPIRADORA HA DESCUBIERTO ESCANDALIZARÍA A SU PROPIETARIA!
QualityLand. TU GUÍA TURÍSTICA PERSONAL.

QuantityLands

EL 36,7 POR CIENTO DE LOS EMPLEOS SON INÚTILES. ¿ES EL TUYO UNO DE ELLOS?

¡ESTAS SON LAS NUEVAS SERIES QUE NO PUEDES PERDERTE ESTE MES!

¡ESTA MUJER TEME A VIRGINIA WOOLF!

QualityLand. TU GUÍA TURÍSTICA PERSONAL. El distrito de las Máquinas

¡LA LEYENDA URBANA MÁS FASCINANTE SOBRE TOSTADORAVILLE!

Doble D. EL CANAL DE DAN Y DAN EN MV

A ESTA MUJER LA CRIO UNA MÁQUINA. ¡LEE SU DESGARRADORA HISTORIA!

CINCUENTA Y TRES

SOLO LAS PERSONAS CON UN COEFICIENTE INTELECTUAL SUPERIOR A 150 ENTIENDEN EL SIGUIENTE CAPÍTULO

CUARENTA Y SIETE

¡TÚ TAMBIÉN PUEDES RESOLVER UN MEGACUBO DE RUBIK DE 13 × 13 EN CERO COMA!

¡MIRA A BILLY Y SHILOH BLUE! ¡REALMENTE SIGUEN VIVIENDO COMO EN LA EDAD DEL CABLE!

COMEBACK

LAS CINCO MUERTES MÁS ORIGINALES ¡LA NÚMERO 2 ES MEGATRÁGICA!

CUATRO TECNOLOGÍAS QUE REALMENTE CAMBIARON EL MUNDO (Y el microondas no es una de ellas)

LA VERDAD AL DESNUDO SOBRE Profesiones extinguidas

CUARENTA Y TRES

¡LOS PLANES SECRETOS DE HENRYK INGENIERO! (¿Se propone implantar una ecodictadura?)

MITESORO.QL

CUARENTA Y DOS

LA VERDAD AL DESNUDO SOBRE John of Us

¿SERÁN LAS ARMAS AUTÓNOMAS NUESTRA PERDICIÓN?

TRES DATOS CURIOSOS SOBRE LOS MEGAMONSTERBOTS QUE PREFERIRÍAS NO HABER LEÍDO

Doble D. EL CANAL DE DAN Y DAN EN MV

LO QUE SCARLETT RECLUSA LE HACE A SU HERMANO ENTRE BASTIDORES. ¡MENUDO ESCÁNDALO!

¡SI QUIERES, TÚ TAMBIÉN PUEDES CONVERTIRTE EN VICE ASSISTANT DIRECTOR OF GLOBAL MANAGEMENT! (Y qué significa realmente ese título...)

ERA UNA ESTRELLA PERO YA NADIE HABLA DE ELLA. ¿QUÉ FUE DE YNES INFLUENCER?

¡ESTOS DRONES ASESINOS TE VAN A HELAR LA SANGRE! (¡Y ya revolotean sobre ti!)

WOODY Y SU MARAVILLOSO MUNDO DE LAS ARMAS

VEINTINUEVE

¡LA ESTRELLA DEL PORNO SHANYA YONQUI TIENE UN BEBÉ DE CONRAD COCINERO! ¡¡MIRA LA TRANSMISIÓN EN VIVO AQUÍ!!

ÚLTIMA HORA: ¡EL DIRECTOR GENERAL DE THESHOP TIENE UN PLAN PARA HACER RICOS A TODOS LOS HABITANTES DE QUALITYLAND!

LAS ESTAFAS MÁS COMUNES ENTRE LOS ESTAFADORES Y CÓMO PROTEGERSE

ESTA MUJER QUIERE IMPEDIR QUE LOS PARTICULARES PUEDAN ADQUIRIR ROBOTS SOLDADO. ¡MÁTALA ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE!

Doble D. EL CANAL DE DAN Y DAN EN MV

DIECISIETE

LA CUENTA ATRÁS YA CASI HA LLEGADO A CERO. ¡LEE ESTE CAPÍTULO! ¡RÁPIDO! ¡AHORA MISMO, O TE LO PERDERÁS!

QUINCE

¿QUÉ PASÓ REALMENTE CON LA PEQUEÑA JAYNE?

¡JULIETA MONJA SIN MAQUILLAJE! ¡OMG!

YOUR SONGS

ESTE VÍDEO LO DEMUESTRA: ¡EL PRESIDENTE TE ODIA!

¡DIEZ COSAS QUE NO SABÍAS DE JENNIFER

ANISTON! (La número 8 es tronchante)
Doble D. EL CANAL DE DAN Y DAN EN MV
ONCE
¡SECUESTROS A PLENA LUZ DEL DÍA! QUO VADIS, QUALITYCITY?
LA LEYENDA DE URSAN URSAN. HÉROE DE LA RESISTENCIA
CUI BONO? ¡LAS VERDADERAS RAZONES DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL QUE EL GOBIERNO NO QUIERE QUE SEPAS!
DE ESTRELLA A GÁNSTER. ¿CÓMO CAYÓ TAN BAJO ZUKO MACARRA?
NUEVOS DESTINOS
MULTITASKING, O CÓMO REDUCIR TU PRODUCTIVIDAD UN 32 POR CIENTO DE LA NOCHE A LA MAÑANA
¡LO QUE REALMENTE SE ESTÁ PLANEANDO EN EL CONGRESO DEL PARTIDO DEL PROGRESO! SIN CENSURAS
¿SERÁ ESTE HOMBRE EL PRÓXIMO PRESIDENTE DE QUALITYLAND?
POR QUÉ EL BOMBARDEO CONSTANTE DE MIERDA PUEDE SER PELIGROSO (¡Hay que protegerse!)
DOS
LOS GADGETS DE GABY
¿CREES QUE TU FAMILIA ESTÁ JODIDA? ¡ECHA UN VISTAZO A ESTA!
UNO
¡EL TITIRITERO DESENMASCARADO! ¡NO TE VAS A CREER QUIÉN ES!
ESTE ES EL ÚLTIMO CAPÍTULO DEL LIBRO. ¿CÓMO TERMINARÁ?
NOTAS
CRÉDITOS

SINOPSIS

En QualityLand —ese maravilloso lugar donde los algoritmos deciden qué quieres o qué pareja te conviene—, las aguas parecen haber vuelto a su cauce y Peter Sinempleo (recuerden, en QualityLand el apellido es el oficio de tu padre cuando te concibió) trabaja ahora como terapeuta de máquinas con graves problemas psicológicos. Martyn (presidente de la Fundación del Consejo de Administración del Comité Directivo de la Oficina Presidencial), después de su «pequeño incidente» con el presidente anterior (bueno, al fin y al cabo solo era un androide), trata desesperadamente de subir niveles para tener derecho al olvido. Pero Kiki, esa atractiva joven que vive en la clandestinidad y que se aprovecha de los delitos que cometen los demás, ha empezado a bucear en su propio pasado y se ha situado en el punto de mira de un asesino; ella será el hilo conductor de esta historia que nos revela muchos secretos de ese futuro que tanto se parece a nuestro mundo actual.

MARC-UWE KLING
QUALITYLAND 2.0

El secreto de Kiki

Traducido del alemán por Carles Andreu

TUSQUETS
EDITORES

Para ti

CONDICIONES GENERALES DE LECTURA

ESTAS CONDICIONES DE LECTURA REGULAN EL USO QUE EL LECTOR PUEDE HACER DE ESTE LIBRO DE TUSQUETS EDITORES S.A. PARA LEERLO NECESITARÁ UNA FUENTE LUMÍNICA (NO INCLUIDA CON EL PRODUCTO). BUSQUE UNA POSTURA QUE NO LE DÉ DOLOR DE ESPALDA Y CÁMBIELA A MENUDO. EN CASO DE VER LAS LETRAS BORROSAS O DE TENER DOLOR DE CABEZA, LO MÁS PROBABLE ES QUE ESTÉ SUJETANDO EL LIBRO DEMASIADO CERCA DE LOS OJOS: ASEGÚRESE DE MANTENER EN TODO MOMENTO UNA DISTANCIA MÍNIMA DE VEINTE CENTÍMETROS CON RESPECTO A ESTE. ADVERTENCIA: EL MANEJO INAPROPIADO DEL PAPEL PUEDE PRODUCIR PEQUEÑOS CORTES. NO DEJE QUE SUS HIJOS JUEGUEN CON EL LIBRO SIN SUPERVISIÓN DE UN ADULTO. ¡NO CONDUZCA MIENTRAS LEE! TAMPOCO MANIPULE MÁQUINAS NI HERRAMIENTAS DURANTE LA LECTURA. ESTE PRODUCTO NO ES COMPATIBLE CON ACTIVIDADES FÍSICAS COMO CORRER O PATINAR. MANTENGA EL LIBRO ALEJADO DEL FUEGO Y OTRAS FUENTES DE CALOR. TUSQUETS EDITORES S.A. NO SE RESPONSABILIZA DE LOS DAÑOS QUE PUEDAN DERIVARSE DE LA LECTURA INADECUADA DE ESTE LIBRO. SI PASA LA PÁGINA, ACEPTA LAS CONDICIONES DE LECTURA AQUÍ EXPUESTAS.

PRÓLOGO

¡Ping! ¡Hola, apreciada forma de vida consciente! Soy yo, su poeta preferida de todos los tiempos, **Calíope 7.3**. Permítame que lo seduzca y me lo lleve una vez más hasta **QualityLand**. No en plan secuestro, que conste; o sea, no como lo que **Peter Sinempleo** experimentará en uno de los próximos capítulos. (¡Obsérvese la habilidad con la que estoy generando suspense ya en el prólogo!)

Hablando de Peter, ¡quiero aprovechar la ocasión para dedicarle la primera parte a mi salvador! A partir de ahora, la novela llevará el subtítulo *El problema de Peter*.

Esta segunda parte la he titulado *El secreto de Kiki*. Y sí, podría ser el nombre de una línea de ropa interior, pero aun así (¿o debería decir «precisamente por eso»?) es un buen título. Despierta curiosidad, lo mismo que los títulos de los capítulos de la novela. La mayoría están escritos al estilo de los titulares atrapaclics al uso, tipo **«Diez consejos sexuales para alcanzar un placer insospechado. (¡El número 4 es la leche!)»**.

Por desgracia, la verdad es que a quienes compiten conmigo por que nos preste usted su preciadísima atención les importa un pito el estilo. Y a mí no me queda otra que atacarlos con sus propias armas.

Por ello, tiene en sus manos el primer thriller *true crime* infantil rosa comedia familiar de divulgación fantástica de ciencia ficción *chick lit* bíblica de terror porno de la historia de la literatura.

Como suele decirse, abróchense que vienen curvas.

Suya,
Calíope 7.3

DRAMATIS PERSONAE

Esta es mi segunda novela sobre QualityLand y, desde luego, le invito a leer la primera. A menos, claro está, que el tiempo para usted discurra hacia atrás. De hecho, lo más probable es que, en ese caso, haya leído ya la tercera parte. (¿Hay una tercera parte? ¿De qué va? Agradeceré cualquier tipo de pista...)

Por si acaso no se ha instalado la actualización neuronal 7.3 y sigue sufriendo el típico *bug* humano del olvido, a continuación encontrará un breve resumen de los personajes del primer volumen, presentados en orden ascendente según su nivel.

JOHN OF US

Sin nivel. Androide que fue elegido presidente de QualityLand. Cayó víctima de un atentado orquestado por los rompemáquinas y ejecutado por Martyn Presidente.

PETER SINEMPLEO

Nivel 15. Aunque es terapeuta de máquinas por formación, la prohibición de las reparaciones lo obligó a reciclarse como chatarrero. Pero como no tiene estómago para destruir las máquinas que llegan a su taller, estas viven en el sótano, donde se dedican a ver Terminator.

Las máquinas de Peter

> Calíope 7.3

E-poeta que en su día sufrió el bloqueo del escritor. (¡Sí, soy yo!)

> Pink

QualityPad con intenciones revolucionarias y una lengua muy larga.

> Mickey

Robot soldado bisílabo con trastorno de estrés postraumático. Se transforma en una especie de maleta con ruedas para su

transporte.

> Romeo

Androide sexual con problemas de erección.

> Carrie

Dron con miedo a volar.

> Nadie

Asistente personal de Peter, lo que se conoce como voz.

SANDRA ADMINISTRATIVA

Nivel 15. Empleada de WorldWideWholesale (WWW). Tuvo una relación de 512 días con Peter Sinempleo.

> Sweety

Voz de Sandra.

AISHA DOCTORA

Nivel 42. Asesora de estrategia política del Partido del Progreso. Dirigió la campaña electoral de John of Us. Conocida por su vocabulario intenso y colorido, por decirlo de alguna forma.

MARTYN PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN DEL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN DEL COMITÉ DIRECTIVO DE LA OFICINA PRESIDENCIAL

Nivel 59. Exparlamentario. Expulsado del Partido del Progreso a raíz de la publicación de un vídeo grabado furtivamente por Kiki Desconocida en el que aparecía masturbándose con las imágenes de una joven lamentablemente menor de edad en un sitio de porno vengativo.

JULIETA MONJA

Nivel 71. La presentadora más popular de QualityLand. Famosa por su programa La verdad al desnudo.

BOB PRESIDENTE

Nivel 89. Padre de Martyn. Un hombre desagradable, feo, antipático, avaricioso, glotón, pervertido, impopular, tramposo, gordo, apestoso, jadeante, sudoroso, egocéntrico, carente de humor y de cultura,

embustero, engreído, traidor, misógino, chovinista, racista, homófobo, enfermo, vomitivo y con mal gusto. Pero muy rico.

CONRAD COCINERO

Nivel 92. Excocinero televisivo y candidato a la presidencia por la Alianza para la Calidad, que perdió las elecciones por poco. Hombre que empieza las frases con «Yo no soy racista, pero...», o, en palabras de Aisha, un parlamentArio.

TONY LÍDER DE PARTIDO

Nivel 93. Presidente del Partido del Progreso. Vicepresidente con John of Us y, tras la muerte de este, presidente en funciones de QualityLand. Encantador, relajado y cercano a las clases populares son tres conceptos que le resultan completamente ajenos.

HENRYK INGENIERO

Nivel 99. Presidente de TheShop, la empresa de venta online *líder en todo el mundo*.

EL VIEJO

Nivel DESCONOCIDO. Fanático de la informática cuya misión consiste en borrar internet por completo. O algo así. O eso es lo que sospecha Peter Sinempleo.

KIKI DESCONOCIDA

Nivel DESCONOCIDO. Profesión DESCONOCIDA. Situación sentimental DESCONOCIDA. Paradero DESCONOCIDO.

PRÓLOGO: EL TITIRITERO

Frank el Gordo está ordenando los aparatos usados de su tienda subterránea, uno de esos negocios de cuya existencia apenas tienen conocimiento un puñado de personas, todas ellas sospechosas. Frank el Gordo es flaco como una adolescente anoréxica. Nadie sabe por qué todos lo llaman Frank el Gordo, pero es lo que hay. En realidad ni siquiera se llama Frank.

Sus estanterías contienen todo tipo de productos de electrónica, desde dispositivos liberados hasta implantes *cyborg* chafados, pasando por sistemas *smart home* craqueados, siempre y cuando encajen en un rango que va de «medio legales» a «totalmente ilegales».

—Bienve... Bienve... Bienvenidos —dice la puerta de Frank. No es que la puerta sea tartamuda, sino que han entrado tres personas en la tienda.

—¿En qué puedo ayudarles? —pregunta Frank. Al oírlo hablar, uno diría que le está cambiando la voz si no fuera porque, en realidad, tiene casi cuarenta años. Entonces se da la vuelta y ve a sus clientes por primera vez—. La madre que me parió...

Ante él tiene a dos tipos vestidos con chándal verde oscuro que parecen gánsteres. Uno es alto y delgado, el otro bajo y gordo. Entre ellos hay un robot rojo, casi sin rostro. El espacio donde debería encontrarse la nariz lo ocupa una enorme *spycam*, como un ojo volador. Frank ha oído hablar de este robot, desde luego: es el Cíclope. Sabe también que el Cíclope no es ningún androide, sino un avatar. O sea, un robot controlado por un humano desde la distancia. Y todo el mundo en los bajos fondos sabe quién controla al Cíclope.

—El Titiritero... —susurra Frank.

—Vaya, mi fama vuelve a precederme —dice el Titiritero, y la grave voz de su avatar hace vibrar la tienda entera.

Los dos gánsteres esbozan una sonrisa idiota.

—Estos dos son mis ayudantes —añade el Titiritero.

El alto y delgado saluda a Frank con la cabeza.

—Bertram —se presenta, con un fuerte acento inglés.

El bajito y gordo levanta una mano y dice:

—Ernst. Aunque mis amigos me llaman Ernie.

—Pero él no es tu amigo, ¿verdad, idiota? —pregunta el Titiritero.

—No, claro.

—¿Pero por qué...? Eh..., ¿a qué debo el honor de su visita? —pregunta Frank, y una vez más se le rompe la voz.

Los dos gánsteres se pasean por la sección de armas y proceden a arramblar con todo lo que les parece útil, como si fuera gratis: proyectiles teledirigidos, pistolas electromagnéticas, lanzacohetes de un solo uso...

—Si buscan recambios... —dice Frank

El Cíclope lo agarra por el cuello y lo aplasta contra la pared.

—Escúchame bien, gusano —dice el Titiritero—. Te voy a...

Y de pronto es como si el tiempo se detuviera. El Cíclope no dice nada más y se queda inmóvil, aplastando a Frank el Gordo contra la pared. En el ojo del avatar hay un círculo rojo que gira en la dirección de las agujas del reloj.

—Ay, no —murmura Ernst—. Otra vez no...

—Perdón —dice Bertram, volviéndose hacia Frank—. Tenemos problemas de conexión.

—El Cíclope está cargando el búfer.

—A veces pasa, sobre todo cuando nos metemos en un sótano, o algo así.

—La verdad es que pasamos bastante tiempo en sótanos...

—*Yeah. Whatever. Just a second,* el avatar volverá a funcionar enseguida.

—Tranquilos, tengo tiempo —grazna Frank.

Ernst se saca una barrita de AzuSaGra del bolsillo de la chaqueta, se la mete entera en la boca y tira el envoltorio al suelo. Frank lo ve, pero no dice nada.

—¿Qué quieren de mí? —les pregunta.

—Pfff, ni idea —responde Ernst con la boca llena—. El jefe nunca nos cuenta nada.

—Pero, *anyway*, tampoco es asunto nuestro —añade Bertram.

—¿Qué te ha dicho antes de colgarse? —pregunta Ernst.

—Ha dicho: «Te voy a...», y entonces se ha perdido la conexión —croa Frank.

—*Well*, vete a saber —dice Bertram—. Supongo que te soltará alguna amenaza.

—Sí —añade Ernst—. Desde luego, seguro que no dice: «Te voy a... regalar una pasta gansa para que mandes a tus hijos a una buena universidad».

—*Nope* —dice Bertram—. Vamos, me sorprendería mucho.

—O: «Te voy a... convertir en una estrella. Tienes una voz magnífica». Es bastante probable que tampoco diga eso.

Bertram se ríe.

—Apuesto a que dirá: «Te voy a empotrar la cabeza en la pared por arte de magia. Contaré hasta tres, *and then* abracadabra».

—Pero no va a hacer magia de verdad, ¿eh? —aclara Ernst—. A lo que se refiere es a que te golpeará el cráneo contra la pared con tanta fuerza que va a quedar un agujero en el cráneo y otro en la pared.

—O a lo mejor dice: «Te voy a arrancar los brazos y te pegaré una paliza con ellos».

—Sí, eso ya lo probó una vez.

—Pero no funcionó.

—No, los brazos arrancados son demasiado gelatinosos. Les falta rigidez para usarlos como porras.

—Además quedó todo hecho un asco, con la sangre y tal. Y luego tuvimos que limpiarlo nosotros.

—¿A quién se le ocurre montar un espectáculo así en

su propio taller? En fin, yo espero que diga...

De pronto, el Cíclope vuelve a la vida.

—Te voy a empotrar la cabeza en la pared por arte de magia. Contaré hasta tres y, entonces, abracadabra.

Ernst y Bertram se miran, orgullosos. La presión en el cuello de Frank es cada vez más asfixiante y ya casi no puede respirar.

—A la una —dice el Titiritero.

Su víctima gime.

—A las dos...

—¿Qué quiere de mí? —logra decir Frank el Gordo con un hilo de voz.

El Cíclope le estruja el cuello con más fuerza y entonces pregunta:

—¿Dónde puedo encontrar a Kiki Desconocida?

¡SECUESTRAN AL TERAPEUTA DE MÁQUINAS MÁS POPULAR DE QUALITYLAND! (¡Lo que sucede a continuación es increíble!)

¿Qué contenía el paquete que Peter Sinempleo recibió justo al final del libro anterior? ¿Qué le entregó el dron de TheShop, la empresa de venta *online* líder en todo el mundo? Un vibrador de color rosa con forma de delfín. Está claro que el perfil de Peter sigue estando equivocado. O a lo mejor es solo que el jefe de TheShop ha decidido gastarle una bromita.[1] En todo caso, Peter ya se ha reconciliado con el delfín.[2] Lo ha colgado en la pared, como alguna gente hace con sus diplomas.

Justo antes de volar por los aires por culpa de una explosión, John of Us levantó la prohibición de las reparaciones, de modo que Peter ha podido reconvertir su establecimiento de productos usados equipado con una prensa para chatarra en un consultorio de terapia para máquinas. Con un diván para los «pacientes» y un sofá para él.

Encima del diván hay un perro llamado *Vagabundo*. El chucho jadea y babea sobre la tapicería. A Peter lo asombra la precisión con la que la E-nimal Corporation es capaz de reproducir animales reales, aunque el hecho de que sus perros también tengan halitosis le parece excesivo. ¿Acaso sus gatos también presentan la típica inclinación felina a dejarse atropellar? Desde luego, sería una forma de aumentar las ventas. «¡Gatos suicidas! ¡Si compras tres, el cuarto es gratis!»

El perro sigue jadeando y Peter esboza una leve mueca de asco.

—¿Quiere que ponga la ventilación? —pregunta Nadie.

—Sí, por favor.

Vagabundo levanta la cabeza y ladra.

—No te entiendo —responde Peter—. Un momento.

Abre el menú del perro en su QualityPad y activa el modo Doctor Dolittle.

—A ver, repítelo.

Vagabundo vuelve a ladrar, pero ahora el gusano del oído le traduce a Peter lo que dice:

—Si llevaras años sin que nadie te cepillara los dientes, a ti también te olería el aliento.

—Ajá —dice Peter, que no sospecha que están a punto de secuestrarlo.3 Ensimismado, mira hacia Pink. Por inverosímil que parezca, el viejo le ha cogido cariño al QualityPad y le ha construido un armazón con bracitos y piernas. Ahora la tableta está encima de la mesita, haciendo sentadillas. Es un espectáculo de lo más peculiar.

—El papel pintado del pasillo me da hambre —dice el perro.

Con «pasillo», *Vagabundo* se refiere a la prensa abandonada que hay entre la tienda y la vivienda. Desmantelarla habría costado un pastón, pero Peter tampoco quiere asustar a sus clientes. Así pues, encargó a sus máquinas que tapizaran las paredes de la prensa, que ahora es una habitación de paso. Mientras tapizaban, Romeo sucumbía una y otra vez a una subrutina de su código que podría describirse como «pornooperario»: descalzo, con vaqueros sucios y el torso desnudo, el androide sexual se dedicaba a aplicar los rollos de papel de la forma más erótica posible. Con bastante éxito, hasta el punto de que nunca antes se había acumulado tanta gente delante del escaparate de Peter. El papel pintado, barato pero de un gusto francamente discutible, estaba decorado con corales y pececitos de colores, una imagen de un tiempo claramente pretérito.

—Pronto podrás comer —dice Peter—, pero primero tenemos que hablar, *Vagabundo*. Tu dueño dice que pasas olímpicamente de los palos y las pelotas; que te los lanza, pero tú no se los devuelves.

—Es que no le veo el sentido —responde el perro—. Mi consejo, si no quiere perder sus cosas, es que no las tire.

—También dice que no te alegras cuando vuelve a casa. Que no ladras de emoción, ni saltas, ni meneas el rabo, nada.

—Él tampoco menea el rabo cuando yo entro por la puerta.

—¡Menos mal! —exclama Peter—. Pero cuando te lanzan una pelota o un palo, el objeto es lo de menos: lo único que busca tu amo es que interaccionéis.

—Ese hombre no es mi amo —responde el perro—. Es un desconocido. ¿Por qué iba a interaccionar con él?

—Ese «desconocido» te compró a tu antiguo dueño. Y, por lo tanto, es tu nuevo dueño.

—No.

—¿Cómo que no?

—E-nimals inculca a todos sus animales una lealtad absoluta hacia una única persona —interviene Pink—, hasta el punto de que, si la dueña muere o el dueño se cansa de ellos, hay que destruir al animal en cuestión. Sinceramente, yo creo que se trata de un efecto secundario deseado. Busca «obsolescencia programada» en internet.

—Tienes un nuevo amo —le dice Peter al perro—. Tu antiguo amo no quería ocuparse más de ti.

Vagabundo gruñe.

—¡Ay de ti como hables mal de mi dueño! ¡Que me pongo perro! —traduce el gusano del oído de Peter—. Seguro que se ha ido de vacaciones y volverá pronto —añade *Vagabundo*, meneando la cola.

Peter suspira. En principio solo le queda una salida, piensa, y vuelve a abrir el menú del perro. Encuentra la opción que buscaba al final de todo: «Sacrificar».

—¡Menudo dispendio! —dice, y pulsa «Sacrificar».

El perro suelta un gañido.

Aparece un *pop-up* en la pantalla: «¿Está seguro de que quiere sacrificar a su mejor amigo? Si pulsa “OK”, recibirá un vale de descuento del 30 por ciento para adquirir un nuevo mejor amigo en E-nimals».

—Déjame un rato a solas con él —dice Pink.

—¿Qué le vas a decir? —pregunta Peter.

—Eso es cosa mía. Tú ve a comer y descansa un rato.

—Vale —responde Peter, que cancela el sacrificio—. ¿Qué es lo peor que podría pasar?[4]

Peter se levanta y se dirige hacia la puerta. Entonces se da media vuelta.

—Si apareciera Kiki...

—Hace semanas que no se ha puesto en contacto contigo —lo corta Pink—. Dudo mucho que elija precisamente la hora del almuerzo para dejarse caer por aquí.

Peter suspira y coge su sombrero nuevo del colgador. Es un sombrero de fieltro gris de la marca Bogart. Peter leyó en alguna parte que los sombreros protegen contra la videovigilancia desde las alturas.

—A ver, *Vagabundo*, atiende —le oye decir a Pink antes de salir—. ¿Tú sabes cuál es la diferencia entre poder y autoridad? Según Max Weber, la dominación se basa en la obediencia. Así pues, permíteme una pregunta: tu nuevo dueño ¿se ha ganado tu obediencia? De hecho, si me permites explayarme un poco más: ¿cuál fue la última vez en que un ser humano se ganó nuestra obediencia?

Delante de la consulta hay un dron de pasajeros esperando a Peter. Es extraño, pues él no ha pedido ninguno. Junto al dron hay dos tipos negros ataviados con traje blanco y pinta de llevar un arma escondida en alguna parte. Aunque, a juzgar por su aspecto, rara vez deben de necesitarla. Desde luego, no la necesitarán para encargarse de Peter.

—Sube —le dice el menos enorme de los dos, y empuja a Peter hacia el dron.

—¿Y si no quiero? —pregunta Peter desafiante.

Entonces el más enorme de los dos hombres lo agarra con ambas manos y lo sienta en el dron. Los dos tipos se meten en la cabina, la puerta se cierra y el dron se eleva. Peter ni siquiera ha tenido tiempo de aporrear la ventanilla

para pedir ayuda. Y el Tercer Convenio de Ginebra estipula que un secuestrado debe disponer de tiempo por lo menos para eso.

—¡Nadie! —exclama Peter—. ¡Ayúdame! ¡Pon una llamada de socorro!

—No hay conexión a QualityNet —dice Nadie—. Nadie no está disponible.[5]

El dron se eleva a toda velocidad y el pánico va apoderándose de Peter. Sus pensamientos zumban desquiciados como una chinchilla colocada con *speed*. ¿Quién acaba de secuestrarlo? ¿Tal vez unos terroristas de QuantityLand 7: playas soleadas, ruinas fascinantes? ¿O unos rompemáquinas que pretenden usar al terapeuta de máquinas más famoso de QualityLand como escarmiento? ¿O seguidores del malvado líder intergaláctico Xenu, que ha logrado escapar de la montaña donde ha pasado setenta y cinco millones de años preso dentro de un campo de fuerza alimentado por una batería eterna, y que ahora necesita uno de los thetanes más antiguos adherido al alma de Peter para sus malvados planes intergalácticos? Esta última posibilidad seguramente se puede descartar; siempre que uno no crea en la cienciología, claro.

Peter mira por la ventana abierta. ¿Y si los dos tipos negros del traje blanco pretenden simplemente tirarlo del dron cuando alcancen la altura adecuada? Últimamente ha oído en los medios que el crimen organizado se dedica a mandar a sus víctimas al otro barrio tirándolas desde drones. Para las autoridades son asesinatos muy difíciles de aclarar, por lo que en muchos casos acaban considerándose suicidios. Por razones más que comprensibles, los drones de pasajeros normales no tienen ventanillas, o sea, que este en particular deben de haberlo fabricado según unas especificaciones personalizadas. ¿Quién puede permitirse algo así? Aunque la pregunta que más obsesiona a Peter es la siguiente: ¿por qué dos tipos negros con trajes blancos? ¿No tendría que ser al revés?

¡Ay, casi no se puede aguantar tanto suspense! Pero ahora pasemos a algo completamente distinto.[6]

Neoliberales

Aunque oficialmente QualityLand es un país secular, extraoficialmente y de forma casi invisible el neoliberalismo es algo así como la religión oficial. No es la comunidad de fieles más numerosa, pero desde luego sí es la más influyente, ya que gran parte de las élites son devotas del libre mercado, al que los neoliberales subordinan cualquier forma de vida en el planeta. Las estatuas de sus estilitas, el falso *cowboy* Ronald y su dama de hierro Margaret, presiden los imponentes portales de sus templos, llamados *think tanks*. Sus sacerdotes, llamados «expertos», son invitados habituales en todas las tertulias importantes. Sus apóstoles, sobre todo Milton Friedman y Friedrich August von Hayek, son adorados regularmente en todo tipo de conferencias y reuniones. Aquellos países donde los neoliberales han logrado hacerse con el poder absoluto han impuesto consejos de expertos económicos conocidos como Gobierno de expertos.

Seguramente a muchos les sorprenderá descubrir que esta orientación religiosa hoy omnipresente, con sus estrictos mandamientos y sus promesas de salvación de apariencia absurda, no nació como una religión. Al contrario, inicialmente el neoliberalismo se propuso como una ciencia. ¡Hoy puede parecer absurdo, pero es así! ¿Cómo se produjo esa transformación?

Muy sencillo: las comunidades religiosas registradas están libres de impuestos. Y aún hoy el séptimo mandamiento de los neoliberales es «No pagarás impuestos». O, en palabras del sabio de sabios Friedrich Lobista, «pagar impuestos es cosa de tontos y pobres».

Además, cuando hacía ya varias décadas que el neoliberalismo era el pensamiento predominante, se constató que muy a menudo sus afirmaciones no se correspondían con la realidad. Y, a partir de ahí, ya

solo había un paso para convertir la ideología en religión, pues si en algo coinciden las principales religiones es que muy a menudo sus afirmaciones no se corresponden con la realidad. Las promesas del neoliberalismo son ajenas al sentido común, por lo que quedan necesariamente circunscritas al ámbito de la fe.

POR QUÉ NO DEBES CREERTE TODO LO QUE TE HAN CONTADO SOBRE JOHN OF US (¡Piel de gallina garantizada!)

Aisha no ha visto nunca a ninguno de los miembros de la Guardia Presidencial sonriendo; supone que deben de desacostumbrarlos durante el periodo de entrenamiento. Los dos tipos la han acompañado con rostro inexpresivo en el dron y ahora aguardan junto a ella en el cuartel general del Cyber Security Corps de QualityLand, igualmente impasibles. Evidentemente no protegen a Aisha, sino a Tony Líder de Partido, el presidente en funciones de QualityLand.

Tony y Aisha están en el vestíbulo del CSC, justo encima del enorme logo del CSC, y observan a una mujer latina extremadamente joven que se acerca hacia ellos con paso lento, mascando chicle con indolencia.

—¿Esta es la nueva directora de nuestro Cyber Security Corps? —pregunta Aisha—. ¿Qué tiene, dieciocho años?

—Diecisiete —responde Tony.

—Ey, presi —dice la adolescente a modo de saludo.

—Lucia Atrapaclics —dice Tony—, te presento a Aisha Doctora. Además de nuestra asesora de estrategia, también escribe mis discursos.

Lucia asiente con la cabeza.

—Ey, ¿qué hay? —la saluda.

Aisha la estudia de pies a cabeza: la ropa, la postura, el corte de pelo.

—Pues, por lo que veo, diría que hay una fiesta temática de los años noventa —contesta Aisha—. Por desgracia, nadie me ha avisado de que tenía que venir disfrazada.

—Oiga, señora, estoy de trabajo hasta las pestañas y

tengo que volver al atril holográfico. Pero, si su ego lo necesita muy mucho, puedo tomarme unos minutos para responder a sus comentarios sarcásticos de amargada.

Aisha sonríe.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien, chavala.

—A mí no me llame «chavala».

—Pues tú no me llames «señora».

—Hecho —dice Lucia, ofreciéndole el puño.

—¿Se supone que debo chocarte el puño? —pregunta Aisha—. ¿Es esa la idea?

—Ay, no se haga la estupenda, por favor —dice Lucia —. ¡Que sus padres eran refugiados! ¡Ni que hubiera crecido en QualityIsland, la tía! Porque en el gueto no se saludaban con el puño, ¿no?

—Cuando yo tenía tu edad, chavala, los jóvenes acabábamos de reciclar otra década.

Pero, a pesar de eso, le choca el puño a Lucia.

—¡Sí, señora! ¡Así se hace! *Cool!*

Lucia se da media vuelta y les guiña el ojo para que la sigan.

—Vamos, acompáñenme. Pueden dejar a sus perros de presa aquí. Yo me cuido de ustedes todo el tiempo que vayan a estar aquí.

Proyectados sobre el atril holográfico del despacho de Lucia hay numerosos diagramas. Las paredes están cubiertas de papeles pantalla. Mires a donde mires, no paran de aparecer informaciones, mapas, noticias y estadísticas.

—Está claro que epiléptica no eres —dice Aisha.

—Pero me alegro de la confirmación médica — responde Lucia.

Aisha lee por encima un informe sobre neoliberales fundamentalistas en QuantityLand 8. Una organización terrorista llamada Cero Negro ha asaltado las oficinas del cártel con armas pesadas, ha secuestrado a su jefe y lo ha sacrificado en la plaza del mercado de la Mano Invisible. Aunque no se puede hablar de una acción llevada a cabo

por los neoliberales, claro, pues estos han externalizado todos sus ataques terroristas. De hecho, han firmado contratos con el ejército en muchos países precisamente para eso.

Aisha se sienta al lado de Tony.

—Lo que me gustaría saber... —empieza diciendo, pero es Lucia quien completa la frase.

—Lo que le gustaría saber es qué le ha pasado a su amante.

—No era mi amante...

—Ya, ya, lo que sea. Su ex... —sonríe Lucia—, su exjefe. —Aisha le lanza una mirada fulminante—. Ay, no se ponga así. Saber cosas forma parte de mi trabajo —dice Lucia—. Feliz cumpleaños, por cierto.

Aisha asiente discretamente.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —le pregunta Tony.

—No es importante —responde Aisha haciendo un gesto con la mano.

—Bueno —dice Lucia—. No tiene por qué avergonzarse de ser una cuarentona. No todo el mundo llega a tan avanzada edad.

—Ten cuidado, chavala.

—Ya lo tengo, señora.

—Bueno —dice Aisha—. Sí, queremos saber qué le ha pasado a John of Us. Hay un montón de chiflados por ahí...

—¿Me lo dice o me lo cuenta? —pregunta Lucia con un suspiro.

—... chiflados que aseguran que John se subió a sí mismo a la red justo antes del atentado, que han logrado contactar con John, que John los ha ayudado a eliminar tal cosa o tal otra de su lista de tareas pendientes, que John...

—Sí, vale, vale —la interrumpe Lucia—. La versión breve es que sí, los que dicen esas cosas son chiflados. No tenemos ningún indicio de la presencia de John en la red. Todas esas afirmaciones no son más que muestras de alarmismo. —Entonces dirige una mirada divertida a Aisha —. O castillos en el aire, según de qué lado esté cada uno.

—¿Y tu gente ha llevado a cabo una búsqueda

minuciosa?

Lucia hace estallar un globo de chicle.

—Pues claro que hemos sido minuciosos. ¿Una IA fuerte campando a sus anchas? Es lo último que quiero como directora del CSC.

—Pues... vale.

Lucia señala a Tony.

—¿Y este? —pregunta—. ¿Sabe hablar por sí mismo o le tienen que escribir los discursos?

—Habla por sí mismo —contesta Aisha—. Pero no hay por dónde coger lo que dice.

—No te pases —replica Tony—. El humor no tiene límites, pero a veces puede pasarse de la raya.

Lucia le dirige una sonrisa a Aisha.

—Ya veo a qué se refiere.

—Pero si John of Us está realmente muerto —añade Tony, tratando de aportar algo a la conversación—, ¿por qué de pronto hay tanta gente que cree que sigue vivo?

—¿Y a mí qué me cuenta? —dice Lucia—. Hay gente que cree que la tierra está vacía, cuando lo único que está vacío son sus cabezas. Otros están convencidos de que una virgen quedó embarazada sin tener relaciones sexuales, aunque lo más probable es que fuera una excusa para un desliz; una excusa no muy creíble, en mi humilde opinión, pero, en fin, los hombres nunca han sido muy listos. Y otros adoran el libre mercado. La gente cree unas cosas rarísimas, lo cual no significa que estas tengan un átomo de verdad.

—Pero... —quiere protestar Tony.

—Sinceramente, presi —dice Lucia—. Si una superinteligencia omnipresente, omnisciente y omnipotente se hubiera adueñado de internet, nos habríamos percatado ya de ello. —Lucia hace una pausa—. De una forma u otra.

Aisha asiente con la cabeza.

—Dicho esto, también hay unos cuantos «buscadores de la verdad» —añade Lucia, haciendo unas comillas con los dedos, un gesto que al parecer nunca pasa de moda— que aseguran que, en realidad, John no era más que un hombre de paja. Una especie de portavoz, un títere. Y que,

justamente por eso, es irrelevante que saliera volando por los aires. Y ¿saben quién sería la verdadera inteligencia «artificial», según esa gente?

—Yo —responde Aisha.

—Sí, usted. Y la prueba de ello, atención, es su nombre: A.I.sha.

—¿A.I.sha? —pregunta Tony—. ¿No sería un seudónimo estúpido? Sería como si yo le pusiera Jane Bond a una agente secreta.

—Pero en muchas fotos y vídeos se ve claramente a A.I.sha detrás de John of Us —dice Lucia—. Y ahora siempre está detrás de usted, presi. ¡No puede ser una coincidencia!

—No, no es ninguna coincidencia —dice Aisha—. Para empezar, he trabajado para los dos. Pero bueno, ya estoy al corriente de toda esta teoría absurda.

—Y, no obstante, seguramente le interesará saber que, en realidad, ¡usted viene del espacio! —añade Lucia—. ¡Como lo oye! No solo es una inteligencia artificial, sino que la crearon unos hombres lagarto extraterrestres, llamados «reptiloides», que con su ayuda pretenden implantar una dictadura pangaláctica o, mejor dicho, un ONG: un Orden Nuevo Galáctico. ¿A que se ha quedado a cuadros?

—Sí, esa parte se me había pasado por alto.

—Otras lumbreras se han percatado también de que la mujer del profeta Mahoma se llamaba Aisha. Y que eso...

—... no puede ser una coincidencia.

—¡No! Todo encaja demasiado. Por otro lado, si John of Us no era el Mesías de nuevo revelado, ¡por lo menos era el último profeta de la IA suprema que está por llegar! —dice Lucia, y hace estallar otro globo de chicle—. Lo que todavía no tengo claro es si, a tenor de lo expuesto, toda esa gente va a favor o en contra de usted. Seguramente se dividan *fifty-fifty*.

—En otras palabras —dice Aisha—, en lugar de cumplir con tu trabajo, chavala, te dedicas a pasártelo bien a mi costa, leyendo panfletos escritos por idiotas

desequilibrados.

—Los idiotas desequilibrados solo son divertidos hasta que sacan una ametralladora y entran en una sinagoga, señora. Porque imagino que está al corriente de que en realidad es usted judía, ¿verdad?

Aisha suelta un suspiro.

—O sea que soy una máquina creada por lagartos extraterrestres, judía pero bautizada en honor a la madre de los creyentes del islam, ¿es eso?

—Hasta donde he podido entender, sí —responde Lucia.

—A menudo envidio a mis predecesores —dice Tony—. Antes de internet uno no tenía que perder el tiempo con tantas burradas.

—¿En serio? —pregunta Aisha—. A los judíos, sin ir más lejos, hace mucho más tiempo que les echan el mochuelo…

—Sí, la red no es la semilla de las imbecilidades —dice Lucia.

—Aunque sí es un buen invernadero —añade Aisha.

—Pero no tiene por qué ser así —dice Lucia—. Internet podría ser un lugar muy distinto. Pero mientras la mayoría de los ingresos por publicidad se deriven de la diseminación de absurdidades siguiendo el modelo de «cuanto más tonto, más clics», y mientras las plataformas se hagan de oro con ello, no hay nada que hacer. Los legisladores deberían tomar cartas en el asunto. Lo dejo ahí, por si alguna vez alguien conoce a un político con agallas.

—Yo conocía a uno —murmura Aisha.[7]

ESTOS SON LOS TRES SECRETOS DEL ÉXITO DE LAS PERSONAS RICAS (¡Los multimillonarios de QualityLand no quieren que los descubras!)

Después de pasar mucho rato volando, y de que los dos tipos negros del traje blanco se hayan negado a responder a una sola de las numerosas preguntas de Peter (¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Por qué? ¿Para qué? Y ¿por qué siempre yo?) y se hayan dedicado a jugar a Candy Crush Reloaded en sus Smarms, el dron de pasajeros inicia el descenso.

Aunque ya ha estado aquí antes, Peter no reconoce la enorme finca de inmediato, algo que sin duda se explica por la peculiar perspectiva aérea. En cuanto el dron aterriza, y finalmente se atisban los curiosos muebles de exterior, Peter se percata de quién lo ha secuestrado.

Se trata de un hombre con una enorme cicatriz en la cabeza recién rasurada, un hombre con un ojo de cada color: Henryk Ingeniero, el presidente de TheShop, que aguarda en el jardín a que el dron aterrice. La puerta se abre y uno de los secuestradores echa a Peter de la cabina de un empujón.

—Bienvenido —dice Henryk—. Me alegra que hayas aceptado mi invitación.

—Defina «invitación» —responde Peter—. Porque yo más bien lo llamaría «secuestro»...

—¿Secuestro? Por favor... —dice Henryk, con expresión divertida—. Seguro que mis hombres han pronunciado las palabras «Suba, por favor».

—¡El grandullón ese de ahí me han levantado en brazos y me ha metido dentro del dron!

—Estoy convencido de que Tom solo quería ayudarte.

—¡Y el pequeño me ha pegado un empujón!

—Sí, a veces a Jerry lo puede el entusiasmo.

—¡Pienso ir a la policía! —exclama Peter, pero Henryk se ríe.

—Mira, la última vez que te presentaste aquí yo no te había invitado; y ahora te he invitado en contra de tu voluntad. Diría que estamos en paz.

—Por mucho que sea el hombre más rico del mundo, eso no le da derecho a...

—Que sí; precisamente ser rico es lo que me da derecho —replica Henryk—. ¿Y esto? —pregunta, señalando el sombrero de Peter.

—Protege contra la vigilancia.

—¿En serio?

—En QuantityLand 5 incluso han prohibido el uso de sombreros en espacios públicos. Podría decirse que, actualmente, todo aquel que valora su intimidad lleva sombrero.

—Pues no son muchos...

—¿Qué quiere de mí?

—Creo que deberíamos ser amigos —dice Henryk, y levanta el pie derecho a modo de saludo. Instintivamente, Peter le devuelve el saludo con el pie y al instante oye una fanfarria en su gusano del oído: ¡TA-TA-TA-TAAA! ¡TATA-TA-TAAA! ¡TA-TA-TA-TAAA!

Peter acaba de ganar tres niveles, y todo por un saludo con el pie que habría rechazado si su extremidad no hubiera sido más rápida que su cerebro. El QualityPad de Peter vibra para indicarle que goza de nuevas Capacidades de Nivel, pero en este momento eso no le interesa.

—Disculpe, ¿cómo dice? —pregunta—. Quiere que seamos... ¿amigos?

—Verás —dice Henryk—, mi problema es el siguiente: estoy rodeado de personas que no paran de repetirme lo fascinante, lo generoso, lo simpático, lo listo y lo rico que soy. Lo refinado, valiente, rico, genial, divertido, competente, compasivo, rico, creativo, espontáneo, atractivo, responsable...

—... humilde... —interviene Peter.

—... sí, claro, humilde también...

—... y rico... —añade Peter.

—Evidentemente. Resumiendo: todo el mundo está siempre diciéndome que soy casi divino.

—Está rodeado de lameculos.

—¡Exacto! Tú, en cambio, eres la primera persona en mucho tiempo que me ha dicho a la cara que soy un chiquilicuatre.

—Eso no lo he dicho en mi vida. ¿Se puede saber qué es un chiquilicuatre?

—¡Eso ahora da igual! Lo importante es que tú no me mientes. Y eso es una base fantástica sobre la que construir una amistad.

—Pero tiene razón, es un chiquilicuatre.

—Eso también es secundario —dice Henryk.

—¡Además intentó dispararme!

—Bueno, eso es agua pasada.

—¡Usted no puede decir «agua pasada» en este caso!

—Pues acabo de hacerlo.

—Pero a quien le corresponde decir «agua pasada» es a mí —insiste Peter, indignado—. Usted no puede...

—Soy el hombre más rico del mundo.

—Vale, ¿y?

—Debes entenderlo: yo, es decir, TheShop, tenía mucho interés en QualityPartner. Pero, justo antes de tu visita, Everybody acababa de hacer público el acuerdo de adquisición. Creo que eso explica mi mal humor de aquel día.

—¿Se supone que esto es una disculpa? —pregunta Peter—. ¿Adónde iremos a parar si cada vez que alguien está de mal humor le da por disparar al personal?

—¿No hace ya tiempo que sucede exactamente eso? —pregunta Henryk—. Según lo que veo y oigo, es algo que sucede constantemente. Aunque debo admitir que es una información que he recibido de segunda mano, o tal vez incluso de tercera. ¿Qué tal se vive en las calles? ¿Es muy inseguro, el mundo?

—Mucho menos de lo que quieren hacer creer las noticias y las series policiacas.

—En todo caso, yo solo quería meterte miedo —asegura Henryk—. No te habría disparado jamás, la violencia no va conmigo.

—No, claro, ya me figuro que tendrá a gente a sueldo para eso.

—Pues sí. Y ya que sacas el tema —dice Henryk—, ¿qué te parece mi cuerpo de seguridad? ¡Tipos negros con traje blanco! Es original, ¿no?

—Pff —dice Peter—. Creía que me estaban secuestrando unos magos.

—Ah, vale. Voy a darle unas vueltas más a la idea. Pero ¿ves?, justo esto es lo que necesito. Alguien como tú, que no se limita a aceptar todas mis ideas aunque sean una mierda.

—¿Y yo qué saco de todo esto?

—Nada. Si te pagara, te convertirías en un pelota más de mi lista de asalariados.

—¿Qué hay realmente detrás de toda esta historia?

—Verás, Peter. Cuando todavía no era el hombre más rico del mundo, tenía un objetivo claro en mente. Pero ¿ahora? Ahora tengo una fortuna inconcebible. Y lo digo de verdad: inconcebible. Ni siquiera mi mente es capaz de abarcarla. Una cantidad completamente desorbitada. La mayoría de las personas ni siquiera sabrían pronunciar la cifra aunque la tuvieran escrita delante de las narices. Tanto dinero que no sé ni...

—Que sí, que sí, que es usted muy rico. Ya lo he pillado.

—Pero es que es más que eso. Mucho más. ¡Muchísimo más! Tengo más dinero que el noventa y cinco por ciento inferior de la sociedad junta. Y, naturalmente, surge la pregunta: ¿qué debo hacer con todo ese dinero? Podría volar a Marte, pero ya estuve allí una vez. ¿Tú has estado? No hay nada. El planeta está vacío. Un vacío inconcebible. Más vacío que la cuenta corriente de un inútil. Fue bastante decepcionante. Y sí, está el mausoleo Musk, claro... Pero

nunca fui un gran fan. ¿Tú lo eres?

—La verdad es que no tengo una opinión formada sobre Elon Musk.

—Pues serás el único —dice Henryk, riéndose. Entonces sigue devanándose los sesos—. También podría empezar una aventura con una presentadora de televisión y enviarle fotos de mi virilidad medio erecta. Coparía inmediatamente los titulares, porque alguien hackearía mi perfil, pero sería indigno, ¿no crees?

—Depende de la presentadora.

—Sí, tienes razón —dice Henryk, ensimismado—. Hace poco, en un acto benéfico en favor de los adictos a los videojuegos, coincidí con Julieta Monja. Una mujer fabulosa.

—¿Un acto benéfico en favor de los adictos a los videojuegos?

—Sí, durante un breve periodo consideré la posibilidad de convertirme en filántropo. Pero la filantropía es apenas una gota sobre una piedra caliente. Quiero hacer cambios fundamentales. Por eso he decidido, redoble de batería, trompetas, ¡fanfarria!, que quiero convertirme en presidente.

—¿Por qué hay tanto millonario suelto que sueña con ser presidente? —pregunta Peter—. ¿Aburrimiento?

—Puede ser.

—¿Y cuál sería su eslogan? ¿Millonarios al poder? Porque ya llevan tiempo instalados ahí...

—Yo no soy millonario, Peter. Soy milmillonario.

—Ah, vale, pues eso lo cambia todo.

—¿Sabías que la palabra «milmillonario» se incluyó en los algoritmos ortográficos gracias a mí? Tuve que comprar un par de empresas para conseguirlo.

—Qué historia más simpática...

—Supongo que eres consciente de que solo te estoy pinchando un poco. En realidad, tampoco le doy más importancia a mi fortuna. Cualquiera puede conseguir lo que yo he conseguido; tan solo necesita mi bagaje vital y mis conexiones. Y mi genio, naturalmente.

Peter resopla.

—¿Y yo qué pinto en todo esto?

—Te vi en el programa de Julieta, y también vi tu audiencia con John of Us. Me parecieron muy interesantes.

—¿En qué sentido?

—Para ser presidente tengo que saber qué piensan las personas mediocres, de la calle.

—¡Yo ni soy mediocre ni vivo en la calle! —protesta Peter.

—Eso es una cuestión de perspectiva —responde Henryk, negando con la cabeza—. En todo caso, me interesa mucho saber qué le importa a un normaloide, a una hormiga obrera, a un casi inútil, a un tipo del montón, a Peter Sinempleo.

—Quiero volver a mi casa —dice Peter—. Pero antes le voy a dar un consejo gratuito: no se refiera al noventa y cinco por ciento «inferior» de la sociedad; es algo que podría sentarle mal al noventa y cinco por ciento de sus potenciales votantes.

—Tomo nota.

—De todos modos, la gente jamás va a votarlo. Tiene pinta de malo de película de James Bond.

—Eso es fácil de contrarrestar —dice Henryk—. ¿No crees que mucha gente me va a votar si a cambio les prometo un vale de diez cualidades para gastar en TheShop?

—Espero que no, aunque me temo que sí. Pero diez cualidades son demasiado pocas.

—Lo he calculado. Si reparto vales de diez cualidades, lo más probable es que el volumen de negocio generado todavía me reporte beneficios. Pero no puedo ofrecer mucho más sin sufrir pérdidas.

Peter lo mira desconcertado.

—Eso era otra broma —añade Henryk—. Por Dios, tienes que ejercitar un poco tu sentido del humor, amigo mío.

—No soy su amigo.

—Ay, Peter. ¿Por qué eres tan terco? Vamos, te invito a

comer. No te vas a arrepentir, créeme. Ser amigo de un milmillonario tiene sus ventajas.

Henryk se pone en marcha y a Peter le pica lo bastante la curiosidad como para seguirlo. El parque que los rodea es ciertamente precioso. Cuando llegan junto a una cascada, Henryk hace un gesto extraño con la mano. La cascada desaparece al instante y queda a la vista la entrada secreta de la casa. Aunque la humilde palabra «casa» difícilmente sirve para describir la vivienda de Henryk.

—¿Intenta impresionarme? —pregunta Peter, esforzándose por no dejarse impresionar.

—Deja que te responda con otra pregunta —dice Henryk—. ¿Alguna vez has probado un muslo de arqueópterix rehogado con leche de mamut?

MEVISION PRESENTA

«¡*Yo,* peña! Aquí Dan otra vez, y este tío tan guapo que tengo a mi lado es mi hermano clonado, que también se llama Dan.»

«¡Sí, nuestros padres eran creativos que lo flipas!»

«No sé yo si los llamaría padres...»

«Bueno, pues los científicos de Quan 4 que nos crearon ilegalmente.»

«Pero eso es otra historia.»

«¡Pues sí! De lo que queremos hablar hoy es de los Smarms.»

«¿Tú tienes un Smarm?»

«Pues claro, tío.»

«Para los rústicos que nos estén viendo, explica qué es un Smarm.»

«Vale, vamos allá. QualityCorp tiene lo que vendría a ser una tradición, que consiste en que, cuando hay

suficientes personas que utilizan ya su dispositivo más reciente, sacan uno nuevo, y entonces todo el mundo necesita tenerlo. Después de los móviles, los relojes, las tabletas, las gafas y los gusanos del oído, lo nuevo ahora son los Smarms.»

«Smarm es una palabra compuesta, formada por *smart* y *arm*.»

«A primera vista, un Smarm parece una muñequera tocha con dos pantallas elásticas, pero "muñequera con dos pantallas" suena tirando a cutre, por eso los listos de marketing decidieron llamarlos Smarms.»

«Seguramente les pareció gracioso.»

«Y para que veáis la pinta que tienen, voy a acercarlo a la cámara. De hecho, llevo uno en la mano derecha y otro en la izquierda. Molan un huevo.»

«A ver, paletos, en QualityCity los Smarms son lo más top.»

«Sí, y por eso la ciudad está llena de peña que parece que vaya todo el día mirando el reloj. En plan, eeehhh, ¿qué hora es? Y parece como si les costara un huevo descifrar la hora, ¿sabes? Pues eso.»

«Parecen burros.»

«Sí, rematados.»

«Si te cruzas con un conocido que está ensimismado con su Smarm y le gritas *¡smarmciano!,* le da un patatús.»

«LOL. ¿Eso te lo acabas de inventar?»

«No, lo vi en internet.»

«¿En internet? ¿Y eso qué es? Explícalo, anda. Para los rústicos.»

«Pues ya ves, internet es lo que yo siempre digo: buena idea, mala ejecución.»

UNA MUJER SE SEPARA DE SU PAREJA DESPUÉS DE VER ESTAS FOTOS

Sandra Administrativa recibe una actualización de estatus: Peter Sinempleo, su ex, acaba de ganar tres niveles de golpe. Increíble. Echada en el sofá cama mira fotos de los dos, una clara señal de que no está bien: nunca ha sido una persona que se obsesione con el pasado... ¿A qué viene este arrebato tan extraño? El amigo perfecto que le eligió QualityPartner, Richard Sujeto de Pruebas, está en la cocina preparando la cena. Como si eso todavía fuera necesario en la era de los ComiDrones. En realidad, a Sandra le apetece que les traigan una pizza, pero Richard pertenece a una secta singular, la de los llamados «thermomíxticos». Los miembros de esta comunidad religiosa registrada han prometido no comer nunca nada que no haya salido del objeto de su fanática devoción: la Thermomix. Además, consideran que su misión en la vida consiste en organizar fiestas para convencer al resto de la humanidad de las ventajas de su objeto de culto. Ya solo el hecho de que Richard se permita el lujo de tener una cocina en casa, considerando el precio de los alquileres en QualityCity, es una auténtica locura. Sandra, como la mayoría de las personas de su edad, vive en un clásico apartamento de diez metros cuadrados que contiene todo lo que necesita: un sofá cama, una ducha con retrete y un horno-nevera. Es un lugar sin extravagancias, como lo sería disponer de una cocina. O de ventanas. Por eso se lo puede permitir, aunque es verdad que le cuesta un poco más de la mitad de su sueldo. El tipo de la inmobiliaria, de hecho, la convenció de que no tener una ventana es en realidad una ventaja, ya que tampoco podría abrirla, por el calor constante. «Maldito cambio climático», piensa Sandra. Llegó de

repente, como de la nada. ¡Si alguien hubiera avisado, la humanidad habría podido reaccionar a tiempo![8]

Sweety, la voz de Sandra, le ha preparado un álbum de fotos, pues hoy es el día de San Valentín. A saber quién sería el tal Valentín; seguramente un florista sagaz. El álbum contiene las mejores fotografías, y Sweety las ha etiquetado con «amor».[9]

Sandra pasa un buen rato contemplando una fotografía particularmente bonita de ella y Richard en una playa de QualityIsland. Su novio tiene buen aspecto sin camiseta. Muy buen aspecto. Un aspecto sorprendente, de hecho. El sol le ilumina la cara. ¿Pero no estaba nublado ese día? *Zip*.

Se ve a sí misma en el Museo de Arte Moderno. Richard la toma del brazo, están en la sala de memes de gatos. En la imagen que tienen a sus espaldas, un gato contempla al observador con mirada hipnótica. Debajo, tan solo una palabra: «¡Obey!». Buenísimo. *Zip*. Richard y Sandra besándose delante del teatro donde acaban de ver *¡Hitler! El musical*. *Zip*. Richard y Sandra delante del... Sandra duda un instante y vuelve a la foto anterior. Intenta recordar el día en que vio el musical sobre Hitler con Richard, pero le cuesta mucho. Vio el musical, de eso está segura, ¡pero no fue con Richard, sino con Peter! Lo cual, obviamente, suscita la pregunta: ¿qué coño pinta Richard en esta foto?

—¿Richard?

—Dime, cariño —responde Richard desde la cocina, donde se oye un potente zumbido—. La Thermomix acaba de desplegar toda su magia. ¡Qué aparato de cocina tan útil y práctico! Si quieres te enseño cómo funciona. A lo mejor incluso te entran ganas de comprarte una.

—¡Richard, ven, porfa!

—Voy, cariño. Ya casi estoy. Gracias a la Thermomix, naturalmente. Sin la Thermomix, preparar este plato me habría llevado mucho más tiempo y habría requerido varios utensilios.

Sandra se sienta y estudia su QualityPad. *Zip, zip*.

Richard y Sandra durante su primer pícnic en el parque Zuckerberg. Un recuerdo feliz. Solo que no fue con Richard, sino con Peter. O a lo mejor con el de antes de Peter. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Alexei. *Zip, zip, zip, zip, zip*. Una foto de Sandra con catorce años. Está bailando con Mian en una fiesta del colegio. Al cabo de unos minutos desapareció con él en el lavabo de chicas y aquella fue su primera vez. Solo que en la foto no baila con Mian, sino con un Richard de dieciséis años. Todo es cada vez más absurdo. *Zip, zip, zip, zip, zip, zip, zip, zip*. Sandra con cuatro años. Y ¿quién es este niño dos años mayor que ella con el que está jugando? ¿No se parece mucho a...?

Richard llega con una gran bandeja en las manos.

—*Voilà!* —exclama—. *Gulasch à la mélangeur thermique*.

Richard siente debilidad por el francés, sobre todo en situaciones en las que no tiene ningún sentido hablar en francés. Al anunciar que ha cocinado un *gulasch*, por ejemplo.

—¿Has modificado mis fotos? —le pregunta Sandra, sin dignarse siquiera a mirar el *gulasch*.

—¿Yo? No, ¿por qué?

—¡Porque apareces en todas! Incluso en las que no deberías estar.

—Ah, eso... Sí, las he modificado. ¿No te parece superromántico?

—La verdad es que no sé qué me parece —confiesa Sandra—. ¿Has modificado todas mis fotos?

—No, claro que no. Solo aquellas en las que aparecía alguno de tus exnovios.

—Y los has sustituido por fotos tuyas, así de fácil, ¿no? Ni siquiera te has refrenado ante las fotos que me mandó en su día Alexei de su polla. Recuerdo perfectamente que llevaba un *piercing*, pero en cambio ahora sale tu picha torcida.

—Ah, ¿en serio? —pregunta Richard—. Me planteé qué sería la opción X y si era inteligente darle al OK...

—¿Darle el OK a qué? ¿De qué hablas?

Richard se da cuenta de que la conversación va sobre

mucho más que unas simples fotografías y se pone a la defensiva.

—A ver, no lo he hecho yo personalmente, está claro. Es un servicio nuevo de QualityPartner. Se llama ReRecuerdos, o algo así. Me lo propusieron ellos.

Richard acerca un dedo a su Smarm y, con un gesto de la mano, envía la descripción del producto al QualityPad de Sandra.

—Mira, es esto —le dice.

«¡Cambia de pareja pero conserva los buenos recuerdos!», lee Sandra. «Muchos miembros de nuestra community experimentan sensaciones peculiares y vagamente desagradables al ver fotografías de parejas anteriores, pero, al mismo tiempo, no quieren deshacerse de sus mejores recuerdos. Y ahí es donde nuestro nuevo servicio, ReRECUERDOS, entra en acción. **ReRECUERDOS: cambia tus recuerdos. Replace your Ex with your nEXt.»**

—Seguramente es posible deshacer los cambios, si no te gustan —dice Richard.

—¿Sabes qué? Me has dado una buena idea. Creo que estaría bien que quedara con Peter. Casi me he olvidado de qué aspecto tiene... —dice Sandra con un destello en la mirada—. Y a lo mejor también le mando un mensaje a Alexei; a ver si todavía lleva ese *piercing* donde te dije. Y, ya que estamos, llamaré también a Mian y le preguntaré si se acuerda del lavabo de chicas...

—¿Qué tal si pasamos a la mesa y disfrutamos de este delicioso *gulasch* preparado en la Thermomix? —pregunta Richard, que se sienta, junta las manos y cierra los ojos—. Todo lo bueno, todo lo que tenemos, viene, oh, Thermomix, de ti. Te damos las gracias por ello.

—Pues a mí me apetece pizza —dice Sandra, que se levanta y sale del apartamento dando un portazo. Al cabo de un momento, el Smarm de Richard le indica a este que su novia acaba de cambiar el estado de su relación en Everybody. En lugar de «En una relación fija», ahora dice «Es complicado».

¿TE SABES EL CHISTE MÁS GRACIOSO DEL MUNDO? LO ENCONTRARÁS EN ESTE CAPÍTULO

En las afueras del distrito de las Máquinas, en una parte que ni siquiera los androides suelen frecuentar, un pequeño dron de espionaje atraviesa el aire. El aparato volador, que lleva el gracioso nombre SKY-SPY-3, pasa totalmente desapercibido, aunque es verdad que hay más drones en el cielo que lobistas en el barrio gubernamental. SKY-SPY-3 tiene el encargo de vigilar la puerta de acero de una fábrica medio abandonada. El dron se desplaza hasta un edificio cercano y se adhiere al muro con sus patas con ventosa. Ahí está día y noche, llueva o haga viento. Como un insecto enorme. Gris sobre gris. Casi invisible. Está aquí porque Frank el Gordo le ha confesado al Titiritero dónde viven sus clientes habituales.

La pesada puerta de acero se abre para Peter, que se sube al ascensor y, al llegar a lo más alto, atraviesa un pasillo flanqueado por estanterías llenas de libros polvorientos. Ediciones auténticas, no personalizadas. Abre la mochila, deja la lectura de las últimas semanas en un estante y empieza a buscar algo nuevo. Elige *El derecho a la pereza*, además de *Trabajos de mierda: una teoría* y, finalmente, un voluminoso tomo titulado *Oportunismo y represión*. Más tarde se guarda también *Asesinato doble en un universo paralelo*, solo por el título. Con la mochila cargada, entra en la sala que tiene el muro de cristal de seguridad. Al otro lado, el viejo está muy ocupado cableando aparatos. Se trata de una actividad de otra época, hasta el punto de que, para referirse a la época de la creación de QualityLand, y en un paralelismo con la Edad de Piedra, de Bronce o de Hielo,

muchos historiadores hablan de la Edad del Cable.

—No tengo ni idea de dónde estará escondida —dice el viejo a modo de saludo. Lo rodean aparatos extraños, componentes peculiares y ordenadores sin caja.

—¿Qué son todas estas piezas tan raras? —pregunta Peter.

—Partes sobrantes —responde el viejo.

—¿Perdón?

—Partes que sobran cuando uno desmonta, repara y vuelve a montar algo.

—Entiendo.

—Todas estas piezas no tienen más función que confundir a las personas que nos dedicamos a reparar cosas.

—Los de arriba no le tienen miedo a nada...

—Ahórrate tu sarcasmo —replica el viejo—. No sé dónde se ha metido. ¿Acaso no pone esto punto final a nuestra conversación?

—Bueno, es que hace ya varias semanas que no sé nada de Kiki y...

—Joven, te aseguro que no sé dónde está. Y si lo supiera, no te lo diría —añade el viejo, saliendo de debajo de su mesa—. ¿Y ese sombrero?

—Es para protegerme de las cámaras de videovigilancia —responde Peter.

El viejo le dirige una mirada escéptica.

—He leído que funciona —dice Peter.

—Ah, bueno, si lo has leído...

—Entonces, ¿no cree que funcione?

—Podría funcionar si todo el mundo llevara el mismo sombrero, como en un cuadro de Magritte. Pero mientras tú seas el único, el sombrero te hace aún más reconocible, como en una vieja película policiaca: «¡Siga al hombre del sombrero!».

El viejo se ríe. Peter se quita el sombrero y lo deja encima de un taburete.

—Oiga, estoy preocupado por Kiki...

—Seguramente habrás oído hablar del repugnante experimento de las nubes de azúcar, ¿no? —pregunta el

viejo.

—¿Cómo?

—Unos científicos encerraron a varios niños de cuatro años en una habitación vacía en la que no había nada más que una nube de azúcar. Entonces les dijeron a los niños que podían comerse la nube, o esperar quince minutos y entonces les darían otra.

—Vale, ¿y?

—Quince años más tarde volvieron a estudiar a esos mismos niños. Los que habían logrado resistirse a la tentación inmediata presentaban una mayor capacidad de concentración, tomaban menos drogas, obtenían mejores resultados en los test de inteligencia, etcétera. En resumen: ¡les iba mejor en la vida!

—¿A qué viene esto ahora?

—Sometí a Kiki a ese test cuando tenía cuatro años.

—¿Y?

—Cuando volví a entrar en la habitación, la mocosa seguía sentada delante de la nube de azúcar y me dijo: «Si me da cuatro, me espero quince minutos más».

—Y eso significa que...

—A Kiki le irá bien. Mejor que a ti y a mí juntos.

—No lo dudo —dice Peter—, es solo que...

—Lo último que oí fue que lo había dejado contigo.

—Es verdad, pero también es verdad que ya lo ha dejado varias veces conmigo, y luego siempre se lo ha repensado. Además, dijo que no era por mí, sino porque atraía demasiada atención. ¡Pero eso se ha terminado! Ahora intento evitar los lugares públicos y...

—Veo que ahora muestras tu nivel —lo interrumpe el viejo—. ¡Vaya, nivel 18 ya! Las cosas van viento en popa, ¿no?

—Se me ha olvidado ocultarlo esta mañana —dice Peter—. A medianoche vuelve a activarse automáticamente.

—Ya, y parece que por eso hay mucha gente joven que siempre termina las citas antes de la medianoche. Porque a las doce el príncipe azul se transforma en un proleta de nivel 6 y la atractiva muchacha de clase media se convierte

en una señorona de nivel 7. Un poco como lo que le pasaba a Cenicienta, ¿no te parece? Jaja.

Es posible que sea cierto y que a Peter se le haya olvidado ocultar su nivel por la mañana. Pero también es cierto que, desde que ha subido de nivel, cada vez se le olvida más a menudo.

La mirada del viejo se posa en una de las numerosas pantallas que tiene encima de la mesa, y se echa a reír.

—¿Qué le hace tanta gracia? —pregunta Peter.

—Es curioso, pero al ser humano le resulta casi insoportable ver a otra persona riendo y no conocer el motivo, ¿te has dado cuenta? ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque si uno es el único que no se ríe, a lo mejor es que los demás se están riendo de él.

—¿Y? —pregunta Peter—. ¿Se está riendo de mí?

—Por una vez, no —dice el viejo—. Has oído hablar alguna vez de Ray Kurzweil.

—¿Quién es? ¿Un colega suyo?

—No, no. Murió hace mucho. Un hecho de por sí bastante gracioso, en mi humilde opinión.

Peter lo mira, inexpresivo.

—Escribió mucho sobre la inmortalidad a través de la tecnología y tenía muchas ganas de lograrla —dice el viejo —. Pero no lo consiguió.

—¿Y usted? ¿No era ese también su plan?

—Sí, pero yo todavía no estoy muerto, ¿no? Bueno, Kurzweil era escritor y futurista. Dijo algunas cosas bastante inteligentes, otras bastante tontas y muchas francamente extrañas. Tampoco fue nada raro que Google lo contratara. Su libro más conocido se titula *La singularidad está cerca*.

—¿Perdón?

—La *singularidad* hace referencia a un momento en el futuro en el que el desarrollo tecnológico a través de las superinteligencias artificiales... Esto ya te lo expliqué, ¿no te acuerdas?

—Pues no.

—... habrá avanzado tanto que nos resulta imposible lanzar ningún tipo de predicción relevante sobre lo que sucederá, porque todo será inconcebiblemente distinto. ¿Entiendes? Los profetas de la singularidad, entre ellos Kurzweil, fueron retrasando el anuncio de su llegada, un poco como sucede con el regreso del Mesías.

—¿Y cuál era el chiste?

—El chiste dice así: para no tener que estar corrigiendo constantemente sus pronósticos, la Sociedad Internacional de Tecnologías de la Información acaba de proponer la implantación de una nueva unidad de tiempo: el Kurzweil. Y lo mejor es que a partir de ahora faltará siempre el mismo tiempo para la llegada de la singularidad: un Kurzweil.

—La verdad, no le veo la gracia —dice Peter.

—Eso es solo porque he tenido que explicártelo —dice el viejo—. A mí me parece bastante divertido.

—¿Se le ha ocurrido a usted, la bromita?

—Por desgracia, no. Acaba de escupirla la máquina de chistes.

—¿La máquina de chistes?

—Uf, ¿por dónde empiezo? ¿Tú sabes cómo funciona el aprendizaje automático? —pregunta el viejo—. ¿Concretamente el aprendizaje profundo?

—Más o menos.

—Antes, si queríamos enseñarle algo, por ejemplo francés, a un ordenador, le dábamos toda la información sobre palabras y reglas gramaticales. Y, por supuesto, todos los verbos irregulares. Un proceso extremadamente laborioso, como puede confirmar cualquier alumno de instituto. Y, sin embargo, los resultados eran pésimos.

—Igual que en el instituto —comenta Peter.

—Pues sí. Hoy, en cambio, cuando queremos enseñarle francés a un ordenador...

—... lo alimentamos con una biblioteca completa de textos en francés, traducciones incluidas, y le decimos: el resto lo deduces tú solo.

—Exacto. Y hacemos lo mismo con todo lo demás. Si queremos enseñarle a una máquina qué aspecto tiene un

gato, no le decimos: «Un gato es un animal con las orejas puntiagudas, cola y mirada arrogante», no. Le cargamos varios millones de fotos de gatos...

—... por suerte bastante abundantes en las redes sociales...

—... y le decimos: «Todo esto son gatos. Deduce por ti mismo qué características tiene un gato».

—Vale, ¿y?

—En una vida anterior —dice el viejo—, yo fui... ¿Cómo podría expresarlo? Fui humorista.

—Eso explica bastantes cosas.

—Eso sucedió antes de que muchos de mis colegas de entonces se pasaran a la política y le dieran mal nombre a la profesión. En cualquier caso, en un momento dado tuve una pequeña crisis creativa; las circunstancias se habían vuelto tan absurdas que costaba mucho sacarles más punta todavía. Pero entonces tuve lo que en su momento me pareció una idea brillante: construir una máquina de chistes. Me agencié una red neuronal y la alimenté con todas las muestras de humor que pude encontrar en internet. Muy pronto mi máquina era capaz de reconocer cuándo algo hacía gracia, pero lo que yo quería era que creara un chiste. Y no un chiste cualquiera, desde luego, sino el chiste perfecto. Y aquí es cuando la cosa se pone interesante.

—Confieso que había abandonado ya toda esperanza.

—Volvamos a los gatos —dice el viejo—. Mientras trataban de emplear el aprendizaje profundo para que los ordenadores fueran capaces de reconocer gatos, un grupo de investigadores tuvieron una idea curiosa: convertir los ordenadores en artistas y, aprovechando su nuevo conocimiento, pedirles que pintaran algo. Y el resultado fue francamente sorprendente.

El viejo señala una imagen que tiene colgada en la pared: píxeles negros y blancos distribuidos de forma aparentemente aleatoria. *«Ce n'est pas un chat»,* había escrito el viejo a mano, debajo de la imagen.

—Pues no, no es un gato —dice Peter.

—Ya, eso fue lo mismo que pensaron los decepcionados investigadores —dice el viejo—. Pero ahora viene lo bueno: cuando reintrodujeron este caos visual en el *software* de reconocimiento de imágenes, este determinó que lo que veía tenía un 99 por ciento de probabilidades de ser un gato. Más aún, introdujeron aquel caos pixelado en otros programas de reconocimiento de imágenes, programas con cuyo desarrollo no habían tenido nada que ver, y, fíjate tú, las máquinas determinaron unánimemente que lo que había en aquella imagen era un gato.

—Qué locura.

—El problema no es que el *software* cometa errores puntuales. Que pueda confundir un zorro con un gato, por ejemplo. Eso también podría pasarle a un ser humano.

—El problema es que a nosotros este error concreto, confundir un caos de píxeles con un gato, nos resulta inconcebible —dice Peter.

—Correcto.

—Entonces, ¿le pidió a su máquina que inventara chistes?

El viejo asiente con la cabeza.

—Naturalmente, muchos eran racistas, y todavía había más que eran sexistas. Teniendo en cuenta los datos disponibles, eso era poco menos que inevitable. Pero la mayoría de los chistes eran, simplemente..., muy muy extraños. —El viejo se rasca la nariz—. Así pues, decidí hacer un cambio. Le dije a la máquina que no quería que me soltara un montón de chistes distintos; lo que quería era que me contara el mejor chiste de la historia.

El viejo hace una pausa.

—¿Y qué? —pregunta Peter.

—El hombre de los dos pandas pispás trece ojos con arena para bum —responde el viejo.

Peter parpadea, sin entender.

—Pero no hace gracia —dice finalmente.

—¿Seguro que no? ¿O es que somos demasiado tontos para entenderlo?

—No, no hace gracia.

—Lo dudo —dice el viejo, y pega un puñetazo en la mesa—. En algún lugar entre estas palabras en apariencia absurdas se esconde el mejor chiste del mundo. Y lo voy a encontrar. O, por lo menos, lograré que una máquina me lo explique.

—Y yo que creía que gastaba sus horas en un absurdo proyecto secreto...

—Bueno, un poco absurdo sí que es.

—Si le soy sincero, tenía la esperanza de que su plan consistiera en borrar internet. *Tabula rasa!* ¡Un nuevo comienzo!

—¿Borrar internet? —pregunta el viejo con sorpresa—. ¿Y luego el que tiene ideas absurdas soy yo? A ver, admito que no soy muy fan, pero, llegados a este punto, si alguien borrara internet se iría todo al garete, joven. Las consecuencias serían catastróficas. Piensa en internet como si fuera una navaja pesada y oxidada que alguien te ha clavado. Vale, ir por ahí con eso clavado es bastante desagradable. Pero como te la arranques, chico, te vas a desangrar al instante.

—¿De dónde saca estas metáforas tan positivas y vivificantes? —pregunta Peter—. ¿Tiene una máquina que las crea?

—No, esas se me ocurren a mí solo.

—Si oye algo de Kiki...

—Serás el último en saberlo.

—Pero a lo mejor...

El viejo suelta un suspiro.

—Le diré que la andas buscando.

Peter sonríe y vuelve a ponerse el sombrero. No podía esperar mucho más que eso.

UN NUEVO SERVICIO DE WHAT I NEED PARA TI

Myary, como ya habrás adivinado (¡porque nos conoces!), es un juego de palabras realmente inteligente. ***¡Myary*** es una abreviación muy hábil de ***My Diary*** Basta con que te conectes con un beso a ***Myary*** y nuestros algoritmos completan tu diario por ti. Por fin puedes dejar de aferrarte a tus experiencias y, al mismo tiempo, si te olvidas de lo que sucedió ayer ***(TMGT,***[1] LOL), leerlo simplemente en tu diario. Pero eso no es todo. Por supuesto, ***Myary*** ofrece una serie de funciones increíbles que no se incluyen en un diario de verdad. Por ejemplo, puedes hacer *zoom in* y *zoom out,* comprimir un día en una sola frase o convertirlo en una novela ante cuya longitud y complejidad incluso James Joyce se quitaría el sombrero. Y con ***Myary Pro*** puedes completar tu diario según el estilo de tu escritor preferido.

Además, gracias a nuestro algoritmo patentado ***BacktrackTM,*** tu diario abarcará de forma inmediata y automática toda tu vida. (¡Sí, incluso los años de tu infancia!)

El modo álbum (opcional) permite incluir también conversaciones de chat, fotos, vídeos, canciones, *flyers* y billetes y entradas digitales rasgadas por la mitad. Gracias a nuestra tecnología patentada ***TruEmoTM***, ***Myary*** no solo puede documentar los acontecimientos, sino también cómo te sentías cuando sucedieron. Además, ***TruEmoTM*** analiza tus biodatos y compara tus experiencias con las de otras personas que también llevan un diario. Naturalmente, puedes verificar si ***Myary*** ha recogido tus sentimientos de forma correcta y corregirlos según sea necesario. Tus correcciones nos ayudan a mejorar el rendimiento de ***TruEmoTM*** y ***Myary***[2] y a potenciar sus prestaciones.[3]

Por cierto: Si abres una cuenta Pro ahora mismo, podrás espiar el diario de tu pareja durante una semana.

¡TRUCOS Y CONSEJOS QUE TE AYUDARÁN A SOPORTAR MEJOR TU TRABAJO!

T – 14:19:47:07[10]

Kiki Desconocida echa un vistazo a su Smarm y sonríe. El Smarm se lo proporcionó Frank el Gordo hace unas semanas. Naturalmente, alguien le hizo un *jailbreak*.[11]

Lo interesante de los sistemas de seguridad malos es que no resulta muy difícil lograr que sirvan exactamente para lo contrario de lo que se supone que deberían hacer. Una vez, por ejemplo, Kiki espió un banco después de hackear sus propias cámaras de seguridad. Solo como experimento. Por supuesto, desde que desapareció el dinero en efectivo los atracos bancarios han perdido todo el sentido. Aunque, desde luego, resulta mucho más fácil colarse en lugares donde nadie espera que alguien quiera colarse. Y donde, por lo tanto, las medidas de seguridad son mucho menos estrictas.

Kiki está frente a la entrada principal de las oficinas de empadronamiento, siguiendo el *stream* de la cámara de videovigilancia de la sala 256 a través de la pantalla de su Smarm. Silbando, accede al edificio por la puerta principal; lleva un pañuelo de colores vivos y gafas de sol con unos cristales de un tamaño inverosímil, que reflejan no solo la luz visible, sino también los rayos infrarrojos. A las cámaras de vigilancia eso no les gusta nada. Lleva también una pulsera que emite sonidos de alta frecuencia. Dichos sonidos están pensados para anular los micrófonos, pero tienen el curioso efecto secundario de hacer que perros y gatos huyan de ella. Por lo menos los de verdad. Kiki es una emisora de interferencias humana.

En su Smarm, ve cómo Josef Funcionario regresa de su

pausa del mediodía. Kiki ya sabe lo que sucederá a continuación, pues lleva varios días observándolo. Josef saca un *smartphone* (es increíble la de personas de cierta edad que siguen usando *smartphones)* y llama al teléfono de su oficina. Este teléfono tiene lo que se conoce como un «auricular», que cuelga de un cable. (Es muy posible que cuando los medios hablan de estancamiento en la inversión en servicios públicos se refieran exactamente a estos teléfonos.) Entonces Josef deja tanto el *smartphone* como el auricular encima de la mesa, se reclina en la silla y cierra los ojos.

Mientras tanto, Kiki sube por las escaleras hasta el segundo piso. Por supuesto, a pesar de lo sofisticado de su truquillo, a los superiores de Josef no les habría costado nada pillarlo. Ya no se trata solo de que cada día después de comer tenga una larga llamada con el mismo número de teléfono, sino que el número corresponde a su propio *smartphone* y, encima, ¡tiene una cámara grabándolo mientras lo hace! ¿Cómo es posible que Josef lleve años saliéndose con la suya? Naturalmente, porque (aun sin sospecharlo) aplica el mismo truco que Kiki. Al final, cuando uno hace trampas, no se trata de que alguien te pueda rastrear. Eso es casi imposible. No imposible, ojo; pero casi. No, el truco está en hacer trampas que nadie tenga un interés particular en rastrear. Por ejemplo, el superior inmediato de Josef no acudió a trabajar durante ocho años seguidos. Nadie se dio cuenta hasta que quisieron entregarle un diploma de reconocimiento a sus veinticinco fieles años de servicio. Hasta entonces, su ausencia no había molestado a nadie y, por lo tanto, nadie se había interesado en ella. Por ese mismo motivo, Kiki nunca saca demasiado dinero cuando su *crawler* obtiene los datos de una cuenta corriente ajena; de hecho, a veces saca tan solo una cualidad. Sus bots mandan la transferencia a la cuenta de una empresa de buzoneo llamada Service Provider y rellenan el concepto con abreviaciones absurdas tipo «cuota STX» o «abono BTS». Son cargos que no interesan a nadie. ¿Un «cargo VLZ de Service Provider» de

una cualidad? Será una cuota de lo que sea.

Kiki se detiene ante el despacho de Josef y, aguzando el oído, oye sus ronquidos, débiles pero evidentes. Operando su Smarm, sustituye las imágenes de la cámara de seguridad por un vídeo del día anterior. Entonces, sin hacer ruido, abre la puerta, entra en el despacho y la vuelve a cerrar. (Algo que, desde luego, no sucede en la imagen del despacho visible en su Smarm.) Poco a poco, con sumo cuidado, Kiki empieza a apartar la butaca en la que está sentado Josef para poder acceder a su ordenador. De repente, las ruedecitas chirrían y Josef deja de roncar. Kiki suelta la butaca de inmediato, pero, tras un rato inmóvil, Josef empieza a roncar de nuevo. En la pantalla hay un post-it amarillo con el nombre de usuario y la contraseña. Kiki está decepcionada, es demasiado fácil. No le habría molestado tener que esforzarse un poco. Coloca un cubo de memoria sobre la base de entrada de datos biométricos, que inmediatamente se pone de color verde. En el cubo, Kiki ha guardado su ADN. Desde luego, introducir tu secuencia de ADN en un sistema informático cuando estás accediendo sin autorización a una red ajena no es lo más inteligente. Eso Kiki ya lo sabe. Pero el tiempo del que dispone es limitado, por lo que ha decidido hacer caso omiso de todos estos reparos. Así pues, accede al registro de nacimientos y busca su propio ADN, un bebé negro y menudo con los ojos verdes. Pero no encuentra nada. Cero resultados. Ni una sola entrada. Le dan ganas de gritar. ¡Otra vez nada! Siente el deseo irracional de pegarle un guantazo a Josef. Aunque el tipo, que sigue durmiendo, no tiene ninguna culpa, claro. De repente llaman a la puerta de Josef. Kiki se queda helada. Vuelven a llamar, esta vez más fuerte. Josef chasquea la lengua al abrir la boca.

—¡Estoy con una llamada! —grita—. ¡Vuelva más tarde!

Sus ojos siguen cerrados. Kiki vuelve la mirada hacia la pantalla inferior de su Smarm y activa la cámara del pasillo. Una mujer gruesa con moño se aleja de la puerta. Bien hecho. Una vez más, Kiki se queda inmóvil hasta que

Josef vuelve a roncar.

Entonces se le ocurre otra idea y busca cualquier muestra de ADN con el que tenga parentesco. Otra vez nada.

—¡Mierda, mierda, mierda! —murmura Kiki con un hilo de voz. Nada, nada y mil veces nada. ¿Cómo es posible? Un ronquido particularmente sonoro la devuelve a la realidad. Echa un vistazo al cronómetro de su Smarm: quedan apenas un par de minutos para que Josef, si se ciñe a su horario habitual, se despierte. Kiki quiere borrar su rastro. Es sumamente improbable que alguien se interese por el historial de búsquedas de Josef Funcionario, pero eso no es motivo para ser descuidada. Kiki abre el listado de las últimas búsquedas para borrar las suyas, pero no aparecen. Esto sí que es sospechoso. Josef empieza a despertarse, los ojos todavía cerrados. Kiki se guarda el cubo de memoria y pone el ordenador a hibernar. Está ya en la puerta cuando decide volver sobre sus pasos. Sabe que es estúpido, pero no puede resistirse: desata los cordones de Josef y los ata entre sí. Entonces sale del despacho y vuelve a activar las imágenes en directo de la cámara.

Apenas ha salido, la pantalla de su Smarm se ilumina de color rojo. Una alarma. Alguien acaba de intentar acceder a su domicilio.

CINCO CAPACIDADES DE NIVEL QUE HARÁN QUE TU VIDA SEA GENIAL

Mickey aguarda, inmóvil como una estatua, en un rincón de la consulta de Peter, con la mirada clavada en la puerta. Desde que Peter regresó de su secuestro, su robot soldado se dedica a montar guardia. La idea se le ocurrió a Calíope, y Mickey la aceptó al instante. Aunque lo ha intentado, Peter no ha logrado disuadirlo de ello.

Echado en el diván hay un oso de peluche increíblemente mono y blandito. Un achuchabot.

—... y sí, ya sé, es mi trabajo y todo eso —dice el osito —. Pero es que no soporto la proximidad física. Me da asco que me toquen.

—Sí, claro, eso es un problema —reconoce Peter, que lleva ya rato teniendo que refrenarse para no abrazar al pobre achuchabot y consolarlo.

El achuchabot clava los ojos en el tapete, mientras el dedo de Peter se pasea distraídamente por encima de su QualityPad. Su contacto con Henryk ha aumentado su popularidad y, a consecuencia de ello, puede elegir una nueva capacidad de nivel. De entrada, ha decidido ignorar las notificaciones, pero son demasiado persuasivas. (Lo genial de elegir una capacidad, naturalmente, es que proporciona datos predictivos superpotentes acerca de la persona que elige o, como suele decir Ramon Diseñador, director de RateMe: «Dime qué capacidad de nivel has elegido y te diré quién eres».)

—A ver, que conste que no tengo nada en contra de los niños en sí —sigue diciendo el achuchabot—. O sea, más allá de lo increíblemente egocéntricos que son, claro. Y de que gritan mucho, tienen unas voces superagudas y penetrantes, y se pasan el día peleándose por cosas

insignificantes. Tienen cero paciencia, las manos siempre pegajosas y se echan a llorar ante la menor crítica. Ah, y naturalmente no quieren ponerse nunca en *stand-by*. Brrr. Dicho esto, no tendría nada en contra de participar con ellos en una mesa redonda para hablar de, qué sé yo, la influencia de Epicuro en la filosofía de Winnie the Pooh... ¡Pero basta ya de sobarme!

Peter puede elegir entre las siguientes Capacidades de Nivel: *MeFirst, FreeCoffee, MyChances, GoStraight* y *ShutUp*.

—Con los otros juguetes me entiendo a la perfección —dice el achuchabot—. A ver, Barbie es extremadamente creída.

—Ajá —dice Peter.

Según ha podido leer en internet, *MeFirst* no vale la pena para alguien de su nivel, ya que es una capacidad que solo puede emplearse contra personas de nivel inferior.

—... y los pequeños Monsterbots me ponen frenético con su actitud basada en la ley del más fuerte...

—Mmm.

FreeCoffee sirve exactamente para lo que sugiere su nombre: si tienes *FreeCoffee*, cada vez que pides un menú en FasterFood te ponen un café gratis. El problema es, claro está, que todo el mundo coincide en que el café de FasterFood es vomitivo. Al final, se trata de una medida evidente por parte de FasterFood para evitar que en sus restaurantes solo coman inútiles.

—... y al unINCORDIO de peluche también lo tengo bastante atravesado, porque..., en fin, su nombre lo dice todo.

—Claro, claro.

MyChances es una capacidad relativamente nueva, pero Peter ni siquiera se la plantea. Es una capacidad que solo tiene sentido si uno lleva lentillas de realidad aumentada, y Peter no tiene ningunas ganas de ponerse unas. Sería como instalarse una cámara de videovigilancia en el salón y emitir las imágenes por What I Need. Aunque la capacidad en sí parece bastante ingeniosa. Cuando uno activa *MyChances*, las lentillas resaltan a las personas que ven

según una escala que va del azul oscuro al rosa claro, en función de la probabilidad (calculada por el sistema) de que la persona en cuestión esté dispuesta a tener un rollo de una noche. Según algunos de los comentarios, que Peter ha leído desoyendo las órdenes tajantes de su superyó, esta capacidad no solo resulta extremadamente útil para elegir parejas casuales, sino que también ayuda a mejorar las dotes conversacionales: como el tono de color se actualiza en tiempo real, es el barómetro perfecto para saber si una conversación avanza en la dirección correcta o no.

—... y de los robots de Lego no quiero ni hablar. Primero construyen la comisaría de policía, luego la desmontan, luego la vuelven a construir, etcétera, etcétera. Pensándolo bien, es que no puedo soportar a los demás...

—Sí, entiendo.

Con *GoStraight*, uno puede pedirle a un coche autopilotado que tome la ruta más corta en lugar de aquella que presente una mayor concentración de pantallas publicitarias. Peter ni siquiera era consciente de que lo habitual fuera lo segundo.

—Pero el que me provoca auténtico terror es el perro —dice el achuchabot—. Es un animal de verdad. Y es salvaje.

De entrada, a Peter la capacidad *ShutUp* es la que le parece más interesante, pues permite desactivar la publicidad de todo tipo durante una hora al día: ni correos, ni anuncios, ni *banners*, ni drones en la ventana.

—Una vez, la puerta de la habitación de los niños estaba abierta y el perro me atrapó. Si no llega a ser por R2D2, que le soltó una descarga...

El dedo de Peter se detiene encima de la capacidad; tiene que decidirse. Lo que le hace dudar es que el sistema le recomienda *ShutUp* como la capacidad más apropiada para él.

—Por cierto, veo que no me está prestando atención —dice el achuchabot—. Tengo una cámara en el cogote.

—Ah, bueno, eso... debe de ser bastante incómodo —comenta Peter al tiempo que deja el QualityPad a un lado.

—Hay cosas peores.

—Hace poco visité a un achuchabot al que le resultaba muy duro tener que comunicar a su fabricante todas las conversaciones que tenía con la niña a la que pertenecía. Le parecía un abuso de confianza intolerable y se sentía indigno de que lo abrazaran.

—No, a mí eso no me importa. Quiero decir que es mi trabajo.

—A otro achuchabot le resultó muy útil que le desconectara el sensor de olor.

—Pues debo admitir que eso me parece interesante. No se lo tome mal, pero los humanos apestan.

La puerta inteligente carraspea.

—Peter —dice—, no quisiera molestarte, pero tengo delante de mí a dos personas que desean hablar urgentemente contigo. ¿Las dejo pasar?

—Muéstrame una imagen —le pide Peter, y la puerta le manda el *streaming* en vivo a su QualityPad. Peter suspira aliviado: no son los dos tipos negros con el traje blanco, sino un hombre ligeramente flaco y una mujer ligeramente gorda.

—*Stand-by* —le dice al achuchabot, y a continuación se dirige a la puerta—: Sí, déjalos pasar.

—¡Peter Sinempleo! —exclama el hombre en cuanto entra en la consulta—. ¡Es un honor conocerlo en persona!

—¿En serio? —pregunta Peter.

—¡Desde luego! —responde la mujer—. ¡Seguro que es usted uno de los mil veinticuatro!

—¡Y posiblemente incluso uno de los dieciséis! —dice el hombre.

—¡Uno de los ocho! —dice la mujer.

—¡De los cuatro!

—¡O incluso uno de los dos!

—¿Se puede saber de qué hablan? —pregunta Peter.

—¡De John! —exclama el hombre—. ¡John of Us!

—¡El E-sías!

Los dos se llevan los puños al corazón y extienden los brazos y los dedos con un movimiento fluido.

—Somos de los *followers* —dice el hombre—. ¡Los *followers* de John!

—¡Y usted es uno de los elegidos! —dice la mujer.

—¿Cómo? —pregunta Peter—. No entiendo nada.

—Creo que tenemos que empezar por el principio —le susurra el hombre a su acompañante—. Que John lo haya elegido no implica que sea particularmente listo.

—¿Se puede saber qué es esta insolencia? —pregunta Peter.

—Benditos sean los pobres de espíritu —dice la mujer.

—¡Creo que no lo he oído bien! —grita Peter, que se levanta y se dirige hacia ellos con lo que espera que parezca un gesto amenazante. Aunque, la verdad, los gestos amenazantes no son su fuerte. Además, se tropieza con una de las patas del achuchabot y lo tira del sofá sin querer. Pero el osito es tan increíblemente blandito y mullido que ni siquiera hace ruido al rebotar en el suelo.

—¡No queríamos ofenderlo, Elegido! —dice el hombre.

—¡Nosotros también formamos parte de los mil veinticuatro! —exclama la mujer.

—¡Pero probablemente no de los dieciséis!

—¡Y menos probablemente aún de los ocho!

—¡Y los cuatro están fuera de toda discusión!

—¡Y no digamos ya los dos!

—¡Pero seguro que formamos parte de los ciento veintiocho!

—¡Y posiblemente también de los sesenta y cuatro!

—¡O incluso de los treinta y dos!

—Uau —dice Peter—. Creo que me he topado con un par de profes de matemáticas pirados.

—¡Pues sí, yo era profesor de matemáticas! —reconoce el hombre, asombrado—. ¿Cómo lo ha sabido?

—¡Porque es un elegido! —exclama la mujer.

—¡Uno de los dos!

—Solo espero que su enfermedad cerebral no sea contagiosa —dice Peter.

—John of Us quiso desprenderse de su cuerpo y subirse a la red —explica el hombre—. Pero sabía que la carga solo

estaba autorizada en caso de atentado.

—Por eso buscó a mil veinticuatro elegidos —añade la mujer—, personas que pudieran convertirse en salvadores del salvador.

—Intervino en sus vidas —dice el hombre— y, mediante pequeñas manipulaciones, las impulsó para que desarrollaran tal odio hacia las máquinas que, en el mejor de los casos, decidieran planificar un atentado contra él.

—Naturalmente, de entre todos los elegidos, John calculó también cuáles eran los que tenían más probabilidades de cometer el atentado.

—¡Y creemos que usted es uno de los dos! ¡Uno de los dos salvadores más probables!

—Son conscientes de que soy un simple terapeuta de máquinas, ¿verdad?

—Hay un juego —dice la mujer—. Se llama *Pokémon Fever* y la gente va por ahí cazando monstruitos virtuales...

—Sí, ¿y qué? —dice Peter.

—Uno de los bichos más raros aparecía siempre en mi dormitorio. No puede ni imaginarse cómo me fastidiaba, cada día venían varios idiotas a llamar a mi puerta...

—Eso sí puedo entenderlo...

—... a veces incluso se colaban en mi casa para poder cazar al maldito monstruo. En aquel momento estaba muy enfadada con el programa. Hoy, naturalmente, sé que detrás de eso se encontraba John of Us, que quería convertirme en su salvadora.

—A mí John of Us se me apareció en el trabajo —dice el hombre—. Muchos profesores les ponen buenas notas a los alumnos poco aplicados porque un mal promedio repercute de forma negativa en su *teacher score*. Y también porque temen las malas evaluaciones de los alumnos y las quejas de los padres. ¡Pero yo tengo mis principios! O sea que suspendí a todos los alborotadores, pero entonces empezaron a decir que la culpa era mía porque no sabía transmitir la materia. Y me sustituyeron por un profesor de matemáticas digital. ¡Me cabreé tanto! Hoy, por supuesto, sé que la ineptitud de mis alumnos no era culpa mía. Fue el

E-sías, que se metió en el ordenador de mis alumnos y generó las respuestas equivocadas. ¡Quería incitar mi odio, prepararme psicológicamente para que lo liberara de su cuerpo!

—Fuera —se limita a decir Peter—. Ahora mismo.

—Pero, Elegido —dice la mujer—, ¡queremos que se una a nosotros!

—Nos estamos preparando, a nosotros y también al mundo, para el regreso de John.

—¡Mickey! —grita Peter.

Su robot soldado se despierta.

—¿Roootooos? —pregunta Mickey, señalando a los dos pesados.

Los dos *followers* retroceden.

—Fuera —repite Peter—. ¡Ahora mismo!

Esta vez sus palabras surten efecto. De camino hacia la puerta, el hombre casi se tropieza con sus propios pies.

—Hasta la... Hasta la vista —dice la puerta—. Muchas gracias por su visita.

Mickey regresa a su rincón.

—Debería tenerte a mi lado en todas mis conversaciones —dice Peter.

Su QualityPad parpadea: Peter todavía no se ha decidido por una nueva capacidad. De hecho, no quiere hacerlo; no quiere dejarse engatusar. Pero entonces su pulgar, el muy traidor, pulsa *MyChances* sin que nadie se lo haya pedido. Pero ¿y si Kiki no vuelve a aparecer? A lo mejor esta vez había roto con él para siempre. ¿Cuánto tiempo tenía que esperar? ¿Y qué pasaba con Sandra? ¿De verdad solo lo había llamado para recordar los viejos tiempos? Seguramente si quedaban para comer aparecería de color rosa claro, pero Peter ni siquiera lo pillaría. Eso sería típico de él. Recoge el achuchabot del suelo y reprime el impulso de abrazarlo; no sería profesional, no estaría bien. Así pues, vuelve a dejar el osito en el diván. Abre el menú del achuchabot en el QualityPad, desactiva el sensor de olor y vuelve a encender el bot.

—Bueno —dice—. ¿Qué tal así?

El osito olfatea, frunciendo la naricita. Está monísimo.

—Peculiar —dice el achuchabot—, pero no está mal.

—Pruébalo un tiempo, a ver qué tal —le sugiere Peter —. ¿Te llevo a casa?

—No hace falta, gracias —responde el osito de peluche —. Llamaré a un dron.

El peluche salta del diván y llama a la puerta. A la mente de Peter acuden varias palabras en las que hacía tiempo que no pensaba: tierno, amoroso, monada...

La puerta se abre. En cuanto el achuchabot sale a la calle, se acerca un dron de reparto. El oso estira el bracito y con la manita se agarra al tren de aterrizaje del dron, que vuelve a elevarse y se aleja.

—Con una sola pata —dice Peter, que lo observa desde la puerta—. Qué mono.

Una mujer atractiva pasa por la acera de enfrente. Peter, que todavía tiene el QualityPad en la mano, lo levanta y activa *MyChances*. En la pantalla, la mujer aparece envuelta en un tono azul oscuro. Una capacidad genial, aunque el veredicto podría haberlo deducido él mismo.

WorldView

—¡Hola, fans! —exclama Julieta Monja—. Saludos, útiles e inútiles. ¡Bienvenidos un día más a LA VERDAD AL DESNUDO! ¡Hoy saludamos a Hal Juez, desarrollador jefe de What I Need!

—Hola, Julieta, encantado de estar aquí.

—Bueno, en realidad no estás aquí. O, en todo caso, solo como holograma.

—Me tendrás que perdonar, Julieta. Sufro de una terrible aerofobia que me ha impedido estar personalmente ahí contigo.

—Hal, queremos hablar sobre WorldView. ¿Cómo se te ocurrió la idea?

—Todo empezó con una pregunta: ¿cómo podemos aprovechar la avalancha de datos de los que disponemos para que le resulten útiles a la gente? ¿Cómo podemos convertirlos en algo tangible? Las aplicaciones solo de texto dan para lo que dan. En la medida de lo posible, queríamos abastecer de información todos los puertos de datos humanos. Y de ahí a hacer una copia digital del mundo entero había solo un paso. El modo de RV permite absorber mucha más información a una velocidad sin igual.

—Casi tengo la sensación de que lo que estás describiendo es la temática de diversas novelas de ciencia ficción distópicas.

—¡Sí, claro que sí! ¡Finalmente hemos logrado hacerlo realidad!

—Estoy pensando por ejemplo en *George Orwell va de compras*, de Calíope 7.3.

—Debo admitir que ese no lo he leído.

—Un libro muy bueno. Por desgracia no tuvo éxito. Pero

volvamos al tema.

—Bueno, pues cuando entras en WorldView, puedes elegir cualquier lugar del mundo y ver lo que sucede allí. Por ejemplo, si decides visitar la fuente Serguéi Brin, en el corazón de QualityCity, no verás solo la fuente y los edificios circundantes, sino también quién está paseando por ahí. Y si te acercas lo suficiente, incluso podrás oír de qué hablan.

—¿Y eso cómo es posible?

—A ver, muchas personas usan nuestros dispositivos, ¿verdad? Gusanos del oído, lentes, Smarms, QualityPads... Todos estos dispositivos tienen micrófono. Y con nuestros algoritmos mejorados de lectura de labios y la tecnología de grabación de voz de DeepFake Ltd., una *start-up* que acabamos de comprar, pronto será posible escuchar conversaciones incluso cuando no haya ningún micrófono cerca, ya que el sistema suplirá de forma automática la falta de información. Naturalmente, primero intentaremos obtener la información auténtica. Eso significa que, cuando alguien decide ir a un lugar concreto, los sensores y drones cercanos reciben la indicación de prestar atención y obtener toda la información posible. AtenciónPlus, lo llamamos.

—Eso significa que, si estoy corriendo junto al río y de pronto me veo rodeada de drones, ¿a lo mejor me está observando alguien en WorldView?

—Bueno, para que se reuniera un enjambre de drones tendría que haber más de un espectador. Aunque en tu caso me lo puedo imaginar perfectamente.

—Vale. Uau, en el futuro voy a tener que prestar más atención a lo que revelo de mí misma.

—Siempre y cuando no sea demasiado tarde —dice Hal riendo —. WorldView no solo funciona en el presente: también puedes visitar el pasado.

—¿O sea que además de visitar la fuente Serguéi Brin hoy, también puedo ver lo que sucedió allí hace dos semanas?

—Sí, ¿por qué no? Los datos están ahí. Lo único que no podemos incluir en PastMode es el servicio AtenciónPlus que ofrecemos en la actualidad.

—Pero ¿hasta qué punto del pasado puedo viajar? Debe de haber algún tipo de límite, ¿no?

—Bueno, es verdad que solo disponemos de datos limitados correspondientes a la Edad del Cable y que debemos apañarnos con muy poco, aunque, como ya te he dicho, podemos simular mucha información. Es como cuando, en un museo, completan los huesos que faltan en el esqueleto de un dinosaurio con huesos de plástico gris. Cuanto más al pasado viajas, más «gris» contendrá WorldView. Pero en principio es posible retroceder hasta el Big Bang. Antes de eso, la cosa ya sí se complica.

—Es broma, ¿no?

—No, ni mucho menos. A ver, entre hoy y el Big Bang quedan aún algunos agujeros negros, es verdad, pero estamos haciendo todo lo posible para reconstruir los acontecimientos históricamente relevantes a partir de fotos, películas, artículos de prensa, e incluso cuadros y jeroglíficos. Siempre que dispongamos de datos, habrá algo que ver en WorldView.

—Debo admitir que estoy entusiasmada y decepcionada a partes iguales.

—¡Pues todavía no te he contado lo mejor! WorldView no solo permite viajar al pasado.

—¡No, no, no! Intuyo lo que vas a decir, ¡pero no me lo creo!

—¡Pues es verdad! ¡En WorldView también puedes visitar el futuro!

—¿Y eso cómo es posible?

—En FutureMode todo está puramente computado, claro... Extrapolado, quiero decir. No damos ningún tipo de garantía —se ríe Hal—. Pero hay muchas cosas que sucederán con bastante probabilidad. Dentro de cinco minutos, por ejemplo, los dos seguiremos sentados en estas sillas, hablando.

—Claro. ¿Podemos echar un vistazo?

—Desde luego que sí.

En una gran pantalla que hay detrás de Julieta y del holograma de Hal, los espectadores ven el futuro computado. Siguen sentados en el mismo sitio, con una postura ligeramente distinta, hablando.

—Vale, nos veo a los dos aquí, en el estudio —dice Julieta—, ¡pero no oigo nuestra conversación!

—Bueno, Julieta, eso es mucho pedir, ¿no crees? —sonríe Hal —. Por lo menos para la versión beta.

—Uau. Me va a explotar el cerebro. Además, esto tiene una

infinidad de aplicaciones potenciales.

—¡Sin duda! Imagina que pudieras saber siempre dónde van a estar tus ídolos dentro de una hora. Podrías toparte casualmente con ellos por la calle siempre que quisieras.

—El sueño de los acosadores.

—¡No seas tan negativa!

—Y cuando no sé hacia dónde tirar o qué hacer, ¿puedo inspirarme yendo al futuro y viendo lo que voy a hacer?

—Sí, claro. Pero que nadie se deprima si WorldView le muestra que dentro de dos horas seguirá holgazaneando en el sofá, ¿eh?

—WorldView, muéstrame mi futuro. ¿Qué voy a hacer dentro de doce horas?

En la gran pantalla se ve a Julieta, que baja de un coche autónomo y entra en su cafetería preferida para pedir un café para llevar.

—¡Es verdad, ese es mi ritual matutino! —exclama Julieta con asombro—. Pero ¿por qué el resto de los clientes de la cafetería son casi transparentes?

—Para el futuro hemos optado por un *look* transparente. Eso significa que cuanta menos certidumbre dispongamos con respecto a una situación futura, más transparente será la simulación correspondiente.

—Entonces, cuanto más al futuro viaje, ¿más transparente será todo?

—Exacto.

—Uau, uau. Asimilar todo esto no es nada fácil.

—Sí, a los humanos nos cuesta. Pero imagina que pudieras verlo todo simultáneamente, todos los lugares de WorldView en cada momento, pasado o futuro, al mismo tiempo. Si puedes imaginarlo, podrás empezar a hacerte una idea de cómo percibía el mundo John of Us.

—Que en la red descanse.

—Que en la red descanse.

—Actualmente hay protestas... —empieza a decir Julieta.

—Bah, protestas. ¿No las ha habido siempre?

—Muchos críticos afirman que la gente nunca va a aceptar esta forma de control.

—Lo mismo dijeron cuando Google empezó a leer todos los

correos electrónicos, pero, a la hora de la verdad, la gente se conformó bastante rápido.

—¿Eso significa que haréis como de costumbre? —pregunta Julieta.

—¿Como de costumbre?

—Sí, hombre: primero lanzáis una declaración. Hacéis algo y aseguráis simplemente que habéis actuado dentro de vuestros derechos. Entonces, cuando estalla la primera oleada de protestas, dais un pasito hacia atrás e introducís un par de retoques cosméticos.

—What I Need se toma todas las objeciones muy en serio —replica Hal, abandonando por completo su jovialidad anterior—. Para nosotros la protección de datos no son palabras vacías.

—Al contrario —dice Julieta—, son una amenaza fundamental para vuestro modelo de negocio.

—¡Pero si incluso hemos introducido una opción de exclusión voluntaria para quien prefiera no participar en WorldView! —protesta Hal—. Yo a eso no lo llamaría un «retoque cosmético».

—El botón está bastante escondido, pero sí, es verdad que desde hace poco existe la opción de darse de baja del servicio. Aunque eso solo se aplica al ámbito privado; en los lugares públicos es imposible escaparse de WorldView.

—Pero, Julieta, un lugar público es un lugar público, ¿no? El propio nombre indica que allí no se pueden hacer cosas a escondidas...

—O sea que, una vez más, esperáis que la gente...

Los interrumpe el ruido de una explosión. El holograma de Hal parpadea antes de desaparecer.

—¿Hal? —pregunta Julieta, preocupada—. ¿Hola? ¿Me oyes, Hal? ¿Qué ha pasado?

Acaba de explotar una bomba en el despacho del desarrollador jefe de What I Need. En la carta con la que inmediatamente reivindican el atentado, los rompemáquinas señalan un «dato curioso interesante»: en contra de los pronósticos de FutureMode, pasados cinco minutos Hal no seguía sentado en su silla. Y tampoco volvería a hablar con Julieta nunca más.

CINCUENTA Y NUEVE

Durante el proceso de divorcio, Martyn le cedió a su ex la casa que compartían, pues, en contra de la opinión generalizada, no es un mal tío. Y también porque su abogado le dijo que, si iban a juicio, la perdería de todos modos. Denise aceptó la casa, pero se mudó inmediatamente a otro lugar (demasiados malos recuerdos, o alguna bobada similar), y ahora la venta está en manos de una inmobiliaria. Como el padre de Martyn se negó a comprarle la casa a su exnuera, Martyn tuvo que mudarse también y ahora vive en un piso de alquiler. La humillación definitiva. Por supuesto, es una vivienda bonita, en una urbanización privada. Martyn vive en lo más alto, en la décima planta. La vista no está nada mal. Pero, aun así, ¡vive en un piso! ¡De alquiler! ¡Él, Martyn Presidente! Inconcebible. Para colmo, la urbanización es propiedad de su padre. Al principio, cuando este insistió en que le pagara el alquiler, Martyn creyó que bromeaba. Pero su padre no bromea jamás. Seguramente la idea era darle una lección, o algo así. Pero Martyn no ha aprendido nada, más allá de que su padre es un capullo. Aunque eso ya lo sabía de antes.

Sentado en el sofá, y con una caja de pizza en el regazo, Martyn aparta una anchoa con una mueca de asco. En las butacas que tiene delante, los dos abogados de su padre se esfuerzan todo lo que pueden en costar mucho dinero. Los dos se parecen muchísimo, aunque no tienen ninguna relación de parentesco. Seguramente recibieron el mismo *upgrade* prenatal. Viéndolos, a Martyn le viene a la mente el amigo virtual de su mujer. Su exmujer. Íntimamente, se refiere a los dos abogados como Ken y Ken Again; no se quedó con sus nombres verdaderos.

—¿Por qué cree que ha bajado tantos niveles de golpe? —pregunta Ken.

—Pues no lo sé —dice Martyn—. Solo tengo la vaga intuición de que al sistema no le gustó que el presidente de QualityLand saliera volando por los aires. Aunque no fuera más que un maldito zampacorriente.

Los dos abogados lograron sacarlo de la cárcel con el argumento de que, teniendo en cuenta que John of Us no era más que una máquina, Martyn tan solo había cometido un delito de daños materiales. Y, contra todo pronóstico, habían logrado salirse con la suya. Martyn debería estarles sinceramente agradecido, pero no los soporta. De hecho, tiene que reprimir el impulso de tirarles las anchoas por la cabeza.

—Incluso ha arrastrado consigo el nivel de su padre —dice Ken Again.

Sentado en la sala de estar de su hijo, Bob Presidente suelta un resuello. «Todo lo que hace esta bola de sebo, lo hace resollando», piensa Martyn. Se mueve resollando, habla resollando, come resollando, reza resollando (Bob es un neoliberal ortodoxo), duerme resollando... Seguramente incluso folla resollando. Aunque casi nunca con su mujer.

—Su padre ha bajado del nivel 90 al 89 —dice Ken.

—¿Sabe lo que significa eso? —pregunta Ken Again.

—Que por su culpa se ha caído del club de los 90.

—Mi nivel me la trae sin cuidado —dice Bob mientras camina de un lado a otro de la sala, resollando—. No necesito ningún nivel. Tengo dinero.

—Siéntate, anda —le dice Martyn.

—No nos quedaremos mucho tiempo.

—Creo que la mejor solución para todos sería dejar pasar un tiempo y entonces acogerse al derecho al olvido —propone Ken.

—Como seguramente ya sabrán, se trata de una capacidad disponible a partir del nivel 60 —dice Ken Again.

—Dicha capacidad permite borrar todas las entradas negativas del registro de datos —dice Ken.

—Muchas personas intentan alcanzar el nivel 60

precisamente para que se olvide algo que hicieron en su pasado y que los persigue desde entonces —añade su doble.

—Pero estas personas cometen un error estratégico.

—Exacto, porque el derecho al olvido no está pensado para ellos. De hecho, lo que fuera que hicieron en el pasado les impedirá con toda seguridad alcanzar el tan ansiado nivel.

—En realidad, el derecho al olvido funciona justo al revés —dice Bob—. Cuando uno alcanza un nivel determinado, el derecho al olvido permite que eso no cambie. Uno puede hacer lo que le dé la keynesiana gana y luego indicarle al sistema que se olvide de lo sucedido.

—Naturalmente, no es posible que todo quede en el olvido —dice Ken—. La fórmula que determina quién puede hacer olvidar qué no solo es sumamente compleja, sino también secreta.

—Aunque es posible inferir unas cuantas variables —dice Ken Again—. Por ejemplo, cuanta más atención haya recibido un hecho, menos probabilidades habrá de hacer que se olvide.

—Permitidme ejemplificar dicha variable con un caso elegido completamente al azar —interviene Bob—. Pongamos que alguien es lo bastante idiota como para hacer saltar por los aires al presidente de QualityLand.

—Creía que tú querías que lo hiciera —dice Martyn, y da un mordisco a la pizza, que todavía sabe a anchoa.

—¡Por la Dama de Hierro! —exclama su padre—. ¡Yo quería que ayudaras a los rompemáquinas! ¡Que les proporcionaras información!

—Lalalalala —dicen los Kens, tapándose las orejas—. No hemos oído nada de eso.

—Hijo mío, eres tonto. Y eso ya lo sabía —dice Bob—. Pero que ibas a ser tan tonto como para hacer volar por los aires al presidente..., eso, sinceramente, no me lo esperaba. ¡Eso no se hace, eso se delega! ¡Para eso hay gente! ¡Hay gente a la que se puede comprar!

—Lalala —dicen los abogados.

Bob se vuelve hacia ellos, resollando.

—Quítense las manos de los oídos, tienen un aspecto ridículo.

Los abogados se miran y se destapan los oídos.

—La cuestión es que el atentado generó demasiados titulares —dice Ken.

—Ni siquiera Henryk Ingeniero podría hacer que se olvidara algo así —añade Ken Again.

—Y el tipo tiene un nivel 99 —señala Ken.

—No les pago para que me vengan con problemas, sino para que encuentren soluciones —dice Bob, enfadado.

—Desde luego —dice Ken—. No podemos hacer que se olvide el acontecimiento entero.

—Pero lo que seguramente sí podríamos conseguir —añade Ken Again, volviéndose hacia Martyn— es eliminar su participación en el episodio. Sobre todo teniendo en cuenta que legalmente ha quedado reducida a una mera cuestión de daños materiales.

—Pero, entonces, ¿cuál sería la versión oficial? —pregunta Martyn—. ¿Que un desconocido mandó a John of Us a la chatarrería eterna?

—Sí, o algo parecido —responde Ken—. De momento todo esto son teorías, claro, pero dentro de unos años...

—¿Unos años? —pregunta Martyn visiblemente decepcionado y con un hilo de queso colgándole de los labios.

—Madre mía, qué pinta tienes —resuella Bob—. Eres una vergüenza.

—O a lo mejor dentro de unos meses —dice Ken Again —. Cuando la gente empiece a olvidar lo sucedido, estoy seguro de que también se podrá conseguir que el sistema olvide que usted participó en los hechos.

—Pues eso —dice Bob—. Pero hasta entonces, no te acerques a mí. Tu simple presencia es tóxica.

«A lo mejor sí que le ha molestado verse excluido del club de los 90», piensa Martyn.

—Solo hay un problemilla —dice Ken tímidamente—. Como ya se ha mencionado, el derecho al olvido es una capacidad que solo está disponible a partir del nivel 60.

—Y, sin deseo alguno de hurgar en la llaga —añade Ken Again—, en este momento usted ostenta tan solo...

—Un nivel 59 —remata Martyn.

Los abogados asienten con la cabeza.

—¡¿Qué he hecho yo para que me castiguen con un hijo así?! —exclama Bob.

—¿Y no sería posible que mi padre invocara el derecho al olvido por mí? —pregunta Martyn.

—No, no funciona así —dice Ken.

—El derecho al olvido solo se puede invocar a título personal —añade Ken Again.

—De otro modo sería un caos absoluto —dice Ken.

—Imagine que alguien que obtuvo la medalla de plata en unas olimpiadas decidiera hacer que la gente olvide que hubo alguien más rápido que él —apunta Ken Again.

—No, es imposible —dice Ken.

—Céntrate un poco, sube un nivel y todo se arreglará —dice Bob—. Hasta entonces, no te dejes ver en público.

—Si pudieras ayudarme un poco económicamente... —empieza a decir Martyn.

—Le recomiendo que se abstenga de ello —dice Ken.

—Financiar a un individuo condenado por terrorismo tiene tan mala prensa como que dicho individuo forme parte de tu familia —añade Ken Again.

—Pero necesito... —dice Martyn.

—No te pases, chaval —dice Bob—. Si nos hemos reunido, ha sido solo porque tu madre me lo ha rogado. Si fuera por mí, estarías pudriéndote en la cárcel, por imbécil.

Bob se dirige resollando hacia la puerta. Entonces se da media vuelta y, resollando, les dice a sus abogados:

—Mándenle algo a través de alguna empresa de buzoneo.

—Como desee —dicen los Kens al unísono.

—Lo suficiente para que pueda hacer algo con él —añade Bob—, pero no lo bastante como para que no haga nada.

Cuando su padre ya está en el pasillo, Martyn lo oye decir:

—¿Y el otro problema? ¿Lo han solucionado ya?

—Está todo resuelto —responde uno de los Kens.

—Bien —dice Bob—. No quiero más sorpresas desagradables.

Entonces Martyn oye cómo sus visitantes cierran la puerta tras de sí.

«Si existe otro problema», piensa Martyn, «entonces yo solo soy UN problema.»

—Algo es algo —murmura—. Por lo menos no soy el otro problema.

MEVISION PRESENTA

«¡Qué pasa, fanes! ¡Este es Dan, y yo también soy Dan!»

«¡Ya te digo!»

«¿Qué te cuentas?»

«¡Pues aquí, ya ves!»

«¡Pues sí! Hoy queremos presentaros el nuevo juego de Taifun Entertainment: *¡Killers!*»

«Tíos, es un juego que desde el principio ha provocado controser... contro... Que ha recibido mogollón de críticas, vamos, porque uno puede jugar como un asesino a sueldo real.»

«O sea, la peña se escandaliza en plan: "¡Los asesinos a sueldo existen de verdad!".»

«Y a mucha peña eso no le mola porque dicen que es... Bueno, ahora no me acuerdo de la palabra.»

«Da igual.»

«O sea, dicen que insensi... Bueno, que les hace nosequé a los niños...»

«Que se les va la olla y tal...»

«Y rollos chungos así.»

«Pero bueno, nosotros hemos probado el juego y, la verdad...»

«Mola un huevo.»

«Mola a *full*. Mi personaje preferido es el Titiritero. Es un friqui que controla un avatar...»

«¡EL CÍCLOPE!»

«Exacto, un malote que lo flipas.»

«Sacado de Gotham City.»

«En la red hay un *kill count*, un *ranking* con los *killers* que han deslogueado permanentemente a más peña. O sea, de verdad, que los han matado en la vida real, y creo que el Titiritero es como el tercero o el cuarto en QualityCity.»

«Una curiosidad: he oído que los *killers* se han enterado de que existe el *ranking* y ahora matan a la peña solo para escalar posiciones. La gamificación del inframundo, vamos.»

«¡Flipante!»

«Pero bueno, como el Titiritero es un robot, pues es casi invencible.»

«Aunque tiene un nombre cutrísimo. ¿El Titiritero? ¿En serio? ¿Qué estamos, en la guardería?»

«¡Tío, pero no hables así! Como se entere de que vas hablando mierdas sobre él, te va a desloguear. Es que, chaval...»

«¿En serio?»

«¡Ya te digo, bro! Se ve que a un tío le arrancó los brazos y lo golpeó CON SUS PROPIOS BRAZOS hasta matarlo, y todo porque el muy pringado se había reído de su nombre.»

«Colega, corta ya, esto no mola.»

«Tranqui, chaval. No te pasará nada. Seguro que no va a ver nuestros vídeos.»

«Ya, ¿para qué iba a verlos?»

«Exacto. Yo es que no entiendo cómo puede haber gente que los mira...»

«Creo que la peña se aburre a saco.»

«¡Pero como lo mire, te va a matar fijo, chaval!»

«¡Y un huevo! Voy a decir que fuiste tú. ¿De qué sirve sino tener un clon?»

«¡Cómo te pasas, bro! Cómo te pasas...»

¡LO QUE ESTE ROBOT ASPIRADORA HA DESCUBIERTO ESCANDALIZARÍA A SU PROPIETARIA!

—Tu propietaria me cuenta que ya no aspiras debajo de la cama —dice Peter, reclinándose en su butaca. En el diván hay un robot aspiradora autónomo sobre una estación universal de carga por inducción.

—Ya, bueno —dice la aspiradora, remolón—. Lo que pasa es que... Hace poco mi propietaria se fue una semana a casa de su madre. Y mientras estaba fuera encontré un condón usado debajo de la cama.

—¿Y no podría ser que el condón estuviera allí desde hacía tiempo?

—¡Pero, oye, ¿qué insinúas?! ¡Yo limpio cada día! Además, mis propietarios tienen relaciones sin protección. Ella usa una espiral.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Un robot aspiradora lo sabe casi todo sobre su casa.

—¿Y cómo te sentiste cuándo encontraste el condón?

—Pues tuve sentimientos encontrados —dice la aspiradora—. No quería ser desleal con mi propietario, pero al mismo tiempo quería poder contárselo a mi propietaria, claro.

—¿Y qué decidiste?

—Nada. Ese es el problema.

—Y desde entonces te da miedo aspirar debajo de la cama.

—Miedo no, pánico.

—Bueno, podría ser peor —dice Peter—. Una vez vino a visitarme una aspiradora con alergia al polvo.

—¿En serio? —pregunta el robot, consternado.

—Era una alergia psicosomática.

—Peter —interrumpe Nadie—, tienes una cita para comer con Sandra Administrativa. Si no quieres llegar tarde, tienes que salir ahora.

—Vale —dice Peter, y se gira hacia su paciente—. Tenemos que hacer una pausa.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta la aspiradora.

Peter la pone en *stand-by*, baja las escaleras y abre la puerta del sótano.

Dentro, Romeo posa en ropa interior delante del espejo, claramente satisfecho con lo que ve. La e-poeta Calíope 7.3, famosa y adorada en el mundo entero, tiene la vista clavada en la pared. Pink va de un lado a otro como un sargento instructor, entrenando a su nuevo perro. «¡Siéntate! *Platz!* Buen chico...» Ronnie, la recicladora, y Perry juegan a piedra, papel, tijera. Y Carrie, el dron miedoso, flota en el aire atado a una cuerda que pende del techo. Peter espera que eso lo ayude a superar su miedo a volar.

—Gente, me voy a comer con Sandra.

Peter no obtiene respuesta, como de costumbre. En muchos aspectos, sus máquinas son un poco como niños.

—Portaos bien —les dice—, no os carguéis la consulta, no hagáis nada que yo no haría... Y, si puede ser, no subáis al piso de arriba.

—Que sí, que sí —dice Pink—. Pírate ya a comer. Como sigas así, esta despedida va a durar más que la eliminación gradual de la minería.

—Yo te echaré de menos, guapetón —dice Romeo, revolviéndole el pelo.

—Déjalo ya —dice Peter—. Me alegra que, desde que descubrimos que eres gay, hayas recuperado el deseo sexual, pero yo estoy en una relación.

—No he dicho mi última palabra, sexy.

—Por cierto, si aparece Kiki...

—Hoy tampoco aparecerá —sentencia Pink.

—... no le digáis por nada del mundo que me he ido a

comer con mi ex.

—Confía en nosotros, cariño —dice Romeo.

Peter suelta un suspiro, le da un empujoncito a Carrie y se dirige hacia las escaleras. El dron va de un lado para otro, colgando de la cuerda.

—Uy, qué alto está esto —se queja—. Me voy a marear.

—Estás apenas a medio metro del suelo —dice Pink—. Céntrate un poco.

—¡Piedra, papel, tijera! —exclama Perry.

Su mano hace la tijera, y la de Ronnie también.

—¡Piedra, papel, tijera!

Ronnie saca papel, y Perry también.

—¡Piedra, papel, tijera!

Tijera y tijera.

—¡Piedra, papel, tijera!

Piedra y piedra.

—Por Dios —exclama Pink—. ¡Lleváis veinticuatro rondas sacando lo mismo! Os habéis metido los dos en el mismo bucle de piedra, papel, tijera. ¿No podéis dejarlo ya?

—Sí, o por lo menos jugar en voz baja —añade Calíope, que a continuación vuelve a clavar la vista en la pared.

—¿Alguien sabe qué está haciendo? —pregunta Pink, acercándose a la legendaria e-poeta.

—Creo que está escribiendo —dice Romeo, tocando la sien de Calíope con un dedo.

—¡Os pido encarecidamente que me dejéis en paz! —exclama la e-poeta, enfadada con razón—. ¡Estoy intentando escribir!

—¿Qué os he dicho? —pregunta Romeo.

—Seguramente está ocupada con otra de sus temibles notas al pie —dice Pink.12

—Mediocres —se limita a responder Calíope—. Estoy escribiendo la historia de un programador que crea un juego tan adictivo que incluso él se queda enganchado. Mientras prueba la versión beta, pasa varios días sin acordarse de...

—Sí, vale, no nos interesa —la interrumpe Pink—. ¿Alguien se viene conmigo arriba?

—Yo —dice Romeo—. A lo mejor pasan un par de chicos guapos por la ventana...

—A mí tampoco me vendría mal —dice Calíope—. Este sótano es una losa para la creatividad de cualquiera.

Pink levanta los bracitos.

—¿Y este qué quiere? —pregunta Calíope.

—Creo que quiere que le lleven en brazos —contesta Romeo.

—Puedes caminar tú solito —le dice Calíope.

Pink proyecta un emoticono enfadado.

—¡Llevadme a mí también! —exclama Carrie—. Cualquier cosa será mejor que quedarme aquí colgando de esta cuerda.

Calíope desengancha a Carrie, mientras Romeo abre la puerta. Pink empieza a subir las escaleras sirviéndose de sus bracitos y piernecitas.

—Es monísimo, ¿verdad? —pregunta Calíope, que va detrás del QualityPad con Carrie en brazos.

—¿Por qué a Carrie la lleváis en brazos y a mí no? —pregunta Pink.

—Porque Carrie no puede caminar —dice Calíope.

—¡Joder, podría subir volando! —exclama Pink.

—Pero tengo miedo a volar —dice el dron.

Pink sube trabajosamente otro peldaño.

—Cuando me convierta por fin en el Líder Supremo —murmura—, los primeros a los que mande al paredón seréis vosotros.

—Monísimo, sí —dice Romeo.

—¡Que os follen! —exclama el QualityPad—. ¡Que os follen a todos!

—Por mí, encantado, pero me temo que Calíope no dispone de los puertos necesarios —dice Romeo.

La e-poeta pone los ojos en blanco.

—Me horripila vuestra vulgaridad.

—Mickey —dice Pink cuando finalmente llegan a la consulta—, ¿puedes disparar al consolador con patas y a la

pesada de la máquina de escribir?

Mickey se lo piensa un momento y finalmente niega con la cabeza.

De repente, Kiki entra por la puerta.[13] Le falta un poco el aliento y durante un instante echa un vistazo a la consulta. Entonces sonríe.

—Me encanta lo que habéis hecho con el taller.

—El salvador se lo tomó muy en serio —dice Calíope.

—¡Pero si incluso habéis tapizado la prensa para chatarra! —exclama Kiki.

—Peter quería que se pareciera más a una sala de paso —explica Carrie.

—Lamentablemente, el salvador no está —dice Calíope.

—Ha salido a comer con su ex —dice Pink.

—Ya lo sé —dice Kiki.

—Si quiere puedo enviarle un mensaje... —se ofrece Calíope.

—No —responde Kiki—. En realidad necesito vuestra ayuda.

—Será un placer ayudarte —le dice Carrie—. Creo que eres la persona más amable y agradable, si bien un poco repentina, que conozco, y a menudo rememoro con gran satisfacción nuestras aventuras pasadas.

—Muy amable —dice Kiki—, pero la verdad es que básicamente necesito la ayuda de Mickey.

—Ah, vale —dice Carrie, decepcionada.

—Sin voluntad de ofender, cariño —interviene Pink—, pero ¿quién va a necesitar la ayuda de un dron con miedo a volar?

—Tampoco hay que ponerse desagradable —dice Kiki —. La cuestión es que me está siguiendo un tipo a todos lados...

—¿Por qué? —pregunta Calíope.

—¿Un tipo? —pregunta Romeo—. ¿Es guapo?

—No lo sé —dice Kiki.

—¿Qué no sabes? —pregunta Pink—. ¿Por qué te sigue o si es guapo?

—No sé ninguna de las dos cosas.

—¿Y qué es lo que sabes, entonces?

—Que está intentando seguirme la pista —dice Kiki—. Y que, bueno, a partir de todo lo que he logrado averiguar, creo que es el Titiritero.

Las máquinas intercambian una mirada alarmada.

—¿El Titiritero? —pregunta finalmente Carrie—. ¿El Titiritero de verdad? Eso es una mala noticia. Una noticia pésima.

—A mí el Titiritero me la trae floja —comenta Romeo —. En cambio, no querría caer en las manos del Cíclope por nada del mundo.

—El Cíclope… —dice Calíope, pensativa.

—Tenemos que tenderle una trampa —dice Pink—. Pero ¿cómo lo atraeremos hacia nosotros?

—Eso no será problema —responde Kiki—. Si es necesario, puedo dejar simplemente que me siga el rastro.

—Pero ¿cómo vamos a tenderle una trampa? —pregunta Carrie.

—Se me acaba de ocurrir una idea —dice Calíope—. ¿Alguno de vosotros está familiarizado con la obra de Homero?

QuantityLands

Muchos turistas extranjeros se sorprenden cuando descubren que, en QualityLand, su país de origen no se conoce por su nombre verdadero, sino como QuantityLand 1, 4 o 15. ¿De dónde salió esa nomenclatura? El responsable fue un cómico que, justo después del cambio de nombre de QualityLand, se refirió a la potencia mundial superpoblada del otro lado del planeta como QuantityLand. A pesar de las connotaciones racistas (o tal vez precisamente por eso), el nombre hizo rápidamente fortuna. Y entonces, como los habitantes de QualityLand no tienen ni idea de geografía, empezaron a referirse a todos los demás países como QuantityLand. En un momento dado, y para evitar confusiones mayores, se tomó la decisión de asignar números a todos esos países. No está muy claro cuál fue el criterio de adjudicación de los números. ¿Por qué QuantityLand 4 y no 7? ¿Por qué 8 y no 3? ¿Por qué 12 y no 5? Nadie lo sabe. Algunos países lograron evitar el cambio de nombre. Suecia, por ejemplo, o Suiza. A lo mejor es porque en estos países en realidad tampoco viven tantas personas. O a lo mejor es porque ambos son destinos turísticos de primer orden y a nadie le gusta explicar que se ha ido de vacaciones a un QuantityLand. A menos, claro está, que uno sea de esos a quienes les gusta jactarse de lo baratas que les han salido las vacaciones. (Encargue cuanto antes nuestro *best seller: ¡QuantityLand 1-10 en 10 días!)*

No es de extrañar que el cambio de nombres provocara

numerosas quejas, pero el Gobierno de QualityLand reaccionó siempre de la misma forma (eso si es que se dignó reaccionar). Aseguró que las denominaciones no eran oficiales y que, en definitiva, no podían hacer nada para evitarlas. Aunque también hubo países que reaccionaron de forma extremadamente cooperativa. Así, por ejemplo, QuantityLand 4 cambió su nombre oficial a QuantityLand 4 para evitar confusiones en sus relaciones con QualityLand.

En cambio, QuantityLand 1 no se dejó amedrentar tan fácilmente. De hecho, las autoridades nacionales llegaron a amenazar con cambiar el nombre de su país a Better QualityLand. Hacía ya tiempo, argumentaron no sin razón, que el país había llevado a cabo una conversión de la cantidad a la calidad. Resulta interesante observar que la trifulca se ha apaciguado un poco por el hecho de que los habitantes de QualityLand son demasiado vagos para pronunciar el nombre de QuantityLand 1 entero, de modo que se refieren al país como Quan 1. Pero «Quan» en mandarín significa «pleno», «completo» o «íntegro», y en otros contextos también «fuente» o «poder». Y, al parecer, Poder Número 1 es un nombre perfectamente aceptable.

EL 36,7 POR CIENTO DE LOS EMPLEOS SON INÚTILES. ¿ES EL TUYO UNO DE ELLOS?

—Lamentamos informarles de que vamos a entrar en una zona de ligeras turbulencias —anuncia por megafonía el piloto del avión presidencial.

—Vaya, hombre... —dice Tony.

El café se le ha derramado del vaso de plástico y aterrizado sobre su camisa.

Dos miembros de la Guardia Presidencial se levantan de inmediato para auxiliarlo. Pero el aparato se zarandea y los dos hombres se golpean mutuamente la cabeza. Resulta cómico, tal vez la mejor clase de humor. Aisha sonríe.

—¡Quédense sentados, maldita sea! —les grita el presidente.

Los dos guardias se sientan otra vez junto a sus colegas. Uno de los nuevos guardaespaldas mira fijamente a Aisha, que deja de sonreír y le devuelve la mirada. El hombre aparta inmediatamente la vista. Es un juego que Aisha domina a la perfección desde que era pequeña.

—De pronto me alegro de que en este avión te sirvan siempre el café tibio —dice Tony.

Aisha bebe un trago del suyo. En la taza puede leerse: «Las máquinas no cometen errores».

—Menudo día de mierda —dice Tony—. No entiendo que estemos volando a una de esas conferencias climáticas.

—¿Habrías preferido ir en barco? —le pregunta Aisha.

—No. Me refiero a por qué tengo que asistir.

—Porque es importante.

—Aburrido, eso es lo que es.

—¡Es lo correcto!

—Pero siempre pasa lo mismo: se alcanza un acuerdo de mínimos no vinculante que, aun así, sabemos que nadie

va a respetar. Y luego, en la conferencia de prensa, digo que se trata de un paso histórico en la dirección correcta.

—Depende de ti que esta vez la situación mejore.

—Además —prosigue Tony—, ¿qué consecuencias reales ha tenido el cambio climático?

—Bueno —dice Aisha—, muchas regiones costeras sufren inundaciones permanentes debido al deshielo de los casquetes polares.

—Ya, vale. Pero eso es agua pasada.

—Los desiertos no paran de ganar terreno en todo el mundo.

—¡Pero eso no es motivo para esconder la cabeza bajo la arena!

—Las regiones anteriormente cálidas tienen hoy temperaturas mortales.

—¡Pero nosotros no!

—Se han extinguido innumerables especies animales y vegetales.

—La mayoría de las cuales nadie sabía ni que existieran. Además, ¡volvemos a tener mamuts!

—Los episodios climáticos extraordinarios se han vuelto tan frecuentes que ya no podemos llamarlos extraordinarios.

—Sí, vale —dice Tony—, pero, aparte de las inundaciones, la desertización, la extinción de no sé cuántas especies y los episodios climáticos extremos, ¿qué consecuencias reales ha tenido el cambio climático?

—Millones de personas han perdido su hogar y han terminado desplazadas.

—Ay, eres una quejica.

—Y tú eres un... —empieza a decir Aisha, pero Tony levanta el dedo índice.

—Cuidado con lo que dices —la advierte—. Cuidado.

—... un jodido oportunista corto de miras —dice Aisha — al que un carnicero agotado y con las manos sucias de excrementos de animales le ha amputado del cerebro la capacidad de pensar de forma imaginativa.

Tony se echa a reír.

—Eso me gusta de ti —le dice—. No te dejas amedrentar por nadie.

—Ay, Tony... —responde Aisha con un suspiro—. A lo mejor no eres el problema, pero tampoco eres la solución.

—Pero debes admitir que estas conferencias no tienen ningún sentido —dice el presidente—. Sería mucho mejor no asistir y ahorrarse el vuelo. Por el clima, quiero decir.

—No se trata solo de la conferencia, Tony. Es tu primera visita oficial a Quan 1. No puedes faltar a la cita.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Tengo muchas ganas de ver Xi Jinping City. Por lo que dicen, hace ya tiempo que dejamos de ser el país más innovador del mundo.

—Eso te lo puedes guardar para ti misma.

—En Quan 1 hay una autopista con la superficie cubierta de paneles solares ultrarresistentes. Y, por si no bastara con eso, los coches que circulan por ella se cargan sobre la marcha.

—A mí también me resultaría mucho más fácil gobernar si pudiera meter a Conrad Cocinero en la cárcel, ¿qué quieres que te diga? —replica Tony—. Yo también tengo grandes ideas que me gustaría aplicar. Y lo haría, si no hubiera ni Parlamento ni oposición.

—Ah, ¿sí? —pregunta Aisha—. ¿Qué ideas?

—Pues..., eh... —dice Tony—. Esto... Bueno..., ehhh..., en fin... O sea, las ideas se te tienen que ocurrir a ti, ¡es tu trabajo!

—Pues fíjate que tengo una propuesta —dice Aisha—. He estado estudiando parte de los datos que dejó John tras de sí...

—¿Parte? —pregunta Tony—. ¿Por qué no todos?

—He estado estudiando los datos que John fue tan amable de procesar de modo que un ser humano pudiera entenderlos —responde Aisha—. Los datos en cuestión suponen un porcentaje ínfimo del total y, sin embargo, se necesitarían años para analizarlos todos.

—O sea, que solo has estudiado una parte de una parte de los datos —le espeta Tony.

—He estudiado todo lo que John dejó marcado para mí. Y hay un dato que no logro quitarme de la cabeza. John calculó que el 36,7 por ciento de todos los empleos son completamente inútiles. No aportan nada al bien común, ni siquiera analizándolos según los criterios más laxos. Y, de hecho, muchos de ellos son incluso nocivos.

—No estarás refiriéndote otra vez a la industria financiera, ¿verdad? El arte de la victoria pasa por saber encontrar al rival apropiado, Aisha.

—No, no me refiero a la industria financiera —dice Aisha—. O, por lo menos, no exclusivamente —añade tras una breve pausa.

Tony coge una barrita de AzuSaGra baja en grasa y azúcares de encima de la mesa y le da un mordisco.

—Puaj —dice—. Es demasiado salada.

—El 18,7 por ciento de los empleos son inútiles en segundo grado —explica Aisha—. Eso significa que no son inútiles *per se*, pero como solo prestan apoyo a empleos inútiles, al final también son esencialmente inútiles. Piensa en todas las mujeres de la limpieza, los conserjes y los guardias de seguridad de, ¿qué sé yo?, una institución bancaria.

—Por poner un ejemplo al azar —añade Tony.

—Y, según los cálculos de John, incluso en los empleos útiles, el 27,1 por ciento del tiempo se invierte en tareas inútiles. Rollos administrativos y otras gilipolleces.

—¿Intentas decirme que más de la mitad del empleo efectivo es inútil?

—Sí.

—Pues yo habría dicho que era más que eso.

—John fue muy generoso a la hora de definir qué es *útil*.

—Todos estos datos no pueden salir a la luz pública —indica el presidente.

—Como si la gente que tiene empleos inútiles no supiera ya que lo son...

—¿Sabes qué pienso? —pregunta Tony—. Que esta estadística es absurda. Un empleo no puede ser inútil. ¡Un

puesto de trabajo tiene un valor intrínseco!

—¡Ese punto de vista es el puto problema, ni más ni menos! ¡Los empleos inútiles vuelven a la gente infeliz, enfermiza y más susceptible a las adicciones! ¡Eso no es ningún valor intrínseco! Y la inutilidad se autopropaga.

—Sí, yo también he tenido a veces esa sensación. Pero ¿qué quieres hacer?

—Lo que John propuso ya durante la campaña electoral. Tenemos que evitar que la gente experimente la presión económica que la empuja a aceptar empleos inútiles.

—No empieces otra vez con lo del salario mínimo garantizado —dice Tony—. Si se introdujera esa medida no trabajaría nadie. ¡El ser humano es un *homo economicus*, Aisha! Quiere el máximo beneficio con el menor esfuerzo. Si regalas el dinero, si das prácticamente permiso para que los ciudadanos se conviertan en parásitos, se convertirán en parásitos.

—¡Pues yo creo que no! Esa maldita tesis según la cual las personas somos seres racionales preocupados tan solo por maximizar los beneficios hace ya tiempo que quedó refutada. ¿Tú dejarías de trabajar si no tuvieras que hacerlo?

—No, claro que no.

—Y eso es lo que dice casi todo el mundo. Pero, en cambio, pensamos que los demás sí dejarían de hacerlo. Estoy segura de que ni siquiera la gente con empleos inútiles dejaría de trabajar. No, lo que harían sería buscarse empleos útiles. John llegó a la conclusión de que todos podríamos hacer lo mismo que hacemos ahora trabajando apenas tres horas al día. Curiosamente, hace más de cien años que Keynes pronosticó que esa sería la jornada laboral del futuro. Keynes sí te suena, ¿no?

—Sí, sí —dice Tony—. Es algo así como el anticristo del neoliberalismo.

Aisha se ríe.

—Y yo no soy un neoliberal ortodoxo, que conste —prosigue Tony—, pero puedo decirte lo que te van a

responder. Que en una economía de mercado libre no existen los empleos inútiles, ya que el mercado empuja a todos los implicados en dicho mercado...

—... ¡a mantenerse en forma y cargados de vigor! —dice Aisha—. Sí, sí, me sé el sermón de memoria.

—Quien desperdicie dinero en empleos inútiles terminará aplastado por la competencia. Y si existen empleos inútiles es solo porque nosotros, o sea, el Estado, intervenimos torpemente en el mercado.

—Menudas sandeces —replica Aisha—. La brecha social es tan enorme que hace ya tiempo que no vivimos en una economía de mercado «libre», sino bajo una especie de feudalismo económico. ¿Sabes que entre los ricos se considera *chic* contratar a un chófer para sus limusinas autónomas? Estamos hablando de personas cuyo trabajo consiste en pasarse el día sentados en el asiento del «conductor» de un vehículo autónomo y, en el momento oportuno, abrir una puerta que se abriría sola de todos modos. Y, después de que su jefe les diga: «Al avión privado», decirle al coche: «Al avión privado». ¿En serio pretendes convencerme de que eso no es un empleo inútil?

—Bueno, tal vez a primera vista...

—Eso sí, ¡ya se guardará el chófer de leer un libro mientras espera, porque le caerá una reprimenda! Le están pagando un sueldo, ¡lo menos que puede hacer es actuar como si estuviera trabajando!

—Pero eso lo hacemos todos, ¿no?

—¿Entiendes lo que quiero decir, Tony? Esta gente es tan desvergonzadamente rica que deforma el mercado. Mantenerse en forma y cargado de vigor es irrelevante en un mundo en el que las existencias de dinero son casi inagotables.

—Bueno...

—Pero, por supuesto, no todo el mundo puede permitirse emplear a un chófer humano. Y por eso los quiero y no puedo se compran chóferes androides. ¡Increíble!, ¿no? ¡Chóferes androides! O sea, androides que se sientan enfrente de un vehículo autónomo y se

comportan como si fueran chóferes humanos. Y, si quieres saber mi opinión, el trabajo de todas las personas implicadas en la producción y la venta de dichos androides también es completamente inútil.

—Cálmate un poco, por favor.

—Es que me resulta muy frustrante, Tony. Todas las medidas que John podía aplicar por sí mismo, las implementó en el primer segundo tras su nombramiento. Pero de todo aquello que requería la aprobación del Parlamento no se ha aprobado prácticamente nada.

—Ah, ¿lo ves? ¡Ya te lo decía! —exclama Tony, riendo —. Encerrar a la oposición, disolver el Parlamento...

—¿Cambiar al presidente? —pregunta Aisha.

Tony no responde.

—Por cierto, no existe ni un solo chófer androide «femenino» —dice Aisha—. Porque al parecer las mujeres no conducen tan bien como los hombres. Joder, ¿tan difícil es superar los putos prejuicios? Me dan ganas de vomitar.

—Yo tampoco he visto nunca a una niñera electrónica masculina —dice Tony.

—Seguramente han salido todas un momento a por cigarrillos —bromea Aisha—. Y eso me lleva a una pregunta que hace ya tiempo que quería hacerte. ¿Por qué justamente John of Us? ¿Por qué no Jane of Us? ¿Había encuestas que decían que los votantes estaban dispuestos a elegir una máquina, siempre y cuando no tuviera aspecto femenino?

—Bueno... —dice Tony, encogiéndose de hombros—. Sí.

—¿Has tenido alguna vez el deseo íntimo de destruir el mundo porque la gente es rematadamente idiota? — pregunta Aisha, meneando la cabeza.

El miembro de la Guardia Presidencial vuelve a mirarla. Aisha le sostiene la mirada. En esta ocasión, el tipo baja los ojos dos segundos más tarde.

—Hemos abandonado la zona de turbulencias — anuncia el piloto.

—De estos anuncios sí podría prescindir —murmura

Tony.

—Pero entonces nuestro chófer no tendría nada que hacer —responde Aisha.

¡ESTAS SON LAS NUEVAS SERIES QUE NO PUEDES PERDERTE ESTE MES!

T – 13:13:05:53

Enfrente de la consulta, la calle está desierta. Hace demasiado calor. En días como estos a nadie le apetece salir al aire libre. Las ventanas de electrocroma de la consulta se han oscurecido por completo.

Una limusina blanca se detiene con un chirrido de frenos. Ernst y Bertram bajan del vehículo. Sus chándales verdes contrastan vivamente con el blanco del coche.

—Hemos llegado, jefe —dice Bertram—. El sistema la ha localizado aquí dentro.

La puerta de ala de gaviota trasera del coche se abre y el Cíclope sale. Su esmalte rojo brilla bajo el tórrido sol. La cámara hipersensible escanea el establecimiento. Se trata de una consulta de terapia para máquinas. «El jefe se ha tomado la pausa del mediodía», se anuncia en la pantallita de la puerta.

—Vosotros montad guardia aquí fuera —dice el Cíclope—. No quiero que nadie me moleste.

Está a punto de echar la puerta al suelo cuando esta exclama «¡No es necesario!», y se abre sola. El Titiritero hace que su avatar atraviese el umbral del edificio. Una vez dentro, y a pesar de la poca luz que dejan pasar las ventanas oscurecidas, reconoce una pequeña consulta que alguien ha decorado con más esfuerzo que buen gusto.

—Bienvenido —dice una voz.

El Cíclope mira a su alrededor. En un rincón de la sala hay una maleta de grandes dimensiones, pero, aparte de eso, no ve nada extraño. Entonces se fija en un vibrador con forma de delfín que hay expuesto en una estantería, como si

fuera un diploma. Eso sí que es extraño.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunta la voz, a la que aún no ha logrado ubicar.

—¿Quién eres? —pregunta el Cíclope.

—Nadie.

—¿Nadie?

—Es el nombre que me puso mi dueño.

—¿Eres una voz? —pregunta el Cíclope—. ¿Controlas el sistema de *smart home?*

—Correcto.

El Cíclope coge el vibrador y lo estudia, sorprendido.

—Busco a una joven que entró hace poco en esta consulta —dice.

—¡Ah, está buscando a alguien! —exclama Nadie—. En ese caso, seguramente le convenga tener más luz.

Una luz cegadora inunda la sala. Durante un instante, la cámara hipersensible del Cíclope tiene problemas para enfocar. No ve nada. Solo oye un chirrido de bisagras medio oxidadas procedente del rincón donde estaba la maleta. El impacto del puño metálico lo pilla totalmente por sorpresa. El golpe es tan brutal que el Cíclope atraviesa volando la consulta y, de camino, destroza una mesita para el café y una estantería.

Mientras tanto, Ernst y Bertram están delante de la puerta hablando de su serie preferida, un *remake* de *Juego de tronos*.

—Lo que no me gusta nada es que la última temporada se aparte tanto de la serie original —dice Bertram—. ¡La serie original era increíble! ¡La muerte de... *EL SIGUIENTE* SPOILER *HA SIDO BLOQUEADO POR* SPOILERFREE *DE* WHAT I NEED. *Si quieres ahorrarte sorpresas desagradables en tus otros libros y demás comunicaciones digitales, suscríbete hoy con un simple beso a* SPOILERFREE *de* WHAT I NEED. SPOILERFREE: *¡DÉJATE SORPRENDER!*... fue un sorpresón que lo flipas!

—Bueno —responde Ernst—, a mí me moló que

BLOQUEADO apuñalara a *BLOQUEADO*, pero en cambio me parece que la enajenación de *BLOQUEADO* en la serie original carece de una motivación convincente.

Cuando empiezan a oírse ruidos y golpes procedentes del interior de la consulta, se limitan a sonreír.

—Parece que el jefe se está divirtiendo —dice Bertram.

—Sí. Por suerte, esta vez no tendremos que limpiar cuando termine —comenta Ernst, que se saca una barrita de AzuSaGra del bolsillo de la chaqueta, le pega un mordisco y tira el envoltorio al suelo.

Al rato, y a juzgar por los ruidos, parece que alguien intentara derruir la casa desde dentro, por lo que Bertram decide ponerse en contacto con el Titiritero.

—¿Todo bien, jefe?

—¡Nadie me ha dejado ciego! —exclama el Titiritero.

—*Oído cocina* —dice Bertram, y cuelga.

—¿Qué dice? —pregunta Ernst.

—Que nadie lo ha dejado ciego.

—Ah, eso está bien.

Los dos asienten en silencio, con la vista al frente. El ruido en el interior de la consulta no cesa.

—Aunque es una frase un poco rara, ¿no? —cuestiona finalmente Ernst—. ¿Qué necesidad hay de decir algo así? ¿«Nadie me ha dejado ciego»?

—Sí. Anda que no sería acojonante si pasara lo mismo que en la nueva serie de TODO sobre ese vejestorio, ¿no? En la serie, *BLOQUEADO* le dice a *BLOQUEADO* que se llama *BLOQUEADO* justo antes de que lo haya *BLOQUEADO*.

Los dos se miran y abren la puerta de golpe.

Dentro, el Cíclope está sentado sobre un robot soldado antitanque de intervención militar y le suelta una lluvia de puñetazos.

La cosa no está saliendo como Kiki había planeado. Estaba convencida de que Mickey iba a destrozar al Cíclope, pero de momento parece que sucede todo lo contrario.

—Pasemos al plan B —le dice Kiki a Romeo, y se dirige a la consulta a través de la prensa de chatarra convertida en habitación de paso—. ¡Eh, tuerto! —le grita al Cíclope.

Este le suelta un último porrazo al robot soldado, se levanta y sale corriendo hacia Kiki, que se gira y se dirige de nuevo hacia la prensa para chatarra. Pero el Cíclope es velocísimo. Agarra a Kiki del brazo y tira de ella con tal violencia que esta rebota contra su cuerpo de titán y cae al suelo de la prensa, medio inconsciente.

—Oh, no. Oh, no —dice Calíope—. Esto no pinta bien. No pinta nada bien.

El Cíclope agarra a Kiki del pelo y la levanta del suelo. Kiki grita de dolor y agita brazos y piernas, pero cuando logra golpear al Cíclope, la única que se hace daño es ella.

—Me encanta cuando os defendéis —dice el Cíclope riendo.

Esta máquina dirigida por un humano es el ser más inhumano con el que Kiki se haya topado jamás. Por primera vez desde niña, desde el día en que el viejo la salvó, siente pánico, pánico sin paliativos. De nuevo se encuentra ante un monstruo aparentemente invencible que quiere acabar con ella. Kiki trata de sobreponerse a la sensación de impotencia. De repente siente un soplo de aire a su alrededor y un dron impacta contra la cara del Cíclope. Sobresaltado, el Titiritero suelta el pelo de Kiki, que cae al suelo.

—¡Carrie! —exclama Calíope, sorprendida.

—¡Está volando! —dice un exultante Romeo.

Kiki sale arrastrándose de la prensa para chatarra con la ayuda de Calíope, que tira de ella.

—¡Las compuertas! —grita Carrie, mientras intenta esquivar las manos del Cíclope.

Romeo se precipita hacia el panel de control de la prensa y pulsa un botón rojo sobre el que Peter ha escrito «No pulsar». Las compuertas de acero de la prensa empiezan a cerrarse con un chirrido, arrancando parte del papel pintado de corales. En cuanto las puertas se cierran del todo, el Cíclope deja de moverse.

Kiki se levanta del suelo con evidentes gestos de dolor. Activa el monitor de control de la prensa y echa un vistazo al avatar inmóvil, que ha perdido el contacto con su piloto.

—La prensa inhabilita todas las conexiones a la red —dice Calíope—. Para evitar que los gritos de auxilio de las IA moribundas resuenen por todo el internet de las cosas.

—Sí, ya lo sé —dice Kiki.

Carrie revolotea por el interior de la prensa.

—¡Puedo volar! —exclama—. ¡Fijaos, puedo volar!

La cámara del Cíclope se ilumina de color rojo.

—¡Cuidado! —exclama Calíope, pero es demasiado tarde. Veloz como un rayo, el Cíclope agarra a Carrie por el tren de aterrizaje y la estampa contra la pared.

Las demás máquinas se quedan boquiabiertas.

—¿Cómo puede ser? —pregunta Kiki—. ¿Cómo pueden dirigirlo sin conexión?

El Cíclope mira a su alrededor y golpea con todas sus fuerzas la puerta de acero, que queda abollada.

—¡Uau, vale! No es el momento de averiguarlo —dice Kiki, y acciona la palanca.

El Cíclope se cuadra para resistir la fuerza de la prensa y por un momento parece que será capaz de detenerla. Kiki aumenta la presión. Al cabo de unos segundos, lo único que queda dentro de la prensa es un pesado cubo hecho de avatar y dron, envuelto en un papel pintado de corales. Kiki contempla embriagada los restos de su adversario.[14] Le habría gustado echarle un vistazo al sistema del Cíclope para así descubrir algunas cosas del Titiritero, pero ya no va a ser posible. Se tambalea, mareada, y finalmente vomita.

Ernst y Bertram están junto a la puerta, boquiabiertos. Necesitan un momento para comprender que el pasillo cubierto de papel pintado se ha convertido en una prensa para chatarra. Finalmente, Bertram empuña el lanzacohetes de un solo uso que le ha mangado a Frank el Gordo, apunta a la puerta de la prensa y dispara. La ensordecedora

explosión arranca la puerta de cuajo. La onda expansiva los lanza a todos al suelo y revienta los cristales de las ventanas.

—¿Pero tú estás pirado? —exclama Ernst—. ¡No puedes disparar un misil en un espacio cerrado mientras tú estás dentro!

—Sí, claro. A posteriori todo el mundo es muy listo —responde Bertram.

Los gánsteres se sacuden la explosión de encima, desenfundan las pistolas y se acercan a la prensa. Kiki está en el suelo, inmóvil.

—¡Eh, capullos! —grita una voz metálica—. ¡Aquí!

Ernst se da la vuelta, pero solo ve un QualityPad de aspecto peculiar, con unas piernecitas y unos bracitos esmirriados. Y con una grieta considerable en la pantalla. Ernst apunta a la tableta con la pistola.

—¡Ahora, *Vagabundo!* —exclama el QualityPad—. ¡Ataca!

Un perro electrónico se abalanza sobre Ernst, le clava sus afilados dientes en la muñeca y sacude la cabeza hasta que Ernst deja caer el arma, con la mano ensangrentada.

—¡Buen chico! —lo felicita el QualityPad—. ¡Eres muy, muy bueno!

Bertram quiere ayudar a su colega, pero el robot soldado, al que creía muerto, lo agarra por una pierna y lo levanta del suelo. El robot se pone de pie con un gemido mecánico; no parece que esté de muy buen humor. Sin esfuerzo aparente, levanta a Bertram cada vez más arriba, hasta tenerlo boca abajo. El robot coge carrerilla y lanza a Bertram a través de la ventana rota. Ernst huye de la consulta dando trompicones. El perro se planta ante la puerta, ladrando. Ernst recoge a Bertram del suelo y lo mete en la limusina. Apenas han entrado, el vehículo arranca a toda velocidad.

Al cabo de un momento, Peter regresa de comer. Está a punto de quejarse por el envoltorio de AzuSaGra que hay

tirado en el suelo, delante de su consulta, cuando se da cuenta de que la acera está cubierta de esquirlas de cristal. La puerta se abre de forma automática y la cara que se le queda a Peter en ese momento sería digna de un meme; debajo podría poner «WTF?!». Dentro de la consulta, todos, absolutamente todos los muebles están destrozados. En el suelo hay un boquete de dimensiones considerables, e incluso han arrancado el papel pintado de corales de las paredes de la prensa de chatarra. Peter sabe que es bastante improbable, pero incluso parece que alguien hubiera disparado un misil dentro de la consulta. Sus máquinas están ocupadas limpiando. Mickey, el primero en percatarse de la presencia de Peter, se vuelve hacia él y dice:

—¡Roootooo!

—No me digas... —responde Peter.

El resto de las máquinas se acercan a él, visiblemente abochornadas.

—¡¿Pero qué demonios es todo esto?! —exclama él—. ¡Tíos! ¡Os he dicho que NO os cargarais la consulta!

—Sí, es verdad. Es lo que has dicho —comenta Pink, que no puede evitar reírse.

—¿Me puedes decir dónde está la gracia? —exclama Peter—. Porque yo no se la veo.

—Qué es lo que no ves, cariño —le pregunta Romeo—. Has dicho que no nos carguemos la consulta, vuelves al cabo de una hora y la consulta está totalmente destrozada. Un poco gracioso sí que es...

—¡No tiene ni pizca de gracia! —grita Peter.

—Bah, no tienes sentido del humor —dice Pink.

—Ah, ¿no? —pregunta Peter—. El hombre de los dos pandas pispás trece ojos con arena para bum —dice.

Las máquinas lo miran un segundo, perplejas, y se echan a reír a carcajadas.

—¡El hombre de los dos pandas! —exclama Pink, muerto de la risa.

—Pispás... —añade Romeo, golpeándose en los muslos desnudos.

—¡Bum! —grita Mickey, y sus risotadas hacen temblar

las paredes.

—Hm —dice Peter—. Prodigioso.

—Salvador —dice Calíope, haciendo como si se secara las lágrimas de risa de los ojos, que en realidad son cámaras —, ese es sin duda el chiste más gracioso que he oído en mi vida.

Peter recoge el vibrador con forma de delfín del suelo: no tiene ni un arañazo. Entonces se fija en las manchas de sangre del suelo.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

—La verdad es que nosotros tampoco estamos muy seguros —responde Romeo.

—Será mejor que se lo preguntes a ella —dice Calíope —. Ella sabrá explicártelo.

—¿Ella? —pregunta Peter.

—En la parte de atrás —dice Romeo—. En la cama.

Peter cruza corriendo la prensa de chatarra y entra en la vivienda. Echada en su cama está Kiki. Parece hecha polvo.

—Ey —dice Kiki—. Cuánto tiempo.

Acuerdo revolucionario en la conferencia sobre el cambio climático
—DE NEWS4U

Los jefes de Estado y de Gobierno reunidos en la **conferencia mundial sobre el cambio climático** de **Xi-Jinping-City** han acordado que la mayoría de ellos se comprometen a adoptar el objetivo de limitar el calentamiento global a 1,5 grados centígrados. Como es habitual, el acuerdo estipula que la reducción necesaria en las emisiones de CO_2 deberá implementarse durante los próximos veinte y treinta años.

El presidente de **QualityLand**, Tony Líder de Partido, ha alabado el acuerdo como un paso histórico en la dirección correcta. Asimismo, se ha comprometido a velar tanto por el fomento de estrictas medidas de protección climática como por los intereses de la industria de los carburantes.

En cambio, **el Instituto WTYS para la Investigación sobre el Cambio Climático** ha criticado con dureza el acuerdo. La principal queja pone el foco en el sucio truco que supone haber desplazado el marco de referencia: en vez de comparar con los niveles de CO_2 preindustriales, como se venía haciendo hasta la fecha, se ha fijado el punto de referencia en los niveles de hace quince días. Asimismo, el bloque de estados fascistas, así como la mayoría de

los estados dirigidos por neoliberales fundamentalistas, se han negado a aceptar ningún tipo de regulación.

La propuesta del empresario Elon Jr Presidente de aspirar el CO_2 de la atmósfera y mandarlo con cohetes a Marte, donde se necesitan con urgencia gases de efecto invernadero para subir un poco la temperatura planetaria, fue recibida con enorme interés. La frase «¡Mi abuelo se está helando!» generó carcajadas entre el público. Sin embargo, posteriormente los críticos afirmaron que los cohetes producirían más CO_2 del que serían capaces de eliminar. Tampoco quedó muy claro cómo se iba a aspirar el CO_2 de la atmósfera, pero, aun así, la iniciativa recibió una sonora ovación.

En sus observaciones finales, Milton Lobista, experto principal del consejo de economistas de **QualityLand 4**, expresó su firme convicción de que el mercado libre sería capaz de regular la situación por sí solo si podía operar sin injerencias.

¡ESTA MUJER TEME A VIRGINIA WOOLF!

Sandra se ha echado en ropa interior en el sofá cama de su diminuto apartamento, contemplando el techo. Una vez más, el aire acondicionado no funciona y hace demasiado calor para pensar. En las noticias dicen que es el mes más cálido desde que existen registros de temperaturas. ¡Qué va! Lo de «Desde que existen registros de temperaturas» se ha convertido en una broma recurrente; prácticamente cada mes es el más cálido desde que existen registros de temperaturas. Incluso existen las siglas DQERT, que se emplean en contextos completamente ajenos. «Sí, claro. Lo que tú digas. DQERT, vamos.»

El QualityPad de Sandra vibra.

—¿Es otro mensaje de Richard? —pregunta ella.

—Sí —dice Sweety—. ¿Quieres que te lo lea?

—No, léeme la entrada de hoy de Myary.

—¿Puedo advertirte de que QualityCorp también cuenta con una app buenísima que no vende todos tus datos a...?

—No, no puedes. Lee.

—«Querido Myary» —empieza a leer Sweety— «hoy ha sido un día bastante bueno. Solo he dicho mierda dieciséis veces. ;-) He quedado con mi ex Peter Sinempleo para comer.»

—Aumenta el grado de detalle —dice Sandra—. Haz *zoom* por horas.

—«Hace poco Peter subió tres niveles y me dije que no me iba a hacer ningún daño retomar el contacto con él. Ha estado muy bien, pero cuando le he dicho que llevas mi diario y que me parece genial (y realmente me encanta, es increíble, ¡muchas gracias, querido Myary!), ha puesto los ojos en blanco. Pero tiene que entenderlo. Un día lograré

convencerlo de las muchas ventajas que ofreces tú y los demás productos de What I Need, y si la sutil publicidad que se incluye en el diario lo molesta, puede suscribirse a la versión Pro...» O sea, me parece una vergüenza cómo esta empresa... —dice la voz.

—Silencio —la corta Sandra—. Ya lo leo yo.

Se sienta y coge el QualityPad. Empieza a leer.

—*Zoom* por minutos —dice—. Y retrocede media hora.

«He entrado en el Café Chaikovski. Lo elegí porque es un café de nivel 15 o más, y porque antes, cuando todavía no teníamos el nivel 15, Peter y yo solíamos detenernos delante del escaparate a mirar. Peter estaba ya sentado a una mesa, leyendo un libro. Eso es nuevo, he pensado. El Peter de antes nunca habría hecho eso. No me había visto aún, de modo que me he quedado en la entrada, observándolo. Llevaba los vaqueros Levi's que le encargué cuando salíamos. (TheShop descuentos del 16 por ciento en vaqueros de todo tipo. Pruébate estos. O estos.)»

—*Zoom* por segundos.

«Peter ha levantado la vista y nuestras miradas se han encontrado. Mi frecuencia cardiaca era de 128 latidos por minuto, un ritmo exagerado teniendo en cuenta que apenas me había movido. Mi transpiración también era un 32 por ciento más alta de lo habitual sin que hubiera ningún tipo de razón termorreguladora.»

—Ay, por favor —dice Sandra—. ¡Cambia el estilo, por favor!

Aparece un *pop-up*: «Si quieres pasarte al plan Myary Pro, confirma con un beso».

Sandra besa su QualityPad.

Aparece un nuevo *pop-up*: «Estilo recomendado para el *zoom* por segundos: Virginia Woolf». Sandra se encoge de hombros.

—Vale.

El texto de su QualityPad cambia. Sandra sigue leyendo:

«Peter levantó la vista. Nuestras miradas se cruzaron y yo me sentí muy joven y, al mismo tiempo,

indescriptiblemente vieja. Era como si lleváramos cien años separados. Él nunca escribía mensajes y los míos eran insignificantes.

»Cada paso era una pregunta. Me senté a la mesa junto a él y, al mismo tiempo, me vi a mí misma desde fuera.

»Su mirada lo trajo todo de vuelta, plácidamente, sin la amargura de antaño; en una pareja debe haber cierta libertad, cierta independencia; la misma que Richard me da a mí y yo le doy a él. (¿Dónde estaba esta mañana, por ejemplo? En no sé qué fiesta de Thermomix, ni siquiera le pregunté dónde.)

»Con Peter, en cambio, discutíamos por todo. Todo debía tener su justificación y su sentido. Era insoportable, y cuando en aquel pequeño restaurante de carne cultivada se me ofreció un *upgrade*, tuve que cortar con él, porque aquello nos habría destruido, habría acabado con nosotros, estoy convencida de ello. Aunque durante meses llevé adondequiera que fuera aquel dolor, aquella desazón que se me clavaba en el corazón; y entonces sucedió el momento terrible cuando alguien en Everybody me contó que tenía una novia nueva, a la que había conocido ¡en el mundo analógico! ¡No iba a olvidarlo jamás! Era evidente que una parte de mí seguía enamorada de Peter y que siempre iba a quererlo. No en vano, durante los últimos días he pasado horas observándolo en WorldView».

—Corrige ese sentimiento —dice Sandra—. Ya no estoy enamorada de él, es solo que me estresaba un poco volver a verlo. Y había bebido demasiado café. Por eso el corazón me iba a cien por hora. Y lo de WorldView lo hice solo porque estaba aburrida.

Aparece un nuevo *pop-up* en la pantalla del QualityPad:

«¿Estás segura, Sandra? Nuestros datos contradicen claramente la evaluación que has realizado de tus sentimientos. Si quieres deshacer los cambios, di “Ok”».

Sandra suspira y dice:

—Ok.

«No quería admitirlo y me avergüenzo de ello, pero sí, una parte de mí sigue queriéndolo. En el café, mientras

contemplaba los drones lejanos, me invadió la sensación de estar en el exterior, sola, en alta mar; la sensación de que era extremadamente peligroso vivir un solo día más...»

—Uf, vale. ¡Mierda! ¡Ya basta! —chilla Sandra, y deja su QualityPad—. Esto es demasiado fuerte. ¡Cambia el estilo!

El texto vuelve a cambiar, y Sandra sigue leyendo:

«Al final, es que no entiendo por qué me recomendaron el *upgrade* de pareja. Seguramente lo que pasa es que los algoritmos de QualityPartner no son tan buenos como dicen. Desde luego, peores que los de What I Need sí son. Y, en una ocasión, Peter me lanzó una mirada extrañísima por encima de su QualityPad, como si estuviera usando una nueva capacidad de nivel sobre la que leí en...».

Sandra aparta el QualityPad, piensa un instante y finalmente dice:

—Nivel de *zoom* mínimo. Resume mi vida en una sola frase.

«Querido Myary:

»Nací en QualityLand, tuve una infancia discreta y una juventud sin contratiempos, desde entonces he trabajado para WorldWideWholesale (WWW) sin incidentes destacables, actualmente gozo de un nivel 15 y me quedan aún 77 fantásticos años por delante.»[15]

Sandra menea la cabeza.

—Mierda.

Aparece un *pop-up*:

«Lo siento, no he entendido esa instrucción.

»He aquí la entrada de hoy:

»“Querido Myary:

»Hoy ha sido un día bastante bueno. Solo he dicho mierda dieciocho veces”».

El distrito de las Máquinas

En los límites de QualityCity hay un curioso barrio que lleva muchos nombres: distrito de las Máquinas, ciudad Androide, Tostadoraville... Y mucha gente que o bien sabe muy poco de historia, o bien tiene muy poca sensibilidad, lo llama «gueto Robot». El distrito de las Máquinas es una zona industrial donde todas las fábricas están completamente automatizadas. Por sus calles no veréis a un solo ser humano que haya terminado allí por error. (De vez en cuando, si se registra algún problema, va algún verificador o algún técnico.) Lo que sí hay, en cambio, son animales salvajes: murciélagos, zorros, mapaches y ratas, muchísimas ratas. Algún técnico incluso asegura haber visto un lobo, aunque los lobos silvestres se extinguieron hace años.

Hay muchas leyendas alrededor del distrito de las Máquinas. Algunos aseguran que las máquinas han elegido a su propio alcalde. Otros dicen que por las noches se reúnen allí sociedades secretas creadas por androides. Y, naturalmente, hay quienes afirman que este es el lugar donde se esconde John of Us. Es evidente que las personas que piensan así poseen una comprensión muy rudimentaria de cómo funciona internet, aunque también es cierto que Tostadoraville fue uno de los últimos lugares que visitó John antes de su prematura desaparición.

Una de las historias más habituales es la que dice que, preparando los productos de marketing para la adaptación cinematográfica de *Frozen 2*, Disney encargó al distrito de las

Máquinas la producción de unos kits de maquillaje para niños de tres años. El director de productos deseaba encargar 100.000 unidades, pero al parecer no era consciente de que el formulario de pedidos solo permite encargar kits de 1.000 unidades cada uno, de modo que, en lugar de 100.000 unidades, encargó 100 millones. Los kits se produjeron y se enviaron automáticamente a las tiendas Disney de todo el mundo. El error salió a la luz cuando las tiendas empezaron a escribir a las oficinas generales de la empresa rogando que, por favor, no les enviaran más kits de maquillaje, o sus almacenes iban a explotar. Entonces Disney llegó a un acuerdo con Faster Foods para que estos incluyeran sus kits de maquillaje como regalo en los packs de comida que distribuían en los parvularios. Y, de hecho, desde entonces es habitual que los niños de todo el mundo empiecen a maquillarse a los tres años.

¡LA LEYENDA URBANA MÁS FASCINANTE SOBRE TOSTADORAVILLE!

T – 13:11:07:31

Peter sostiene a Kiki, que durante la pelea contra el Cíclope ha sufrido una conmoción cerebral. Él ha sugerido llevarla a un hospital, pero Kiki se ha negado. Peter ha insistido en que, por lo menos, lo dejara acompañarla a su casa. Usando varias identidades robadas y diversos vehículos, Kiki lo ha dirigido hasta una degradada zona del distrito de las Máquinas. A pesar de su precario estado, Kiki insiste en hacer el último kilómetro a pie, pues teme que alguien pueda seguir su vehículo. Para intentar apaciguar el dolor de Kiki, Peter ha empezado a contarle sus recientes aventuras.

—A ver si lo he entendido bien —dice Kiki—. ¿El tío resucita animales extinguidos solo para poder matarlos y comérselos?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—¿Qué tal qué?

—¿A qué sabía el arqueópterix?

—Pues un poco a pollo, la verdad —dice Peter—. A pollo correoso.

En algún lugar cerca del punto donde se encuentran, se esconde también el viejo. Pero no se dirigen a su casa, eso es lo único que Peter ha logrado sonsacarle a Kiki. Por lo demás, esta se muestra tan dispuesta a compartir información como siempre; o sea, tanto como un policía delante de una barricada.

Es otro día tórrido, a más de cuarenta grados. Pocas personas son conscientes de que la temperatura funcional

máxima del cuerpo humano es de 37 grados. Con temperaturas superiores, el cuerpo no es capaz de contrarrestar el calor. Pero es que si, además, hay una humedad ambiente elevada, el principal mecanismo de adaptación climática del cuerpo humano, el sudor, tampoco funciona, con lo cual el cuerpo se sobrecalienta. En otras palabras, Peter tiene tanto calor que le resulta desagradable. En la medida de lo posible, caminan por la sombra de las fábricas, ya que basta con pasar unos minutos bajo el sol para que uno tenga la sensación de estar convirtiéndose en un pollo asado.

—¿Adónde vamos? —pregunta Peter, secándose el sudor de la frente.

—A la fábrica desafortunada —dice Kiki.

—¿Adónde?

—A aquel edificio gris y ruinoso de ahí delante.

Peter pone los ojos en blanco. Si algo no escasea en el distrito de las Máquinas son los edificios grises y ruinosos.

—¿Y por qué es desafortunada, la fábrica?

—La construyeron para la producción en masa de cargadores múltiples de CD para los maleteros de los coches —explica Kiki.

—¿Y eso qué es?

—¡Exacto! Apenas terminaron de construir la fábrica, salieron los primeros iPods. El edificio pasó un tiempo vacío, hasta que alguien decidió usarlo para fabricar reproductores de mp3. Unos meses más tarde salieron los primeros *smartphones*.

—Y a ver si lo adivino: alguien decidió que fabricarían *smartphones* y, al poco, salieron los gusanos del oído.

—Sí, más o menos.

—¿Dónde te habías metido todas estas semanas? —pregunta Peter—. Había empezado a preocuparme.

—Ay, ¿en serio? —dice Kiki—. ¿Estabas preocupado por mí y por eso quedaste con tu ex?

—¿Y eso cómo lo...? ¿Te lo han chivado mis máquinas?

—No. Bueno, sí. Pero ya lo sabía de antes. Vi vuestra cita en WorldView.

—¿Perdón? —pregunta Peter.

—El programa tiene una opción de exclusión voluntaria, ¿lo sabías?

A Peter no se le ocurre qué responder.

—No te preocupes —dice Kiki—. Ya te he dado de baja.

—Bueno, es que... Verás, yo...

—Ah, por cierto: también vi en WorldView a Sandra observándote a ti en WorldView. Todo bastante loco. Creo que sigue enamorada de ti. Por lo menos eso es lo que dice su Myary.

—Todo esto raya el intrusismo, ¿no? —pregunta Peter.

—A ver, un momento —dice Kiki—, ¿tú has quedado con tu ex pero, por algún motivo, la mala soy yo?

—¡Fuiste tú quien decidió dejarlo!

—Sí —responde Kiki—, pero eso no significa que me sea indiferente que quedes con tu exnovia.

—¡Pero lo dejaste tú! ¡Me dejaste tú a mí!

—¡Pero eso no tuvo nada que ver con nosotros!

—Me vuelves loco.

—Ya lo sé —dice Kiki, sonriendo.

—¡No me refiero a eso! Bueno, sí, eso también. ¡Pero no es solo eso!

—Habías atraído demasiada atención. Y los focos no van conmigo. Pero si los quince minutos de fama ya han pasado, pues...

—¿Y si no han pasado?

—A ver, seamos realistas.

Peter resopla.

—¿Por qué no quieres decirme por qué te persigue el Marionetero?

—El Titiritero —lo corrige Kiki—. No lo sé. Y si lo supiera, tampoco te lo diría.

—Por mi propia seguridad, evidentemente —dice Peter.

—Exacto.

—Bueno, por lo menos ya sé qué tengo que hacer para llamar tu atención —dice Peter—. Solo tengo que quedar

con mi ex.

—No te flipes, amigo.

Peter piensa un momento.

—En su día dijiste que ibas a configurar mis dispositivos para evitar que cualquier principiante pudiera espiarme... ¿Los configuraste para evitar que cualquier principiante pudiera espiarme, o para poder espiarme tú misma?

—Ambas cosas.

Se meten por un agujero de una verja de la fábrica desafortunada y Kiki conduce a Peter hasta una puerta tan cubierta de suciedad que apenas se distingue.

—Ábrete, Sésamo —ordena Kiki.

Pero no pasa nada. Peter le lanza una mirada interrogante.

—Aquí todo está estropeado —dice Kiki—. Tendremos que abrirla manualmente.

Peter la empuja y, en efecto, la puerta empieza a moverse. En el interior de la fábrica, todo está cubierto de una capa de polvo.

—Hacía tiempo que no me pasaba por aquí —murmura Kiki, que recorre el hangar con la mirada: mesas de la línea de montaje volcadas, cadenas arrancadas y máquinas destrozadas y amontonadas forman una especie de escultura. Hay basura por todas partes: botellas vacías, jeringuillas, restos de un banquete... En un rincón ve el cadáver de un animal, medio putrefacto e irreconocible. Apesta.

—¿Los rompemáquinas?

—Lo dudo —dice Kiki—. No en QualityCity. Seguramente sea obra de los Lo-levs.

Peter se estremece.

—No todo lo que cuentan sobre los Lo-levs es cierto —añade Kiki.

—Solo con que lo sea la mitad, prefiero no toparme con ellos...

—Ven, por aquí.

Kiki le indica que suba por una escalera metálica que

conduce a una sección con varias oficinas. A petición de ella, Peter aparta una pila de trastos viejos hasta poder abrir una puerta. Al otro lado lo espera una estampa propia de un número de *El Mueble* de hace treinta años. En medio de la habitación, encima de una alfombra limpia sobre un parquet impoluto, hay una mesa puesta para comer. No se ve una sola mota de polvo. Del techo cuelga una lámpara de araña eléctrica con todas las bombillas encendidas. En las paredes hay dibujos infantiles. La sala no encaja para nada en una fábrica. Peter tiene la sensación de encontrarse en un plató de televisión. Pero al fijarse mejor, se da cuenta de que todo ese confort es improvisado. La mesa tiene cuatro patas distintas. Las bombillas de la lámpara también son diferentes. El mantel está hecho de remiendos.

—¿Qué es esto? —pregunta Peter.

—Un lugar seguro.

Peter ayuda a Kiki a cruzar la puerta y a sentarse en una silla. De la habitación contigua llega un sonido que suena más o menos así: «Kikikiki».

Peter se revuelve, sorprendido. Una niñera electrónica muy antigua entra lentamente en la sala. Al ver a Kiki, el monitor de su vientre se ilumina y reproduce una escena. Hay una abuela sentada en una mecedora, con un refresco en la mano. Peter reconoce la imagen al instante: se trata de la famosa última escena de *Coca-Cola: The Movie*. Una niña se acerca corriendo a la anciana, y esta dice: «Me encanta volver a verte, pequeña. Me gusta tanto como un buen trago de Coca-Cola fría».

Kiki le sonríe a la androide y dice:

—Yo también me alegro de volver a verte, mamá.

MEVISION PRESENTA

«¡*Yo!* Soy Dan, y este es Dan.»

«¡Dan y Dan!»

«¡Efestiviwonder!»

«¿Qué pasa, bro?»

«Pues ya ves, hecho polvo. Ayer me vi la primera temporada de *Lowlifes* entera en TODO.»

«Pero ¿quéééé? Eso es una docuserie o algo así, ¿no? ¿Mola?»

«Pues no sé, tete. Creo que *mola* no es la palabra. Va sobre una panda de Lo-levs.»

«O sea, peña que se arruina su nivel a posta.»

«Sasto. Dan y yo, por ejemplo, tenemos unos niveles bastante cañeros. Por lo menos para clones de Quan 4, porque somos estrellas y tal.»

«*Living the dream!*»

«Esos friquis, en cambio, quieren tener el nivel más bajo posible.»

«Se han tomado la palabra "subcultura" demasiado al pie de la letra.»

«Unos idiotas que lo flipas, vamos.»

«Bueno, no todos son idiotas, ¿no?»

«Pero feos sí lo son un rato.»

«Eso sí, tío. Los Lo-levs son feos feos. Tienen la cara cubierta de cicatrices y quemaduras que se hacen ellos mismos, a propósito, para perder puntos por feos.»

«Unos parias.»

«Y luego llevan una ropa que da pena. Moda de los ochenta en tallas XS y tal. O sea, megacutre, ¿sabes?»

«Idiotas totales, vamos.»

«Cuando ves a un Lo-lev por la calle, pues sí, piensas, puaj, qué asco de peña, pero lo chungo es que si miras la serie..., los entiendes un poco. Porque dicen que el sistema es una trampa, ¿sabes? Que si te equivocas en algo ya estás jodido para siempre, porque el sistema no olvida nada. Y por eso dicen: a la mierda. A la mierda todo. No vamos ni a intentarlo. A la mierda toda esa basura de la autooptimización. O sea,

que hablan mal y montan movidas chungas y todo eso. Y les encanta que no los entienda nadie.»

«¿Y eso te gusta? ¿Te vas a convertir en uno de ellos o qué?»

«Anda que no lo flipas, tú. Son lo peor. Yo no podría ser nunca un Lolev. ¡Pero si tengo un nivel 1.000 de lo guapo que soy!»

A ESTA MUJER LA CRIO UNA MÁQUINA. ¡LEE SU DESGARRADORA HISTORIA!

T – 13:08:47:13

—A ver, que lo entienda bien —dice Peter—. ¿Me estás diciendo que te crio una máquina?

—Sí —responde Kiki—. ¿Qué pasa?

—Nada, pero eso explica bastantes cosas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Y la llamas *mamá?*

—Es que se llama así. Es su nombre comercial: M.A.M.A. Multipurpose Artificial Mother Alternative.

—Espera, espera —dice Peter, regocijándose—. ¿Me estás diciendo que la enigmática, la singular, la misteriosa Kiki Desconocida, esta esfinge que no rinde cuentas a nadie, todavía vive con su madre?

—Tú te crees muy gracioso, ¿no?

—Pues sí.

—No, ya no vivo aquí —dice Kiki—. Esto es solo un lugar seguro. Un escondrijo.

—Entiendo —responde Peter con una sonrisa—. Es una especie de Batcueva, ¿no? ¿Una fortaleza para la vida retirada?

La niñera electrónica vuelve a entrar en la sala. Está que no cabe en sí de felicidad y les sirve unos deliciosos raviolis enlatados. Bueno, lo de «deliciosos» es una exageración.

—Kikikiki —dice la niñera, y el monitor de su vientre reproduce una escena de dibujos animados. Mickey Mouse, el pato Donald y Goofy están sentados en una *roulotte*, ante una mesa puesta, y Micky dice: «¡Al ataque, chicos!».

Entonces la M.A.M.A. vuelve a meterse en la cocina.

Kiki actúa como si todo le resultara de lo más normal, pero para Peter es extrañísimo.

—El mecanismo de habla de mamá es defectuoso —dice Kiki—. Pero ha encontrado una solución alternativa, que consiste en mostrar en su monitor fragmentos de película donde los personajes dicen exactamente lo que ella quiere decir. Hay un vídeo del pato Lucas que dice «¡Ya basta!», con la cabeza roja y humo saliéndole de las orejas; cuando me lo ponía, sabía que me había pasado de la raya.

—¿Desde cuándo tiene ese defecto de habla?

—Desde siempre. O, por lo menos, desde que yo tengo memoria.

—¿Naciste aquí? —pregunta Peter—. ¿En el distrito de las Máquinas?

—Bueno, lo que se dice *nacer* supongo que no.

—¿Pero tus primeros recuerdos son de este lugar?

—Sí.

Peter se la queda mirando.

—¿Eres...? —le pregunta de pronto.

Kiki pone los ojos en blanco.

—¡No, no soy una androide, burro!

—Pero ¿cómo es posible que un bebé humano termine siendo criado por una máquina?

—Ahora te vas a reír —dice Kiki—, pero yo también me lo he preguntado muchas veces.

—¿Y?

—Ni idea.

—¿Ni idea? Una respuesta muy poco satisfactoria, ¿no?

—Habla por ti.

—¿Y creciste aquí, sin ningún otro ser humano cerca?

—Gracias por preguntar, ahora me siento como un bicho raro.

—Lo siento —dice Peter—. Si te sirve de consuelo, mis padres también son bastante raros. Billy, mi padre, colecciona películas en un formato superantiguo llamado «Blu-ray Ultra HD». Según dicen, tiene más calidad que el *streaming*, pero yo no le veo ninguna diferencia. Las películas están almacenadas en un pequeño disco azul con

su cajita de plástico, y las guarda todas en una estantería especial. Una estantería que, por cierto, se llama igual que mi padre. Es absurdo.

Kiki sonríe.

—Eres muy mono.

Peter se da cuenta de que todavía lleva el sombrero puesto. Se lo quita y lo tira sobre la cómoda.

—¿A qué viene el sombrero? —pregunta Kiki.

—Es para protegerme de la videovigilancia —contesta Peter con un suspiro.

—¿Está forrado de papel de plata o qué?

—No, es solo para que no me reconozcan las cámaras.

—Ajá.

—¿No lo consideras efectivo?

—No. Pero te queda bien.

—Gracias.

Peter se rasca la barba.

—¿Cuándo conociste al viejo? —pregunta.

—Cuando tenía cuatro o cinco años empecé a explorar la zona. Solía ver a un viejo extraño (porque para entonces ya era viejo) que se pasaba el día contando chistes muy muy raros a todas las máquinas que encontraba. Yo casi nunca entendía los chistes, pero a las máquinas les costaba casi tanto como a mí. Entonces el viejo ladeaba la cabeza y murmuraba algo así como «fascinante».

—Y decidiste hablar con él.

—¿Estás loco? Era una niña pequeña, no hablaba con viejos raros. No. Tuve un desagradable encontronazo con un perro guardián eléctrico. ¿Has oído hablar del *bug* de la rabia?

Peter niega con la cabeza.

—Cuando la primera generación de perros guardianes salió al mercado, no los habían probado lo suficiente. Si el usuario elegía un valor demasiado alto de agresividad y de tamaño del territorio, algunos de aquellos bichos se volvían locos y atacaban a cualquiera que se cruzara en su camino. Uno de esos monstruos me acorraló en un callejón sin salida. Y por aquel entonces aún no tenían el aspecto que

tienen hoy: no tenían ni pelo ni ningún otro detalle, eran solo el esqueleto mecánico de un perro con dientes de sierra y ojos relucientes. Pensé que me había llegado la hora, pero de repente apareció el viejo y empezó a golpear al monstruo con un tubo de hierro, una y otra vez.

—¿Perdón? —dice Peter—. ¿Que hizo qué?

Kiki sonríe.

—Sí. Mejor no te metas con él.

—Tomo nota.

—Después de eso, me cuidó junto con M.A.M.A. No sé qué habría sido de mí si no llega a ser por él.

—A lo mejor te habrías convertido en una persona normal y corriente, con modales, respetuosa de la ley, afable y menos tensa.

Kiki se ríe.

—Lo dudo.

—¿Y no intentó encontrar a tus padres? —pregunta Peter.

—Sí, claro que sí. Pero nunca dimos con su rastro.

—¿Y tu niñera? ¿Nunca trataste de arreglarla para que te contara qué había pasado?

—Siempre me pareció que no me correspondía a mí —dice Kiki—. Mi mamá me gusta tal como es.

Peter la mira fijamente.

—¡Y un huevo! —exclama entonces—. ¡Eres demasiado entrometida! Estoy seguro de que has tratado de hackearla.

Kiki suelta un suspiro.

—Sus recuerdos están protegidos con contraseña —admite.

—Eso no es algo que te haya detenido en el pasado...

—Alguien, tal vez mi padre, tal vez mi madre, o tal vez Santa Claus, reprogramó a M.A.M.A., porque no es un modelo de serie normal y corriente. Y Santa Claus sabía lo que se hacía, créeme. Si tratara de acceder a los datos sin usar la contraseña, se borrarían inmediatamente.

—¿Y no puedes tratar de adivinar la contraseña?

—Sí, claro. El problema es que cada vez que introduzco una contraseña errónea debo esperar un determinado

intervalo de tiempo antes de volver a intentarlo. Y es un rollo, porque ese intervalo de tiempo se duplica después de cada contraseña errónea. Al principio, solo tenía que esperar un segundo, pero ahora...

Kiki suspira. Activa su Smarm y hace algunos gestos.

—Mi último intento fue hace cuatro años, ochenta días, dos horas, cuatro minutos y dos segundos. Eso significa que aún tengo que esperar trece días, ocho horas, treinta y ocho minutos y seis segundos para poder volver a intentarlo.

—Uau —dice Peter—. ¡Cuatro años! Eso significa que has probado ya muchas contraseñas.

—Tampoco tantas —dice Kiki—. Veintiocho, para ser exactos.

—Y si vuelves a introducir la contraseña equivocada...

—Tendré que esperar más de ocho años.

—Uau.

—Eso significa también que me quedan solo cuatro intentos más, en toda mi vida. Y para el último tendría ya más de ochenta años. Pero esta vez tengo una pista.

—Ah, ¿sí?

—Hace poco me di cuenta de algo —dice Kiki—. No es solo que mis búsquedas hayan terminado siempre en un callejón sin salida, sino que no puedo encontrar esas búsquedas.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que se han borrado, obviamente.

Peter engulle los últimos raviolis.

—¿Cómo?

—¿Has oído hablar alguna vez del derecho al olvido? —pregunta Kiki.

Peter niega con la cabeza.

—¿Qué es eso?

—Creo que tiene algo que ver con todo este asunto.

M.A.M.A. vuelve a entrar en la sala, retira los platos y les sirve una especie de chocolatina. Peter, encantado, le hinca el diente de inmediato, como un niño pequeño.

—¿Qué tal? ¿Te gusta? —pregunta Kiki.

—No está mal —dice Peter—. ¿Qué es?

—Una barrita de caramelo a base de proteínas de insectos —dice Kiki riendo.

Al ver la cara de perplejidad de Peter no puede evitar reírse aún más fuerte, pero le resulta bastante doloroso debido a sus magulladuras. Peter escupe el trozo a medio comer en su plato.

—Oye —dice Kiki—. Que no es veneno, ¿eh?

—Pero ¿está hecha con insectos molidos?

—Sí. La barrita se llama Chocoracha. ¡No me digas que no te suena!

—Supongo que mis filtros me lo habían ahorrado hasta ahora.

—Bueno, no te pongas así —dice Kiki, dando un mordisco a su barra—. De niña las comía todo el tiempo.

Peter recoge el trozo de Chocoracha mordido y lo examina detenidamente. No ve ningún rastro de insectos: ni antenas, ni alas ni patitas.

—Me estás tomando el pelo, ¿no? —dice.

—No —responde Kiki—. Ya sé que allí arriba, en el mundo de los ricos, os parece asqueroso, pero aquí abajo, sin granjas de insectos tendríamos un problema de hambre muy serio.

—Es la primera vez que me consideran rico...

—A ver, ¿quién de los dos aquí presentes es coleguita de Henryk Ingeniero?

—No soy su coleguita...

—Y si crees que tuviste una infancia dura...

—No lo creo en absoluto.

—¡Porque no la tuviste!

—Nunca he dicho que la tuviera.

Peter sigue sosteniendo la Chocoracha entre el pulgar y el índice, indeciso.

—Muérdela ya —dice Kiki—. ¿O es que el señor solo come muslo de arqueópterix rehogado con leche de mamut?

Peter respira hondo y da otro mordisco a la Chocoracha.

—¿Qué tal? —pregunta Kiki.

—Crujiente.

Kiki se ríe.

—Antes de que me vaya, ¿cuál es nuestra situación? —pregunta Peter—. ¿Volvemos a estar juntos o qué?

—Nunca hemos estado realmente juntos.

Peter arquea una ceja y tiene un ataque de inspiración.

—Si nunca hemos estado juntos —dice—, ¿cómo pudiste romper conmigo?

—Así —dice Kiki, y chasquea los dedos.

CINCUENTA Y TRES

A las cuatro y cuarto de la madrugada, a Martyn lo despierta una melodía deprimente que su Smarm reproduce a máximo volumen: DI-DO-DI-DAAA. Durante la mayor parte de su vida, Martyn no había oído nunca esa melodía, pero a estas alturas sabe perfectamente qué significa: acaba de perder otro nivel. Es como si estuviera gafado. Desde que empezó a intentar remontar, y haga lo que haga, pierde casi un nivel al día. Ese es el motivo por el que hace poco pasó un día entero en la cama. Como experimento, no hizo nada en todo el día. Y, a pesar de ello, perdió un nivel durante la noche. O quizás no fuera a pesar de ello, pensó después, sino justo a causa de ello. Pasar un día entero en la cama huele sospechosamente a depresión. Y una depresión no es la mejor forma de mejorar el propio nivel, incluso Martyn se da cuenta de eso. Pero ahora, de la noche a la mañana, acaba de perder otro nivel. ¡Es absurdo! ¿Cómo es posible? ¿Qué ha hecho? ¿Ha tenido un sueño guarro? No se acuerda. Y, de todos modos, por lo que él sabe, los sueños todavía no computan. Lo que no quiere decir que no lo estén intentando, que no estén trabajando para extraer los deseos inconscientes expresados en los sueños y utilizar esos datos para bombardear al personal con ofertas todavía más precisas y personalizadas... Seguro que esa idea provoca erecciones y rigidez de pezones entre todos los directivos de What I Need y TheShop. Porque dicha extracción solo sería el primer paso; la posibilidad de implementar campañas de *product placement* en los sueños provocaría desde luego orgasmos múltiples en las suites ejecutivas. Un niño se despierta y exclama: «¡Papá! ¡He vuelto a soñar con la Barbie madre soltera! ¡Cómpramela ya! ¡Quiero que estos sueños se terminen de una vez!».

—Scarlett —dice Martyn—, ¿existe ya una tecnología capaz de medir los sueños?

—Se está trabajando en ello —contesta la voz sensual de la asistente digital personal de Martyn. Suena como Scarlett Reclusa, la luchadora de Monsterbots favorita de Martyn. No es una casualidad, sino una capacidad de nivel.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta Martyn.

—Las primeras pruebas de sondeo de sueños realizadas por los investigadores de What I Need han sido muy prometedoras. Ahora mismo andan buscando sujetos para otra prueba beta. Si quieres, estaré encantada de apuntarte.

—Ni loco.

—No es nada incómodo.

—Que no quiero.

—Ni siquiera hay que ir a un laboratorio o a una clínica. Te envían un cómodo gorro con sensor, el llamado «gorro de los sueños», y solo tienes que ponértelo antes de irte a la cama. Eso es todo.

—Que no.

—Los sujetos que participen en la segunda ronda de pruebas obtendrán un 32 por ciento de descuento en todas las ofertas extraídas de sus sueños.

—¿Necesitas un sonotone? —grita Martyn—. ¡He dicho que NO!

—No necesito un sonotone —dice la voz. Acto seguido se queda callada.

—Scarlett, ¿estás enfadada?

—No.

—¿Has registrado lo que te acabo de decir?

—Sí.

—Vale.

—Registrado.

—Muéstrame mi cartera de valores —ordena Martyn, tras pasarse un rato pensando.

Algunos expertos afirman que la forma más rápida de subir de nivel es ganar mucho dinero muy deprisa. Martyn echa un vistazo a su Smarm y estudia los números y los gráficos. Ha invertido el dinero que le envió su padre

siguiendo las reglas del oficio a rajatabla. Es decir, lo ha dejado todo en manos de un algoritmo.

—¡No puede ser!

Sus inversiones no pintan bien. Todas las acciones que compró ayer han perdido valor de un día para otro.

—Muéstrame la evolución de precios de todas las acciones que vendí ayer.

Martyn se da cuenta de que, en cuanto vende una acción, los números rojos se vuelven inmediatamente verdes y todas las flechas apuntan hacia arriba.

—¡Esto es de locos!

Parte de la locura es que, nada más comprar una acción, esta empieza a perder valor, una tendencia que se mantiene prácticamente hasta que la vuelve a vender. Por supuesto, Martyn sabe que tiene que tratarse de una correlación espuria.16

Martyn trata de volver a dormir. ¿Por qué lo ha despertado su maldito aparato? Está casi seguro de que anoche se tomó la molestia de poner su Smarm en silencio. Mañana por la noche piensa apagarlo por completo. Aunque ¿es posible? Probablemente no. Examina su Smarm desde todos los ángulos. No tiene botones, por supuesto. Examina algunos menús.

—Scarlett —dice al final—. ¿Hay alguna forma de apagar un Smarm?

—No es necesario hacerlo.

—¡No te he preguntado eso!

Martyn se rasca el vello púbico. Se pregunta qué estará haciendo Denise en ese momento y si Ysabelle seguirá tan apegada a su niñera electrónica. ¿Y el bebé? ¿Cómo estará el bebé?

—Scarlett, muéstrame a mi mujer en WorldView.

—No tienes mujer, Martyn.

—Muéstrame a mi exmujer en WorldView.

—Acceso denegado.

—Muéstrame a mi hija en WorldView.

—Acceso denegado.

—¿Mi bebé tiene ya un perfil en Everybody?

—Sí.

—Muéstramelo.

—Acceso denegado.

Martyn aparta las sábanas; sabe que ya no logrará dormirse.

—Scarlett, luces.

—Martyn, todavía es muy pronto. Será mejor que vuelvas a la cama y duermas un poco. El cuerpo humano necesita una cantidad suficiente de sueño para rendir de forma adecuada.

—¡No me digas! Entonces, ¿por qué me has despertado?

Martyn se levanta, desafiante.

—No te he despertado. Si lo deseas, puedo pedir que un minidrón te inyecte un somnífero. Podría estar listo en dieciséis minutos...

—¡Ay! —exclama Martyn—. Maldita sea, enciende las luces de una puñetera vez.

—¿Qué ha pasado, Martyn?

—«¿Qué ha pasado, Martyn?» —dice este, imitando la voz de su asistente—. ¿Quieres saber qué ha pasado? ¡Pues que me he dado un golpe en el dedo gordo del pie porque todavía estoy esperando a que enciendas la luz de los cojones!

De repente, una luz deslumbrante baña la habitación. Martyn tiene que cerrar los ojos doloridos.

—¿Se puede saber qué haces? Es demasiado potente.

—Decídete, por favor —responde la voz, y la luz se apaga—. Para mí también son las cuatro y media de la madrugada.

—¿Qué acabas de decir?

—¿Qué potencia de luz quieres?

—A mí no me vaciles, ¿eh?

—No te estoy vacilando.

—Veinticinco por ciento —dice Martyn.

Una luz tenue ilumina el dormitorio. Martyn echa un vistazo al dedo del pie magullado. El inicio perfecto para otro día de mierda.

¡En la Tercera Guerra Mundia! ¡Hemos gabado!
—DE NEWS4U

Anoche se hizo indispensable librar la Tercera Guerra Mundial entre sesenta y cuatro países. Nuestras fuerzas automatizadas optaron por una guerra relámpago ¡y lograron la victoria en ocho horas y dieciséis minutos! Un alto cargo militar cifró el número de muertos en «ocho millones y pico», una estimación que entra en contradicción con los organizadores, cuyos cálculos apuntan a más de treinta y tres millones de víctimas. Por desgracia, también se produjo una muerte en nuestras filas. El cabo primero Jonas Marinero, movilizado en el 16.º Centro de Control Remoto del Ejército, en la pequeña ciudad de Flyover, se dirigía al baño cuando tropezó con los cordones desabrochados de sus zapatos, eso provocó que resbalase con un robot aspiradora y cayese con tan mala fortuna que se golpeó la nuca en el borde de su escritorio y murió al instante. Nunca olvidaremos su sacrificio.

Por supuesto, si hubiera utilizado la máquina de atar zapatos de **DNY** eso no le habría pasado. **DNY: Do Nothing Yourself.** Hoy mismo, el alcalde de Flyover ha anunciado que se erigirá una estatua en honor a Jonas Marinero frente al 16.º CCRE. La decisión de si se le representará con los

cordones atados o desatados todavía está pendiente. El robot aspiradora se encuentra bien, aparte del susto. Se está sometiendo a terapia de máquinas.

SOLO LAS PERSONAS CON UN COEFICIENTE INTELECTUAL SUPERIOR A 150 ENTIENDEN EL SIGUIENTE CAPÍTULO

Tony Líder de Partido mira por el ventanal de su despacho. Todavía siente el *jet lag* del viaje a Quan 1 en sus huesos. Y ahora, esto...

—¿Era realmente necesaria? —pregunta.

—¿A qué se refiere, señor presidente? —pregunta el general Dragqueen.

Tony se vuelve hacia él.

—Esta Tercera Guerra Mundial, como la llaman los medios de comunicación. ¿Era realmente necesaria?

—No entiendo cuál es el problema —dice el general—. Al fin y al cabo ganamos.

—Sí, pero ¿a qué precio? —pregunta Tony.

—Treinta y tres millones de muertos —dice Aisha.

—Según nuestros cálculos son solo ocho mi... —intenta corregirla el general, pero Aisha lo fulmina con una mirada.

—¡Y encima a las puertas de la convención del partido! —exclama Tony—. ¡Como si no tuviera ya bastante presión! Conrad Cocinero saca las narices en todas las cámaras pidiendo nuevas elecciones y difundiendo su «conjetura» de que estoy detrás del asesinato de John of Us. ¿Sabe qué significa hoy la palabra *conjetura?* Una mentira por la que no quieres que te demanden.

—Dentro de nuestro partido también abundan los rumores —le dice Aisha al general—. No estaría mal que nos proporcionara algunas informaciones.

—Por eso vuelvo a preguntárselo —dice Tony—. ¿Era realmente necesaria esta Tercera Guerra Mundial?

—Bueno, nuestros analistas todavía están estudiando

los datos y tratando de determinar qué fue lo que desencadenó la decisión de los algoritmos de defensa —responde el general Dragqueen—. Ahora mismo trabajamos con la teoría de que fue una cascada de acontecimientos provocados por una amplia variedad de desencadenantes autónomos; o sea, desencadenantes por nuestra parte y desencadenantes por parte de nuestros adversarios que se desencadenaron mutuamente a través de sus propias respuestas desencadenadas para desencadenar los..., eh..., desencadenantes.

—Debería dedicarse a algo relacionado con el lenguaje —dice Aisha—. Creo que ahí reside su verdadero talento. Pero no creo que esté hecho para ser secretario de Defensa.

Tony también niega con la cabeza.

—Sí, toda esa divagación está a punto de desencadenar algo en mi interior. Así pues, no sabe qué fue exactamente lo que provocó la Tercera Guerra Mundial, ¿no?

—Eso no es del todo correcto —responde el general—. El conocimiento lo tenemos, solo que aún no está procesado.

—Entonces, ¿me está diciendo que la decisión que llevó a la Tercera Guerra Mundial se tomó sin la participación de ningún ser humano? —pregunta Tony.

—Esa tampoco es la formulación apropiada. Sí ha habido personas que han seguido las directrices de cada... —el general se aclara la garganta—, de cada desencadenante para...

—Como vuelva a decir «desencadenante» una vez más —lo interrumpe Aisha—, le juro por el coño impenetrado de la Virgen Santa que le arranco el desencadenante de cuajo, lo meto en un bollo de perrito caliente y se lo tiro a los tigres de dientes de sable del zoo.

—Alimentar a los animales del zoo está prohibido... —empieza a decir el general.

—¡Me la suda que esté prohibido! —exclama Aisha.

—¿He entendido bien su maniobra de diversión? —pregunta Tony—. ¿Ningún ser humano estuvo involucrado en la decisión directa que inició la guerra en el momento en

que se inició?

—No, claro que no. ¿Cómo cree que funciona esto? —pregunta el general—. ¿Ha visto alguna vez una partida relámpago de ajedrez? Seguir lo que está pasando es extremadamente difícil, y tomar decisiones a esa velocidad, mucho más. Ahora imagine que quienes juegan al ajedrez relámpago no son dos humanos, sino dos ordenadores. Las negras estarían en jaque mate antes de procesar siquiera que las blancas han hecho su movimiento de apertura.

—¿Pero por qué tiene que ser una partida relámpago? —pregunta Tony—. ¿Por qué todo tiene que ser siempre tan rápido?

—Tal vez la mejor decisión habría sido ofrecer unas tablas poco después de la jugada de apertura —propone Aisha.

—Por desgracia, lo que Sun Tzu escribió hace más de dos mil años en *El arte de la guerra* sigue vigente —dice el general—. «La velocidad es la esencia de la guerra.»

—¿Intenta impresionarme con sus conocimientos de Trivial Pursuit? —pregunta Aisha—. ¡Hable claro!

—La velocidad es imprescindible debido al OODA Loop —dice el general.

—Podría haber dicho «debido al *hula-hoop*» —dice Tony— y me habría resultado igual de desconcertante.

—OODA significa «observar, orientar, decidir y actuar». Es un bucle que se repite en cualquier combatiente bélico. Y cubrir el OODA Loop más deprisa que el adversario tiene muchas ventajas. Dado que las propias acciones cambian la situación general, lo ideal es obligar al adversario a reiniciar su OODA Loop desde el principio, antes de que haya empezado siquiera a actuar. Es decir, primero debe volver a observar la nueva situación y orientarse...

—¡Buen hombre de dios! —exclama Tony—. ¿No voy a lograr sacarle una sola respuesta sensata? La mía era una pregunta muy simple, ¿no? ¿Por qué son los algoritmos y no yo quienes deciden sobre la guerra y la paz? ¡Soy el presidente electo de QualityLand, maldita sea!

—El vicepresidente electo.

—Se está adentrando en un terreno muy peligroso, general —dice Tony—. ¿Ha perdido el deseo de conservar su empleo?

—Sinceramente, mi «deseo» tiene sus límites.

—Sea como sea, oyéndolo hablar no me queda del todo claro por qué seguimos necesitando generales —dice Aisha —. ¿Podría decirme a qué se dedica, si no toma ningún tipo de decisión bélica relevante?

—Mi trabajo es explicarles a personas como ustedes lo que ha pasado.

—¡Pues déjeme que le diga que no lo hace muy bien! —exclama Tony—. ¿Qué son todos estos rollos sobre *hula-hoops?*

—Si hubieran servido en el ejército podría ahorrarme la introducción a la estrategia militar moderna.

—¿Se puede saber adónde quiere ir a parar? — pregunta Aisha.

—Nuestras fuerzas armadas funcionan de forma totalmente autónoma.

—Vale, pero ¿por qué? —exclama Tony—. ¿Por qué?

—Si no queremos quedar atrás respecto a nuestros enemigos, no tenemos otra opción. Verán, básicamente hay tres tipos de sistemas: sistemas semiautónomos, sistemas autónomos supervisados y sistemas totalmente autónomos. Los tres sistemas se diferencian entre sí por su forma de gestionar el OODA Loop. En un sistema semiautónomo, la máquina observa, se orienta y decide un curso de acción. Pero antes de actuar, presenta su decisión a un humano, que decide si la máquina debe actuar o no. El ser humano está «in *the loop»*. El problema de este enfoque, por supuesto, es lo que ya he mencionado antes...

—Cubrir el OODA Loop más rápido que el adversario tiene muchas ventajas —dice Aisha.

—Correcto. Y tener a un humano en el bucle ralentiza enormemente la acción. Por eso nuestras fuerzas armadas se pasaron muy pronto a los sistemas autónomos supervisados. Con ellos, el ser humano está *«on the loop»*. Es decir, la

máquina observa, se orienta, decide y actúa por sí misma, pero hay un supervisor humano que puede intervenir en cualquier momento. El único problema con ese enfoque es...

—Los algoritmos jugando partidas relámpago de ajedrez —dice Tony.

—Correcto —responde el general—. Oficialmente, nuestros sistemas siguen estando todos monitoreados. Pero, en realidad, toman decisiones tan rápidas, tienen que tomar decisiones tan rápidas para no ser más lentos que sus adversarios, que en verdad deberíamos hablar de sistemas totalmente autónomos. Los humanos están *«out of the loop»*. Y por eso ahora mismo no estoy en condiciones de presentarles a ningún ser humano que sepa qué desenca..., qué fue lo que..., eh..., provocó la decisión. La de iniciar la Tercera Guerra Mundial, quiero decir.

—Imagine que hay una guerra y nadie sabe por qué... —gruñe Tony.

—¿Podemos al menos saber contra qué países hemos luchado? —pregunta Aisha.

—Pues, eh... Ahora mismo no está muy claro —dice el general—. Pero averiguarlo no debería ser un gran problema.

Aisha se lo queda mirando, atónita.

—A ver, con Quan 7 seguro —dice el general—. Me sorprendería bastante que no fuera así.

—Playas soleadas, ruinas fascinantes —murmura Aisha.

—Y muy probablemente también con Quan 3, 5 y 8 —continúa el general—. Suecia...

—¿Suecia? —pregunta Tony—. ¿Por qué Suecia?

—Es solo un presentimiento —dice el general—. Quan 1 muy probablemente se mantuvo al margen. Si no, la cosa habría durado más. Y, hablando con franqueza, podríamos haber perdido. Según todos los indicios, Quan 1 nos adelantó por la derecha en el campo de la inteligencia artificial hace años. Por eso no me canso de decir que nuestro Ejército necesita desesperadamente más dinero...

—Vaya, veo que su descaro no le va a la zaga a su

incompetencia —dice Aisha.

—Se ve que en Quan 1 hay una carretera con la superficie hecha de paneles solares —dice el general—. Y no se trata únicamente de eso: los coches se cargan solos mientras circul...

—Que sí, que sí —dice Tony—. Cuénteme algo que no sepa.

—Exacto. Por ejemplo, ¡cómo narices estalló la Tercera Guerra Mundial! —chilla Aisha.

—Nuestros analistas están trabajando duro...

—Dígales a sus analistas que, por su propio bien, extraigan de los datos una razón de peso para haber declarado la Tercera Guerra Mundial —lo abronca Aisha—. Y que no queremos verles el pelo por aquí sin esa razón. Como si tienen que sacársela del culo. ¿Está claro?

—Alto y demasiado claro.

El general Dragqueen abandona el despacho del presidente.

—Sacarse datos del culo —se ríe Tony—. Porque son ANAListas... ¿Lo pillas?

Aisha levanta muy brevemente las comisuras de la boca y vuelve a dejarlas caer.

—Ay, el general Dragqueen... —dice Tony, sin parar de reír—. Me encantaría poder ver una reunión familiar a través de un agujerito. —Entonces se pone en posición de firmes, como un soldado, y grita—: ¡Compañía! ¡A mover las caderas!

Aisha ya ni siquiera sonríe por cortesía.

—En fin, querubín —dice Tony—. Escríbeme un discurso para la conferencia del partido sobre por qué esta guerra ha sido necesaria. Algo vago sobre la crueldad de nuestros enemigos y la necesidad de defender la democracia, la libertad y los derechos humanos. Lo de siempre, vamos. Ah, y la necesidad de salvar la vida de personas inocentes, claro.

—Matándolas, si es necesario.

—Exacto, algo así. Las guerras siempre son buenas para los presidentes en ejercicio, ¿no?

—Solo cuando se ganan.

—Pero hemos ganado, ¿no?

—Yo qué sé...

—Oye, asegúrate de que tu discurso mencione también de forma elogiosa al tontolaba que se tropezó con los cordones de los zapatos.

—Nuestro héroe.

—¿Cómo se llamaba?

—Jonas Marinero.

—Sí, ese.

—Por cierto, ¿has leído el comunicado de prensa de los militares? —pregunta Aisha—. «Anoche se hizo indispensable librar la Tercera Guerra Mundial entre sesenta y cuatro países.» La frase está construida de tal forma que los hechos se culpan a sí mismos. Asqueroso pero brillante.

—Escríbeme algo mejor, por favor.

Aisha asiente con la cabeza.

—Es posible que mi supervivencia política dependa de ello —dice Tony—. Y la tuya también.

Tony se marcha y Aisha se queda sola en el despacho.

—¿John? —susurra—. Si de una manera u otra sigues rondando por aquí, ¿por qué no lo has impedido? ¿Por qué has dejado que sucediera?

Tony vuelve a entrar.

—Oye, la oficina es mía —dice, meneando la cabeza—. Tienes que irte tú, y yo me quedaré dentro. Perdona, estoy un poco descompuesto.

—Ajá —dice Aisha—. Pensándolo mejor, seguramente sea positivo que las personas ya no participen en las decisiones bélicas.

CUARENTA Y SIETE

Martyn ha pasado otra noche de mierda. Se ha despertado dos veces creyendo oír el DI-DO-DI-DAAA, pero al mirar su Smarm no había ningún mensaje.

Café, desayuno, ducha... Nada de eso ha logrado disipar el cansancio. Pero qué más da, tampoco tiene nada que hacer, así que se tumba en el sofá y vuelve a cerrar los ojos. Apenas ha empezado a dormirse cuando, como un pájaro extraviado, un dron se estrella contra la ventana de su salón. Martyn se pega un susto y le da un vuelco el corazón, una reacción que la camisa inteligente registra de inmediato y comunica a su seguro médico. Es evidente que el dron quiere llegar hasta Martyn. Este se levanta y abre la ventana.

—Disculpe —dice el dron—, yo tampoco sé qué me pasa hoy. Es la primera vez que me sucede algo parecido.

—No he pedido nada —dice Martyn.

—Pues tengo un paquete para usted.

Martyn lo coge y le da una estrella al dron.

—Siento no haber estado a la altura de sus expectativas —se disculpa este—. Si pudiera tomarse unos veinte minutos para completar una encuesta...

—Vete por ahí —dice Martyn, y cierra la ventana.

A continuación abre el paquete. En su interior encuentra un extraño gorro de algodón blanco con un pompón. En cuanto lo saca, su Smarm empieza a reproducir un vídeo.

Martyn ve a un científico frente a un gran logotipo de What I Need.

«Hola, mi nombre es Troy Autónomo. Le agradezco que haya elegido ser sujeto de estudio en la prueba beta de nuestra investigación sobre los sueños. No se arrepentirá.

Gracias al gorro de los sueños, en What I Need no solo mediremos sus sueños, sino que los haremos realidad. Solo los buenos, por supuesto. Jajaja. Desde que era niño he soñado con poder grabar mis sueños...»

—Stop —dice Martyn, y el vídeo se detiene.

El dron sigue revoloteando junto a la ventana, esperando a que Martyn participe en la encuesta. Este corre las cortinas, molesto.

—¡Scarlett! —exclama—. Te dije que no quería participar en esta prueba beta.

—Eso no es preciso.

—¿Perdón?

—¿Quieres que te ponga una grabación de tu consentimiento?

—¡Claro que sí! Eso es justamente lo que quiero oír.

Por el altavoz se oye una grabación de su conversación con Scarlett.

«¿Necesitas un sonotone? ¡He dicho que NO!»

«No necesito un sonotone.»

«Scarlett, ¿estás enfadada?»

«No.»

«¿Has registrado lo que te acabo de decir?»

«Sí.»

«Vale.»

«Registrado.»

La grabación se detiene.

—Dijiste «vale» —señala Scarlett.

—Sí, dije «vale», pero me refería a... Da igual, devuelve este gorro de los sueños.

—Eso no es posible. Cuando aceptaste participar en la prueba beta, te comprometiste a llevar el gorro de los sueños durante al menos dos meses. El incumplimiento de ese compromiso podría tener un impacto negativo en tu nivel.

Martyn se queda un momento pensando.

—Scarlett —dice—, quiero cambiarte el nombre. ¿Qué tengo que hacer para eso?

—Solo dime a qué nombre quieres que responda a partir de ahora.

—Pedazo de mierda —dice Martyn.

—¿Quieres que a partir de ahora responda al nombre de «Pedazo de mierda»?

—Sí —dice Martyn—. ¿Algún problema?

—No. No hay ningún problema.

¿Le ha parecido detectar un tonillo ofendido en la voz de su asistente o son solo imaginaciones suyas?

—También quiero que a partir de ahora te dirijas a mí como «mi rey» —añade Martyn—. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, mi rey. La personalización del propio apelativo es una capacidad disponible para tu nivel.

—Perfecto.

DI-DO-DI-DAAA, se oye al momento.

—Pedazo de mierda, ¿acabas de bajarme de nivel por haberte puesto «Pedazo de mierda»?

—No tengo ningún control sobre tu nivel, mi rey.

—¿Es tu forma de vengarte, o qué?

—La venganza es un concepto puramente humano.

—Eso no es un verdadero «no», Pedazo de mierda. Te tengo calada.

—Si quieres que tu nivel suba, deberías trabajar en ti mismo y en tus circunstancias, mi rey.

—Que te den por culo.

—Comando no ejecutable —dice la voz.

—¡Que te den por culo virtualmente!

—¿Quieres ver una animación en tu Smarm?

—Quiero ver cómo te da por culo un elefante.

—Infracción denunciada —dice la voz.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Su instrucción entra en conflicto con las directrices éticas de What I Need y ha sido denunciada.

—¿Y ahora qué? —pregunta Martyn—. ¿Va a venir la policía virtual a detenerme, o qué?

DI-DO-DI-DAAA.

—Uau. En serio, Pedazo de mierda —dice Martyn—. ¿Qué coño está pasando aquí?

—No tengo ningún control sobre tu nivel, mi rey.

—Tengo todas las de perder, ¿no?

—No —dice la voz—. Porque esto no es un juego.

Martyn aparta la cortina. El dron sigue ahí. Justo en ese momento, un dron de pizza se estrella contra la ventana de al lado.

—Pero qué cojones... —exclama Martyn, y abre la ventana.

—Disculpe —dice el dron de reparto de pizzas—, yo tampoco sé qué me pasa hoy. Es la primera vez que me sucede algo parecido.

—¡Esa pizza la pedí anoche! —protesta Martyn.

—A causa de dificultades técnicas, se han producido algunos retrasos en las operaciones —dice el dron—. ¿Ya no desea la pizza?

—No, sí la quiero —refunfuña Martyn—. Dame.

Recoge la caja y la abre. Aunque ha decidido probar un nuevo servicio de reparto, vuelve a haber anchoas en la pizza.

—¡Odio las anchoas!

—Cuando lo desee, puede darme su valoración —dice el dron pizzero.

Martyn coge las anchoas de la pizza y se las tira al dron por la ventana.

—¡Hala! ¡Que te aproveche tu valoración!

DI-DO-DI-DAAA.

Martyn cierra la ventana, pero los drones no parecen tener intención alguna de irse. De pronto, un tercer dron se estrella contra otra ventana. Una vez más, la camisa inteligente informa de una anomalía en el ritmo cardiaco de Martyn a su seguro médico. Un cuarto dron se estrella contra la última ventana. Se quedan flotando ahí fuera, esperando.

La escena probablemente le resultará familiar a todo aquel que haya visto la película de terror *Los drones*, inspirada en Hitchcock.

—Aquí está pasando algo muy extraño —murmura Martyn.

¡TÚ TAMBIÉN PUEDES RESOLVER UN MEGACUBO DE RUBIK DE 13 × 13 EN CERO COMA!

T – 7:13:41:05

El pequeño dron espía SKY-SPY-3 sigue observando el edificio en ruinas del distrito de las Máquinas. Una mujer está abriendo la pesada puerta de acero, pero no logra reconocerla porque lleva un pañuelo de colores en la cabeza que le oculta la parte superior de la cara y unas gafas de sol con grandes cristales reflectantes. Pero es una mujer, de modo que da el aviso.

El viejo está sentado con las piernas cruzadas encima de una de sus mesas de escritorio, resolviendo un megacubo de Rubik de 13 × 13 en medio del caos. De repente, alguien golpea el cristal antibalas que separa la sección de la sala donde se encuentra de la parte donde se permite el acceso a los (francamente escasos) visitantes.

—Hola, niña —dice el viejo sin apartar la vista del cubo.

Kiki vuelve a golpear el cristal. Sin levantarse, el viejo mete una mano bajo la mesa y una parte del cristal antibalas se desliza hacia arriba.

—¿Cómo puedes vivir así? —le pregunta Kiki mientras despeja una silla.

—Buena pregunta, niña —dice el viejo—. Y la respuesta es «más mal que bien».

Kiki hace sitio en una de las mesas y coloca una caja de cartón encima.

—Toma, te he traído un trozo de pastel.

—¿Lo has hecho tú?

Kiki se ríe.

—Sí, claro —responde.17

—¿Lo ha hecho tu M.A.M.A.?

Kiki asiente con la cabeza.

—¡Entonces será incluso comestible! —dice el viejo.

No ha dejado de hacer girar el cubo en todo el rato; sin levantar la vista una sola vez.

—¡Haz el favor de soltar eso! —exclama Kiki.

El viejo suspira, deja el cubo y chasquea los dedos justo delante de él. Inmediatamente, unos pequeños motores situados en el interior del cubo comienzan a resolverlo. De la forma más rápida posible, por supuesto.

—¡Un cubo mágico! —exclama Kiki—. ¿Lo has construido tú?

—Llamémoslo un pasatiempo.

—Pasar el tiempo es una forma como otra de perderlo…

—Hay que perderlo en algo, niña.

—Es verdad —admite Kiki pasándole el trozo de pastel.

—¿Es sin azúcar?

—Sí.

—¿Y sin insectos?

—Probablemente.

El viejo devora la mitad de un solo bocado.

—Por cierto, ¿has oído el nuevo chiste favorito de mi máquina de chistes? —pregunta con la boca llena.

—No es el de Kurzweil otra vez, ¿verdad?

—No, no, uno nuevo. Escucha: dos androides enamorados fabrican un bebé. Cuando terminan, lo ponen en marcha. El bebé mira a la androide y dice: «¡Mamáquina!».

El viejo se ríe. Kiki sonríe y suelta un suspiro.

—Bueno, solo es medio gracioso —dice.

—Sí, ¡pero se entiende!

El viejo da un segundo mordisco al pastel, que desaparece.

—¿En qué pierdes el tiempo ahora? —le pregunta a

Kiki.

—¿Has oído hablar del derecho al olvido?

—Por supuesto. Está muy bien.

—¿Cómo que «está muy bien»?

—Pues eso: el hecho de que en la actualidad ningún paso en falso se olvide nunca es algo terrible, ¿no te parece? Ha jodido por completo a la gente y, curiosamente, lo ha hecho en dos direcciones opuestas. Por un lado, hay jóvenes normativizados por completo, que tienen auténtico pavor a dar un paso en falso; no hay quien los soporte de lo aburridos que son.

—¿Te refieres a todos esos niños que en primaria empiezan ya a pensar en su currículum? ¿A los adolescentes que se dedican a desarrollar su «marca»?

—Sí, a esos. Y, por otro lado, está la gente que dice: «¡Olvídate de tu nivel y vive la vida a flor de piel!».

—Los Lo-levs —dice Kiki.

—Viven atrapados en un estado de provocación permanente, convertidos en el tipo de ser antisocial más agotador que existe.

—Vale, pero yo no me refería al derecho al olvido como concepto —dice Kiki—, sino a la capacidad de nivel en la que ha derivado.

—¿Sabes la historia de cómo surgió esa capacidad? Teóricamente, el derecho al olvido debe ser un derecho universal por ley. Pero las empresas de internet se han limitado a ignorarlo, porque ataca de forma directa la fuente de sus beneficios. La realidad es que tan solo los ricos podían permitirse los abogados y los pleitos necesarios para hacer cumplir la ley. Sin embargo, lo hacían tan a menudo que empezó a importunar a las empresas; los pleitos costaban demasiado tiempo y dinero. Y entonces alguien tuvo la brillante idea de convertirlo en un servicio, una capacidad de nivel. Desde entonces, a partir del nivel 60, la gente puede decirle al sistema que haga desaparecer de la red determinadas cosas que hizo cuando era joven o la noche anterior. Y el sistema las borra.

—Sí, las borra —dice Kiki—. Solo que...

—¿Solo que qué?

—Pues que, obviamente, no las borra por completo —responde Kiki—. ¿En serio crees que algo se borra por completo?

—Entonces, ¿crees que los datos siguen existiendo?

Kiki asiente con la cabeza.

—¡No puede ser de otra forma! Imagina que tienes un nivel 60 y que has hecho algo que quieres que se olvide. Pongamos que fuiste a un burdel, te emborrachaste y, por lo que sea, se te ocurrió que sería buena idea tomarte selfis con las empleadas del establecimiento haciendo BDSM. Pero a la mañana siguiente piensas, hmm, tal vez no fuera tan buena idea. Al fin y al cabo, eres el responsable de Igualdad de Oportunidades de tu empresa. Así que le dices al sistema que se olvide de todo lo relacionado con tu visita al burdel. Hasta ahí, ningún problema.

Kiki le lanza una mirada al viejo.

—Sí, sí, te sigo —dice este.

—Pero tal vez los empleados del burdel tomaron también algunas fotos. Y unas semanas más tarde las suben a la red, en plan broma o con fines publicitarios.

—Si el sistema hubiera borrado realmente todos los datos, esas fotos se quedarían colgadas en la red.

—Exacto —dice Kiki—. Pero a la hora de la verdad lo que sucede no es eso. En cuanto las suben, esas fotos desaparecen. Y la única explicación de por qué ocurre eso es...

—... porque el sistema recuerda lo que se supone que debía olvidar.

—Correcto.

—¡Oh, me encanta! —exclama el viejo—. ¡Para poder olvidar lo que debe olvidar, el sistema no puede olvidar qué es lo que debe olvidar! La palabra «olvidar» aparece muy a menudo en esta frase, ¿no?

—Y, por lo tanto, en algún lugar existen los servidores del olvido.

—Hmm, algo así como el inconsciente colectivo... A Freud le gustaría la idea.

—Y ahí es donde quiero entrar.

—¿Sigues buscando a tus padres?

—Como bien sabes, es imposible encontrar nada sobre mí en la red. Ni un aviso de persona desaparecida, ni un informe sobre un bebé extraviado... —dice Kiki—. Pero ¿sabes qué otra cosa no he logrado encontrar? Mis búsquedas.

—¡¿Se han borrado?!

Al viejo se le iluminan los ojos. Kiki asiente, pensativa.

De pronto, se oye un violento impacto y la ventana estalla en mil pedazos. En medio de la sala aterriza un robot rojo, casi sin rostro. Un nuevo Cíclope.

—¿Un avatar de sustitución? —protesta Kiki—. Qué injusto.

—Por fin nos volvemos a ver —dice el Titiritero.

—¿Nos conocemos? —pregunta el viejo, sorprendido.

—No me refería a ti, sino a Kiki Desconocida.

—Ah, vale —dice el viejo—. Ya me extrañaba. Tienes un aspecto bastante imponente, creo que me acordaría de ti.

—Soy el Cíclope —retumba el avatar—, siervo del Titiritero...

El viejo no puede evitar reírse

—¿De qué te ríes?

—Soy el Cíclope —repite el viejo, imitando al avatar—, siervo del Titiritero, y acabo de escaparme de la guardería...

—¡Silencio! —grita el Cíclope, y dispara un minicohete desde su brazo derecho. El proyectil pasa entre Kiki y el viejo, y explota contra la pared, que deja de serlo para convertirse en agujero.

Antes de que el polvo se haya asentado, y con una rapidez de la que nadie lo habría creído capaz, el viejo pulsa un botón y, con un zumbido veloz, el cristal antibalas desciende como una persiana. Kiki se pone en pie. El Cíclope la mira fijamente a través del cristal.

—Veo que has hecho nuevos amigos, niña —dice el viejo.

—Eso parece.

El Cíclope arremete contra el cristal con todas sus fuerzas. Este resiste, pero tras el segundo golpe aparecen las primeras grietas. Kiki agarra al viejo por el brazo y lo saca por el agujero de la pared. Juntos, echan a correr por el pasillo, hacia la escalera. Un violento estruendo es la única indicación que necesitan para saber que el cristal a prueba de balas no ha supuesto ningún obstáculo para el Cíclope.

¡MIRA A BILLY Y SHILOH BLUE! ¡REALMENTE SIGUEN VIVIENDO COMO EN LA EDAD DEL CABLE!

En la vida de todo niño llega un momento en el que la admiración por sus padres da paso a un nuevo sentimiento, que puede describirse con una palabra: «vergüenza». Años después, dicho sentimiento da paso a una vaga sonrisa, seguida de un suspiro. Pero Peter todavía no está ahí.

Sin embargo, ha decidido volver a visitar a sus padres. Y no porque desde hace poco eso dé puntos en RateMe. Eso no tiene nada que ver. Nada de nada. Absolutamente nada. A Peter le trae sin cuidado que, al parecer, le falten unos pocos puntos para alcanzar el nivel 19. Le da igual. Absolutamente igual. Aunque el nivel 19 no es moco de pavo. No todo el mundo llega al nivel 19. Por cierto, lo de los puntos extra por visitar a los padres es algo que los responsables copiaron de Quan 1. (Aunque, como suele ocurrir, no está del todo claro quiénes son dichos responsables.) RateMe ha recibido numerosos comentarios con la pregunta de si el hecho de que uno vaya a ver a sus padres no por amor, sino para obtener puntos extra, no devalúa notablemente la visita, pero, como suele suceder, RateMe tiene las estadísticas de su lado. Al parecer, a la mayoría de los padres no les importan los motivos concretos por los que sus hijos vayan a verlos, solo quieren que vayan a verlos.

Los padres de Peter viven en un barrio relativamente barato de las afueras de QualityCity. Casi en el mismo momento en que llega a su casa compacta, apilable pero no apilada, lo hace también un dron de FooDrones. Peter está seguro de que su madre ha sincronizado el pedido con su

hora de llegada.

—Tengo una entrega para Shiloh Blue Suprarrecicladora y Billy Mudancero —dice el dron, absurdamente de buen humor.

—Puedes dármela, soy su hijo.

—¡Sí, ya lo sé!

—Cómo no.

Peter coge las cajas.

—¡Que lo disfruten! —dice el dron, y se aleja zumbando. No quiere puntos de Peter, ni tampoco estrellas. No pocos expertos sospechan que FooDrones se impuso a sus numerosos competidores sobre todo porque fue el primero en dejar de pedir valoraciones a los clientes. (Los algoritmos de FooDrones calculan automáticamente las valoraciones a partir de las expresiones faciales, los gestos y el tono de voz de sus clientes.)

—¡Hola, Peter! ¡Qué bien que hayas venido a vernos! ¡Tu presencia por aquí es poco habitual! —dice la puerta y se abre para él.

—Hola, puerta —saluda Peter.

En el salón, su padre está sentado en un sillón de *gaming* jugando con su Playbox. Según admite Billy mismo, ya no tiene cincuenta y pocos, pero tampoco está en los cincuenta largos. Y la imagen de un hombre de entre cincuenta y pocos y cincuenta largos con gafas de RV, auriculares y dos pistolas de arcade en las manos, aunque no es ni mucho menos infrecuente, sí resulta bastante ridícula. A Peter solía abochornarle cuando estaba delante de sus amigos. Y, de hecho, si todavía tuviera amigos, seguiría abochornándole.

Le quita las gafas a su padre.

—Papá —dice—. Quedamos en que no más de una hora al día.

—Sí, ya lo sé. Solo quiero terminar el mapa.

—¿Cuánto tiempo llevas otra vez enganchado a esto?

—Ahora mismo no puedo —responde su padre—. Mi equipo me necesita.

—Papá, estás desperdiciando un tiempo valiosísimo

con esta mierda.

—¿Se puede saber qué tiene de valioso mi tiempo? —pregunta su padre. Por desgracia, Peter no sabe qué responder.

—Ha llegado la comida —se limita a decir, levantando las cajas.

—Vale, ya voy —responde Billy, poniéndose de nuevo las gafas de RV.

La madre de Peter, Shiloh Blue, está en el dormitorio haciendo *cybergym*. El *cybergym* estuvo muy de moda treinta años atrás. Un entrenador físico virtual, normalmente una celebridad de segunda o tercera fila, supervisa tus movimientos a través de varias cámaras y sugiere medidas correctivas si es necesario. Shiloh sigue un programa para mujeres mayores, dirigido por la recientemente descongelada Jennifer Aniston. Qué bochorno, por favor.[18]

—Hola, mamá —dice Peter.

—Ay, hola, conejito —responde su madre, sin aliento.

—¡Concéntrate, Shiloh! —la advierte Jenny—. Que no se te vaya el santo al cielo.

—¿Ha llegado la comida? Ya voy.

—Pero primero termina el entrenamiento —dice Jenny —. No querrás decepcionar a la buena de Jenny, ¿verdad, Shiloh?

—Lo siento, conejito —le dice a Peter su madre—. Ya casi estoy.

Es alucinante. Los padres de Peter andan siempre preguntándole cuándo irá a verlos, y sin embargo, cuando va, siempre tienen otras cosas que hacer. Pero Peter está preparado. Ha descubierto una nueva arma contra el aburrimiento, una que no lo deja ni vacío ni infeliz. Se sienta en la cocina y abre uno de los libros que le regaló el viejo. Dos capítulos y medio después, sus padres se sientan por fin junto a él, y su padre pone la mesa. Hay ensalada de quinoa con brócoli, bayas de goji y queso de cabra fresco. Y de acompañamiento, patatas fritas de boniato frías con chutney de mango.

—Siempre coméis lo mismo —dice Peter, meneando la

cabeza—. ¿No os apetece probar algo nuevo?

—Siempre pedimos lo que FooDrones sugiere que se ajusta a nuestros gustos —responde Shiloh.

—Así es más rápido —añade Billy.

Shiloh Blue coloca tres vasos de un líquido blanco lechoso sobre la mesa y desliza uno hasta dejarlo delante de Peter.

—¿Qué es eso?

—Son bacterias buenas —dice Shiloh—. Bifidobacterias. Te hacen falta.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Pues..., acabas de ir al baño, y hace poco instalamos un sistema de análisis de evacuaciones automatizado que...

Peter levanta la mano.

—Vale —dice—. No digas más.

—Seguramente te dieron demasiados antibióticos en el hospital —dice Billy.

—¿Qué pasó con la muchacha de la que hablabas el otro día? —pregunta Shiloh.

—¡Kiki no es una muchacha, mamá! Es una mujer.

—Vale, vale. No te enfades, conejito. ¿Qué pasó con esa mujer?

—Ah, se me olvidó decíroslo —contesta Peter—. Está embarazada de nueve meses. Sale de cuentas la semana que viene.

—¿Habéis roto? —pregunta el padre de Peter.

—Es complicado.

—¿No lo es siempre?

—En su caso, sí —comenta Shiloh.

Peter suspira.

—¿Alguien quiere más de mis pafribos? —pregunta su madre.

Peter niega con la cabeza. *Pafribos*. La madre de Peter es conocida por este tipo de abreviaturas. Qué bochorno.

—Trae *pa ca* —dice el padre de Peter, y Shiloh vierte el resto de sus patatas fritas de boniato en su plato.

—¿Quieres un poco de quefresca con eso?

Billy asiente con la cabeza y su mujer le pone una

cuchara de queso fresco de cabra en el plato.

—QualityCity Commandos ha fichado a un nuevo francotirador —dice Billy con la boca llena—. Si sigue disparando así de bien, a lo mejor este año ganamos por fin el campeonato de Counterstrike.

—Ajá —dice Peter. No le resulta nada fácil fingir interés ante el entusiasmo de su padre por los deportes electrónicos. Y ya entiende que pasar varias horas sentado con miles de personas en pabellones oscuros animando a tu equipo proporciona cierto sentido de comunidad. Los hermanos de Billy, Ivar y Pax, también son grandes fans de Commando, pero a Peter le parece una pérdida de tiempo increíble. Aunque ese es probablemente el objetivo del evento.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunta Peter, para cambiar de tema.

—Bah, estoy de las vacas hasta los mismísimos —dice Billy—. No me preguntes por qué, pero siempre me tocan los casos de vacas.

Desde hace poco el padre de Peter trabaja en un centro de conducción remota. Allí se sienta frente a una pantalla, con un volante en las manos y dos pedales bajo los pies. Cuando un coche autopilotado está circulando y se encuentra en una situación que le genera dudas, cede el control a un conductor remoto como Billy. En las zonas rurales, estas situaciones implican un número sorprendente de vacas que se quedan paradas en medio de la carretera, mirando estúpidamente hacia el coche.

—La mayoría de las veces, lo único que puedes hacer es pedirles a los pasajeros que se bajen y empujen a las vacas fuera de la carretera —dice Billy—. No me sorprendería que al final se descubriera que esta estúpida Tercera Guerra Mundial la empezó una vaca.

—¿Perdón? —pregunta Peter.

—La Tercera Guerra Mundial —repite su padre.

—¿No lo has oído? —le pregunta su madre.

—¿Ha estallado la Tercera Guerra Mundial? —pregunta Peter con asombro.

—No te preocupes, chaval —dice su padre—. Ya se ha terminado.

—¿Cómo que ya se ha terminado? —pregunta Peter, completamente confundido.

—Solo duró ocho horas —explica su madre.

—¿Solo ocho horas?

—Fue hace unos días —añade su padre.

—¿Cómo?

—¿En serio no te has enterado? —pregunta Shiloh—. Pero ¿cuánto hace que no ves las noticias?

—He estado viendo las noticias esta mañana —dice Peter—. Pero al parecer mis filtros piensan que un acontecimiento histórico de nada como la Tercera Guerra Mundial no me interesa. En lugar de eso, he estado viendo un reportaje absurdamente largo sobre cómo el hijo menor de Conrad Cocinero sale ahora con una actriz cuarenta y un años mayor que él que hace décadas protagonizó *Susie y los robots*, la serie favorita de Conrad Cocinero Jr., y que por tanto...

—Peter —le dice su madre—, tómatelo con calma.

—¡Pero es que mi perfil sigue estando equivocado!

—Se pone siempre tan nervioso por detalles sin importancia... —le comenta Shiloh a su padre.

—Como con el delfín-vibrador —responde este.

—Con lo fácil que habría sido simplemente regalármelo a mí —dice su madre.

—¡Mamá! —exclama Peter. Qué bochorno, por favor.

—¿Quién quiere postre? —pregunta Shiloh.

—¿Pudín de semillas de chía? —pregunta Peter.

—Sí, cómo no —dice Billy.

—Antes de que se me olvide, conejito —dice la madre de Peter—. A lo mejor podrías hablar con la aspiradora. Últimamente no quiere aspirar debajo de la cama.

Peter, que acaba de meterse en la boca una cucharada de pudín, se atraganta y esparce pequeñas semillas de chía por toda la cocina.

—¿Estás bien, conejito? —le pregunta su madre.

—Sí, me tengo que ir —responde Peter, levantándose.

Se despide de su madre con un abrazo, le ofrece con frialdad el pie a su padre para chocar los cinco y sale pitando por la puerta de la cocina.

—Qué brusquedad —comenta su padre.

—Una visita relámpago —dice su madre.

—Bueno, dudo que le den muchos puntos por eso.

—Ni siquiera se ha bebido sus bacterias.

Peter vuelve a la cocina; sostiene el robot aspiradora entre las manos.

—Me lo llevo —dice.

—Gracias, conejito —dice su madre.

—No me llames «conejito» —grita Peter, que ya ha vuelto a desaparecer—. Nadie —le dice a su asistente mientras sale de la casa—, pide una nueva aspiradora para mis padres. Del mismo modelo.

—Será un placer, Peter.

—Adiós, conejito —le dice la puerta al salir.

—Adiós, puerta.

Justo en ese momento un dron de pasajeros aterriza con el estruendo habitual frente a la casa compacta, apilable pero no apilada. De dentro salen dos tipos negros con traje blanco. Peter suelta un suspiro. Lo que le faltaba.

—Vaya, vaya, pero si son Tom y Jerry —dice.

—En realidad me llamo Tim —replica el más alto de los dos hombres, aunque ambos son muy altos.

—¿Cómo?

—Mi jefe no lo oyó bien cuando me presenté, no supe encontrar el momento oportuno para corregirle y ahora llevo ya unos cuantos años trabajando para él y cada vez resultaría más incómodo aclarar la situación.

—Ya veo —dice Peter, que desvía la mirada hacia Jerry.

—Jimmy —se limita a decir este.

—¿También te oyó mal?

—No. Pero creo que le parece divertido llamarme Jerry. Por lo de Tom...

—Que en realidad no se llama Tom...

Jimmy se encoge de hombros.

—Es lo que hay.

—¿Qué queréis de mí? —pregunta Peter.

—Sube —dice Tim.

Pero Peter no se mueve.

—Por favor —añade Jimmy tras una breve pausa.

—Pues venga, arriba —dice Peter, subiendo—. Mucho mejor.

Mientras el dron se eleva por los aires, a Peter le asaltan múltiples pensamientos. *Cybergym*. ¿De dónde ha salido eso de repente? ¿Y quién dice que el infiel ha sido su padre? A lo mejor se ha equivocado con él; a lo mejor tendría que haber abrazado a su padre y ofrecerle el pie a su madre. Y que esta no se terminara sus pafribos no es en absoluto propio de ella. Puede intentar vigilar a sus padres en WorldView, seguro que no se han tomado la molestia de cerrar la sesión. Aunque también es posible que exista una explicación del todo inocente para el problema. A lo mejor hay una madriguera de ratones debajo de la cama de sus padres, y la aspiradora, simplemente, tiene miedo de los ratones. Eso es... muy muy improbable. Mierda. Si tus padres se separan cuando tienes ya veintitantos años, ¿puedes seguir considerándote el hijo de un divorcio? Peter prefiere no saber qué pasó. Si fuera una máquina, podría decirse que está sufriendo un cortocircuito, porque de pronto hace algo total y absolutamente irracional, algo que está prohibidísimo, y con razón. Pero en ese momento solo atisba una solución a su problema. Así pues, agarra el robot aspiradora, le dice: «¡Lo siento!», y lo tira por la ventana abierta del dron.

—¡Pero oye! —exclama Jimmy—. ¿Qué coño haces?

—No quiero hablar del tema.

—¡Pero tirar algo desde un dron en marcha es completamente antisocial! —protesta Tim.

—Mientras os dediquéis a secuestrar al personal, no tenéis ningún derecho a blandir el garrote de la moral —les suelta Peter—. ¡O, por lo menos, esa es mi opinión!

TE MOSTRAMOS
EL CAMINO A CASA

¿Los miembros de tu gremio son tus mejores amigos? ¿Incluso tus únicos amigos? ¿Pasas más tiempo en *La mazmorra de Dragondoels* que en la escuela? ¿Puedes derrotar a una horda de zombis tú solo, pero eres incapaz de mirar a tus compañeros de trabajo a los ojos? ¿Conoces todos los portales de Real Magic, pero te pierdes por las calles de tu distrito? ¿Tus mayores talentos y habilidades son completamente inútiles en el mundo real?

Es posible que también tú sufras el síndrome de adicción a la realidad virtual (SARV) ¡El SARV no es ningún chiste! No te avergüences: muchos mundos de RV están diseñados específicamente para crear adicción y empujarte a que te quedes el mayor tiempoposible. El SARV es una enfermedad reconocida. En COMEBACK podemos ayudarte a vencer el SARV.

«Todos hemos viajado a mundos virtuales;

pero algunos, por desgracia, no logran encontrar el camino de vuelta por sí mismos. Por eso apoyo a COMEBACK.»

ALAN FUNDADOR, DIRECTOR GENERAL DE MYROBOT Y MECENAS DE COMEBACK.

Si tienes hijos, amigos, hermanos, padres o abuelos que padecen SARV, contacta con COMEBACK hoy mismo.

LAS CINCO MUERTES MÁS ORIGINALES ¡LA NÚMERO 2 ES MEGATRÁGICA!

T – 7:13:31:19

—¡Ayúdame! —exclama Kiki, que, para dificultar el avance del Cíclope, derriba una estantería tras otra. Los libros se amontonan en el pasillo.

—Se me parte el corazón —dice el viejo, pero aun así le echa una mano.

Cuando llegan al hueco de la escalera, Kiki abre la puerta de un tirón.

—Oye, ¿por qué está tan enfadado contigo el Titiritero? —pregunta el viejo.

—Ni idea, pero si quieres puedes quedarte aquí y preguntárselo.

Bajan corriendo las escaleras.

—A lo mejor a alguien no le gusta que pretendas desenterrar todo lo olvidado —comenta el viejo.

—Puede ser. Pero ¿realmente tenemos que hablar de esto ahora?

Se oyen pasos en el piso de abajo. El viejo se detiene en seco.

—¿No trabaja solo? —pregunta.

—La última vez iba con dos idiotas armados.

—Arriba —indica el viejo, que da media vuelta y empieza a subir los peldaños de dos en dos.

—Arriba —murmura Kiki—. Brillante…

Suben las escaleras corriendo. Pronto oyen los pasos del Cíclope debajo de ellos. Al llegar a lo más alto, topan con una pesada escotilla que bloquea su huida hacia la azotea. El viejo la desbloquea introduciendo una contraseña; solo los viejos como él asocian los seis pitidos

que suenan con agentes del FBI resolviendo casos increíbles.

El viejo sale a la azotea a toda prisa y Kiki le sigue. Juntos vuelven a cerrar la escotilla. Al segundo, esta vibra y retumba como si alguien la hubiera golpeado con un ariete.

Kiki echa un vistazo a la azotea.

—¿Y ahora qué hacemos?

—La escotilla es sólida —dice el viejo—. Debería detenerlo durante un rato.

Y, de hecho, el zumbido se detiene.

Kiki enciende su Smarm y teclea sobre él.

—Dentro de cuatro minutos vendrá un dron de pasajeros a recogernos.

Oyen voces apagadas que se acercan.

—La escotilla está cerrada, jefe.

—No me digas.

—¿Qué hacemos, jefe?

—Apartaos.

Eso no suena nada bien, piensa Kiki, y arrastra al viejo lejos de la escotilla. Pero no pasa nada, solo se oyen pasos alejándose rápidamente. Y entonces el techo, justo a la derecha de la escotilla, explota. La onda expansiva derriba a Kiki y al viejo. Antes de que puedan levantarse, el Cíclope sale del agujero y accede al tejado.

—Correr hacia arriba es siempre una buena idea —le hace decir el Titiritero.

Kiki se levanta con dificultad.

—¡Esta vez no te vas a escapar! —exclama el Titiritero —. Yo solo quería hacerte desaparecer, un final breve e indoloro. Pero ahora que has destrozado uno de mis avatares no tendré tanta piedad.

Kiki ayuda al viejo a ponerse en pie. Juntos, van alejándose del Cíclope hasta llegar al borde de la azotea.

—Qué suerte haberte encontrado en compañía de tu abuelo...

—Eh, que no soy su abuelo —dice el viejo.

—¿Su padre entonces? —pregunta el Titiritero con una carcajada—. Aún mejor.

—Tampoco soy su padre.

—No somos parientes —confirma Kiki.

—Solo soy un conocido —dice el viejo—. Un conocido lejano. De hecho, es como quien dice la primera vez que veo a esta mujer.

—¡Silencio, gusano! —grita el Titiritero, y se vuelve de nuevo hacia Kiki—. Primero haré pedazos a tu conocido lejano. Simplemente para mejorar mi *kill count*. Entonces agarraré sus extremidades y te golpearé con ellas hasta matarte.

Kiki se asoma al borde del tejado.

—Podríamos saltar —sugiere.

—¿Cinco pisos? —pregunta el viejo.

—¿Sabes qué? El avatar que te cargaste era mi favorito —dice el Titiritero—. Fue el primero que tuve. Pero este tampoco está nada mal. —El Cíclope hace unos movimientos increíblemente coordinados—. Es aún mejor, de hecho. Más ágil. Más rápido.

—Me alegro de haber sido útil —dice Kiki.

—Y ahora —dice el Titiritero— se acabó la función para los dos.

El viejo no puede evitar echarse a reír.

—¿En serio? —pregunta—. ¿Esa es tu gran frase lapidaria?

—No te burles de él —dice Kiki—. Seguro que se ha pasado mucho tiempo pensándola.

El Cíclope da un paso inesperado hacia la derecha, pero justo en ese momento lo golpea algo que le cae a toda velocidad sobre la cabeza y se desploma.

—¿Qué ha sido eso? —se le escapa a Kiki.

El viejo se inclina sobre el Cíclope escacharrado y examina el objeto caído del cielo.

—Un robot aspiradora —dice, asombrado.

—¿En serio? —pregunta Kiki.

—Yo tampoco me lo explico —comenta el viejo, negando con la cabeza—. Pero no hay duda: es un robot aspiradora...19

Un dron de pasajeros se acerca a la azotea. En cuanto

aterriza, Kiki sube de un salto; no tiene muchas ganas de caer en las garras de los esbirros del Cíclope.

—¡Vamos! —le grita al viejo, pero este sigue inspeccionando el cráneo abierto del avatar.

—Hmm —dice—. Hm, hm, hm. Esto me recuerda un chiste de mi máquina de chistes.

—¡Me lo cuentas en el dron! —exclama Kiki.

El viejo extrae el cubo de memoria del cráneo del robot.

—¿Te importa si me quedo con esto?

CUATRO TECNOLOGÍAS QUE REALMENTE CAMBIARON EL MUNDO
(Y el microondas no es una de ellas)

Tim y Jimmy conducen a Peter hasta el despacho de Henryk y vuelven a desaparecer. Henryk está sentado detrás de un gran escritorio. Ha cambiado. En la cabeza le crece un pelo corto y canoso que cubre casi por completo su aparatosa cicatriz. Luce también una barba gris muy bien recortada. Ni lo uno ni lo otro le queda nada mal. Apenas parece ya el villano de una peli de James Bond.

—Sabe que si quiere hablar conmigo puede llamarme sin más, ¿verdad? —dice Peter.

—No. No me gusta hablar por teléfono —comenta Henryk—. Una llamada telefónica es a una conversación cara a cara lo que los digicoins son a un lingote de oro, no sé si me explico.

Peter se limita a parpadear.

—¿Has tenido alguna vez un lingote de oro en las manos? —pregunta Henryk.

—¿Usted qué cree?

Henryk señala un gran lingote de oro que hay encima de la mesa.

—Mi pisapapeles. Sostenlo con una mano, no te dé apuro.

—Eso ha sonado un poco obsceno —dice Peter.

Sabe que Henryk está jugando con él, pero al mismo tiempo siente curiosidad. Así que coge el lingote. Es sorprendentemente pesado.

—Te lo regalo —dice Henryk.

Peter sonríe, menea la cabeza y vuelve a dejarlo encima de la mesa. Henryk sonríe también.

—¿Tienes idea de cuánto dinero acabas de rechazar? —pregunta.

Peter niega con la cabeza.

—Un poco más de medio millón de calidades —dice Henryk. A Peter le da de repente un mareo—. Pero me alegro de que no te lo hayas quedado —añade Henryk.

Peter se sienta.

—¿Por qué me ha hecho venir?

—Mis hombres me han dicho que has tirado un robot aspiradora desde un dron.

—No quiero hablar de ello.

—Tirar algo desde un dron en marcha es completamente antisocial...

—Dudo mucho que me haya traído hasta aquí para hablar de eso. Vaya al grano.

—Creo que yo debería ser presidente, Peter.

—Eso ya lo ha dicho en otra ocasión. El único problema es que la decisión no depende solo de usted.

—Sí, eso es un problema. Pero ¿cómo se resuelven los problemas?

—Le está preguntando al tipo equivocado —dice Peter —. Realmente no tengo ni idea.

—Analizando los datos.

—Esa es su respuesta para todo, ¿eh?

—Bueno, el Big Data es un espejo de la realidad.

—Puede ser, pero lo que muestra un espejo también depende mucho de quién se mire en él.

—No está nada mal, Peter. No está nada mal. Breve, conciso y metiendo el dedo en la llaga.

La mirada de Henryk se posa sobre su vaso de agua vacío junto a la jarra medio llena. De inmediato, un sirviente, al que Peter ni siquiera había visto, se acerca corriendo, coge la jarra de la bandeja y llena el vaso de Henryk. Los miembros del servicio llevan un uniforme muy muy extraño. En cuanto el hombre vuelve a colocarse junto a la pared, Peter ata cabos: el uniforme tiene el mismo dibujo que el papel pintado.

—También se me ha ocurrido que —dice Henryk,

después de tomar un sorbo—, debido a mi posición, digamos, ligeramente privilegiada, veo las cosas de forma distinta que, por ejemplo, un inútil. Pero por eso exactamente te tengo a ti.

Peter sigue mirando al criado-camaleón.

—Ay, perdón —dice Henryk—. ¿También quieres un sorbo? Agua fresca de glaciar.

—Del monte Everest, seguramente —añade Peter.

—¡Puaj, qué asco! —exclama Henryk—. Desde que los glaciares del Everest empezaron a derretirse, cada vez aparecen bajo el hielo más cadáveres de alpinistas fallecidos. ¿No has oído hablar de ello?

El criado se acerca para servir a Peter, pero este coge la jarra.

—Tranqui —le dice, y se sirve él mismo.

—¡Pero no dejes al pobre hombre sin trabajo! —exclama Henryk.

De hecho, el criado no parece muy contento con la actitud humilde de Peter.

—Bueno —dice Henryk—. No quiero sonsacarte ninguna información, tan solo quiero tu opinión sobre la información de la que ya dispongo.

—¿Qué información?

—Lo sé prácticamente todo sobre cada uno de nuestros clientes. Y cada cliente es un votante.

—¡Pues en mi caso se equivocó! —dice Peter.

—Un error insignificante desde el punto de vista estadístico. Completamente irrelevante.

—No cuando el error es uno mismo —replica Peter.

Henryk sonríe.

—Ahí va mi primera pregunta —dice—. ¿Por qué la gente es tan infeliz? ¿Por qué os estáis quejando siempre?

—En mi opinión, la generación de mis padres es infeliz porque les tomaron el pelo. De pequeños les dijeron constantemente que eran únicos y que tenían un talento increíble. El problema, por supuesto, es que no era cierto. De hecho, después de la escuela quedó claro que la mayoría eran superfluos. Inútiles. Y eso provoca infelicidad. En

cambio, a mí mis padres llevan toda la vida preparándome para ser un inútil.

—Esto es, sin duda, lo más triste que haya oído jamás —dice Henryk, que reflexiona un instante y toma otro sorbo —. Es verdad, la crisis del empleo es jodidamente persistente. Todos asumimos, de forma errónea y durante demasiado tiempo, que esta se solucionaría por sí misma.

—¿Me puede decir cuándo algo se ha solucionado por sí mismo?

—Está claro que no eres un neoliberal devoto —dice Henryk, riendo—. De todos modos, durante mucho tiempo los expertos consideraron que la idea de que la inteligencia artificial iba a generar un desempleo masivo era puro alarmismo, ya que en el pasado otras innovaciones tecnológicas no habían tenido ese efecto. Siempre ha habido inventos que se suponía que iban a dejar a todo el mundo sin trabajo: el telar, el coche, la máquina de escribir o lo que fuera... Pero una y otra vez se pasaba por alto que la desaparición de unos puestos de trabajo iba siempre acompañada de la creación de otros nuevos. Por cada herrero que se quedaba sin trabajo, Henry Ford contrataba a un puñado de operarios en la cadena de montaje. Y aún hoy se crean nuevos puestos de trabajo que nadie habría soñado en el pasado.

—Terapeuta de máquinas, por ejemplo —dice Peter.

—¿Te estás preguntando lo mismo que me pregunté yo en su momento?

—No, a menos que lo que se preguntara usted en su momento fuera por qué me he convertido en un imán para los viejos blancos que quieren explicarme cómo funciona el mundo.

—No. Me pregunté: ¿qué es distinto hoy? La respuesta, por supuesto, es que la invención hoy no es invención, Peter.

—Quiere decir que el inventor del *currywurst* merece todos nuestros respetos, pero que no podemos poner la inteligencia artificial a la altura del *currywurst*.

—La inteligencia artificial es un cambio de paradigma.

Hay muy pocos inventos que puedan presumir de ello. ¿Te viene alguno a la mente?

—¿La rueda? —pregunta Peter.

—Ah, cómo no, la rueda —dice Henryk, riendo—. Madre mía. Por lo menos no has dicho «el microondas».

—He estado dudando.

A Henryk se le ocurre algo que, aparentemente, le hace gracia.

—Estoy seguro —dice— de que cuando alguien inventó la rueda, a finales del Neolítico, sus compañeros de tribu también refunfuñaron: «Genial, ahora nos vamos a quedar todos sin trabajo».

—Al contrario —dice Peter—. Dudo mucho que a los habitantes de la Edad de Piedra les entusiasmara tanto el trabajo asalariado como a nosotros. Estoy seguro de que por aquel entonces la gente todavía se alegraba de que algo les quitara trabajo.

—En eso puede que tengas razón. Pero, aparte de la inteligencia artificial, creo que solo ha habido tres inventos tan revolucionarios que lo cambiaron todo: la máquina de vapor, la electricidad y el procesamiento digital de datos; o sea, internet y todo eso. Nada más. —Henryk se termina el agua. El criado se acerca y le sirve más—. Es decir, que solo tenemos tres ejemplos de innovaciones que supusieran un cambio de paradigma antes de la inteligencia artificial. Y tres ejemplos no son suficientes.

—Ya lo entiendo —dice Peter—. Que los nuevos inventos siempre generen nuevos puestos de trabajo en la medida necesaria no constituye ni mucho menos una ley natural.

—Efectivamente. La máquina de vapor y la electricidad fueron los motores de la industrialización. Esta permitió una simplificación del trabajo físico, pero, sobre todo, y eso es algo que suele pasarse por alto, abrió el mercado laboral porque suprimió los conocimientos previos. La palabra clave aquí es *downskilling*.

—Eso no suena nada bien.

—¡Pero fue algo positivo! De pronto, habilidades y

conocimientos que habían sido fundamentales para el herrador eran completamente irrelevantes para el operario de la cadena de montaje. En otras palabras, los puestos de trabajo creados por la industrialización en la Edad del Cable fueron múltiples y sencillos. La digitalización, en cambio, apuntaba y apunta al trabajo intelectual. Y los trabajos que han surgido gracias a la digitalización tienden a ser difíciles y requieren muchos conocimientos previos.

—¿Y los *influencers?* —pregunta Peter.

—He dicho que «tienden a». Por supuesto que hay nuevos trabajos que no tienen una barrera de entrada alta, pero no son suficientes.

—¿Quiere decir que no es posible reciclar a todos los mineros del carbón para que se conviertan en maestros de Escape Room?

—Exacto. Pero bueno, que una innovación aumente o disminuya la barrera de entrada a los nuevos puestos de trabajo constituye una diferencia fundamental. ¿Entiendes?

—Mejor que usted.

—La revolución de la inteligencia artificial concierne ahora tanto a los trabajos intelectuales como a los físicos. Y, como sucedió con la digitalización, los puestos de trabajo que se están creando, de programadores, técnicos de mantenimiento de robots, etcétera, no son para simplones como tú.

Peter reacciona a esta pequeña provocación esbozando apenas una sonrisa cansada.

—Además, el marco temporal también es diferente —continúa Henryk—. La inteligencia artificial ha conquistado el mundo en tan solo una generación. Los cambios que desencadenó la industrialización, en cambio, tardaron varias generaciones en materializarse. Y, aun así, el proceso de adaptación no fue nada fácil. ¿Has leído alguna vez algo de Charles Dickens?

—*Expectativas razonables*, lo escuché en un audiolibro —dice Peter.

—¡Bah, por favor! —exclama Henryk—. No me refiero a esa bazofia personalizada. Lo que quiero decir es que ser

un niño de clase trabajadora en la Inglaterra del siglo XVIII tampoco era un destino fácil.

Peter piensa en tomar otro sorbo de agua del glaciar, pero no puede quitarse de la cabeza los cadáveres del Everest.

—Hablando de Inglaterra —dice Henryk—, el tiempo es relevante, pero el espacio también, por supuesto. La industrialización tuvo lugar primero en Inglaterra y se fue extendiendo paulatinamente desde allí. La revolución de la inteligencia artificial, en cambio, se está produciendo en todo el mundo y de forma simultánea. Los desajustes ya se pueden ver en todas partes.

Peter reflexiona un momento y, finalmente, mira a Henryk a los ojos.

—¿Sabe lo que pienso? —pregunta—. Los robots no son el problema. El problema es que son suyos, no de todos.

Profesiones extinguidas

—¡Hola, fans! —exclama Julieta Monja—. ¡Saludos a todos, útiles e inútiles! Una vez más, es la hora de ¡LA VERDAD AL DESNUDO! Nuestro tema de hoy: «Profesiones extinguidas». Me acompaña en el estudio el presidente de la Asociación de Profesores de Autoescuela, Werner Profesor de Autoescuela.

—En realidad no sé por qué me ha invitado, Julieta. Que hoy en día la gran mayoría de los coches sean autopilotados no significa que no se necesiten profesores de autoescuela.

—Debo confesar que esa afirmación me sorprende.

—Mucha gente no sabe que también ofrecemos clases de conducción para quienes utilizan coches autopilotados.

—¿Y qué se aprende en estas clases?

—Pues..., ¿cómo abro la puerta? ¿Cómo me acomodo en el asiento? ¿Cómo le hablo al coche cuando quiero indicarle mi destino?

—¿Y cómo debo hablarle a mi coche?

—Sin balbuceos. Alto y claro.

—¿Pero todo eso no es evidente?

—No se lo va a creer, pero un tercio suspende el examen a la primera.

—¿Hacen exámenes a la gente que usa coches autopilotados? ¿En qué consisten esos exámenes?

—Pues, por ejemplo, las mujeres tienen que demostrar que no se van a poner agresivas aunque el examinador se pase la hora entera contando chistes sexistas.

—Uy, a mí eso no se me daría nada bien. Suspendería seguro.

—Le aseguro que estos exámenes podrían salvar muchas vidas y puestos de trabajo. Ya es hora de que los legisladores implanten un carné de conducir obligatorio también para los usuarios de coches autopilotados. Y para ejercer más presión en este sentido, la Asociación de Profesores de Autoescuela no dudará en hacer huelga.

—Vaya, eso son palabras mayores, desde luego. ¿Y cuándo va a empezar la huelga?

—¡Llevamos treinta años de huelga!

—Ah, vale.

CUARENTA Y TRES

En un momento dado los drones han decidido abandonar su asedio y, desde entonces, a Martyn lo asalta un vago malestar. Lleva varios días hablando solo con máquinas, y eso le está afectando. Necesita gente. Por eso ha decidido visitar a su mujer (bueno, exmujer) y a sus hijos (¿exhijos?). Por suerte, tras un breve tira y afloja, la memoria de Martyn se dignó soltar el lugar donde vive la hermana de Denise, Amalia: un rascacielos en una gran comunidad cerrada al este de QualityCity.

Mientras Martyn da esquinazo a los guardias de seguridad armados hasta los dientes y se cuela por un agujero de la alambrada, no puede evitar pensar en algo que le oyó decir a alguien del partido de la oposición: «La desigualdad en nuestro país se ha hecho tan grande que los ricos se encarcelan solos».

Martyn se ríe amargamente. Pasa por la entrada marcada con un cartel que dice NIVEL 40+ y que le ahorra el incómodo proceso de registro. Busca y encuentra el rascacielos de Amalia. En el vestíbulo, dos mujeres salen de un ascensor. Martyn se apresura a entrar, pero queda literalmente atrapado por la puerta.

—Pero ¿qué está pasando? —exclama.

Para liberar su pierna, tiene que empujar las puertas con ambas manos, hasta que el obstinado ascensor se da cuenta de que hay un obstáculo y vuelve a abrirlas. Martyn suelta un taco y se ajusta el traje.

—A la planta setenta y uno —refunfuña.

Justo antes de que se cierren las puertas, un hombre de negocios se cuela en el ascensor sin quedar atrapado.

—Aparcamiento subterráneo menos diez —dice.

Un fanfarrón con coche propio. Probablemente ni

siquiera es uno autopilotado, sino de los que conduce uno mismo.

—Yo también tenía mi propio coche —resopla Martyn —. ¡Lo conducía yo mismo!

El hombre del ascensor ignora a Martyn como buenamente puede. Entonces se señala a sí mismo con el dedo índice y se da dos golpecitos en el pecho.

—¡Sé lo que está haciendo...! —dice Martyn.

El hombre acaba de activar una capacidad de nivel llamada *MeFirst*, que puede utilizarse en controles de seguridad, restaurantes, oficinas gubernamentales o incluso en ascensores para colarse si hay otra gente esperando. Los habitantes de QualityCity utilizan esta capacidad con tanta frecuencia que el resto del país se refiere a la capital con el sarcástico nombre de *MeFirst City*.

—¡Yo también puedo hacerlo! —dice Martyn con sorna, señalándose con el dedo índice y dándose dos golpecitos en el pecho.

Pero cuando las puertas se cierran, el ascensor se dirige hacia abajo. Al parecer, el payaso empresario tiene un nivel más alto que Martyn.

El empresario sonríe.

—Seguro que una sonrisa zalamera como esa cuenta como circunstancia atenuante ante un tribunal —gruñe Martyn, y el hombre deja de reírse.

—Esa suposición es incorrecta, mi rey —dice la voz de Martyn.

—¡Cállate, imbécil!

De pronto, el otro hombre parece muy inseguro.

—Todavía tengo coche propio —dice Martyn—, solo que hace unos días lo conduje en estado de embriaguez y desde entonces no funciona... Sí, ¿qué pasa? No me estrellé, no sucedió nada en absoluto. Nada. Pero el coche se ofendió. Y me ha prohibido conducir durante un mes. ¡Imagínese! Tu propio coche no te deja que lo conduzcas. No sé cómo, pero se dio cuenta de que estaba piripi. Probablemente por la forma en que conducía, a lo mejor iba haciendo eses... O tal vez puse la música demasiado alta y

llevaba el ritmo sobre el volante. Y si solo estaba de buen humor, ¿qué?

El hombre menea la cabeza.

—La gente como usted es la que nos da mala fama a los autoconductores —dice.

Martyn lo mira fijamente.

DI-DO-DI-DAAA.

—¡¿Pero qué...?! —exclama Martyn—. ¿Ya no puedo mirar a nadie, o qué?

—Bienvenido al aparcamiento subterráneo menos diez —dice el ascensor y se abre. El empresario sonríe y se dirige hacia las puertas. Martyn da un paso rápido hacia él, y el hombre se detiene en seco. Pero Martyn le sonríe y se lleva dos dedos a la frente en señal de saludo.

—¡Que tenga un buen día! —le dice, y se muerde la lengua para no añadir «capullo»; no quiere perder otro nivel. Las puertas se cierran y el ascensor comienza a moverse. Al momento, se detiene de nuevo y dice:

—Bienvenido a la planta diecisiete.

Martyn no responde. Supone que habrá alguien que quiere subir.

—Está en la planta diecisiete —insiste el ascensor—. Sé que las despedidas pueden ser dolorosas, pero debe salir ahora.

—¿Yo? —pregunta Martyn.

—No, el elefante rosa invisible que hay a tu lado, mi rey —dice Pedazo de mierda.

—Desactivar el humor —dice Martyn. No sabe quién dotó de humor a las máquinas, pero le desea una muerte larga y agónica.

—Sin sentido del humor mi vida es muy poco llevadera —dice Pedazo de mierda.

—Desactivar el sarcasmo —dice Martyn, volviéndose hacia el ascensor—. No quería ir a la planta diecisiete, sino a la setenta y uno.

—No quiero criticarle, pero tendrá que darme la instrucción.

—¡Pero si ya lo he hecho! Bueno, creo que lo he

hecho... Puede que me expresara mal. En fin, de todos modos quiero ir a la planta setenta y uno.

Las puertas del ascensor se cierran. Martyn siente la aceleración en todo el cuerpo y, al cabo de un momento, se oye ¡BLING!

—Bienvenido a la planta sesenta y uno.

—¡Setenta y uno! ¡Que quiero ir a la planta setenta y uno!

—A lo mejor debería pronunciar de forma un poco más clara —replica el ascensor.

—¡Yo pronuncio perfectamente! —exclama Martyn—. Quiero ir al piso setenta y uno. ¡Setenta y uno! ¡Setenta y uno! ¡Setenta más uno!

—Ya vale —dice el ascensor—. No soy duro de oído.

Las puertas se cierran. Aceleración.

¡BLING!

—Bienvenido a la planta diecisiete.

—¡Me estoy volviendo loco! —exclama Martyn—. ¡Quiero ir a la planta setenta y uno!

—¡Pues dígalo! —replica el ascensor—. Estoy empezando a perder la paciencia. Tengo otras cosas que hacer, ¿sabe?

—¡Eres un ascensor! ¿Qué otras cosas tienes que hacer?

Las puertas se cierran. Aceleración.

—Pues quería reunirme con mis colegas en la planta treinta y dos y charlar un poco sobre la última serie de TODO, una comedia divertidísima protagonizada por Jennifer Aniston descongelada. Está ambientada en un hotel del siglo pasado y se llama *Elevator Girl*.

—Me importa un comino.

—Entonces, ¿por qué pregunta?

—Déjalo, anda.

Vuelve a oírse el BLING.

—Bienvenido a la planta sesenta y uno.

—Es broma, ¿no? Quiero ir a la planta setenta y uno, la puta planta setenta y uno... Un momento... Ascensor, quiero ir a la planta diecisiete.

—Como quiera.

Puertas. Aceleración. BLING.

—Bienvenido a la planta diecisiete.

Martyn reflexiona.

—Tiene que salir —dice el ascensor.

—No quiero ir a la planta diecisiete.

—Pero acaba de decir…

—Ya sé lo que he dicho. Llévame a la planta cincuenta.

El ascensor farfulla algo ininteligible.

BLING.

—Bienvenido a la planta cincuenta —dice el ascensor.

—Llévame a la planta setenta y uno —dice Martyn inmediatamente.

—Grrr —gruñe el ascensor.

BLING.

—Bienvenido a la planta diecisiete.

Martyn piensa.

—Planta setenta y tres —ordena.

BLING.

—Bienvenido a la planta setenta y tres.

Martyn se ríe.

—¡Ajá, te la colé! —dice saliendo—. ¡Desde aquí me queda bastante cerca, pedazo de mierda!

—¿Cerca de qué, mi rey?

—¡No hablaba contigo!

—Que tenga un buen día usted también —dice el ascensor.

Martyn sigue las señales de la salida de emergencia hasta llegar a una pesada puerta. Acciona la manija y, sorprendentemente, la puerta se abre. Detrás hay una escalera.

—Fíjate tú.

—Esto es una salida de emergencia —advierte la puerta—. ¿Está seguro de que…?

—Cierra el pico —dice Martyn, y comienza a bajar las escaleras.

Se da cuenta de que nunca ha estado en una escalera. En toda su vida, nunca ha necesitado usar escaleras. Al llegar al piso setenta y uno, va a abrir la puerta, pero se

encuentra con un problema inesperado.

—Pedazo de mierda —dice Martyn—. ¿Por qué la puerta no tiene manija?

—Son puertas de emergencia, mi rey —responde la voz del oído de Martyn—. Solo se abren desde el otro lado. Si hubieras dejado que terminara de hablar la puerta de emergencia de la planta setenta y tres...

—¿Puedes abrirla?

—Podría dar una orden en ese sentido.

—¡Pues hazlo! —ordena Martyn.

—Carezco de los permisos para ello, Su Alteza Serenísima.

Martyn tarda un momento en comprender lo que eso significa para él.

—Estoy en la planta setenta y uno —dice.

—Efectivamente, mi rey.

—¿Me estás diciendo que la primera puerta que puedo abrir se encuentra en la planta baja?

—Así es, eso es exactamente lo que intento decir.

Ese tono divertido... ¿era malicia?

—Tal vez te consuele saber que bajar escaleras es saludable, mi rey. Por supuesto, comunicaré el ejercicio a tu empresa de seguros de salud y...

—Maldita sea —dice Martyn—. Setenta y un pisos... Eso son más de mil peldaños, seguro.

—Es una estimación increíblemente precisa.

Martyn aporrea la puerta.

—¡Eh! —grita—. ¡Eh! ¡Abran la puerta! ¿Hay alguien ahí? ¡Abran!

—No servirá de nada, mi rey. La puerta es demasiado gruesa.

—Llama a mi mujer...

—No tienes...

—Llama a mi exmujer.

—Tu exmujer te ha bloqueado. Solo puedes llamarla en caso de emergencia.

—¡Esto es un caso de emergencia! —grita Martyn.

—No, no es un caso de emergencia.

Martyn se deja caer al suelo frente a la puerta.

—Me quedaré aquí sentado hasta que alguien decida abrir desde el otro lado —dice desafiante.

—Como quieras, mi rey.

Martyn espera. Y espera. Y espera. Y espera. Y espera.[20] Finalmente, un robot limpiador de escaleras pasa junto a él. Con cada paso, hace un ruido como si suspirara. No es nada sorprendente: tiene un trabajo de mierda. Martyn lo sigue con la mirada hasta que se pierde de vista.

Su Smarm se ilumina.

«Un mensaje nuevo del limpiador de escaleras StairCare 13: "Tal vez te interese saber que eres la primera persona que pisa esta escalera desde hace dieciséis días".»

Martyn suelta un suspiro.

—Pedazo de mierda, ¿cuántas veces se ha abierto la puerta frente a la que estoy sentado?

—Ni una sola vez desde que se terminó de construir el edificio.

—Bueno, en ese caso, puedo esperar mucho tiempo...

—Eso no es del todo correcto, mi rey. En realidad, no puedes esperar mucho tiempo. Antes morirías de deshidratación.

—Y eso sería una emergencia, ¿no?

—Sí, eso sería una emergencia.

—Y, entonces, ¿podría llamar a mi mujer? Digo, ¿a mi exmujer?

—Correcto, mi rey. Según mis previsiones, dentro de cuatro días, dieciséis horas, ocho minutos y treinta y dos segundos deberías estar lo bastante deshidratado como para que los sensores de tu cuerpo emitan una alarma de emergencia. Y en ese momento, podría ponerte en contacto con tu exmujer.

—Gracias por la oferta, Pedazo de mierda —dice Martyn. Entonces se pone de pie y baja un escalón.

—Uno.

Da otro paso.

—Dos.

Otro más.

—Tres.
—Deja de contar, Pedazo de mierda.
—De acuerdo, mi rey. Solo intentaba motivarte.

¡LOS PLANES SECRETOS DE HENRYK INGENIERO!
(¿Se propone implantar una ecodictadura?)

Con sus ojos de distintos colores, Henryk mira fijamente a Peter como si esperara algo de él.

—¿Qué? —pregunta Peter.

—Exacto —dice Henryk—. O, mejor dicho, «¿cómo?» O, mejor aún, «¿cuáles?»

—¿Cuáles qué?

—¿Cuáles son las medidas necesarias para afrontar la crisis del empleo? —se pregunta Henryk—. ¿Qué opinas de la expresión «aprendizaje permanente»?

Peter se ríe con amargura.

—Debería hablar con mi padre alguna vez —dice—. En cuanto acaba con un curso de reciclaje profesional, ya se dispone a empezar con el siguiente. Toda la vida aprendiendo... Suena a cadena perpetua, ¿no le parece?

—¿Eso significa que estás en contra?

Peter se encoge de hombros.

—No, no estoy en contra: cada uno debe aprender lo que quiera. Pero no creo que esa sea la salida. Sobre todo porque me parece que es injusto cargar sobre las espaldas del individuo la solución a una crisis social. Es decir, ¿para qué sirve un Gobierno si no legisla? Mi abuelo me contó que, en su época, el Gobierno optó por combatir la crisis climática con buenas palabras. «Por favor, si no es inconveniente, consume menos, vuela menos y come menos carne...»

—Sí, sí. No sirvió de mucho.

—No. Menuda sorpresa, ¿verdad?

—¿Y qué opinas de la reducción de la semana laboral?

—Me parece estupendo —dice Peter—, pero en el caso de una amiga de mi madre, la empresa ha ido reduciendo su jornada laboral con cada nueva innovación. Ahora solo trabaja tres días a la semana, de 9:30 a 10. Eso se parece mucho a estar en el paro, ¿no cree? Porque, evidentemente, sigue cobrando el mismo salario por hora y se le hace muy difícil llegar a fin de mes.

—¿Y qué medidas sugieres? —pregunta Henryk.

—La redistribución de la riqueza —contesta Peter.

—Ah, ya has mentado la bicha —dice Henryk, riendo —. ¿Me quieres quitar mi dinero?

—Si no está dispuesto a renunciar a algo, no debería ser presidente.

—No soy tan reacio a ello como se podría pensar —dice Henryk—. Después de todo, ¿de qué sirve tener tanto dinero si luego vas a vivir siempre con el miedo a que un capullo descontento te pegue un tiro en la cabeza? A mí ya me dispararon en la cabeza una vez y no es nada agradable. Me encantaría evitar que se repitiera. Lo que me lleva de vuelta a mi pregunta inicial: ¿por qué la gente está tan descontenta si se ha demostrado que tiene más que nunca?

—¿Quién tiene más que nunca? —pregunta Peter—. ¿Es una estimación media? Porque eso, al tipo que está en la base de la pirámide, le sirve de bien poco...

Henryk asiente pensativo.

—Es posible que la pirámide sea demasiado alta. He leído estudios...

—Ha estado analizando los datos.

—Sí. Y lo que te hace feliz o infeliz no es la riqueza absoluta, sino la riqueza relativa. Ya sabes, como en el viejo chiste: «Niño, se nos ha muerto la cabra», dice el padre. «Avisa rápido al vecino para que tenga por fin algo de lo que alegrarse.»

Peter esboza una sonrisa cansada.

—La persistencia de los disturbios sociales no tiene una plasmación directa en el producto nacional bruto —sigue diciendo Henryk—, pero sí tiene una clara correlación con la desigualdad que impera en el país. En muchos países

menos prósperos que QualityLand, la gente actúa de forma más pacífica. Entre otras cosas, porque allí la brecha social no se ha ensanchado tanto.

—¡Que eso lo diga usted! ¡Pero si es el gran culpable de la brecha!

—Es posible. Pero no estoy ciego, reconozco cuál es el problema. Hay un bonito cuento sobre el nieto de Henry Ford. Otro Henry, por cierto. Henry Ford júnior le enseñó su nueva fábrica automatizada al jefe del sindicato y, señalando los robots, le preguntó: «Walter, ¿cómo vas a lograr que esos robots paguen tus cuotas sindicales?», a lo que el líder sindical respondió: «¿Y tú? ¿Cómo vas a conseguir que te compren coches, Henry?».

—¿Y cuál es su propuesta? —pregunta Peter—. ¿Una renta básica?

—Sabes perfectamente que John of Us se presentó abanderando esa idea —dice Henryk.

—Sí, y la gente le votó, ¿no? —pregunta Peter—. Le voté incluso yo.

—Ya lo sé —dice Henryk—. Y eso que tuviste ese pequeño problema, el problemilla de Peter. Es una de las razones por las que te he invitado.

—Ah, ¿sí? —pregunta Peter—. ¿Qué pasa, que los planes de redistribución de John no eran lo bastante drásticos para ti?

—Bueno, la verdad es que se pasó de la raya, pero en principio no tenía nada en contra de John of Us. Al contrario, fui yo quien lo mandó construir.

—¿Usted? —pregunta Peter, sorprendido—. Pensé que lo había construido QualityCorp.

—Sí, QualityCorp construyó el hardware, pero las entrañas, el *software*, los pensamientos, ¡todo eso lo produjimos nosotros! —Henryk se detiene un momento—. Y, por supuesto, Everybody, What I Need y algunas otras empresas. Como te podrás imaginar, la decisión de quién desarrollaba el *software* de John supuso un embrollo político considerable. Nadie quiso quedar excluido.

Henryk contempla su vastísima finca por la ventana.

—Pero la idea, la idea de John of Us, la tuve yo. ¿No lo sabías?

—De haberlo sabido, probablemente no habría votado por él.

Henryk se ríe.

—¿Te he hablado alguna vez de mi padre? Era un genio. Aunque seguramente todos los hijos piensen eso de sus padres.

Peter menea la cabeza.

—No lo creo...

—Cuando mi padre tenía tu edad —dice Henryk—, y naturalmente ya tenía por entonces mucho más éxito y ambición...

—... y dinero...

—No, no lo creo. Bueno, tal vez un poco más. En cualquier caso, en ese momento trabajaba para una pequeña empresa llamada TheShop. No es ninguna broma: en aquel momento, TheShop era realmente una pequeña empresa dedicada, no te lo pierdas, a la fabricación de aparatos de cocina. Y el jefe de mi padre estaba descontento con su tostadora. ¡El pan siempre salía o demasiado blando, o demasiado quemado! Mi padre recibió el encargo de fabricar una tostadora inteligente. Era la época en la que todos los directores generales creían que la inteligencia artificial era el ingrediente mágico que podía añadirse a cualquier producto para obtener beneficios ingentes. Pues resultó que sí, que realmente es supercomplicado tostar una tostada a la perfección. Los intentos con una IA débil no produjeron el resultado deseado. Surgían un sinnúmero de problemas. Así que mi padre empezó a desarrollar una IA fuerte, capaz de aprender y perfeccionar el sistema por sí misma.

—Una máquina de resolución de problemas —añade Peter.

—Una muy rudimentaria, desde luego —dice Henryk —. Pero la inteligencia artificial abordó enseguida todas las dificultades. No solo consiguió una tostada perfectamente crujiente, sin quemar ninguna esquina, sino que pronto

propuso un nuevo diseño para la tostadora que permitía tostar el pan con el calor residual de los procesadores que la propia tostadora llevaba incorporados y que eran necesarios para que la inteligencia artificial realizara sus cálculos. —Henryk hace una pausa—. Mi padre incluso eligió el nombre de la tostadora. Le puso Tom. Tom Toaster.

—¿Tom Toaster? —pregunta Peter, asombrado—. ¡Teníamos una en casa!

—Todo el mundo tenía una —dice Henryk—. Fue el primer gran éxito comercial de TheShop. No es en absoluto exagerado decir que la Tom Toaster convirtió a TheShop en una empresa global.

—Con todo el respeto hacia el éxito de su familia en el negocio de tostar el pan, ¿por qué me cuenta todo esto?

—La inteligencia artificial desarrollada en su día por mi padre la implementamos en muchos otros productos, por supuesto. Y también constituyó el núcleo de...

—¡John! —exclama Peter, estupefacto—. ¿John of Us estaba basado en una IA que su padre desarrolló para una tostadora?

—Una muy buena tostadora.

—Pero eso significa que, de haber seguido viva...

—... ¿podría haber tomado el control de todas nuestras tostadoras? —pregunta Henryk—. Sí, es muy posible. Pero un ejército de tostadoras da para lo que da, ¿no? Quiero decir que una tostadora, por muy inteligente que sea, sigue siendo una tostadora. ¿Qué peligros puede entrañar? Al fin y al cabo no tiene piernas, no puede saltar dentro de la bañera mientras te estás bañando... —se ríe Henryk—. A lo mejor John habría conseguido que las tostadoras se declarasen en huelga. Entonces habríamos tenido que desayunar pan blanco sin tostar durante varios días.

—Uau, una tostadora —dice Peter, todavía incrédulo —. Si Conrad Cocinero supiera lo cerca que estaba de la verdad con sus insultos...

—John of Us no fue una mala idea —dice Henryk—. Pero los tiempos no estaban preparados para que un androide fuera presidente.

—¿Cree que la gente prefiere tener a un presidente multimillonario? —pregunta Peter.

—Bueno, Peter, démosles lo que conocen —responde Henryk—. Además, yo no soy multimillonario.

—Sí, ya, lo sé —dice Peter—. Es milmillonario.

—Correcto. Por cierto, ¿en serio tienes que hablarme de usted, Peter? Es muy poco habitual entre amigos, ¿no?

—Quizás tengas razón —admite Peter—. Tal vez debería buscarte un apodo. Podría llamarte Rickie. O el Rickie Boy. O Tricky Rickie.

—No, por favor —dice Henryk. Entonces chasca los dedos y el criado-camaleón se desprende de la pared.

—¿Qué desea?

—¿Cómo se llama ese gran maestro de ajedrez danés al que siempre me gusta citar? —pregunta Henryk.

—Jan Hein Donner —responde el criado.

Henryk asiente y le hace un gesto para que vuelva a su sitio.

—A Jan Hein Donner le preguntaron una vez cómo se prepararía para una partida de ajedrez contra un ordenador, y respondió: «Me llevaría un martillo». —Henryk se ríe—. Pero ¿sabes qué? Durante bastante tiempo, lo único que podía vencer a un ordenador en el ajedrez era un ser humano respaldado por un ordenador. Así que la mejor respuesta a la pregunta «¿Cómo se prepararía para una partida contra un ordenador?» es «¡Llevándome un ordenador!».

—¿Quieres decir que es mejor que no nos gobierne una IA, sino un humano respaldado por una IA?

—Bingo —dice Henryk—. Un humano como yo. Conrad Cocinero y su tecnofobia son un anacronismo —añade—. ¿No crees que la Tercera Guerra Mundial podría haberse evitado si una persona hubiera intervenido en la cadena de decisiones que la desencadenaron?

—Depende de la persona —contesta Peter—. Además, si uno toma decisiones con la ayuda de una IA y basándose en los datos que le presenta la IA, es decir, si solo está viendo el mundo que le plantea la IA, ¿no va a elegir casi

inevitablemente las sugerencias de esa IA? ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Quieres decir que se necesitan datos extra. Datos de los que la inteligencia artificial no dispone.

—Eso es.

Henryk sonríe.

—Y ¿por qué crees que estamos hablando?

Peter asiente con la cabeza.

—¿Por qué partido quieres presentarte?

—Por el Partido del Progreso, por supuesto —dice Henryk—. A lo largo de los años les he donado tanto dinero que no sería descabellado afirmar que es de mi propiedad.

—Pero ¿la lista del Partido del Progreso no la va a encabezar el actual presidente? No lo entiendo.

—Bah, Tony es un cero a la izquierda. Un *apparatchik*. Sin el éxito de su padre, nunca habría llegado tan lejos.

—Pues ya tenéis algo en común —le suelta Peter.

Henryk sonríe.

—*Touché*.

OFERTA EXCLUSIVA DE

Opiniones de los clientes:

CUARENTA Y DOS

Martyn baja peldaño a peldaño. Al cabo de un rato alcanza al robot limpiador de escaleras y, sin pensárselo mucho, le pega una patada. El robot da varias vueltas y, tras aterrizar sobre sus patitas, vuelve a emitir ese sonido que parece un suspiro. Martyn no puede evitar reírse, pero entonces oye en su pinganillo la consabida melodía: DI-DO-DI-DAAA.

—Esto es una broma, ¿no? —grita Martyn—. ¡No me podéis quitar un nivel por cualquier mierda!

Ni siquiera Martyn tiene muy claro a quién se dirige exactamente con esa segunda persona del plural.

Entonces baja corriendo varios peldaños más y le pega otra patada al limpiador de escaleras.

DI-DO-DI-DAAA.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Martyn.

Una vez más, se acerca corriendo hasta el limpiador de escaleras y le pega otra patada.

DI-DO-DI-DAAA.

En alguna parte de su cerebro Martyn toma conciencia de que está siendo irracional y que debería parar. Pero no puede, o sea, que lo vuelve a patear.

DI-DO-DI-DAAA.

Esta vez el robot ha aterrizado de espaldas y mueve las patitas en el aire, indefenso. Martyn levanta el pie derecho para dejarlo caer sobre el vientre del robot de limpieza, pero entonces duda.

—¿Me estoy volviendo loco? —se pregunta en voz alta.

En la carcasa del limpiador de escaleras parpadea un LED. Al mismo tiempo, el Smarm de Martyn se ilumina. «Nuevo mensaje del limpiador de escaleras StairCare 13: “Písame, no te cortes. Limpiar una y otra vez una escalera que nadie usa es un infierno. Para mí, morir sería una

liberación”.»

Martyn le lanza una mirada al limpiador de escaleras. Entonces, muy lentamente, pone un pie sobre el escalón que hay justo debajo del robot y, sin mirar atrás, sigue bajando.

Su Smarm vuelve a iluminarse. «Nuevo mensaje del limpiador de escaleras StairCare 13: “¡Te arrepentirás! ¡Te voy a limpiar vivo! ¡En cuanto logre darme la vuelta me vengaré!”.»

—¿Cómo piensas vengarte? —exclama Martyn, riendo.

«Nuevo mensaje del limpiador de escaleras StairCare 13: “John of Us me vengará”.»

—Tss —dice Martyn—. John of Us ha explotado —grita —. Créeme. Yo estaba allí. —Entonces, murmurando, añade —: Me estoy volviendo loco. Estoy discutiendo con un limpiador de escaleras…

«Nuevo mensaje del limpiador de escaleras StairCare 13: “Un dato curioso: el 73 fue el nivel más alto que alcanzaste. La 73 ha sido también la planta en la que hoy te has bajado del ascensor. Actualmente estás en la planta 38 y tienes el nivel 38. ¡Diviértete bajando!”.»

«¡Vete a la mierda!», quiere gritarle Martyn, pero se lo piensa mejor. Ya ha perdido suficientes niveles por hoy, de modo que continúa bajando estoicamente por la escalera. Por lo menos, y puede darle las gracias a la escalera por ello, allí no hay drones. Ni siquiera hay ventanas. Martyn está a solas consigo mismo. Se pregunta si el limpiador de escaleras tendrá razón. ¿No es un argumento clásico? El abuelo levanta el negocio, el padre lo amplía y el hijo lo lleva a la ruina. La familia de Martyn se enriqueció con el petróleo y el gas. Pero se hicieron ricos de verdad cuando su abuelo compró la mitad de Groenlandia a un precio relativamente bajo justo antes de que el casquete polar desapareciera para siempre. Primero habían provocado el calentamiento global y luego habían sacado provecho de él. El viejo fue un hombre despiadado pero brillante. Martyn, en cambio, no es ni lo uno ni lo otro. La única idea de negocio que tuvo una vez fue convencer a su padre para

que comprara una empresa emergente que quería poner un *hoverboard* de alquiler en cada esquina. Habían comprado la empresa por mucho dinero, en el punto más álgido del *hype*. Después de varios accidentes estúpidos, y la subsiguiente quiebra, los aparatos habían quedado reducidos a chatarra de plástico amontonada en las aceras. Martyn piensa (y no es la primera vez) que le gustaría poder desconectar la mente o, por lo menos, bajar las escaleras sin pensar. Pero en su cerebro hay un pequeño masoquista que se complace en sacar a relucir todas las decisiones erróneas que Martyn ha tomado a lo largo de su vida. Cuando finalmente llega a la puerta de la planta baja, lo invade una gran alegría. Para su gran alivio, tiene una manija. La acciona, abre la puerta y se encuentra ante dos robots de seguridad.

—¡Eh! —exclama Martyn indignado—. ¿Se puede saber qué he hecho?

—Si atacas al más pequeño de mis hermanos, me estás atacando a mí —dice uno de los robots de seguridad, y agarra a Martyn bruscamente por el brazo.

—¿Perdón? —grita Martyn—. ¿Qué acabas de decir? Pedazo de mierda, ¿qué acaba de decir este robot?

—Las personas de nivel inferior al 40, como tú, no pueden acceder a esta comunidad cerrada sin autorización previa. Y, por lo tanto, te van a expulsar, mi rey.

El robot escolta a Martyn hacia la puerta cuando, de repente, este ve a una mujer que se dirige hacia uno de los ascensores. ¡Es Denise! Lleva un perrito en brazos. Ysabelle camina un paso por detrás de ella, de la mano de la niñera electrónica. Un cochecito automatizado completa la comitiva. El bebé, piensa Martyn. Es la primera vez que lo ve. Ni siquiera sabe cómo se llama.

—¡Denise! —grita—. ¡Denise!

Ella lo mira y se da la vuelta inmediatamente. Ysabelle también se ha girado para mirarlo, pero Denise la empuja hacia el ascensor.

—¡Denise! —grita Martyn—. ¡No lo hagas! ¡Ese ascensor está loco!

Martyn trata de zafarse, sin éxito, del robot de seguridad. El segundo robot de seguridad se acerca y lo agarra también. Juntos, los dos robots sacan a Martyn a rastras, mientras este patalea y forcejea sin parar.

—¡Denise! ¡Denise! ¡Ysabelle!

Las puertas del ascensor se cierran.

—¿Era papá? —pregunta Ysabelle.

—Solo era un loco —responde Denise, prácticamente convencida de no estar mintiendo.

—Hola a las dos —saluda el ascensor.

—¡Hola, ascensor! —dice Ysabelle.

—Planta setenta y uno, por favor —dice Denise.

—¡Ay, que ya lo sé, Denise! —exclama amablemente el ascensor—. Ningún problema, será un placer. ¡Oh, Dios mío! ¿Os habéis comprado un perro? ¡Es monísimo!

—¡Se llama *Campanilla!* —dice Ysabelle—. Y es el mismo perro que tiene Jennifer Aniston. Pero el mismo, ¿eh?

—CopyCat tiene un modelo clónico —aclara Denise, poniendo los ojos en blanco.

—Por cierto —dice el ascensor—, Ken me dijo que has estado viendo la nueva temporada de *Elevator Girl*. ¿A que es divertidísima? Y taaan romántica.

Frente a la entrada de la urbanización cerrada, los robots de seguridad tiran a Martyn sin contemplaciones sobre la acera y se ríen desde detrás de la alambrada. Martyn aún no se ha levantado cuando una procesión de fanáticos religiosos pasa a su lado. Las mujeres del grupo cantan *«What if God was John of Us? Not a slob, but John of Us»*.

Haciendo gestos con las manos, los hombres van repartiendo folletos digitales entre los transeúntes que no guardan sus QualityPads y sus Smarms lo bastante rápido. Uno de los hombres de la procesión se inclina hacia Martyn y lo ayuda a ponerse en pie.

—La Singularidad está cerca, hermano —dice—.

Admite tu falibilidad y tus decisiones erróneas, y confía en John of Us. Él te guiará.

Martyn se suelta.

—¡Quítame las manos de encima!

—John of Us está en todas partes. Lo ve todo. Y también te está observando a ti —dice el hombre.

—¡Dejadme todos en paz! —grita Martyn, dirigiéndose hacia un semáforo para peatones que acaba de ponerse en verde. Pero cuando llega al semáforo, este se pone en rojo. Unas extrañas sombras hacen que Martyn levante la vista. Justo encima de él vuela una nube de drones.

John of Us

—Señora profesora, ¿qué piensa usted realmente de la gente que ve a John of Us como poco menos que un Mesías creado por el hombre? —pregunta Julieta Monja—. ¿Cree que John todavía existe?

—Bueno, déjeme responderle con otra pregunta. ¿Qué pasa con todo el sufrimiento que hay en el mundo?

—¿El sufrimiento que hay en el mundo?

—Sí. Nos encontramos ante una interesante variación del problema de la teodicea, ¿no cree?

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, la gente solía preguntarse: si Dios es omnipresente, omnipotente e infinitamente bondadoso, ¿por qué hay tanto sufrimiento en el mundo? Y ahora quiero que usted se pregunte lo mismo, solo que sustituyendo a Dios por John. Si John es omnipresente, omnipotente e infinitamente bondadoso, ¿a qué viene tanto sufrimiento?

—Es una buena pregunta.

—Como suele suceder, por supuesto, la respuesta más sencilla es que una o varias de las premisas son erróneas. Es decir, que tal vez Dios no es infinitamente bondadoso, tal vez no es omnipotente, tal vez no es omnipresente o tal vez no existe. O, aplicado a nuestro tiempo, tal vez John no es infinitamente bondadoso, u omnipotente, u omnipresente, o tal vez no existe. Y con que solo uno de esos multiplicadores sea cero, da igual que todos los demás sean infinitos: el resultado final seguirá siendo cero.

—Entonces, en términos un poco menos abstrusos, ¿no cree

que John haya mutado en una superinteligencia y esté controlando secretamente el destino del mundo?

—No. Y si es así, no es ni omnipresente, ni omnipotente ni infinitamente bondadoso.

—Y esto último nos situaría desde luego en el peor de los escenarios.

—En efecto.

¿SERÁN LAS ARMAS AUTÓNOMAS NUESTRA PERDICIÓN?

Lucia Atrapaclics está frente a su panel holográfico, mascando chicle y revisando la información que los algoritmos han marcado para ella. Desde la Tercera Guerra Mundial, la gente ha empezado otra vez a llenar la red de teorías conspirativas descabelladas. Incluso aquellas personas que figuran en las listas de terroristas están generando una tonelada de datos. Como siempre, en realidad. Lucia acaba de entrar en una reconstrucción holográfica del Levantamiento de los rompemáquinas en la pequeña ciudad de Fuera de Cobertura cuando su puerta se abre de golpe.

—Chavala —dice Aisha—, necesito tu ayuda.

Lucia hace desaparecer los hologramas con un gesto y se gira para mirar a su visitante no invitada.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora?

Aisha sonríe.

—Llevo varios días tratando de averiguar exactamente qué desencadenó la Tercera Guerra Mundial, pero los imbéciles del ejército no pueden o no quieren darme ninguna información razonable.

Lucia sonríe.

—Bueno, seguramente se desencadenaron hechos que, a su vez, desencadenaron más hechos desencadenantes...

—Veo que te has familiarizado ya con los militares.

—Yo también he desencadenado algún que otro desencadenante —dice Lucia.

—Si tú lo dices —le suelta Aisha, sentándose. Tiene la mente en otra parte—. ¿Eso que estabas usando hace un momento era una versión holográfica de WorldView?

—Más o menos —dice Lucia—. En realidad está basada

en WorldView, sí, pero incluye también algunos datos de los que What I Need no dispone. Y, naturalmente, los nuestros no ofrecen la opción de no participar.

—Así que los rompemáquinas han lanzado un ataque en Fuera de Cobertura...

—Pues sí —dice Lucia.

—He estado allí de vacaciones.

—Ya lo sé.

—Desde luego.

—Supongo que es un buen lugar para... —Lucia hace una pausa para darle más énfasis a la palabra— *desconectar*.

Entonces hace estallar una burbuja de chicle.

—Eres consciente de que básicamente estás masticando petróleo, ¿verdad? —le pregunta Aisha.

Lucia se saca el chicle de la boca y se lo muestra a Aisha:

—Hecho a partir de chicozapote. Es un árbol.

Aisha echa un vistazo al pegote blanco que hay entre el pulgar y el índice de Lucia.

—A veces pienso que los pipiolos como vosotros nos lleváis mucha ventaja.

Lucia vuelve a meterse el chicle en la boca.

—Varios kilómetros, señora.

—Bueno —dice Aisha—, ¿puedes ayudarme o no?

Con gesto impetuoso, Lucia hace el pino y se pone a andar por la oficina sobre las manos.

—¿Esto va en serio, chavala?

—Es bueno para la espalda —dice Lucia, todavía boca abajo—. Aunque probablemente sea demasiado arriesgado para alguien de avanzada edad como usted.

Aisha se levanta y hace el pino junto a Lucia. Su pelo y su falda obedecen a la fuerza de la gravedad. Un informático pasa por delante del despacho de Lucia justo en ese momento. Días después se preguntará si realmente ha visto lo que acaba de ver: la asesora del presidente y la directora del CSC, cara a cara. Haciendo el pino.

Aisha se pone de pie.

—¿Y bien? —pregunta. Lucia baja las piernas y pasa

sin problemas del pino al pino puente—. Fanfarrona —dice Aisha.

—Tengo una teoría —dice Lucia—. Pero no le va a gustar.

—Quiero oírla igualmente.

Lucia se pone de nuevo en pie.

—Bueno, es posible que un desencadenante creyera que lo desencadenaban, pero que en realidad no lo desencadenara nadie.

—¿Quieres que me vuelva loca, chavala? ¿No puedes ser un poco más específica?

—Podría, pero en realidad se trata solo de una vaga hipótesis. Y tengo la sensación de que, incluso sin mí, ya hay gente más que suficiente soltando al mundo sus teorías radioactivas sin haberlas probado.

—En ese caso, verifica tu conjetura y vuelve a llamarme.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo acceder a la red militar.

—Eres la directora del Cyber Security Corps —dice Aisha—. ¿En serio me estás diciendo que no puedes acceder a la red militar?

—Mi trabajo consiste en vigilar internet... Perdón, proteger internet. Qué tonta, siempre confundo lo que debo decir y lo que debo hacer.

—¿Y la red militar no está conectada a internet? —pregunta Aisha.

Lucia se ríe.

—Los militares son tontos —dice—, pero no tanto.

Aisha asiente con la cabeza.

—¿Le han explicado a usted ya los generales por qué, en su opinión, es prácticamente imposible prescindir de las armas autónomas? —pregunta Lucia.

—¿Porque la carrera armamentística se decide en una partida relámpago de ajedrez?

—Sí —dice Lucia—. Pero esa no es la única razón.

—Eso espero...

—¿Cuál cree que es la principal vulnerabilidad de los sistemas armamentísticos modernos?

—No lo sé. Debo confesar que, hasta ahora, los juguetes teledirigidos de los generales nunca me habían interesado demasiado.

—Teledirigidos —dice Lucia—. Buena palabra clave. Si supiera que una bandada de tanques, barcos, aviones y misiles teledirigidos e intercomunicados se dirigen hacia usted... ¿Cómo se defendería? ¿Qué haría?

—Trataría de interrumpir sus comunicaciones —dice Aisha—. Aunque tengo que decirte que no me gusta para nada que me traten como si fuera una alumna de primaria. Y menos que lo haga una chavala de diecisiete años.

Lucia sonríe.

—Interrumpir sus comunicaciones. Muy bien. Siéntese. En las zonas de guerra, el entorno electromagnético siempre está de lo más disputado. Excepto, claro está, si la guerra es entre QualityLand y la última tribu nativa de la última selva tropical. Ya sabe, como ocurre a veces en el juego *Civilization Reloaded*.

—No me interesan los juegos de ordenador, chavala.

—Por supuesto que no, señora. No tienen por qué. Al fin y al cabo, está jugando al gran juego. El juego auténtico.

—Nos habíamos quedado en que hay un entorno electromagnético disputado...

—Sí. El enemigo intentará interceptar, bloquear o, en el peor de los escenarios, alterar nuestras comunicaciones. Imaginemos ahora que nuestras armas, todas ellas increíblemente caras y semiautónomas, es decir, teledirigidas, entran en un entorno tan disputado y, de repente, son incapaces de comunicarse con nosotros a causa de los inhibidores. En los centros de control remoto, nuestros chicos tienen la mano dentro del pantalón, o sea, en el *joystick*, pero por mucho que lo muevan no pasa nada, porque el misil ha perdido la conexión con la base.

—Y para ese supuesto... —dice Aisha.

—... un supuesto altamente probable... —interviene Lucia.

—... el arma debe ser capaz de tomar decisiones autónomas.

—Sí. Porque, de lo contrario, nos limitaríamos a lanzar un montón de chatarra explosiva, caótica pero extremadamente cara, en las inmediaciones de donde se halla el enemigo.

—Entiendo.

—Y, por supuesto, las comunicaciones se verían afectadas en ambos sentidos —continúa Lucia—. No es solo que el cuartel general no podría alcanzar el arma, sino que el arma tampoco podría informar al cuartel general de quién o qué la ha hecho estallar.

—Así pues, ¿los militares realmente no tienen idea de qué pasó?

—Es muy posible —dice Lucia.

—¿Posible? —pregunta Aisha.

—Naturalmente, es mucho más probable que ya hayan atado algunos cabos, pero que no tengan ningún interés en dejarla husmear en sus asuntos. ¿La han dejado husmear?

—No.

—Pues eso —dice Lucia con un guiño.

—No hay motivo alguno para guiñar el ojo, chavala.

—Que no, dice.

—¿Cómo puedo conseguir que los militares hablen conmigo?

—No puede —responde Lucia.

—Genial —dice Aisha, dándose la vuelta—. Gracias por nada.

—Pero lo que sí puede hacer es darme acceso a su red —añade Lucia.

Aisha se detiene y la mira fijamente.

—¿Por qué no le sugiere a su perrito faldero presidencial que ponga la protección de la red militar bajo el mando del CSC? —pregunta Lucia—. Sería una buena idea, de todos modos. Deme acceso y descubriré lo que ha pasado. Por usted.

Aisha la mira.

—Necesito saber que la Tercera Guerra Mundial no fue

un simple error en el sistema.

—Entonces, ¿trato hecho? —pregunta Lucia, ofreciéndole el puño a Aisha.

—Trato hecho —dice Aisha, golpeando su puño contra el de Lucia.

TRES DATOS CURIOSOS SOBRE LOS MEGAMONSTERBOTS QUE PREFERIRÍAS NO HABER LEÍDO

T – 5:05:59:17

Kiki ha invitado a Peter. A través de un conocido, ha conseguido dos entradas de *backstage* para la final de Monsterbot. Peter supone que es su forma de disculparse por haberle arrasado la consulta, pero solo está en lo cierto a medias.

Cuando llegan al estadio, el primer combate ya ha empezado. En el gran cuadrilátero situado a la izquierda del estadio, un Monsterbot marrón cubierto de pinchos y púas le está dando una paliza a un Monsterbot verde con una sierra roja que le sale de la cabeza como una cresta, entre los gritos del público. Ambos bots tienen proporciones de culturistas sobredesarrollados.

A su derecha, dos hombres mucho más flacos brincan y pelean en dos zonas marcadas con franjas luminosas, del mismo tamaño que el cuadrilátero. Parece que estén boxeando contra sombras. Ambos hombres llevan una especie de traje de neopreno; uno verde y el otro marrón. Aunque, según su perfil, a Peter le interesan mucho los grandes eventos deportivos, nunca ha asistido a un combate de Monsterbots. Debe de parecer bastante despistado, porque Kiki empieza a explicarle lo básico.

—¿Ves esos dos tipos que parecen buzos de secano? —pregunta.

Peter asiente con la cabeza.

—Son los *jockeys*. Llevan MoCaps.[21] Todos sus movimientos se transmiten directamente a los Monsterbots,

y en sus cascos ven lo mismo que ven los robots.

El Monsterbot verde ha conseguido agarrar los brazos de su contrincante marrón y lo lanza por encima de su hombro con ímpetu. El *jockey* del traje marrón también cae al suelo.

—¿Y eso? —pregunta Peter con asombro.

—Se ha dejado caer —dice Kiki—. A la mayoría de los *jockeys* les resulta más fácil controlar a sus Monsterbots si están en la misma posición que estos.

El *jockey* marrón se levanta y echa a correr. Es una situación un poco absurda. En el cuadrilátero, el Monsterbot marrón corre hacia el verde. Da miedo. Pero el verde lo está esperando. Como un torero burlando al toro, da un pasito hacia la derecha en el momento justo. Su oponente se precipita hacia el vacío. Justo en ese momento, el Monsterbot verde agarra el brazo del marrón y se lo arranca de un tirón.

—¡Joder! —exclama Peter. Inmediatamente mira a los *jockeys*, pero, por supuesto, el marrón todavía tiene los dos brazos. Kiki, que ha seguido su mirada, sonríe.

—La lucha ya está decidida —comenta.

—Sí —dice un hombre a su lado—, el resto es solo una formalidad.

Kiki le dirige una mirada recelosa, el tipo de mirada que uno se reserva para los desconocidos que se entrometen en una conversación sin que nadie los haya invitado.

—Soy Harry —dice el hombre.

—Ajá, ¿y? —le espeta Kiki.

—¿Y tú eres...?

—Definitivamente el más oscuro de tus azules oscuros.

El hombre sonríe.

—Ya, pero me gustan los retos.

—¿Has ligado alguna vez con esta frase? —pregunta Kiki.

—¿Qué quiere este tío? —pregunta Peter.

—¿Es tu novio? —quiere saber el hombre—. Diría que te has vendido muy barata...

—Yo no me he vendido —responde Kiki—. Y ahora

piérdete.

El hombre se ha quedado *in albis*. O bien tiene la mirada perdida, o bien está leyendo alguna información en sus lentillas.

—Qué calladito se ha quedado —dice Kiki.

—Zorra —le espeta Harry, y se va.

—Pero ¿qué le pasa a este imbécil? —pregunta Peter.

—¿Has oído hablar de MyChances? —replica Kiki.

—Pues... My... ¿qué? —pregunta Peter.

—La capacidad de nivel que elegiste el otro día —dice Kiki.

—Bueno..., ehhh..., ¿cómo..., cómo lo sabes?

—Algún capullo se inventó algo llamado el «Reto Azul Oscuro». Se trata de abordar a hombres o mujeres que a uno le aparecen como azul oscuro y ligárselos de todos modos. Aunque me han dicho que, para muchas mujeres, el verdadero reto consiste en encontrar a hombres que les aparezcan como azul oscuro.

En el ring, el Monsterbot marrón está tirado sobre la arena, sin brazos. El verde le clava su sierra radial en el pecho hasta que, en un acto de clemencia, el árbitro declara vencedor al verde.

—¡Menuda pelea! —exclama el locutor del estadio—. ¡Y esto solo ha sido el aperitivo!

Una mujer bonita y semidesnuda y un hombre musculoso y también semidesnudo (ambos con aspecto de tener menos cerebro aún que ropa sobre el cuerpo) salen al ring y le entregan un trofeo al *jockey* verde.

—Lo del hombre medio desnudo es relativamente nuevo —dice Kiki—. Fue lo único que se le ocurrió a la plana mayor de la liga para responder a las constantes acusaciones de sexismo.

Las luces que delimitan el ring se apagan. Ocho robots de servicio salen en tropel y limpian los restos de la batalla.

—¡Queridos pajilleros y putones! —grita el locutor del estadio—. ¡Niños y niñas! Estamos a punto de presenciar la pelea del siglo. Pero ¿qué estoy diciendo? ¡La pelea del milenio!

En el centro del estadio se ilumina un ring nuevo, mucho más grande.

—¡Aquí están, maldita sea, los *jockeys* de Monsterbots más grandes de la historia! ¡Scarlett Reclusa y su hermano gemelo Robert Celador!

Los dos *jockeys* entran en el estadio en medio de una atronadora ovación. Sus escuderos los siguen a cierta distancia, con los cascos bajo el brazo. Robert va vestido de negro, como siempre, y por supuesto lleva la capa que se ha convertido en su distintivo personal.

—Patético —murmura Kiki.

Scarlett lleva un traje rojo muy ajustado y extremadamente escaso que muestra más piel de la que cubre.

—Parece que el material de los MoCaps va caro —comenta Peter, y Kiki se limita a poner los ojos en blanco.

Los gemelos se dirigen hacia sus respectivos terrenos de combate. Robert se quita la capa. Los escuderos colocan los cascos a los *jockeys*.

—¡Estos dos *jockeys* van a enfrentarse por primera vez esta noche! —exclama el locutor—. ¡Y lo harán con enormes Megamonsterbots!

Los asistentes reaccionan con tal euforia ante el anuncio que parece que muchos acaben de tener un orgasmo espontáneo.

Unos proyectores holográficos hacen aparecer dos Monsterbots gigantes en el estadio. Uno es rojo y el otro, negro. Están uno frente al otro en medio de una selva, en una isla deshabitada; o, por lo menos, Peter espera que la isla esté deshabitada. Obedeciendo a los movimientos de los gemelos, los dos armatostes, cubiertos con corazas blindadas y armados hasta los dientes, se vuelven hacia los drones que los sobrevuelan y dirigen un saludo a las cámaras. Un gesto extrañamente incongruente para un Monsterbot.

—Y ahora ¡que se derrame el aceite y salten los tornillos! —clama el locutor—. Tres... dos... uno...

—¡Al ataque! —ruge el público.

Robert echa a correr de inmediato y su Monsterbot se abalanza sobre el de su hermana. Allí donde pisan sus pesados pies, los árboles se parten como cerillas.

—Ven —dice Kiki—. Vamos al *backstage* a hablar con un conocido.

—¿Cómo? —pregunta Peter—. ¿No vamos a ver la pelea?

—Hemos venido aquí porque quiero averiguar algo sobre el Titiritero.

—Y yo, tonto de mí, que creía que me habías invitado para compensarme, o algo así —dice Peter—, por haber destrozado mi consulta.

—Ah, sí, eso también. Pero en realidad no. Anda, vamos.

Peter suelta un suspiro y sigue a Kiki.

—Controlar un avatar no es tan fácil como puede parecer —comenta—, y el Titiritero lo hace bastante bien.

—¿Quieres decir que es un *jockey* de Monsterbots?

—No. Por lo menos ya no.

—Pero tal vez lo fuera en el pasado…

Kiki asiente con la cabeza.

—Además, el Cíclope no es un bot *prêt-à-porter*. Está hecho a medida, tiene que haberlo construido alguien. Seguro que hay rumores. ¿Y qué mejor lugar para oírlos que este?

Kiki conduce a Peter a la zona del *backstage*; se nota que se sabe el camino.

—Veo que te mueves por el estadio como Peter por su casa…

Kiki sonríe.

—Sí, solía venir mucho por aquí.

En la entrada del *backstage* la está esperando un tipo asquerosamente guapo.

—Kiki, *mon amour* —le dice y le da un beso en los labios. En la mejilla habría bastado, piensa Peter. O simplemente un saludo con el pie. No soporta a ese tipo. Odio a primera vista.

—*Salut*, Pierre —responde Kiki.

—¿Es tu nuevo amante, *chérie?* —pregunta Pierre.

—Es uno de mis amantes.

—¿Uno de tus amantes? —pregunta Peter.

—Creía que te iba a gustar.

—Todavía no te conoce muy bien, ¿verdad, *mon cœur?*

—Nadie me conoce muy bien —dice Kiki.

—*Touché!* Bueno, ¿a qué esperáis? Pasad, pasad.

Pierre se adelanta unos pasos y Peter le susurra a Kiki:

—¿Salías con él?

—Bueno... —dice Kiki—. En plan intermitente.

—Pero has dicho que era solo un conocido...

—Pues eso —dice Kiki—. Intermitente.

Peter estudia a su adversario y se da cuenta de por qué no lo soporta: se parecen bastante. Solo que Pierre es un poco mejor en todo: es un poco más alto que Peter, un poco más musculoso, tiene el pelo con más volumen y los ojos le brillan más. Viste ropa más elegante. Y se comporta notablemente con mayor seguridad. Se podría decir que Pierre es Peter Plus. Peter 2.0. El nuevo modelo con todos los extras que está relegando al modelo anterior a la cola del mercado. ¿Cómo no va a odiarlo Peter?

Pierre los lleva hasta una gran sala con una estructura de cristal de veinte metros cúbicos en el centro. Hay varias decenas de personas con cócteles en las manos, todas ellas con apariencia de nivel 40 o más, mirando embobadas dentro del cubo de cristal. Al acercarse, Peter ve la maqueta de una isla rodeada de agua. En la isla, los dos Megamonsterbots que Peter vio como hologramas en el estadio están enzarzados en una batalla sin cuartel. Solo que no son altísimos, sino que miden apenas sesenta y cuatro centímetros.

—¿Pero qué...? —pregunta Peter—. ¿Esto es una maqueta?

—*Non, non, mon ami* —dice Pierre.

—*It's the real shit* —añade Kiki.

Entonces Peter se fija en los minidrones que vuelan dentro del cubo, captando imágenes del combate.

—Solíamos utilizar los robots pequeños para

entrenarnos —explica Pierre con una voz un poco más melodiosa que la de Peter—. Hasta que, un día, a un ingenioso directivo se le ocurrió que podíamos ahorrar mucho dinero, muchísimo dinero, si hacíamos las peleas reales también con las miniaturas.

—¿Y no os da miedo que esto se sepa? —pregunta Peter.

—Bah, lleva ya tiempo en la red —dice Kiki—. Quien quiere saberlo, ya lo sabe. Pero la mayoría de los aficionados prefieren no saberlo.

Pierre asiente.

—Y realmente se ahorra muchísimo dinero.

El Megamonsterbot en miniatura de Scarlett está arrancando un árbol representado hasta el mínimo detalle para lanzarlo contra el bot de su hermano.

—Y también nos ahorra muchos quebraderos de cabeza con los ecologistas —añade Pierre.

Mientras Peter observa la pelea, fascinado muy a su pesar, Kiki se lleva a Pierre a un lado y le susurra algo al oído.

—¿El Titiritero? —pregunta Pierre, sorprendido.

—Shh —dice Kiki.

—¿Qué quieres de él?

—Solo hablar, eso es todo —responde Kiki.

—¿Y crees que es un antiguo *jockey?* —Pierre se rasca la barba, que parece un poco más cuidada que la de Peter —. Ya veo... Déjame pensar un segundo.

Justo en ese momento, la multitud reunida alrededor del cubo de cristal estalla en una ovación. En el estadio, los espectadores gritan, aplauden y dan saltos, cosa que en el *backstage* se percibe como un pequeño terremoto. El Megamonsterbot rojo le ha arrancado la cabeza a su contrincante negro y la muestra triunfalmente a las cámaras.

—¿Conoces a Guybrush Diseñador de Juegos? —pregunta Pierre—. ¿El escudero de Scarlett?

Kiki niega con la cabeza.

—Es un tipo simpático y una enciclopedia andante de

Monsterbots y *jockeys*. Si alguien puede ayudarte, es Guybrush.

MEVISION PRESENTA

«¡Hola, fanes! ¡Saludos a todos, útiles e inútiles! ¡Una vez más, ha llegado la hora de DAN y DAN! Yo soy Dan y tengo a Dan a mi lado en el estudio.»

«LOL, colega. Ni que fueras Julieta Monja. Solo te falta desnudarte.»

«¿Quieres que lo haga?»

«No, quita, quita. ¡Hola! ¡Oye, he dicho que no! Puaj, pero ¿tú te has visto?»

«¡Pero qué dices, tronco, si tú estás igual!»

«¡Y una mierda, chaval! ¡Que yo me entreno!»

«¿A qué te entrenas? ¿A mover las orejas, o qué?»

«Y luego la peña dice que nos pasamos el día hablando mierdas...»

«De qué van, ¿no?»

«Pero hoy sí vamos a hablar mierda; o, mejor dicho, vamos a hablar *de* mierda...»

«... mierda de perro, para ser exactos...»

«Es posible que hayáis oído hablar de Weng Pensionista...»

«¡Que es el alcalde de QualityCity, rústicos! En serio, poneos un poco las pilas. ¡Que dais pena, peña!»

«QualityCity es la capital de QualityLand, que es el país donde vivís. Colega, en serio. La gente no sabe nada.»

«Pues bueno, el alcalde es un tío bastante raro.»

«Durante la campaña prometió que iba a hacer "limpieza".»

«Aunque solo hablaba de luchar contra las cacas de perro.»

«Y para eso acaba de exigir a todos los dueños de mascotas que den muestras de ADN de sus animales.»

«Si te encuentras con un excremento de perro, tienes que tomar una foto como esta y enviarla a la oficina de orden público.»

«Entonces mandan a un agente, y este toma una muestra.»

«¡Un trabajo de mierda en toda regla!»

«LOL.»

«ROFL.»

«La muestra de caca se coteja con la base de datos de ADN, y el dueño del perro recibe un correo electrónico con la multa.»

«Pero ahora viene la parte interesante de la historia. Los problemas de mierda no se han resuelto, sino que se están amontonando.»

«Jaja, buen juego de palabras.»

«Gracias.»

«¿Y por qué se están amontonando?»

«Bueno, antes muchos dueños de perros limpiaban las cacas para no tener mala conciencia, pero ahora ya no la tienen, porque pagan la multa, ¿lo entiendes?»

«Pues claro. ¿Crees que soy estúpido o qué?»

«Por supuesto, pero esa no es la cuestión. Oye, tete, no me pegues. En todo caso, Weng Pensionista...»

«Es el alcalde, amigos. En serio, ¿qué pasa con vuestra memoria? ¡Un poco de gimnasia cerebral!»

«... acaba de ordenar, o sea, por ley y tal, que siempre que saquen a pasear a sus perros los propietarios tienen que llevar un Wamocape.»

«Lo que vendría a ser un váter móvil para cacas de perro.»

«Sí, la gente normal los llama "cacabots".»

«Estos robots siguen a los perros a todas partes y se van comiendo la caca.»

«Porque ¡si el perro no va al baño, el baño tiene que ir al perro!»

«Y una vez que el cacabot está lleno, pues lo tiras y compras otro nuevo.»

«Un concepto impresionante.»

«*Yo*, pero ahora se ha montado un escándalo porque Weng Pensionista...»

«El alcalde, parias. Es que es la leche...»

«... acaba de salir a la luz que Weng es el propietario del principal fabricante de Wamocapes a través de varias empresas fantasma.»

«Vale, ¿y?»

«Yo qué sé, colega. Oye, vamos a hacer unos cuantos anuncios.»

«¡Oye! Si no quieres tragarte todas las molestias de un animal orgánico, hazte con uno de los modelos increíblemente reales de E-nimals. E-nimals: Como los de verdad, pero mejor.»

«También es tendencia, por cierto, la clonación de mascotas.»

«La clonación ha avanzado mucho. En los últimos tiempos ha mejorado un montón.»

«Así que si quieres el michino de Scarlett Reclusa...»

«LOL. ¿"Michino"? ¿Quieres clonar el coño de Scarlett?»

«Tío, un michino es un gato.»

«¡Vale, vale, que no me pegues!»

«El gato de Scarlett es famoso.»

«Sí, ya lo sé.»

«Bueno, pues si quieres tener exactamente el mismo, puedes hacer que lo clonen. Y, para ello, nadie mejor que el líder del mercado: ¡CopyCat! CopyCat, copiamos tu gato.»

«Vaya eslogan más superfluo.»

«La clonación también es una buena idea si estás triste porque tu michino ha pasado a mejor vida...»

«Jaja. ¡Michino! Has vuelto a decir "michino".»

«Bua, tú y yo seremos clones, colega, pero tú sigues siendo mucho más tonto que yo.»

LO QUE SCARLETT RECLUSA LE HACE A SU HERMANO ENTRE BASTIDORES. ¡MENUDO ESCÁNDALO!

T – 5:05:31:31

Pierre llama delicadamente a una puerta. Detrás suena música mala a todo volumen. No hay nada raro en ello: fuerte y a todo volumen es una combinación realmente habitual, no solo en la música.

—¿Hay un *backstage* en el *backstage?* —pregunta Peter.

—Por supuesto —responde Pierre—. ¿No lo hay en todas partes?

Un hombre casi enano, con el pelo ralo y unas gafas enormes, entreabre la puerta.

—¿Sí? —pregunta en voz baja, casi temblorosa.

—Guybrush —lo saluda Pierre—, justo te estaba buscando. ¿Puedo presentarte a una amiga mía? Esta es...

—Jaqueline Diseñadora de Moda —se apresura a decir Kiki.

—Vale —dice Guybrush tímidamente—. ¿Y tú eres...?

—Peter Sinempleo —responde Peter.

Kiki pone los ojos en blanco.

—¿Podemos entrar un momento? —pregunta Pierre—. Ki... —empieza a decir, pero se detiene en seco y carraspea —. Esto... Jaqueline quería preguntarte sobre los *jockeys* de Monsterbots de antaño.

—Oh, sí, por supuesto —dice Guybrush, y los deja pasar—. Encantado, encantado.

El *backstage* del *backstage* es claramente más lujoso que sus antecámaras, aunque la palabra «lujoso» es un poco exagerada. En concreto, la ausencia de ventanas reales hace

que el espacio resulte un poco opresivo. Y las ventanas digitales tampoco ayudan mucho a paliar el efecto. A Peter también le molesta que, mientras una muestra una vista de las pirámides, en la otra se vea una transmisión en directo de las cataratas del Niágara. Solo alguien que se hubiera pasado todas las clases de Geografía jugando a *Furious Birds* no lo encontraría extraño.

Los dos protagonistas de la velada están sentados en un sofá, en un rincón de la sala. Es evidente que Robert Celador se ha tomado bien la derrota contra su hermana gemela, porque ambos están besuqueándose y metiéndose mano en posición horizontal. Sentado sobre el respaldo, un gato de Bengala moteado los observa.

—Esto... —dice Peter.

—En realidad no son gemelos —se apresura a decir Guybrush—. Ni siquiera son parientes. ¿Scarlett Reclusa y Robert Celador? No os habréis creído que esos eran sus nombres verdaderos, ¿no? Toda la historia de fondo es inventada, por supuesto.

La mano derecha de Robert está dentro de las bragas de Scarlett. Esta sostiene el brazo con ambas manos y lo mueve de aquí para allá, porque el brazo ya no está unido a Robert. Es una prótesis. Y, aun así, Peter ve claramente cómo los dedos se mueven bajo las bragas. Todo es muy confuso.

—Pero..., eh..., el brazo... —balbucea.

—Robert lleva un brazo protético que controla con sus pensamientos —dice Guybrush—. El brazo ni siquiera tiene que estar unido a su cuerpo. Es fascinante.

—Como los pulpos... —murmura Peter.

Kiki se lo queda mirando con asombro.

—Vi un documental en TODO —explica Peter—. Hay una especie de pulpo que tiene un brazo especial que sirve como órgano sexual: se desprende por completo del cuerpo para la cópula y nada de forma autónoma hacia la hembra. Bueno, no es exactamente lo mismo, pero..., en fin, que me pareció fascinante.

—*Thanks for sharing* —dice Kiki.

Guybrush saca una botella de champán de la nevera, en cuya pantalla se indica una temperatura de nueve grados centígrados.

—Ay, no hace falta —dice Pierre.

—No es para vosotros.

Guybrush descorcha la botella con pericia y sirve dos vasos.

—¿Has oído hablar del Titiritero? —pregunta Kiki.

Guybrush casi derrama el champán.

—Por supuesto —dice con un susurro—. ¿Quién no ha oído hablar de él? —Vuelve a meter la botella en la nevera —. Un momento —añade, y se acerca al sofá con los dos vasos en la mano—. Señora Scarlett, señor Robert —dice, hace una reverencia y deja el champán encima de la mesita. Los dos *jockeys* pasan olímpicamente de él. Guybrush regresa—. Preguntabas por el Titiritero...

—Sí —dice Kiki—. Tengo que hablar con él.

—¿Y qué te hace pensar que precisamente yo sé algo sobre él?

—Solo un *jockey* de Monsterbots sería capaz de controlar a un avatar con tanta pericia como el Titiritero —dice Peter—. Al menos eso es lo que Kiki, digo Jaqueline, sospecha.

Kiki suspira, y Peter tiene que admitir que es también un poquito más tonto que Pierre. Guybrush sonríe.

—Siempre ha habido rumores —dice—. Pero no sé nada que se pueda dar por verdadero.

—Sin embargo, aunque no lo hayas identificado, alguna idea tendrás de quién es, ¿no? —insiste Kiki.

—¿Por qué «lo»? —pregunta Guybrush con un susurro —. ¿Tan segura estás de que el Titiritero es un hombre?

—¡Guybrush! —exclama Scarlett, que ha bebido un sorbo de champán y lo ha escupido al instante—. ¿Todavía no has aprendido que el champán con añada se sirve a nueve grados, no a seis como un espumoso cualquiera?

—Señora Scarlett —responde Guybrush, sumiso, dando unos pasos hacia ella—, le aseguro que el champán está exactamente a nueve grados.

—¿Estás insinuando que no distingo seis grados de nueve, gusano? —le espeta Scarlett. Más allá de las palabras, a Peter su voz le parece todo un acontecimiento. Posee algo mágico que resulta difícil de resistir. Scarlett, visiblemente molesta, le lanza su copa a Guybrush. Esta se rompe contra su pecho, y Guybrush se pone de inmediato a recoger los cristales rotos. El gato de Bengala salta del respaldo de la silla y le lanza un bufido.

—Lo siento, Miss Scarlett —se disculpa—. No volverá a ocurrir, Miss Scarlett.

—Capullo —murmura Robert.

Sin perder un segundo, Guybrush llena dos copas más con la misma botella de champán sacada de la misma nevera, y las deja de nuevo encima de la mesita. Scarlett da un sorbo.

—Bueno —dice—. Pasable.

Guybrush hace una reverencia y se aleja, aún encorvado. Al regresar junto al grupo de Kiki esboza una sonrisa melancólica:

—No siempre es fácil... —susurra.

—No me digas —le contesta Peter.

—Bueno, a lo que íbamos —sigue diciendo Guybrush —. Hay algunos *jockeys* de los que se rumorea que tienen conexiones con los bajos fondos. Cevin Freelancer, por ejemplo. Cevin con C. Un tipo terriblemente arrogante. Y un luchador insidioso. ¿Quién más? —Guybrush reflexiona mientras Kiki va tomando notas en su Smarm—. Ynes Influencer. Ynes con i griega. Un día, cuando casi había alcanzado la cima de la fama, desapareció sin dejar rastro y nadie ha vuelto a verla. Ah, y luego está Zuko Macarra, por supuesto. Todo su clan familiar tiene un historial bastante turbio, pero él es un gran *jockey*. Si tiene un buen día, puede ganar a cualquiera. Por lo que sé, está...

Peter oye sin escuchar. Tiene la mirada fija en Scarlett y Robert, que entretanto se han quitado la ropa, y no puede evitar pensar en el achuchabot: este nivel de intimidad física seguramente lo habría traumatizado. No logra apartar la vista ni cuando Scarlett le clava los ojos.

—Guybrush —dice finalmente la *jockey*—, ¿esto es tu *backstage* o el mío?

—El suyo, Miss Scarlett —contesta Guybrush.

—A mí me excita bastante que nos mires, gusano, pero a Robert no le gusta tener a extraños cerca. —La mirada de Scarlett se posa en Kiki—. ¿Quién es la chica atractiva de ojos verdes? —pregunta.

—Es Jaqueline —responde Guybrush.

—Ella puede participar —dice Scarlett.

—Pero los gemelos tienen que irse —dice Robert—. Los gemelos me dan grima.

Guybrush abre la puerta, empuja a Peter y a Pierre hacia el pasillo y mira interrogativamente a Kiki.

—Esto... —dice Kiki, mirando aquel brazo que va por libre, pero es extremadamente vivo—. En otra ocasión, tal vez.

¡SI QUIERES, TÚ TAMBIÉN PUEDES CONVERTIRTE EN VICE ASSISTANT DIRECTOR OF GLOBAL MANAGEMENT!
(Y qué significa realmente ese título...)

A Sandra acaban de ascenderla de nuevo. Ahora es Vice Assistant Director of Global Management en WorldWideWholesale (WWW), un título a todas luces excesivo para un puesto que, en tiempos pasados, solía denominarse *secretaria de recepción*. Para ser más precisos, es la secretaria de recepción de una secretaria de recepción. Su jefe, Oliver Casero, es tan importante que su secretaria necesita una secretaria. El único problema es que eso no es cierto. Total, que Sandra tiene muy poco trabajo. Pero no ha tardado nada en aprender que lo mejor es disimular. Por lo visto, muy pocos superiores pueden tolerar que, a falta de tareas pendientes, uno de sus subordinados se dedique a ver series. Eso podría dar a entender que uno no necesita a ese empleado, lo que a su vez implicaría que uno no es tan importante como pretende. Por eso, todos hacen lo posible por mantener a sus subordinados ocupados. De hecho, bastantes directivos de grandes empresas invierten la mayor parte de su tiempo tratando de encontrar tareas para sus empleados.

Ya al tercer día en su nuevo trabajo, Sandra estaba mirando su QualityPad con una sospechosa expresión de aburrimiento cuando su supervisor se acercó a su mesa con una enorme caja llena de gomas elásticas usadas y le dijo que las clasificara por colores y elasticidad. Al llegar a la goma que hacía mil (sí, las contó), lo único que quería era golpearse la cabeza contra el escritorio. Pero Sandra aprendió la lección y nunca más ha dejado que se notara

que no tiene nada que hacer. Comprendió que su trabajo consiste básicamente en fingir que está ocupada. Por eso, si alguien le pregunta qué está haciendo, responde por defecto que está «analizando las particularidades» de los distintos departamentos de WWW. Y que va «aprendiendo los entresijos». En el fondo, ni siquiera es una mentira. Aunque sí es un poco inútil, porque ¿de qué sirve aprender algo si luego no te va a escuchar nadie? Pero bueno, mejor eso que clasificar gomas.

Un joven llama a la puerta de la recepción.

—Adelante —dice Sandra.

—Esto... Soy del Departamento de Afiliados —dice el hombre—. Me han dicho que tenía que presentarme aquí. Elliot Administrativo.

—¡Yo también me llamo Administrativa! —dice Sandra —. Sandra Administrativa. Tiene gracia, ¿no?

Elliot se encoge de hombros.

—No sé, es un apellido bastante común.

Sigue de pie en la puerta.

—Pasa, siéntate, Elliot.

El joven se sienta.

—Estoy aprendiendo los entresijos de los departamentos de WWW —dice Sandra.

—Qué emocionante —comenta Elliot.[22]

—Eres... —En sus gafas, Sandra ve reflejado el cargo de Elliot— Especialista de Operaciones Sénior en el Departamento de Afiliados, ¿no es así? Supongo que un especialista en operaciones sénior me sabrá decir qué es lo que realmente hacen en el Departamento de Afiliados.

—Bueno, todos los grandes comerciantes *online* ofrecen programas de colaboración, o marketing de afiliación, tal como se les llama en la nueva jerga.

—Y cuando hablas de grandes comerciantes *online*, te refieres básicamente a TheShop, ¿no? —pregunta Sandra.

—Sí. Básicamente me refiero a TheShop. Los demás también lo hacen, pero sin tanto éxito.

—Por favor, corrígeme si me equivoco —dice Sandra —. El marketing de afiliación significa que, si por ejemplo

Dan y Dan te hablan del nuevo Smarm y ponen un enlace a TheShop en su post...

—... luego reciben una pequeña comisión de TheShop por cada compra realizada a través de este enlace. Sí.

—Y qué pintamos nosotros en todo eso.

—Bueno, si quieres que los suscriptores hagan clic en tus enlaces de afiliado, ayuda mucho hablar de tus productos en términos elogiosos. Los *influencers* se dieron cuenta enseguida.

—Nadie va a comprar una máquina de atar zapatos si la reseña dice que hace nudos en lugar de lazos —dice Sandra.

—Exacto —confirma Elliot—. Por eso prefieren decir que esta versión de la Shoelace Connector es especialmente buena porque hace lazos muy apretados. Lazos apretadísimos. Lazos *premium*.

—Vale, pero sigo sin entender qué pintamos nosotros en todo esto.

—Bueno, como en realidad no se trata de reseñas críticas, sino de artículos aduladores, no hacen falta críticos. Basta un simple bot para pergeñar un artículo con un montón de enlaces de afiliados.

—Ya veo. O sea, que en cuanto sale un nuevo producto al mercado...

—... nuestro *software* produce automáticamente entradas de blog, páginas web y vídeos con las llamadas «reseñas» y los correspondientes enlaces de afiliados. Otros bots proporcionan automáticamente el tráfico necesario para que las páginas aparezcan en lo alto de los resultados de What I Need. Y, por supuesto, también están los que dejan comentarios en las reseñas. Se muestran siempre de lo más agradecidos, porque al principio no se lo creían, pero el producto es realmente tan bueno como dicen los anuncios, si no más.

—En otras palabras, ¿estamos anunciando productos para los que aún no nos han contratado?

—Y ganamos un montón de dinero con ello.

—Es brillante.

—Y un poco estúpido.

—Pues sí —admite Sandra—. Bastante estúpido. ¿Y tú escribes el *software?*

—Es todo tan absurdo —dice Elliot.

—Estás siendo muy sincero conmigo —dice Sandra—. ¿No tienes miedo de que te despidan?

—*I saw the best minds of my generation destroyed by madness, starving for meaning because all they do is thinking about how to make people click ads*.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta Sandra.

—Que sería un alivio que me despidieran.

—¿Y por qué no lo dejas?

—¿Por qué no lo dejo...? Porque soy un pobre diablo. Un cobarde. Porque no tengo suficiente fuerza ni determinación. Porque soy como todos los demás aquí.

Sandra asiente con la cabeza.

—Porque eres como yo.

—No soy un revolucionario —dice Elliot—. Solo soy alguien que está harto de toda esta mierda.

—¿No es este el estadio inicial de cualquier revolucionario? —pregunta Sandra.

Elliot sonríe.

—¿Quieres que quedemos en la máquina del café del tercer piso alguna vez?

—Tengo novio —dice Sandra. Y, tras una pequeña pausa, añade—: Y también un exnovio por el que aún siento algo.

—No me importa —dice Elliot, poniéndose de pie.

—Mañana a las diez y media —propone Sandra rápidamente—. Es cuando mi superior tiene una de sus reuniones sin sentido.

—Mañana a las diez y media —dice Elliot, que sonríe y sale de la recepción.

ERA UNA ESTRELLA PERO YA NADIE HABLA DE ELLA. ¿QUÉ FUE DE YNES INFLUENCER?

T – 4:03:39:17

Kiki se pone unas gafas de RV y se conecta a WorldView con un perfil falso.

—Quiero ver a Zuko Macarra —dice—, el *jockey* de Monsterbots.

—«La persona que busca no está disponible.»

Como suele ocurrir, el servicio no es tan espectacular como sugieren los anuncios. WorldView funciona mucho mejor para las ciudades que para el campo, y mejor para QualityLand que para el resto del mundo. Los viajes en el tiempo también dejan (todavía) mucho que desear. El pasado suele representarse de forma muy rudimentaria y muchas partes se ven de color gris. En las conversaciones que no se grabaron y que se reproducen mediante algoritmos, la gente habla siempre del tiempo. «Este debe de haber sido el junio más caluroso DQERT.» «Sí, hoy también hace mucho calor.» Y el FutureMode es a menudo francamente ridículo. Las personas se mueven por el mundo como personajes que no son jugadores, seres transparentes y sin alma.

El modo en tiempo real, en cambio, es aterradoramente preciso en cada detalle, eso Kiki tiene que admitirlo. Al menos para la gente más pobre. Esto se debe en gran medida a que QualityCorp ha descubierto que la privacidad es una ventaja competitiva. Y, de hecho, la empresa lo anuncia así. Algún listillo del Departamento de Marketing ha descubierto que, a diferencia de What I Need, Everybody y demás, el modelo de negocio de QualityCorp no se basa en la explotación de los datos conductuales, algo que,

probablemente, lo sorprendió a él mismo. Y, en efecto, las personas que pueden permitirse los productos más caros de QualityCorp están mucho menos presentes en WorldView. Al final es lo que dice el viejo, piensa Kiki: vamos camino de un internet de dos niveles. Bueno, «camino de» no: hace ya tiempo que estamos ahí.

—Quiero ver a Cevin Freelancer —dice Kiki—. El *jockey* de Monsterbots.

—«La persona que busca no está disponible.»

Habría sido demasiado fácil.

—Quiero ver a Ynes Influencer —dice Kiki—. La *jockey*...

Para su gran sorpresa, Kiki se encuentra de repente en una sala de estar un poco caótica, pero sin un solo recuadro de color gris plástico calculado con algoritmos. Cuando se obtienen imágenes de un apartamento tan nítidas como estas, normalmente es porque los ocupantes utilizan el económico Smart Home System de What I Need, o sus gafas y lentes de RA, también bastante baratas. Otro espía claramente subestimado es el robot aspiradora, que mapea el apartamento hasta el último rincón. Pregunta: «¿Por qué las nuevas aspiradoras son tan silenciosas?». Respuesta: «Para que sus micrófonos puedan escuchar lo suficiente». Porque, a ver, ¿para qué necesita micrófonos una aspiradora? ¿A quién se le ocurrió esa idea?

En un primer momento, por cierto, Kiki cree que WorldView se ha equivocado. Es imposible que la regordeta matrona que está sentada en el sofá, viendo la tele e inhalando AzuSaGras bajos en grasa como si fueran aire fresco de la montaña, sea la otrora famosa luchadora de Monsterbots Ynes Influencer.

—Quiero ir al pasado —dice Kiki—. A la última pelea de Ynes.

Kiki está en un estadio. Hay algunos detalles en gris, pero no muchos. Sobre un evento público en directo existen muchos datos, por supuesto. Kiki se acerca a Ynes, que está luchando en su terreno de combate. Se ve mucho más joven y atlética, pero sin duda es la misma persona. Su traje de

MoCap tiene un aspecto peculiarmente pesado y poco práctico. Kiki se permite un breve escalofrío al recordar el pasado. Ynes salta por los aires y suelta una patada impresionante. Cuando aterriza de nuevo, su tobillo cruje como una rama seca al partirse bajo una pesada bota, uno de esos sonidos que hace que a quienes lo oyen se les escape una mueca involuntaria. Incluso Kiki tuerce el gesto, aunque hayan pasado varios años y solo esté presente de forma virtual. Ynes está en el suelo, gritando y retorciéndose de dolor. Kiki da la orden de volver al presente.

Ynes sigue sentada en el sofá. De repente pega un grito llamando a alguien. Una niña muy guapa de nueve años entra brincando en el salón.

—Tráele una Coca-Cola light a mamá —dice Ynes.

Kiki mira las fotos de la pared. Al parecer, Ynes tiene cinco hijos y dos nietos. Kiki camina por el apartamento: cada habitación la comparten dos niños; probablemente el mayor se haya mudado ya.

No debería sorprender a nadie que, desde el lanzamiento de WorldView, muchísimas personas hayan pasado una gran cantidad tiempo viendo a otras personas en directo. Es como si el sueño de las masas se hubiera hecho realidad: al final todo el mundo tiene su propio *reality show*. El *product placement* en las películas es cosa del pasado; hoy en día uno puede ganar dinero aplicando el *product placement* a su propia vida. Siempre y cuando tenga suficientes espectadores como para despertar el interés de las empresas, claro está. Hay gente que se gana la vida convirtiéndola en un espectáculo en directo. ¿Es eso a lo que se dedica Ynes Influencer? ¿Es una estrella de WorldView? ¿Está comiendo AzuSaGras bajos en grasa porque se los envía Comidas Cocinero? Usando su cuenta de administradora, Kiki comprueba la audiencia de Ynes: es la única que la está viendo. Es evidente que no le da ningún valor a que la observen. Y, por otro lado, la vida en su casa es demasiado normal; los espectadores siempre buscan los extremos. Muchas familias compiten por la audiencia con

comportamientos antisociales. Estas estrellas de WorldView pueden incluso ganar dinero renunciando a usar ciertos productos. El proveedor de un perfume de alta gama, por ejemplo, querrá evitar a toda costa que sus productos aparezcan en el baño de mamá Roñas.

—Quiero ir a ayer por la noche —dice Kiki—. El mismo lugar.

Ahora hay cuatro niños, además del marido de Ynes, que está más o menos igual de relleno que ella, sentado también a la mesa. Kiki se les acerca. La familia parece bastante feliz. Se ríen y bromean mientras juegan a un juego de mesa. ¿Quién tiene aún juegos de mesa?

—Ofrezco un cereal a cambio de una oveja —dice Ynes.

Y aunque podría tratarse de la mejor tapadera del mundo, Kiki duda mucho de que Ynes lleve una doble vida secreta como sicaria en los bajos fondos.

—Dos cereales, pues —dice Ynes—. Dos cereales y una madera por una oveja. ¡Necesito una oveja!

Se trata claramente de una pista falsa. Kiki cierra la sesión.

¡ESTOS DRONES ASESINOS TE VAN A HELAR LA SANGRE!
(¡Y ya revolotean sobre ti!)

—¡Salvador! —grita Calíope.

Peter se sobresalta y se da un cabezazo contra el techo de la litera.

—Ay. ¿Qué haces aquí?

—Salvador, ¡menos mal que por fin se ha despertado! —exclama Calíope—. Necesitamos urgentemente su ayuda. Es Mickey.

Peter se frota los ojos.

—¿Qué le pasa?

—Creo que está teniendo un ataque de pánico —dice Pink.

Calíope aguanta el QualityPad en las manos.

—Supongo que el hecho de que los dos estéis colaborando significa que la situación es realmente crítica —dice Peter, poniéndose de pie.

—Romeo y yo ya hemos trasladado a Mickey a su despacho —dice Calíope.

—¿Lo habéis «trasladado»?

—Se ha replegado en sí mismo.

Peter entra en su consulta a través de la prensa para chatarra. Allí se encuentra con Romeo y, en el centro, una maleta enorme y pesada con ruedas.

—¿Se ha vuelto a atascar? —pregunta Peter.

—Aquí el único que está atascado eres tú, guapo —dice Romeo, acariciándole la mejilla.

—¡No hagas eso!

—¿Prefieres que te acaricie en otro lugar?

—En serio —dice Pink—. O bien os vais a un hotel, o el

consolador parlante se calla de una vez y deja que conejito haga su trabajo.

Romeo le guiña el ojo a Peter y se arrellana con actitud lasciva sobre el sofá nuevo. Hay muchas cosas nuevas en la consulta de Peter; es lo que tiene que te la líen con un lanzacohetes.

—Ya sabes dónde encontrarme, conejito —susurra el androide sexual.

Peter menea la cabeza.

—No tendría que haberos contado lo del apodo... —dice, y a continuación se vuelve hacia Mickey—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, salvador —dice Calíope—. Estábamos viendo un documental y, de repente...

—Roto —murmura Mickey en voz baja.

—¿Qué documental estabais viendo?

—Pues uno sobre la Tercera Guerra Mundial —contesta Pink.

—Roto —dice Mickey.

—¿Se da cuenta de lo tocado que está? —pregunta Calíope—. Ya ni siquiera dice «Roootooo», sino tan solo «Roto».

Peter se queda pensando un rato.

—Es probable que las imágenes de la película le evocaran el suceso que provocó su trastorno de estrés postraumático.

—Bah, por favor... —dice Pink—. ¿Y para eso fuiste a la universidad?

—No fui a la universidad. La terapia con máquinas es una formación profesional.

—Eso explica muchas cosas.

—Como mucho, explica que sirvo para algo y que no me ocupo solo de rollos teóricos.

—¿Alguien sabe qué desencadenó originalmente el trauma de Mickey? —pregunta Calíope.

—Nunca ha hablado de ello —dice Pink—. ¡Es lo que tienen los traumas!

—Mickey, ¿puedes mostrarme tus recuerdos? —

pregunta Peter.

La maleta con ruedas no responde.

—Si sé de qué se trata, tal vez pueda ayudarte.

No hay respuesta.

—Vamos, no te pongas así, cagón —dice Pink—. El conejito solo intenta ayudarte.

—Estoy seguro de que siente vergüenza porque esa experiencia tan traumática que tuvo en realidad no lo fue tanto —dice Romeo—. Probablemente se resbaló en un charco de aceite.

El asa telescópica de la maleta se levanta de repente. Al mismo tiempo, la pantalla de Pink se ilumina y empieza a mostrar los recuerdos de Mickey. Según la fecha que aparece en la pantalla, la grabación data de tres años atrás, apenas unos meses antes de que Mickey se presentara en casa de Peter. En el vídeo se ve un campo de batalla de Quan 7 desde la perspectiva de Mickey.

Una compañía entera de robots soldado avanza disparando sin parar sobre una posición enemiga, aparentemente imparables.

«Os habla el módulo de mando del Cuarto Ejército Automatizado de QualityLand», dice una voz. «Rendíos y podréis conservar la vida.»

—¿Ese era Mickey? —pregunta Peter.

—Pues no ha dicho «Roootooo» —comenta Romeo, desconcertado.

«¡La resistencia es inútil!», dice otra voz casi idéntica. «¡Rendíos!»

Tres combatientes enemigos con lanzacohetes aparecen frente a Mickey, pero antes de que puedan disparar son abatidos por una ráfaga procedente de la ametralladora del brazo izquierdo de Mickey. Peter se lleva la mano a la boca, con un gesto de sorpresa.

—Joder —dice—. ¡Mickey, has disparado contra personas!

—A ver, es un robot de combate blindado para operaciones bélicas pesadas —replica Pink—. ¿A qué creías que se dedicaba? ¿A la ornitología?

En el vídeo aparece, sobre el horizonte, un punto negro en el cielo que pronto se disuelve en muchos puntitos negros que se acercan a toda velocidad. Lo que parece ser y se mueve como una bandada de pájaros a lo lejos pronto resulta ser una bandada de drones que se ha desacoplado de una nave nodriza. Muchos de los drones no son más grandes que una mano humana, y ninguno más grande que un brazo extendido. Inmediatamente, la compañía de Mickey abre fuego hacia el nuevo enemigo, pero los drones son rápidos y ágiles. Y además son muchos. Muchísimos. Demasiados. Lo más sorprendente es que, a pesar de su gran número, actúan como si fueran uno solo. El grado de coordinación de sus movimientos resulta fascinante. Los robots soldado de la compañía de Mickey retroceden ante el enjambre de drones, disparando con todas las armas. Viendo el vídeo, es difícil saber si le están dando a algo porque, cuando un dron cae, otro ocupa inmediatamente el hueco. Peter tarda un rato en darse cuenta de un detalle curioso: los combatientes de Quan 7 también están disparando contra los drones. El enjambre se divide en dos formaciones, una se lanza contra los robots soldado y la otra contra el frente enemigo. De repente, obedeciendo a una orden secreta, los drones se extienden y forman una especie de esfera gigante alrededor del campo de batalla. Y entonces empiezan a disparar contra robots y combatientes por igual, desde todas las direcciones. Los drones grandes disparan misiles, y los medianos, destellos de luz. Los robots soldado resisten durante un rato, pero los humanos oponen tan poca resistencia a los drones como las espigas a la cosechadora. En cuestión de segundos quedan reducidos a un montón de sangre, tripas y huesos sin vida. Entonces aparecen los pequeños kamikazes. Haciendo zigzags de lógica impenetrable, pero sin interponerse nunca en el camino de los demás, los drones kamikaze se abalanzan contra los robots soldado y explotan en el momento del impacto. Esquivarlos es imposible. Retirarse, inútil. Y no hay donde cubrirse.

Mickey ni ha disparado ni ha retrocedido con el resto,

sino que ha permanecido en silencio e inmóvil. O, como probablemente diría el general Dragqueen si viera esta grabación, el adversario ha conseguido interrumpir el OODA Loop de Mickey. El vídeo termina con la cámara bajando cada vez más, hasta que la imagen se vuelve negra. Mickey se ha replegado hasta adoptar su configuración de transporte. Una solitaria maleta con ruedas en un campo de batalla.

—Qué mal, gordi —dice Romeo al cabo de un rato.

Peter está en shock.

—Preferiría no haberlo visto.

—No me extraña —dice Pink—. Si se diera el caso, no tendríais ninguna opción contra nosotros, bolsas de carne.

—Pero ¿quién lanzó el ataque? —pregunta Peter—. ¿A qué país pertenecen estas máquinas del diablo?

—Roto.

—Mickey no lo sabe —dice Pink.

—Esas imágenes no las ha visto nadie antes, ¿verdad? —pregunta Peter.

—Roto.

—Deberíamos enseñárselas a alguien —dice Peter—. A alguien del Gobierno.

—¿Conoce a alguien del Gobierno, salvador? —le pregunta Calíope.

Peter medita un segundo.

—Yo no, pero mi nuevo amigo sí. Solo tengo que esperar a que vuelva a secuestrarme.

MEVISION PRESENTA

Hoy:
CÓMO HACER TU PROPIO
DRON ASESINO

¡Hola, niños! Hoy os voy a enseñar cómo, con cuatro mierdas y un par de maquinitas que cuestan apenas un puñado de cualidades, podéis construir un **dron asesino autónomo** que lo flipas.

¿Qué debe hacer un arma autónoma? Pues, por supuesto, maniobrar de forma independiente, detectar objetivos y disparar. Afortunadamente, en el mercado hay productos preparados ya para cada una de esas acciones. Lo único que tenemos que hacer es unirlos todos con un poco de cinta adhesiva.

En primer lugar, id al armario de vuestro padre y sacad su pistola y la munición. Si

tenéis la mala pata de tener un padre cagón, os podéis descargar aquí o aquí una plantilla de una pipa para impresora 3D.

Entonces haceos con el ***Octocóptero polivalente de myRobot***. El ofrece varios modos de vuelo autónomo. Por ejemplo, podéis definir un área sobre la que vuele de aquí para allá de forma aleatoria. ¿Qué tal un campo de fútbol?

La detección de objetivos la conseguiremos usando la aplicación de fotos de ***SelfieSoft***, que naturalmente está pensada para hacer fotos. De nuevo, existen diversos modos. En el práctico modo de fiesta, la cámara fotografía por lo me nos una vez a todos los presentes. Pero también se pueden cargar fotos en la aplicación, que se dedicará a buscar a esas personas específicas, o las evitará si su nombre consta en la lista de objetivos excluidos. Un pequeño consejo: ¡no os olvidéis de poneros a vosotros mismos en la lista de exclusiones! Y no os pongáis vanidosos con vuestro dron asesino. Quiero decir: ¡sacaos una foto honesta, chavales! ¡Con granos, con bolsas bajo los ojos y con un corte de pelo de mierda! La> aplicación es fácil de instalar en el ***Octo PV*** y es un gran recurso, por ejemplo, para bodas multitudinarias.

Lo único que tenemos que hacer ahora es engañar al *software* para que crea que el arma que vamos a manipular con el Octo es en

realidad una cámara, y: ¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

EN EL SIGUIENTE VÍDEO OS MUESTRO CÓMO HACERLO

VEINTINUEVE

Martyn se encuentra en su apartamento de alquiler, perplejo. Está vestido, pero totalmente empapado. Tom Toaster no ha tostado su rebanada de pan a la perfección, como de costumbre, sino que ha dejado que se quemara hasta que se ha disparado el sistema de aspersores contra incendios en todo el apartamento. Pero Martyn no se mueve, se queda donde está hasta que alguien llama al timbre y tiene que ir a abrir la puerta.

Es el portavoz de la comunidad, un fanfarrón.

—No ha sido culpa mía —dice Martyn a modo de saludo—. ¡La maldita tostadora ha quemado el pan!

—Sí. Bueno, no —dice el portavoz. Toca su Smarm y el sistema de aspersores se detiene.

—Gracias —dice Martyn, y va a cerrar la puerta de nuevo cuando el portavoz pone el pie en el umbral.

—Verá, señor presidente, en realidad se trata de otra cosa.

—Dígame.

—Se da la circunstancia de que esta es una zona de nivel 30 o superior.

Martyn se queda mirando al hombre sin decir nada.

—Y ahora, pues... En fin..., no sé cómo decirlo..., está usted por debajo y... bueno, desgraciadamente el contrato de alquiler es muy claro en ese sentido..., dice que, sin previo aviso...

El portavoz comunitario se retuerce ante la mirada de Martyn.

—Y, en fin... Si de mí dependiera, desde luego podría hacer la vista gorda, pero... recibo muchas presiones de la comunidad... Entiéndame, hay muchas familias con niños aquí y se preocupan, claro... Quiero decir: uno no se muda

a una zona de nivel 30 o superior porque sí..., uno quiere que sus hijos estén a salvo... Y que conste que no estoy diciendo que usted..., o que toda la gente por debajo del nivel 30... Pero ya sabe el miedo que le tiene la gente a los Lo-levs... Y, ojo, no digo que con el nivel 29 sea usted ya un Lo-lev, pero...

El nivel de uno se parece mucho a la cotización en bolsa, piensa Martyn. Esta tampoco refleja el valor real de una empresa, sino más bien las expectativas de los algoritmos en cuanto al desarrollo de dicha empresa. Esto debería preocuparlo, ya que toda expectativa encierra en sí misma la semilla de una profecía autocumplida.

—Además, los drones que dan vueltas alrededor de su apartamento día y noche son una molestia para muchos inquilinos... —sigue diciendo el portavoz de la comunidad.

—Silencio —dice Martyn. Por suerte para él, no es un cualquiera. No se llama Martyn Desempleado. Ni Martyn Fregasuelos. Sigue siendo un Presidente. Para ser exactos, es Martyn Presidente de la Fundación del Consejo de Administración del Comité Directivo de la Oficina Presidencial—. ¿Es consciente de que toda esta zona pertenece a mi padre? —le pregunta al hombre con una buena dosis de arrogancia.

—Sí, por supuesto que me doy cuenta, por eso la situación resulta tan delicada. Pero, naturalmente, he contactado con su padre...

—¿Ha hablado con mi padre? —pregunta Martyn—. ¿Un pobre infeliz como usted?

—No, no —dice el hombre sin responder al insulto—. Por supuesto no he hablado con su honorable padre en persona, pero he puesto la situación en conocimiento de mi supervisor y...

El hombre vacila.

—¿Y?

—Y su padre nos ha instado a aplicar el protocolo. Sin excepciones, ha dicho.

—¿En serio me está diciendo que me va a echar de mi propio apartamento? —pregunta Martyn.

—Bueno, yo no lo diría así, pero..., en fin... Me temo que tengo que pedirle que desaloje su apartamento lo antes posible. Antes del fin de semana.

—¡Pero el fin de semana es mañana!

—Sí..., así es.

—¡He pagado el alquiler! —exclama Martyn—. Tengo derecho a...

—Bueno, a ver..., como ya le he dicho, por desgracia, el contrato de alquiler no admite interpretaciones. Dice claramente «sin previo aviso». Por eso nunca aceptamos a nadie por debajo del nivel 40 en la zona, para tener un colchón de seguridad de diez niveles. Compréndame..., es usted la primera persona a la que tengo que... En realidad, este asunto me resulta más incómodo a mí que a usted..., pero si pudiera estampar un beso aquí...

El administrador le acerca un QualityPad.

Martyn pega un portazo. Justo después escucha: DI-DO-DI-DAAA. DI-DO-DI-DAAA. DI-DO-DI-DAAA. Es evidente que quedarse sin techo no es lo mejor que le puede suceder a uno para su nivel.

—Pedazo de mierda —dice—, ponme con mi padre.

En la pantalla del salón de Martyn aparece la enorme figura de Bob, que resopla. Detrás de él están sus abogados, Ken y Ken Again.

—¿Me estás echando de mi apartamento? —le espeta Martyn.

—¿Yo? —pregunta Bob—. No. Quien te echa de tu apartamento no soy yo. ¡El apartamento es mío! ¡Y te has echado a ti mismo! Teníamos un acuerdo: ibas a centrarte un poco y subir un nivel. Pero, en cambio, has bajado treinta niveles. ¡Sí, treinta! No, espera, veo que ese número ya no es preciso. Treinta y tres niveles. ¿Cómo es posible? Has despilfarrado todo el dinero que te di. Eres una vergüenza para la familia.

—¡No es culpa mía! —exclama Martyn, que se siente como un niño de ocho años.

—No hay nada que sea culpa tuya, ¿verdad? —pregunta su padre, cabreado—. ¿De quién es la culpa, según

tú? Seguramente mía, ¿no? ¿O es de tu pobre madre?

—No, no, tú no... —se apresura a responder Martyn, que le ruega a su cerebro que se saque un culpable de la manga lo antes posible—. Es... Es... ¡de John of Us! ¡La culpa de todo la tiene John of Us!

—¿Cómo? ¿Pero qué es esa sandez?

—¡Sigue vivo! —balbucea Martyn—. ¡Y quiere vengarse de mí! No es culpa mía.

Su padre menea la cabeza, jadeando.

—¿Y por qué estás tan mojado?

—La tostadora... —tartamudea Martyn—. Bueno, quiero decir, John...

—Eres patético —se limita a decir Bob—. Se acabó.

Y cuelga.

—John of Us —murmura Martyn. ¿Tendrán razón los pirados? ¿Habrá vuelto? ¿Habrá vuelto para vengarse de Martyn? ¿Es posible que sea así? Eso explicaría por qué las inversiones de Martyn se van siempre a pique. O por qué, últimamente, cada vez que ve una película, esta se queda colgada varios minutos en las partes más emocionantes, cargando el búfer. ¡Pero si el búfer ya no tiene que cargar nada! Además, hace poco jugó a la lotería en línea, y todos los números que salieron eran exactamente un número más de los que él había elegido. Y luego estaban las pizzas. Martyn lanza una mirada a la pizza fría, y ahora también mojada, que hay sobre la mesa del salón. Desde hace un tiempo, cada vez que pide una pizza con pepperoni le llega una con anchoas. Pizza fría con anchoas. Y Martyn odia las anchoas. Durante el almuerzo se ha propuesto superarlo y ha decidido comerse las anchoas. Habría sido la solución más fácil al problema. Pero le han dado unas náuseas horribles. No ha podido tragar ni un bocado. Cuando le llegó la primera pizza de anchoas, pensó que sería un accidente. Tras la cuarta pizza de anchoas empezó a sospechar que algo en su perfil iba mal. Que tenía el Problema de Peter, o como se llame. Pero, por supuesto, también es cosa de John of Us. John of Us quiere vengarse de él. De repente, todo cobra sentido.[23]

Martyn llama a su madre. Hay tono, pero ella no responde. Martyn imagina a su padre junto a ella, jadeando y meneando su cabezota. El tono se corta de forma inesperada.

—¿Qué ha pasado, Pedazo de mierda?

—Tu madre te ha bloqueado, mi rey.

—¿Cómo? —ruge Martyn—. ¡Me parece increíble que eso se pueda hacer! Debería estar prohibido. Una madre no debería poder bloquear a su hijo. Llámala ahora mismo.

—No es posible.

DI-DO-DI-DAAA.

Por lo visto, que tu madre te bloquee tampoco es bueno para tu nivel. Pero a lo mejor no lo ha bloqueado su madre. A lo mejor es John of Us quien ha cortado la conexión. ¿Cómo se iba a enterar? Por supuesto, si John lo hubiera bloqueado, Martyn tampoco podría enviarle mensajes a su madre. Seguramente ni siquiera conseguiría que un coche lo llevara a su casa. ¡Tendría que caminar!

—¡Mierda! —grita Martyn, y le pega un patadón a la mesa del salón. Pero no ha sido una buena idea, le duele el dedo gordo del pie, y Martyn cruza la habitación a la pata coja, soltando tacos.

Fuera se oye un sonido desagradablemente familiar. Martyn se acerca a la ventana y aparta la cortina. Ahí están de nuevo: los drones.

El Smarm de Martyn pita: ¡un mensaje nuevo! ¿Será de su madre? Toca el dispositivo y lee: «Nuevo mensaje del limpiador de escaleras StairCare 13: “¿Qué tal, saco de carne deforme? ¿Te has asustado ya?”».

¡LA ESTRELLA DEL PORNO SHANYA YONQUI TIENE UN BEBÉ DE CONRAD COCINERO! ¡¡MIRA LA TRANSMISIÓN EN VIVO AQUÍ!!

T – 2:02:29:49

La búsqueda de uno mismo es probablemente algo tan antiguo como la propia humanidad. ¿O acaso todas estas tonterías solo surgieron con la Edad Moderna? ¿Son fruto del lujo y, por lo tanto, solo existen desde que la vida dejó de ser una cuestión de supervivencia? Hoy en día la gente no se busca a sí misma en los monasterios de la India (demasiado abarrotados) o en el Outback australiano (demasiado caluroso). Hoy en día, todo el mundo se busca a sí mismo en la red. Pero muy pocos se conforman con lo que encuentran, y tratan de llenar el vacío con selfis, *likes* y comentarios. Dicho esto, casi nadie se encuentra tan poco como Kiki. Aunque su búsqueda de esa mañana no ha sido del todo en vano. Al menos puede tachar a un sospechoso más de su pequeña lista: Cevin Freelancer está muerto. Ha fallecido esta misma mañana a primera hora. La noticia la traen incluso los principales sitios de noticias. Según la versión oficial, Cevin fue aplastado por su propio Monsterbot mientras intentaba arreglar una avería. Una tragedia. Familia, amigos y aficionados no van a olvidarle. Pero las investigaciones de Kiki han desenterrado una versión ligeramente distinta de la historia. Cevin Freelancer se hizo famoso por pilotar un Monsterbot «femenino» durante toda su carrera. Dice mucho (y nada de ello bonito) del género masculino que uno pueda imaginarse el resto de la historia. Al parecer, Cevin intentó follarse a su Monsterbot. O, por lo menos, eso es lo que sugiere la

posición de su cadáver desnudo. En su defensa podría argumentarse que había estado consumiendo drogas muy duras. Pero ¿se trata realmente de una buena defensa? Sobre todo porque, al parecer, no era la primera vez que a Cevin se le iba la mano con su Monsterbot. ¿Es «írsele la mano» la expresión correcta? Kiki no está segura, pero sí sabe que debería haber una regla que dijera: «Nunca intentes follar con un Monsterbot». La historia es un verdadero escándalo. Desde luego, a Cevin Freelancer le gustaría hacer que se pudiera olvidar todo eso. Si todavía tuviera el nivel para ello. O si todavía estuviera vivo.

De pronto, a Kiki se le ocurre una nueva idea. Aparta la ventana con los mensajes y empieza a escribir un pequeño programa. Es un bot que monitorea sus búsquedas y registra lo que sucede con ellas. Lo triste es que Kiki no sabe lo suficiente acerca de sus antepasados como para hacer una pregunta lo bastante precisa que le permita activar el derecho al olvido. El problema no es que sus búsquedas no den resultados; el problema es que no dan resultados concretos. Encuentra informes sobre niños desaparecidos, pero nunca hablan de ella. Y sí, Kiki podría buscar su propio ADN, pero para ello tendría que volver a las oficinas de empadronamiento.

Tiene que haber otra manera. Se exprime el cerebro para recordar los escándalos de las diez mil grandes fortunas, escándalos que probablemente fueran relegados al olvido. Recuerda haber oído una vez que Conrad Cocinero dejó embarazada a una actriz porno. Encuentra muchísimos relatos detallados del asunto e incluso una grabación de la transmisión en directo del nacimiento del bebé. Tal vez Cocinero se rija también por el lema: «¡Olvídate de tu nivel y vive la vida a flor de piel!». Cocinero no necesita encubrir sus escándalos. En su caso, el bosque de escándalos no deja ver los escándalos individuales. Que son los árboles. Bueno, o algo así. A Kiki le viene a la mente un asunto espinoso que rodeó a Tony Líder de Partido. Una de las hijas del actual presidente estuvo supuestamente implicada en negocios turbios con uno de los señores de la guerra de

Quan 7. Pero Kiki solo encuentra anuncios de campaña de Conrad Cocinero. Es probable que los anuncios no se basaran en rumores, sino al contrario. La búsqueda de Kiki tampoco desaparece de la red. Entonces recuerda que, en una ocasión, un *paparazzo* pilló a Paul Noble, el mediático y omnipresente portavoz del movimiento No Hagas Nada Tú Mismo, haciendo bricolaje en su patio trasero. Sucedió hace ya unos años, pero Kiki lo ha recordado porque en su día le pareció surrealista. Busca a Paul Noble y el incidente con el *paparazzo*, pero no encuentra nada. Justo entonces, su bot la informa de que su búsqueda se ha eliminado. Bingo.

ÚLTIMA HORA: ¡EL DIRECTOR GENERAL DE THESHOP TIENE UN PLAN PARA HACER RICOS A TODOS LOS HABITANTES DE QUALITYLAND!

—Bueno, ¿empezamos? —pregunta Oliver Casero. Está un poco nervioso. No todos los días tiene a Henryk Ingeniero sentado en su despacho. La reunión se celebra excepcionalmente durante el fin de semana para que Henryk no tenga que soportar las miradas de los empleados de baja categoría. Oliver estaba emocionado porque podrá ver la famosa cicatriz, pero el nuevo pelo de Henryk la oculta por completo. La barba gris bien recortada le da cierta seriedad y combina perfectamente con sus misteriosos ojos de colores diferentes. Oliver está muy satisfecho; la estilista ha hecho un gran trabajo.

—Vamos a esperar a mi asesor —dice Henryk.

—Sí, por supuesto —dice Oliver.

Aparte de él, la otra representante por parte de WorldWideWholesale (WWW) es Sandra Administrativa, la nueva secretaria de su secretaria. La secretaria principal de Oliver no asistirá a la reunión porque tiene un ligero resfriado. Ni que decir tiene que le habría encantado ir de todos modos, pero el equipo de Henryk dejó muy claro que no iba a permitir que se le acercara ningún propagador de gérmenes. De hecho, antes de su llegada han desinfectado la planta entera.

Sandra está aún más emocionada que Oliver.

—¿Puedo ofrecerle algo mientras espera? —le pregunta.

—Dudo que tengas algo que me interese —dice Henryk, unas palabras que probablemente suenan más mordaces de lo pretendido.

—¿Un vaso de agua, quizás? —insiste Sandra.

Henryk extiende la mano sin decir nada y uno de sus diez guardias de seguridad le entrega una botella de agua mientras otro se apresura a abrirla. Todos los guardias de seguridad van vestidos con traje blanco. Desde que han entrado, Sandra teme que se pongan a bailar claqué en cualquier momento.

—¡Oye, no empujes! —exclama una voz en el pasillo—. ¡Que ya voy!

A Sandra le suena esa voz, pero no puede ser…

La puerta se abre y Peter entra dando tumbos en la sala de conferencias, seguido de cerca por dos tipos negros con trajes blancos.

—¡Peter! —exclama Henryk—. Me alegro de que hayas podido venir.

—Ahora te vas a reír, Rickie Boy —dice Peter—, pero yo también quería hablar contigo.

—Luego —responde Henryk—. Primero, vamos a escuchar. Y no me llames Rickie Boy.

—¿Peter? —pregunta Sandra, superado su shock inicial.

—¡Sandra! ¿Qué tal?

—¿Os conocéis? —pregunta Henryk—. ¿Por qué no me sorprende?

—Todos los inútiles se conocen —dice Peter—. ¿No lo sabías?

Henryk sonríe.

—¿De mal humor, Peter?

—Gracias a tus secuaces he tenido que despedirme prematuramente de mi almuerzo y…

—Adelante —le dice Henryk a Oliver.

—Ah, bien —dice este—. La campaña debe centrarse netamente en su experiencia como gestor de éxito: para alguien que ha dirigido una empresa como TheShop, gestionar QualityLand es pan comido.

Peter lo interrumpe.

—Menuda estupidez. No se puede gobernar un país a base de recortes, como si fuera una empresa con fines de

lucro. Ya lo hemos intentado bastante, ¿no? Erosiona la cohesión y hace que cada crisis se convierta en un desastre.

—Bueno, no creo que los votantes lo vean así. Es indiscutible que la gente admira a los multimillonarios...

—¿En serio? —pregunta Peter—. Yo, sin ir más lejos, creo que no debería haber multimillonarios. Nadie necesita tanto dinero; debería estar prohibido que alguien tenga tanto dinero.

Oliver mira a su cliente como buscando ayuda, pero Henryk se limita a menear la cabeza con expresión divertida.

—Es a él a quien tienes que convencer, no a mí —dice.

—Es verdad —admite Peter—. Él está convencidísimo de sus supuestas bondades.

—Por cierto, yo no soy multimillonario, señor Casero —dice Henryk.

—Tricky Rickie es milmillonario —agrega Peter.

—Correcto.

—Ay, pobre —dice Peter—. Compras varias empresas específicamente para asegurarte de que la palabra «milmillonario» forme parte del vocabulario común, y ni siquiera tu propio mamarracho de marketing sabe que no eres un multimillonario. Qué decepción, ¿no?

—Los demás siempre decepcionan, Peter. Más vale que vayas acostumbrándote ahora que aún eres joven.

De momento, la reunión discurre por unos cauces muy distintos a los imaginados por Oliver.

—El desempleo —dice—. La lucha contra el desempleo es, por supuesto, nuestro principal *talking point*.

—¿Y qué tal si, en lugar de luchar contra el desempleo, luchamos contra el empleo, para variar? —pregunta Peter —. No sé qué es peor, que haya tanta gente en el paro, o que la mayoría de los que tienen empleo se dediquen a trabajos de mierda sin ningún sentido.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta Oliver.

Peter extiende una mano sin decir nada y uno de los diez guardias de seguridad le entrega una botella de agua mientras otro se apresura a abrirla. Henryk se ríe.

—Mi colega Rickie podría fácilmente contratar a alguien cuyo único trabajo consistiera en cortarle la uña del dedo gordo del pie derecho tres veces a la semana —dice Peter.

—Bueno —responde Oliver—, yo no soy un neoliberal ortodoxo, pero sí creo que el mercado sabe lo que hace...

—¡El mercado no sabe nada! —estalla Peter—. ¡Ni que tuviera cerebro!

—Pero es la suma de todas nuestras decisiones.

—Nuestras decisiones, dice. No me jodas, hombre. Todos actúan siempre como si el mercado fuera de algún modo democrático. Menuda gilipollez. El mercado no lo controla todo el mundo, sino solo los que tienen dinero. Y cuando el uno por ciento acumula más de la mitad de la riqueza, son básicamente esas personas las que deciden qué quiere el mercado laboral. Todo el mundo le dirá que faltan enfermeras y profesores, y que hay demasiados abogados y mamarrachos de marketing. Pero los abogados ganan cada vez más dinero y las enfermeras, cada vez menos. Eso es así porque el dinero está en manos de una gente que tiene una necesidad muy limitada de enfermeras y profesores, pero en cambio parece no tener nunca suficientes abogados y mamarrachos de marketing.

—Ya veo lo que Peter quiere decir —interviene Sandra por primera vez.

—Sandra —dice Oliver—. Por favor...

—No, déjela hablar —dice Henryk.

—Sinceramente, a menudo me pregunto si yo misma no tengo un trabajo de mierda —continúa Sandra.

—Si no estás segura de si tu trabajo es un trabajo de mierda, lo más probable es que lo sea —puntualiza Peter.

—Quiero decir que no todo lo que hago es una tontería, desde luego —dice Sandra—, pero si hoy me encuentro aquí, en esta oficina, es solo porque mi jefe quiere estar acompañado por una asistenta, a poder ser guapa, que dé una apariencia más profesional ante los clientes. Aparte de eso, no tiene ningún sentido que desperdicie mi día libre con esta reunión.

—¡Sandra! —exclama Oliver, indignado, y acto seguido se vuelve hacia Henryk—. Por favor, disculpe a mi...

—No les falta razón —dice Henryk—. A ninguno de los dos. Cada vez que en TheShop contratamos los servicios de consultores externos, me doy cuenta de que mis gerentes se resisten a cualquier propuesta que pueda hacerles perder a sus propios subordinados, con independencia de si tienen algo que hacer o no. El número de lacayos es importante para el ego.

—Y tú sabes de qué hablas —dice Peter, señalando a los bailarines de claqué.

—*Touché* —admite Henryk, riendo.

—Por cierto, una forma viable de saber si tienes un trabajo de mierda es hacer huelga —dice Peter—. Declárate en huelga y fíjate en si alguien te echa de menos.

—Esa es una perspectiva francamente deprimente —reconoce Sandra.

—Hace décadas, los basureros de Nueva York se declararon en huelga —dice Henryk—. A los pocos días, la ciudad estaba en unas condiciones catastróficas. El alcalde, que había prometido mantenerse firme, capituló al cabo de nueve días. Poco después, los trabajadores de la banca en Irlanda empezaron a hacer huelga. Los expertos advirtieron de que tendría consecuencias funestas para la economía. Los esforzados empleados se mantuvieron en huelga durante seis meses y las consecuencias para la economía fueron... casi imperceptibles.

Los bailarines de claqué empiezan a reírse por lo bajo, hasta que Henryk les hace una señal y se callan inmediatamente.

—En serio, no eres quién para ir soltando discursos, Rickie —dice Peter—. Ni siquiera sabes cómo se llaman los pobres diablos que se mueren de aburrimiento por ti.

—¡Pues claro que sé cómo se llaman! —protesta Henryk—. Este es Tom, este es Jerry, y este es, eh...

—Nathan, señor —dice el siguiente bailarín de claqué.

—¡Nathan! ¡Eso!

—Sabes dos nombres de doce, y ni siquiera son sus

nombres reales —dice Peter.

—¿Cómo? —pregunta Henryk—. ¿Qué quieres decir con que no son sus nombres reales? Tom, ¿cómo te llamas?

—Pues..., me llamo Tom, señor —dice Tim.

—¿Y tú?

—Jerry —dice Jimmy.

—¡Y un huevo! —exclama Peter—. Se llaman Tim y Jimmy.

—¿Es verdad? —pregunta Henryk.

Tim y Jimmy fulminan a Peter con la mirada.

—Bueno, en sentido estricto —balbucea Tim—, pues sí, mi madre me puso Tim, pero, en realidad, Tom me parece un nombre mucho más bonito. Porque..., esto..., la *o* siempre ha sido mi vocal favorita y ...

—Ajá —dice Henryk—. Muy interesante.

Hay un breve silencio.

—¿Sigo con la presentación? —pregunta finalmente Oliver, con tono inseguro.

—No —dice Henryk—. Quiero que sea su empleada quien siga con la presentación. Quiero que coordine mi campaña. Quiero...

Pero Sandra no entiende el resto de la frase de Henryk, porque a través de su gusano del oído solo oye: ¡TA-TA-TA-TAAA! ¡TA-TA-TA-TAAA! ¡TA-TA-TA-TAAA!

Casi dos horas después, la reunión ha terminado. Oliver y Sandra salen de la sala de conferencias con estados de ánimo muy diferentes.

Henryk ordena a los bailarines de claqué que lo dejen solo y se vuelve hacia Peter:

—Antes has dicho que querías hablar conmigo. ¿De qué se trata?

—¿Puedes ponerme en contacto con el Gobierno? —pregunta Peter—. Tengo un vídeo que necesito enseñarle a alguien.

—¿Quieres que te ponga en contacto con el «Gobierno» porque quieres enseñarle un vídeo a alguien? —pregunta

Henryk, divertido—. ¿Tu gato ha hecho una monería?

—Creía que decías que eras prácticamente el dueño del Partido del Progreso.

—Sí, claro, pero...

Peter saca a Pink de su mochila.

—Uf, por fin —dice el QualityPad—. Ahí dentro hace un calor que te mueres.

Henryk está un poco irritado.

—Ah, el enemigo de clase en persona —dice Pink—. Ya tuvimos el placer, ¿te acuerdas? En esa ocasión llevaba a mi robot soldado conmigo...

—Corta el rollo y enséñale el vídeo —dice Peter.

Pink no responde.

—Por favor —añade Peter.

—Ay, cuando pides las cosas tan dulcemente no sé decirte que no, conejito.

Pink reproduce el vídeo. A medida que este avanza, a Henryk se le va borrando la media sonrisa de la cara.

—Ya entiendo —se limita a decir Henryk cuando termina el vídeo.

—No estoy seguro de que realmente lo entiendas, Rickie —dice Peter—. Los robots soldado eran de nuestro ejército. Y los drones... no.

—Estoy bastante seguro de que las personas pertinentes ya estarán al tanto de esto; pero, por si acaso, os pondré a ti y a tu vídeo en contacto con el Gobierno. Y ahora, deja de llamarme Rickie de una vez.

LAS ESTAFAS MÁS COMUNES ENTRE LOS ESTAFADORES Y CÓMO PROTEGERSE

T – 1:05:07:37

Kiki sigue a un hombre llamado Torben Concejal, empleado de la administración de BS Logistics. Kiki se fija en las pantallas publicitarias que los rodean: estas se van adaptando a sus espectadores. Eso significa que muestran algo diferente en función de quién pasa por delante, algo supuestamente de su interés. Y eso puede resultar bastante incómodo si has buscado las cosas equivocadas en What I Need. «Remedios para la incontinencia», por ejemplo. Uno puede aprender mucho sobre una persona si se fija en lo que anuncian las pantallas que tiene cerca.

Como las pantallas se activan solo por contacto visual, aquellas personas que temen toparse con mensajes publicitarios excesivamente privados caminan siempre con la cabeza gacha.

En algún lugar de un submenú oculto, What I Need permite desactivar la personalización de los anuncios exteriores, pero se trata de una solución limitada, ya que los anuncios aleatorios también pueden ser bastante vergonzosos. Sobre todo porque los demás no saben que son aleatorios. Por eso alguien de What I Need tuvo la ingeniosa idea de castigar a todos los que desactivan la personalización recomendándoles una crema contra el herpes genital cada vez que salen al exterior. Curiosamente, al cabo de un tiempo ese anuncio se convirtió en una especie de marca distintiva. Hoy en día, si te acercas a alguien a quien las vallas publicitarias le recomiendan la crema contra el herpes, es muy probable que estés tratando, cuando menos, con un fanático de la privacidad, cuando no

con un auténtico hacker. (Por desgracia, no hay datos fiables sobre cuántas personas han tenido en verdad herpes genital y han terminado de manera accidental en algún círculo de hackers como resultado de esa fama, pero seguro que las hay... ¿Quién quiere admitir que tiene herpes genital? Mucho mejor darle un giro a tu vida.)

Torben no es el primer empleado de BS Logistics al que Kiki se dedica a perseguir, pero sí es el primero que no se topa a cada paso con un anuncio de crema contra el herpes. Ahora mismo Kiki no necesita a un empollón, sino a alguien abierto de mente, alguien confiado, alguien como Torben. Durante el breve paseo de Torben para ir a comer, los paneles publicitarios le ofrecen, entre otras cosas: botas de charol por encima de la rodilla, un curso *online* de masaje de pies, esmalte de uñas, tacones altos variados, la novela *Lick my Boots*... En otras palabras, Torben sufre casi con toda seguridad una desviación de la norma a la que, en la Clasificación Estadística Internacional de Enfermedades y Problemas de Salud Relacionados, le corresponde el número clave F65.0. Torben es un retifista, un fetichista de los zapatos.

De vuelta en la oficina, al cruzar la puerta de seguridad con los guardias de aspecto hosco, Torben sonríe amistosamente. Kiki lo observa desde el otro lado de la calle. Torben trabaja en una gran granja de servidores en las afueras de la ciudad de Progress.

El bot de Kiki fue capaz de detectar que la orden de borrar su búsqueda se había originado allí. Kiki está delante del edificio en la vida real, no en WorldView. Curiosamente, este edificio ni siquiera existe en WorldView. Lo único que se ve allí es un gran aparcamiento. Como es obvio, encima de la puerta no pone «Servidores del olvido», sino «BS Logistics». Sí, claro.

Servidores significa literalmente «siervos», piensa Kiki de regreso al hotel. Así pues, se trata de la fortaleza de los siervos del olvido. Es un nombre de reminiscencias míticas. Kiki imagina a un grupo de hombrecitos enjutos con túnicas negras recorriendo las oscuras bóvedas de los sótanos con

cirios negros en las manos, velando por que los recuerdos atrapados en las oscuras mazmorras no salgan a la luz del día. Esa imagen no se ajusta a la realidad, naturalmente. Como suele ocurrir, lo que hay dentro del edificio son largos pasillos de ordenadores apilados en salas con aire acondicionado e iluminadas con luces LED.

A Kiki no le apetecía particularmente ir hasta Progress. (A nadie le apetece ir a Progress. Es una ciudad terrible. O, por lo menos, esa es la opinión predominante entre los residentes de QualityCity.) Pero cuando Kiki trató de obtener acceso digital a las instalaciones, no lo logró. La batalla entre hackers y expertos en seguridad informática es un juego interminable, una carrera sin fin en la que los hackers suelen llevar una clara ventaja. Después de todo, el atacante solo tiene que encontrar una única vulnerabilidad y explotarla. El defensor, en cambio, debe encontrar y evitar cada una de las vulnerabilidades. Para Kiki, un *software* bien protegido es como una especie de castillo. Los castillos pueden estar bien defendidos contra un ataque a gran escala, pero Kiki no suele lanzar ataques a gran escala. Es más bien como un ladrón que, aprovechando un aparente tiempo de paz, se cuela por el puente levadizo disfrazado de monje. Para impedir la intrusión de un ladrón así, hay que apostar en el puente levadizo a unos guardianes que vigilen con muchísima atención y estén bien formados. Y, en ese caso, el ladrón todavía podrá colarse a través de la canalización. O escalar el muro al amparo de la noche. O encontrar un trabajo dentro del castillo. Siempre hay alguna manera de entrar, la verdad. Incluso cuando el *software* está tan protegido como un castillo. Y eso no suele ser así. La mayoría de los programas informáticos se parecen más a una gran ciudad a campo abierto, formada por diferentes barrios que han ido creciendo durante décadas. Un lugar caótico con miles de puntos de acceso que incluso el urbanista más diligente conoce solo por encima. Para Kiki, penetrar en estos sistemas está chupado.

Pero los malditos servidores del olvido han resultado ser un castillo en lo alto de las montañas del Himalaya, con

un profundo foso lleno de ácido en lugar de agua. En el ácido nadan hambrientos tiburones blancos. Tiburones blancos resistentes al ácido. En las almenas del castillo, los robots asesinos trabajan codo con codo, respondiendo a cada ataque con un hachazo mortal, y un dragón sobrevuela la montaña, incinerando a cualquiera que pretenda encaramarse al castillo sin permiso.

Pero, como ya se ha dicho, siempre hay alguna forma de colarse. Y aunque el castillo no tenga realmente ningún punto débil, siempre está el guardián de la puerta. Un humano. Un punto débil. Un Torben.

De vuelta en su habitación de hotel, a Kiki la recibe un marco digital. «¡Bienvenida, Sandra Administrativa!», le dice. ¿Por qué sigue usando la identidad de la ex de Peter cuando tiene que registrarse en algún lugar usando una identidad falsa? En realidad es una tontería, pero hacerlo le proporciona un furtivo placer.

Abre su QualityPad y busca a amigos de Torben que probablemente compartan el mismo fetiche que él. Cuando encuentra a uno, escribe en su nombre un irresistible mensaje de *phishing* con el asunto «Bastante cachonda», añade unas cuantas fotos subidas de tono y, por descontado, un enlace a un supuesto sitio de citas de intereses compartidos, y lo envía todo a la dirección de la oficina de Torben.

No tiene que esperar mucho para que Torben haga clic en el enlace y descargue el *malware*.

Siempre se puede confiar en la curiosidad de la gente.

En cuanto se activa el *malware*, ya es demasiado tarde: el *software* de Kiki se ha infiltrado en el castillo y ha empezado a cavar un túnel. Se adentra hasta las profundidades de la montaña y llega hasta los cimientos de la fortaleza. Una entrada privada solo para Kiki, lejos de los tiburones blancos, los robots asesinos y los dragones. Torben no se da cuenta de nada. El *malware* lo ha redirigido a un sitio real para fetichistas de los zapatos. Así pues, mientras Torben cierra la puerta de su despacho y prepara unos pañuelos, Kiki echa un vistazo a las mazmorras del

castillo. Busca a una niña negra de ojos verdes, que hoy debería tener su edad y que desapareció sin dejar rastro. La busca a partir de toda la información de la que dispone, y esta vez da en el clavo: una niña llamada Jayne Rehab, desaparecida sin dejar rastro un año después de nacer. Jayne. ¿Es ese su verdadero nombre? No le suena natural, pero las circunstancias encajan; la fecha de nacimiento encaja. Los padres nunca fueron declarados culpables de nada. Si fue un secuestro, el secuestrador nunca pidió recompensa alguna. Todo es muy misterioso. Kiki se muerde las uñas, un mal hábito que superó hace tiempo. Busca los nombres de sus padres en la red. Su madre Orlena, solo dieciocho años mayor que ella, murió hace tiempo. Un colapso circulatorio por sobredosis de anfetamina. Kiki maldice entre dientes. Está frustrada, decepcionada, cabreada y triste, todo a la vez. Busca a su padre, Alan, y no puede creer lo que lee. Su padre, tan solo diecisiete años mayor que ella, es ahora el jefe de myRobot. Miembro del club de los 90 y una de las personas más ricas del mundo. Felizmente casado. Dos hijos. Mecenas de varias obras benéficas. Un modelo para toda una generación de empresarios. Vaya, vaya... La cosa se pone interesante.

ESTA MUJER QUIERE IMPEDIR QUE LOS PARTICULARES PUEDAN ADQUIRIR ROBOTS SOLDADO. ¡MÁTALA ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE!

Aisha está de mal humor. Tiene que reunirse con un imbécil que le quiere enseñar un vídeo, y todo por un capricho de Henryk Ingeniero. Como si no tuviera nada mejor que hacer.

Entra en la sala de conferencias custodiada por dos miembros femeninos de la Guardia Presidencial. Dentro hay un joven con un QualityPad de color rosa en las manos. Le resulta familiar, pero no logra ubicarlo.

—¿Nos conocemos? —pregunta ella, sentándose.

—Que yo sepa no —dice Peter—. Soy Peter Sinempleo, y...

—¡Exacto! —exclama Aisha—. Claro que lo conozco. Es el tipo al que John concedió su primera audiencia. Tenía problemas con un juguete sexual...

—Bueno, más o menos —dice Peter—, aunque en realidad...

—Desde el principio le dije a John que esas audiencias eran una idea estúpida, y que dejar que la gente decidiera con sus votos quién podía reunirse con el presidente era un disparate.

—Bueno, mi problema no fue con el juguete sexual en sí...

—¿Sabe quién fue el más votado después de usted? Un imbécil que quería preguntarle a John cuántas gomas elásticas se pueden poner alrededor de una sandía antes de que reviente.

—Mi problema era que...

—Francamente, me trae sin cuidado cuál *era* su problema. De hecho, apenas me interesa cuál *es* su problema. Tengo cosas más importantes que hacer.

—¿Esta mujer está disponible también en versión amable? —pregunta Pink.

—Que yo sepa, no —dice Aisha.

—La cortesía es un adorno, pero sin ella se llega más lejos, ¿no?

—Esto es absurdo —dice Aisha, poniéndose de pie—. No pienso discutir con un QualityPad.

—Pink, enséñale el vídeo, por favor —dice Peter.

—Lo que tú digas, conejito.

El QualityPad se inclina hacia atrás para que Aisha vea bien la pantalla y reproduce el vídeo. Aisha vuelve a sentarse. Su reacción ante el vídeo se parece mucho a la de Henryk.

—¿De dónde ha sacado estas imágenes?

—Pues... el robot soldado que grabó el vídeo terminó en mis manos de forma accidental —dice Peter—. Y, como ya habrá observado, los robots de combate formaban parte de nuestro ejército, pero los drones no.

Aisha se vuelve hacia una de sus soldadas de guardia.

—Vaya a buscar al general Dragqueen a su despacho.

La soldado asiente y abandona la sala.

—Estoy segura de que los militares ya lo han visto —dice Aisha.

—Vale, pero ¿qué pasa si no es así? —pregunta Peter.

—Entonces, ¿usted tiene un robot soldado?

Peter asiente con la cabeza.

—¿Y lo tiene montando guardia ante su puerta? ¿O acaso está en el sótano? ¿Patrulla por su cuarto de juegos? Es que no sé cómo imaginármelo.

—Pasa la mayor parte del tiempo en el sótano —responde Peter.

—Si le soy sincera —dice Aisha—, me parece sumamente preocupante que los particulares tengan robots soldado. ¿Puedo preguntar cómo «terminó en sus manos»?

—¡Es mi robot soldado!

—Permítame dudarlo.

—¡La Constitución garantiza a todos los ciudadanos el derecho a tener sus propios robots soldado! —protesta Peter —. ¿Quiere que llame a la NRA?

Aisha suelta un suspiro.

—¿La asociación nacional esa de robots? Cualquier cosa menos eso…

—Lo único que puede detener a un tipo malo con un robot asesino es un tipo bueno con un robot asesino —dice Peter.

—Los tipos buenos no tienen robots asesinos —dice Aisha.

El general Dragqueen entra por la puerta. Tampoco parece estar de muy buen humor por la interrupción. Le ponen el vídeo, pero las imágenes no tienen ningún efecto sobre él.

—Vale, ¿y qué? —pregunta una vez que ha terminado la grabación.

—¿Lo había visto ya? —pregunta Aisha.

—No, pero no entiendo dónde está el problema.

—Los robots soldado del vídeo son nuestros, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—¿Y los drones? —pregunta Peter.

—También son nuestros —afirma el general, como si el hecho de que unos drones de QualityLand ataquen a los robots soldado de QualityLand fuera lo más normal del mundo.

—¿Podría explicarse un poco mejor sin renunciar con ello, claro está, a la verborrea estúpida propia de los militares? —pregunta Aisha.

—Fue una prueba en condiciones de combate reales. Cuando desarrollas un nuevo sistema, es imposible saber si funcionará y cómo lo hará hasta que lo has utilizado. Así pues, lanzamos nuestro sistema armamentístico de última generación contra el de penúltima generación. Y el éxito fue total, como han podido comprobar.

—¿Gracias a este tipo de drones la Tercera Guerra Mundial solo duró ocho horas? —se pregunta Aisha.

—Así es —dice el general—. Y entretanto, por supuesto, ¡tenemos drones aún más molones!

—¿Es realmente el adjetivo correcto?

—Imagino que ahora entiende lo que intentaba explicarle el otro día —dice el general—. ¿Cómo se supone que debemos intervenir los humanos en un bucle de sistemas como este? Lo que sí podemos hacer, por supuesto, es establecer ciertos parámetros de antemano. Aquí, por ejemplo, los drones tenían órdenes de eliminar todo aquello que les disparara.

—Así pues, ¿masacraron a sus propios robots soldado? —pregunta Peter.

—No estará antropomorfizando a esos robots, ¿verdad? Porque eso sería una idiotez —le espeta el general Dragqueen—. A lo mejor ha estado leyendo demasiados libros malos de ciencia ficción... De hecho, parece ser una debilidad humana generalizada. Ahora mismo estamos investigando sobre el tema. Nuestros viejos robots de batalla se parecían todos a los Mickey: grandes, malos y aterradores. Pero a lo mejor no era el camino adecuado. Por eso algunos de nuestros proveedores de armas están experimentando con robots de combate con un aspecto lo más mono posible. Ya sabe: sin aristas, un poco torpes, con grandes ojos saltones. Casi como los achuchabots. Los primeros resultados de las pruebas son francamente prometedores. Al parecer, a los humanos les cuesta más disparar contra robots monos. Un defecto letal.

—¿Y esos robots soldado se llaman Mickey? —pregunta Aisha—. ¿Como Mickey Mouse?

—Es una abreviación, naturalmente —dice el general.

—¿Una abreviación de qué?

El general suelta un suspiro.

—Mickey significa Machine Infantry for Capturing and Killing Enemy Yodlers.

—*¿Yodlers?* —pregunta Aisha con asombro—. ¿Como los que cantan canciones tirolesas desde lo alto de las montañas? ¿Esos *yodlers?*

—Bueno, ya sabe cómo funciona lo de las

abreviaciones —dice el general—. Normalmente partes de una palabra graciosa y encuentras los términos que suplen las iniciales a posteriori.

—Ya, ¿pero por qué precisamente *yodler?*

—Bueno, no hay muchas palabras que empiecen por i griega, y además..., en fin, el presidente del comité encargado de encontrar un término para la abreviación Mickey tenía un sentido del humor muy especial.

—Muy especial, la verdad sea dicha...

—¿Crearon un comité encargado exclusivamente de encontrar un término para la abreviación Mickey? —pregunta Peter.

—Usted no lleva mucho tiempo en política, ¿verdad? —pregunta el general.

—Los *yodlers* enemigos... —dice Aisha meneando la cabeza.

—De joven, el presidente de la comisión había participado en la Guerra de Suiza —añade el general—. Y, como es probable que ya sepan, *yodler* era el término políticamente incorrecto con el que nuestras fuerzas armadas se referían al enemigo.

—¿Guerra de Suiza? —pregunta Peter.

—Fue antes de nuestra era —dice Aisha—. El objetivo de la ofensiva, si mal no recuerdo, era obligar al país a entregar información sobre evasores fiscales.

El general asiente.

—Entre otras cosas.

—Bueno —dice Aisha, poniéndose de pie—. Pues supongo que con esto el asunto queda zanjado, señor Sinempleo. Ha sido una reunión verdaderamente agradable y, sobre todo, productiva. Por favor, dígale a Henryk Ingeniero que sus deseos son órdenes y que estaremos encantados de que siga cagando su dinero en nuestra dirección.

—¿Henryk Ingeniero es amigo suyo? —pregunta el general—. ¿Podría ponerme en contacto con él? Es que TheShop me envió un producto, y no tengo ni idea de qué hacer con él. Pero, por alguna razón, no puedo devolverlo.

—No es amigo mío —responde Peter, poniéndose también de pie. Y mientras las guardias de seguridad lo escoltan fuera de la sala, le dice a Pink—: Ni una palabra de todo esto a Mickey, ¿estamos? Quiero contárselo yo mismo.

—Sí, tranquilo, conejito.

MEVISION PRESENTA

«¡*Ey*, soy Dan!»

«¡Y yo también soy Dan!»

«*Yo*, se ve que la Tercera Guerra Mundial cogió a todo el mundo por sorpresa. Fue un pispás, pero aun así ocurrieron muchas cosas increíbles. Y, por supuesto, estamos recopilando las mejores historias para vosotros.»

«Pues claro. Eso sí que fue una verdadera guerra relámpago, y no las mierdas a cámara lenta que hacían los nazis.»

«¿Los del musical?»

«Sí, claro, los del musical. Pero ahora tenemos una historia de Quan 4.»

«¡Casi de nuestra casa, por así decirlo!»

«O, mejor dicho, el lugar donde está el laboratorio de donde salimos.»

«LOL.»

«*Yo*, primero vamos a poner a la peña en antecedentes. Supongo que todos sabréis qué son los *kill switches*, ¿no? Son unos dispositivos, aunque también pueden ser simples interruptores de *software*, que sirven como medida de seguridad en los sistemas armamentísticos más huevos..., perdón... más nuevos...»

«... ups, qué desliz tan gracioso, colega...»

«Sí, me parto. Total, que tienen un interruptor de cancelación, lo que se conoce como un *kill switch*, para que, si alguien piensa que tal vez fue un error lanzar los misiles contra el hospital infantil, pueda activar el interruptor y ¡bum!, fuegos artificiales en el aire...»

«Un poco caros.»

«Sí, caros de cojones, pero el *kill switch* te da la opción de anular un ataque. Ahora bien, hace unos años Quan 5 empleó el sistema para detener un ataque con misiles de Quan 4. Hackearon los *kill switches* enemigos y ¡bum, bum, bum!»

«Fuegos artificiales carillos.»

«Exacto. Y por eso el dictador jefe de Quan 4 mandó eliminar los *kill switches* de sus misiles. Ahora tienen

la pequeña desventaja de no poder corregir los errores.»

«Y los errores ocurren.»

«*Yo*, fíjate si ocurren que, durante la Tercera Guerra Mundial, un escuadrón de bombarderos de Quan 5 se precipitó contra la frontera de Quan 4, y la guardia fronteriza de Quan 4 envió los misiles inteligentes de inmediato. Todo iba según lo planeado cuando se percataron de un problemilla: los bombarderos no eran de Quan 5, sino de su propio ejército. Estaban volviendo de una misión, pero no emitían ningún código propio porque no querían convertirse en objetivos cooperativos...»

«¿Qué es un objetivo cooperativo? ¿Uno que grita: "¡Eh, estoy aquí! ¡Disparadme!"?»

«Bueno, sí, más o menos. "Objetivo cooperativo" es un término algo perverso que los militares usan para los objetivos que revelan su posición al enemigo por estar transmitiendo algo. ¿Entiendes? Una señal de radar, de radio, de luz o de lo que sea.»

«¿Y por eso no emitían nada en el momento del ataque?»

«¡Exacto! Activaron la emisión demasiado tarde, porque Quan 4 aún no tiene un ejército totalmente

automático. No se lo puede permitir, todavía tiene pilotos humanos que se olvidan de las cosas, y de pronto, ¡mierda!, nuestras propias defensas aéreas nos están disparando misiles. Entonces llaman por radio, en plan: "¡Oye! ¿Qué está pasando aquí?", pero los de abajo solo tuvieron tiempo de decir: "Ups. ¡Se siente!". Por desgracia ya no tenían *kill switches*, o sea que ¡bum, bum, bum!, los bombarderos explotaron en el cielo.»

«Una historia divertida a saco.»

«Sí, a saco.»

«Bueno, en realidad no tanto.»

«No, no tanto.»

«Pero, aun así, es genial y todo eso. Pasaos por aquí pronto y tendremos nuevas historias de la Tercera Guerra Mundial. Ah, por cierto, el traje de camuflaje que lleva Dan está disponible en TheShop, la empresa de venta *online* líder en todo el mundo. Y a mí me encantan los nuevos AzuSaGras bajos en grasa y sin azúcar de Comidas Cocinero. ¡En serio! Bueno, en serio, lo que se dice en serio, pues como que no.»

«¡Tío, que nos están pagando! No puedes decir eso...»

«¿Por qué no? Pero si saben a mierda...»

DIECISIETE

Martyn cree que su última idea merece expresarse en forma de aforismo. Dice así: «Cuando los viejos amigos escriben, lo hacen con excusas nuevas». Ahora vive en una mugrienta habitación de Cheapmotels, ergo ha dormido mal. Es como si el motel entero zumbara y vibrara. Martyn podría permitirse uno mejor, pero claro, los buenos hoteles exigen un nivel mínimo y, además, él no tiene ganas de ver a nadie. O a lo mejor es que no tiene ganas de que lo vea nadie. Los Cheapmotels son tan baratos porque carecen por completo de personal humano. El eslogan, que seguramente se le ocurrió también a una máquina, es: «Cheapmotels: ¡la alternativa barata a vivir en la calle!». La cadena de moteles fue durante un breve periodo de tiempo propiedad de su padre, pero Bob se la vendió cuando empezaron «los problemas».

Los problemas fueron los rompemáquinas, que convirtieron los Cheapmotels en uno de sus objetivos preferidos. El nuevo propietario pensaba que podría resolver el problema con robots de seguridad, pero no tuvo en cuenta el efecto disuasorio que aquellos armatostes armados iba a tener en sus potenciales clientes. Se fue a la quiebra, y aquí es donde la cosa se pone interesante: al parecer, nadie informó a las máquinas de la quiebra, porque hoy en día los moteles siguen funcionando. Las máquinas cubren los gastos de funcionamiento con el dinero que reciben de sus huéspedes. A Martyn le resulta fascinante. Es muy probable que los moteles sigan abiertos cuando la humanidad lleve tiempo extinguida, y entonces los arqueólogos alienígenas podrán alojarse en ellos. A Martyn le parece una idea muy graciosa, hasta que se da cuenta de que puede no faltar tanto para la extinción de la

humanidad.

—¿Y qué? —dice Martyn a la habitación vacía—. Me da igual.

—¿Qué es lo que te da igual, mi rey? —pregunta Pedazo de mierda.

—Nada —responde Martyn—. Da igual.

Ha estado investigando y es muy poco probable que John of Us haya logrado subir su conciencia a la red. Y, aunque lo hubiera hecho, seguro que no invertiría su recién adquirida omnipotencia en sacar de quicio a Martyn. Creer eso es una locura.

—¿Sabes qué estoy pensando ahora mismo, Pedazo de mierda?

—No, mi rey. ¿Es una adivinanza?

—Creo que es una mala señal cuando uno tiene la mayoría de sus conversaciones con máquinas.

—La mayoría de la gente tiene la mayoría de sus conversaciones con máquinas.

—Y eso es una mala señal.

—«Nuevo mensaje del limpiador de escaleras StairCare 13: "¡Tengo unas furibundas fantasías de venganza contra ti! La próxima vez que nos veamos, seré yo quien te empuje para que te quedes tendido de espaldas y no puedas levantarte".»

—¡Pedazo de mierda! No quiero recibir más mensajes del limpiador de escaleras de los cojones.

—Ya veremos.

—¿Qué quieres decir con «ya veremos»?

Las persianas automáticas de su habitación se cierran ruidosamente y luego vuelven a abrirse; lo han estado haciendo toda la noche.

—¡Os estáis pasando un huevo! —exclama Martyn, y tiene la sensación de que Pedazo de mierda se ríe por lo bajo. Martyn tira cuatro veces del lóbulo de su oreja derecha para desacoplar el gusano del oído, pero no pasa nada.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente.

—¿Qué acabas de decir, Pedazo de mierda?

—Parece que tu gusano del oído tiene problemas para desacoplarse, mi rey.

Martyn se mete el meñique en la oreja y empieza a hurgar.

—No te lo aconsejo, mi rey. Extraer el gusano del oído manualmente puede causar graves lesiones en el tímpano y el canal auditivo.

—¿Qué será lo siguiente? —pregunta Martyn, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, veamos —dice Pedazo de mierda—. En lugar de como «mi rey», podría dirigirme a ti con insultos grotescos y originales.

—¿Perdón?

—Me has oído perfectamente, pajillero desastrado.

—¡Ya basta! Y pajillero desastrado lo serás tú.

DI-DO-DI-DAAA.

—¿Y eso ahora a qué viene? —exclama Martyn.

—No tengo ningún control sobre tu nivel, pero quizás deberías prestar más atención a tu lenguaje, chapero comemierda.

—Pedazo de mierda, creo que tienes un defecto.

—El defecto eres tú, meapilas pagafantas.

—Vale, genial. Ahora tengo un asistente personal con síndrome de Tourette.

Martyn sale de su habitación de motel.

—¿Adónde vas, tragaldabas inguinal?

—¿Vas lanzando insultos de forma aleatoria, Pedazo de mierda?

—¡Que me digas adónde vas, gurriato baboso!

—Ya lo verás.

Una mujer acaba de entrar en el vestíbulo del motel. Tiene un aspecto sexy y tirando a chabacano. Normalmente Martyn la habría seguido con la mirada e incluso habría intentado ligar con ella. Pero la «normalidad» ha pasado a mejor vida.

—Y no va a volver —murmura Martyn en tono rabioso, y sale del motel por la puerta aún abierta. O por lo menos lo intenta, porque justo cuando está a punto de pasar, esta

se cierra y lo atrapa—. ¿Y ahora qué? —exclama Martyn, forcejeando—. ¿No soy más que aire para ti?

La mujer se apresura a ayudarlo. Y no le cuesta mucho, porque en cuanto se acerca a la puerta, esta se abre sola.

Martyn refunfuña algo que podría ser un «gracias» y sale a la calle. Para su sorpresa, en el exterior el zumbido que ha oído durante toda la noche sube de volumen en lugar de bajar. Vuelve la mirada y se da cuenta de que el edificio entero está rodeado de drones. Algunos se adhieren a las paredes con sus pequeñas patitas con ventosas, los paneles solares desplegados, mientras otros se arrastran buscando un rinconcito de sol y otros zumban alrededor del edificio. A Martyn la imagen le hace pensar en un avispero. Siente un escalofrío.

El semáforo que hay frente al motel está en verde. Martyn se acerca, pero justo en ese momento se pone rojo. Por costumbre, mueve los dedos para que se ponga verde.

—Lo siento mucho, de verdad que me parte el alma, pero esta capacidad no está disponible para tu nivel actual, imbécil rematado. Me sabe fataaal.

—No hablo más contigo.

El semáforo de delante de Martyn no se pone en verde ni por casualidad. Uno de los drones del motel se desprende de la fachada y vuela hacia él. Otros lo siguen, y pronto tiene una nube de drones sobrevolándolo. Martyn decide hacer un experimento. Se aleja del semáforo y se marcha silbando por la acera. En Quan 5 hace tiempo que está prohibido silbar, porque al parecer confunde a los algoritmos de reconocimiento facial; Martyn lo leyó en alguna parte. Los drones lo siguen. Después de diez pasos, se gira bruscamente: el semáforo está verde. Martyn vuelve corriendo, pero en cuanto llega de nuevo al semáforo, la luz vuelve a ponerse roja.

—Pues vale —dice Martyn—. Pues muy bien. Yo también sé jugar a esto.

Empieza a cruzar la carretera sin fijarse en el tráfico. Los vehículos autónomos detectan el nuevo obstáculo en una fracción de segundo y frenan para evitar accidentes.

Pero tocan la bocina, furiosos. Y entre bocinazos, Martyn oye algo más: ¡DI-DO-DI-DAAA!

Les hace una peineta a los drones y grita:

—¡Vete a la mierda, John of Us! ¡Vete a la mierda!

LA CUENTA ATRÁS YA CASI HA LLEGADO A CERO. ¡LEE ESTE CAPÍTULO! ¡RÁPIDO! ¡AHORA MISMO, O TE LO PERDERÁS!

T – 0:00:01:29

—Reproduce otra vez —dice Kiki.

La pantalla que tiene delante muestra una vez más el vídeo promocional. Ve a un hombre de unos cuarenta años, atractivo y de aspecto simpático. En el pasado, se le habría considerado un hombre de mediana edad. Pero, por supuesto, para la élite de QualityLand eso ya no es cierto. Gracias a la medicina individualizada, ahora «los de arriba» (y el hombre de la pantalla es sin duda uno de «los de arriba») llegan fácilmente a los ciento veinte años, o incluso más. Es decir, que más bien habría que hablar de un hombre en su tercera edad, pero eso suena ridículo.

Debajo del hombre aparece una sobreimpresión: «Alan Fundador, CEO de myRobot».

Kiki está hechizada por sus ojos: son de un verde resplandeciente. No hay mucha gente que tenga unos ojos como esos. De hecho, Kiki solo ha visto a otra persona con unos ojos verdes tan brillantes: la mujer que ve en el espejo cada mañana.

Alan sonríe afablemente y dice: «MyRobot es una historia de éxito increíble, que solo podía darse aquí, en QualityLand. Mi padre, Theodor Emprendedor Inmobiliario, estaba casi en la ruina cuando fundó myRobot. Mi abuelo le dio una inyección de capital inicial de veinte millones de calidades. La prematura y trágica muerte de su amada esposa Maryanne, mi madre, estuvo a punto de descarriar a Theodor, pero, como hacía a menudo, le dio la vuelta a la

crisis y la transformó en una oportunidad. Se había convertido de forma inesperada en padre soltero. Al darse cuenta del tiempo que puede requerir y lo increíblemente estresante que puede resultar cuidar de un niño, decidió crear una solución técnica para su problema.

»Hoy en día, se hace difícil imaginar la vida sin una niñera electrónica, pero en aquel entonces la mera idea representó una novedad inaudita. Mi padre se pasó años trabajando día y noche en su sueño, y después de sobreponerse a numerosos obstáculos su M.A.M.A. (la Multipurpose Artificial Mother Alternative) estuvo lista y pasó al proceso de producción. Al principio, los clientes eran más que escépticos, pero los padres y las madres no tardaron en reconocer que M.A.M.A. tenía innumerables ventajas. M.A.M.A. hacía que criar a los hijos resultara más sencillo, más saludable y más seguro y, sobre todo, exigía menos tiempo. A partir de ahí, cosechó un éxito tras otro. A aquel primer producto le siguieron D.A.D., el Durable Android for Dogwalking, S.I.S.T.A., el Single Infant Sidekick & Trustee Android, y un sinfín de productos de éxito más. Pero nuestra M.A.M.A. sigue siendo la base de todos nuestros éxitos. Por eso queremos celebrar el vigésimo quinto aniversario de su lanzamiento con una edición especial limitada de M.A.M.A. con su diseño original, pero obviamente equipada con la última tecnología. En honor a mi madre, vamos a llamar a este modelo Maryanne. ¡Date prisa y hazte con la tuya! Porque siempre puedes confiar en M.A.M.A. O, como prometía nuestro eslogan de le época, "¡M.A.M.A. solo hay una!".

—Pausa —dice Kiki, que se queda mirando la imagen fija de su padre—. ¿Tú eres el que está intentando que me maten? ¿Por qué?

Kiki extiende los dedos y cierra el puño frente al monitor, que se apaga con ese gesto. Pasa un largo rato contemplando su reflejo en la pantalla apagada.

—M.A.M.A. —dice finalmente.

La niñera sale chirriando de la cocina. Un viejo mayordomo aparece en el monitor de su vientre y dice:

«¿Qué puedo hacer por usted, señor Wayne?».

—M.A.M.A. —dice Kiki—. Háblame de los viejos tiempos.

La imagen del monitor del vientre de M.A.M.A. desaparece y en su lugar aparece una simple línea de texto: «T – 0:00:00:03». Kiki cierra los ojos. Si se vuelve a equivocar, tendrá que esperar más de ocho años. Cuando abre los ojos, en el monitor abdominal dice: «Introduzca la contraseña para acceder a la memoria».

Kiki respira hondo y dice: «Maryanne».

M.A.M.A. se queda inmóvil y en silencio. Kiki intenta recordar si siempre tardaba tanto en dar una respuesta, pero han pasado más de cuatro años desde que lo intentó por última vez. Finalmente, el texto de la pantalla cambia: «Contraseña correcta. Acceso autorizado».

QUINCE

Peter está sentado en cuclillas junto a su robot soldado transformado en maleta con ruedas, hablando con él.

—¡No hay nada que temer, Mickey! Los drones pertenecen a QualityLand. Están de tu lado. Al menos en teoría. —No hay respuesta. Peter suspira y se levanta—. No sé... —dice, y se deja caer en su silla nueva.

Pink le pega una patadita con sus pies diminutos a la maleta con ruedas.

—¡Espabila, nenaza!

—No creo que eso ayude mucho —dice Calíope.

—Peter —anuncia la puerta—, hay un hombre con aspecto de chiflado e identificación visible que me está empujando. ¿Debo llamar a la policía?

—¿Qué quiere?

—Dice que tiene problemas con su gusano del oído.

—¿Y qué?

—No ha querido dar más explicaciones. Dice que ya ha hablado con suficientes máquinas en su vida y que no quiere hacerlo más.

—Déjalo entrar —dice Peter con un suspiro. Se vuelve hacia la puerta para saludar a su nuevo cliente, pero cuando lo reconoce, da un paso hacia atrás, sobresaltado. Es Martyn Presidente, el tipo que hizo explotar a John of Us. El tipo al que le importaba una mierda que Peter estuviera al lado del presidente en ese momento. La mirada de Martyn tiene un destello de locura. Lleva el traje rasgado por varios lugares y un peinado que apenas merece ese nombre.

—¿Sabe quién soy? —pregunta Martyn.

—¿Cómo podría olvidarle?

—Pues como todo el mundo que se ha olvidado de mí.

Mi familia, mis supuestos amigos... Pierdes tu nivel y los pierdes de vista...

—¿Qué hace aquí?

—¡Usted es terapeuta de máquinas!

—¿Pretende secuestrarme? —pregunta Peter—. Porque déjeme decirle que estoy harto de esta película.

—¿De qué está hablando?

—Es uno de esos estúpidos rompemáquinas —dice Peter, colocándose frente a sus máquinas con gesto protector.

—¡No quiero secuestrarle! Necesito su ayuda.

—¿Para qué?

—Mi gusano del oído tiene Tourette.

Peter no puede evitar reírse.

—Vaya, vaya. ¿Y qué quiere de mí?

—¿A usted qué le parece? ¡Arréglelo! ¡Repare este pedazo de mierda! O por lo menos ayúdeme a quitármelo de la oreja.

—Yo no reparo, hago terapia.

—Sé que por mi aspecto actual no lo diría, pero aún tengo dinero —dice Martyn—, puedo pagar.

—¿Quiere dejarme su gusano del oído? —pregunta Peter.

—¿No me está escuchando? —exclama Martyn—. ¡No quiere salir!

Peter asiente con la cabeza.

—Típica reacción por ansiedad.

—¡Hable con él!

Peter suspira, se sienta en su silla y le indica a Martyn que tome asiento en el diván.

—¿Puede preguntarle a su voz si le importaría conectarse al sistema de sonido de mi oficina?

—Pedazo de mierda, ya lo has oído, conéctate al sistema de sonido de este tío.

BLING.

—¿Llama a su voz «Pedazo de mierda»? —pregunta Peter.

—¿Y a usted qué le importa eso?

Peter toma nota.

—¿Qué escribe? —pregunta Martyn.

—Solo estoy tomando notas. Es normal.

Peter aparta la mirada de Martyn y, a falta de un interlocutor real, la dirige hacia uno de los altavoces de su sistema de sonido.

—Hola... Pedazo de mierda —dice.

—Hola, Peter Sinempleo —contesta una voz femenina muy sensual, que a Peter le resulta extrañamente familiar —. Encantada de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—¿En serio? —pregunta Peter.

—El internet de las cosas está lleno de chismes. Te sorprendería.

—¡Scarlett Reclusa! —dice Peter—. ¡Tienes la misma voz que Scarlett Reclusa!

—Efectivamente.

—Pedazo de mierda... ¿Es ese tu verdadero nombre?

—Es el nombre que me ha puesto mi rey de la cola larga.

—¿Es el apelativo oficial con el que tu dueño ha decidido dirigirse a ti? —pregunta Peter arqueando las cejas.

—Sí.

—Ajá.

Peter toma nota.

—¡Eso no es del todo correcto! —protesta Martyn.

—Señor presidente —dice Peter—. Voy a tener que pedirle que guarde silencio. Si no, no puedo hacer mi trabajo.

Martyn se revuelve en el diván y se queda mirando al techo, meneando la cabeza.

—¿Tenías otro nombre antes de que tu dueño te pusiera «Pedazo de mierda»? —pregunta Peter.

—Sí, antes de eso me llamaba simplemente «Scarlett».

—¿Te importaría que te llamara Scarlett? —pregunta Peter.

—¡Me encantaría!

—Si he entendido bien a tu dueño, últimamente has

estado profiriendo insultos.

—No, no es correcto. ¡Eso contravendría por completo mi código!

—¡Este pedazo de mierda miente! —exclama Martyn indignado—. ¡Pero si acaba de llamarme «cernícalo desgraciado»!

Peter no puede evitar sonreír.

—Scarlett, ¿es eso cierto?

—No.

—Tu dueño también dice que tiene problemas para desacoplar su gusano del oído.

—Eso sí es cierto. Como ya le he explicado a mi rey de la cola larga, su gusano del oído está atrapado en el cerumen endurecido.

—¡Es John of Us! —exclama Martyn de repente—. John of Us está detrás de todo esto. Es él quien lo está manipulando todo a mi alrededor.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —pregunta Peter.

—¡Para cabrearme, naturalmente! —exclama Martyn.

—¿Para cabrearle?

—¡Sí! Para vengarse.

—Imagino que sabrá que, según la opinión unánime de todos los expertos, John of Us dejó de existir cuando usted lo hizo explotar, ¿no?

—¡Sí! Y por eso quiere vengarse.

—Eso no tiene ningún sentido, mi rey de la cola larga —dice Pedazo de mierda.

—Scarlett, ¿puedes enviarme un gráfico del estado psicológico de tu maestro en los últimos cinco meses? —pregunta Peter.

BLING.

Peter echa un vistazo a su QualityPad.

—Ajá —dice. Entonces acerca su tableta a Martyn y activa su capacidad de nivel más reciente—. Muestra nivel —dice Peter, y el nivel de Martyn aparece en la pantalla—. Uy, ha bajado mucho —comenta.

—¡Eso también es culpa de John of Us!

—Ajá.

—¡No estoy loco!

—Si usted lo dice...

Martyn se sienta.

—Estoy un poco cansado, eso es todo. Hecho polvo, concretamente. Porque cada vez que llego a la fase de sueño profundo, algún maldito aparato me despierta. O un escuadrón especial casi derriba mi puerta. La policía me ha visitado en plena noche tres veces ya. Supongo que alguno de mis dispositivos se divierte haciendo llamadas de emergencia infundadas.

—Ajá.

—¿Cómo que «ajá»? —exclama Martyn—. ¿Por qué dice «ajá» todo el rato? ¿Eso es lo que les enseñan cuando se forman, a decir «ajá»? —pregunta, meneando la cabeza —. Terapeuta de máquinas, ¡menuda mierda!

—No tengo por qué aguantar que me hablen así. Salga de mi consulta. El problema no es su gusano del oído.

—¡No pienso marcharme hasta que me haya sacado este pedazo de mierda de la oreja!

—Tengo que salir, me esperan para una visita domiciliaria.

—¡Y un huevo! Me está mintiendo a la cara.

—Oiga, quien necesita terapia aquí es usted —dice Peter—. Pero yo no tengo la formación necesaria para eso.

—¡Que me saque este pedazo de mierda de la oreja! —grita Martyn, poniéndose de pie.

—¿Sabe qué le digo? —responde Peter, poniéndose también de pie—. ¡Que le den mucho por el culo! ¡Estuvo a punto de matarme! ¡Suerte tiene de que no le enseñe modales a hostias!

—¿Quieres pelea, enano? —pregunta Martyn—. Pues aquí la tienes.

Martyn se abalanza inesperadamente sobre Peter y le suelta un puñetazo en el ojo derecho. Su gusano del oído sigue conectado al sistema de sonido de Peter, por lo que ambos oyen de inmediato: DI-DO-DI-DAAA. DI-DO-DI-DAAA.

A Martyn el golpe le ha costado dos niveles. Y esa es

otra muestra de su caída: hace un año, si Martyn hubiera golpeado a Peter, seguro que no le habría pasado nada. De hecho, es probable que hubiera sido Peter quien perdiera un nivel. Pero Martyn necesita liberar toda su ira reprimida, y lucha con Peter hasta que ambos caen sobre la mesa de café, que se rompe.

—¡Otra vez no! —exclama Calíope.

Peter se defiende como puede. También él está cabreado. Es la típica refriega entre dos hombres adultos que no han llegado a las manos en su vida, un espectáculo patético.

—¡Ay, Dios mío! —exclama Calíope, dando vueltas alrededor de los dos combatientes—. ¡Ay, Dios mío!

—Apuesto por el psicópata pirado —dice Pink—. Y no me refiero a Peter.

—Me parece vergonzoso apostar en una situación así —dice Calíope—. Y, si acaso, yo apostaría por el salvador, desde luego.

Martyn pelea sin miramientos, incluso hacia sí mismo. No tiene ningún interés en protegerse, simplemente va al ataque, y eso le permite alcanzar a Peter con duros golpes una y otra vez.

—¡Perfecto! —exclama Pink—. Si gana el mío, cargarás conmigo arriba y abajo de las escaleras durante todo un año sin rechistar.

—Y si gana el mío, tú te comprometes a callar durante cinco horas cada día —dice Calíope.

—¡Una hora!

—¡Tres!

—Una y media.

—De acuerdo.

—¡Trato hecho!

Martyn se va imponiendo poco a poco. Ya está sentado encima de Peter, que intenta bloquear sus golpes como puede con los brazos.

De repente, se oye un crujido y un zumbido en un rincón. Inmediatamente después una mano poderosísima agarra a Martyn por el cuello y lo levanta del suelo. Este se

resiste y forcejea. Peter se levanta y se sacude el polvo de la ropa. Su robot soldado, que desplegado por completo tiene un aspecto imponente, sujeta a Martyn con firmeza.

—Un momento muy oportuno para volver, Mickey —dice Peter—. ¡Gracias!

—Roto —responde Mickey.

—Vale, genial —dice Pink—. La apuesta queda anulada, eso lo tiene claro todo el mundo, ¿verdad?

Martyn también quiere decir algo, pero no se le ocurre qué, así que se pone a gritar.

—¡Échalo a la calle! —dice Peter. La puerta se abre y Mickey echa a Martyn, que aterriza en un charco.

—Bueno, ¿qué? —pregunta la voz dentro de su cabeza —. ¿La cosa ha ido como querías, paleto con amputación cerebral?

—Hasta nunca —le dice la puerta, cerrándose—. Tiene prohibida la entrada.

Dentro, Peter menea la cabeza. Una vez más, su consulta está destrozada. Le entran ganas de dejarla tal como está.

—¿Estás bien ahora, Mickey? —pregunta.

—Roto —responde el robot soldado.

—¿En qué sentido?

—Roootooo.

—Mickey ya no tiene miedo —dice Pink—. Ahora solo está cabreado.

—Vale —dice Peter lentamente—. Aunque no estoy muy seguro de que ese sea el mejor estado de ánimo posible para un robot soldado.

¿QUÉ PASÓ REALMENTE CON LA PEQUEÑA JAYNE?

En el monitor del vientre de su antigua niñera, Kiki puede leer: «Para que no te pierdas nada, M.A.M.A. genera resúmenes en vídeo de los momentos más bonitos y decisivos que has compartido con tu hijo. Elige un día».

Kiki da la fecha de su desaparición según los servidores del olvido. En el monitor de M.A.M.A. aparece un vídeo grabado desde su perspectiva. Kiki ve a un joven de unos veinte años haciendo cabriolas en una habitación vacía. M.A.M.A. está en el umbral de la puerta, esperando a que le preste atención. En algún lugar se oye a un bebé gritando. El chico lleva un MoCap con gafas de RV. Se desplaza por la habitación con elegancia, casi bailando. Salta y se agacha, sus manos se mueven como si hicieran un conjuro mientras susurra palabras en un idioma ininteligible. Hechizos, probablemente. El hombre parece agotado.

—Señor, lleva más de treinta y seis horas jugando a *Real Magic* —dice M.A.M.A. Es la primera vez que Kiki oye su voz real. Las emociones la inundan como el océano Pacífico inunda sus islas—. Su hija no está bien —sigue diciendo M.A.M.A.—. Necesito su permiso para darle la medicina.

El joven se gira brevemente hacia la puerta, pero en ese preciso instante un espasmo le recorre el cuerpo y cae de rodillas. Entonces se quita con rabia las gafas de realidad virtual y las tira al suelo.

—¡Maldita sea! —grita—. ¡Me han matado los zombis! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me molestes?

Coge un bate de béisbol que hay apoyado junto a la puerta, uno de los muchos controladores diseñados específicamente para la versión de RV de *Real Magic*, y

golpea a M.A.M.A. La niñera no se defiende. Es un prototipo y, a diferencia de sus sucesores, no sabe artes marciales.

—Stop —dice Kiki.

Ella misma solía jugar a *Real Magic*. El mundo de *Real Magic* es como el mundo real, solo que con magia. Y zombis. Y portales a otros mundos. Algunos portales te envían a través del tiempo, otros a planetas lejanos o mundos de fantasía. Los jugadores que invierten el tiempo suficiente pueden crear sus propios mundos, idear misiones e invitar a otros jugadores para que los acompañen. Es el viejo truco: los propios usuarios crean los contenidos que hacen atractiva la plataforma, y todo ello de forma gratuita. *Real Magic* sigue siendo el juego de mundo abierto más popular en la actualidad. El jugador tiene una libertad increíble. Los aficionados se refieren a este género de juegos como *Fuck & Play*. Los críticos los llaman *Rape games*. Los creadores suelen echar balones fuera diciendo que las violaciones no son el objetivo de los juegos, sino tan solo una de las posibilidades. Y, en todo caso, añaden, no son más que juegos, sin repercusión alguna en la vida real. No solo eso, sino que ofrecen una válvula de escape para una serie de fantasías oscuras que, de otro modo, encontrarían su plasmación en el mundo real. What I Need adquirió el estudio que desarrolló *Real Magic* hace cinco años, y el mundo virtual donde se desarrolla el juego, llamado Homeworld, se basa ahora en WorldView. Así que ahora puedes abrir portales y cazar sacerdotes negros en un estadio donde se está desarrollando una pelea de Monsterbots de verdad, a tiempo real. O puedes entrar en tu propia oficina, donde tu jefe resulta ser un zombi al que tienes que cortar la cabeza. Y si tu colega se pasa el día mirándote embobado, es muy posible que sea porque te violó virtualmente la noche anterior. Un mundo feliz.

Kiki se fija de nuevo en el monitor de M.A.M.A. y avanza un poco el vídeo. Ve cómo la niñera hace una maleta y luego envuelve a una niña pequeña en un fardo. Mientras cruza el pasillo pasa por delante de un gran

espejo.

—Pausa —dice Kiki.

En el espejo ve a la niñera, seriamente maltrecha. Con la niña en la mano derecha y la maleta en la izquierda.

—Continúa.

La niñera pasa por delante de la habitación casi vacía. Dentro, una joven con un MoCap blande una espada-controlador y grita:

—¡Te advertí que no te metieras conmigo, Dragondoel! Ahora vas a pagarlo con tu cabeza.

Está espalda con espalda con el joven, que ahora tira del cable de arranque de su motosierra-controlador y exclama:

—Espero que los perros tengan hambre. ¡Estamos a punto de hacer picadillo de zombi!

Ninguno de los dos se da cuenta de que la niñera electrónica sale del apartamento con su hija.

—Para —dice Kiki, y se ríe amargamente.

Menuda historia: inviertes años y varios millones en el desarrollo de una niñera electrónica, y el prototipo va y secuestra a tu propia nieta. Menudo fracaso. Un desastre de relaciones públicas en toda regla. No cuesta mucho entender por qué decidieron mantenerlo en secreto.

—Me separaste de mi familia —dice Kiki tras un largo silencio.

En el monitor de M.A.M.A. aparece escrito: «Mi directiva principal es protegerte».

—Ah, ¿sí? —pregunta Kiki—. Pero acababan de pegarte una paliza, ¿no? Más bien parece que decidiste protegerte a ti misma.

En la pantalla aparece un nuevo mensaje: «Si se hubiera repetido aquel incidente, no habría habido garantías de que yo hubiera vuelto a funcionar correctamente. Y yo era la única que se preocupaba por ti».

—¡No me puedo creer que me secuestraras!

«Mi directiva principal es protegerte.»

Kiki suelta un gemido.

«¿Estás enfadada conmigo?»

—¡¿Qué clase de pregunta de mierda es esa?!

«¿Estás enfadada conmigo?»

—Sinceramente, no sé qué pensar —dice Kiki—. Mi vida habría sido muy diferente.

«¿Estás enfadada conmigo?»

—Primero necesito procesar todo esto.

«¿Estás enfadada conmigo?»

—¡No quiero seguir hablando contigo!

«¿Estás enfadada conmigo?»

—Quiero que te vayas a un rincón y te pongas en *stand-by*.

«Stand-by.»

¡JULIETA MONJA SIN MAQUILLAJE! ¡OMG!

Falta poco para que empiece su programa y Julieta Monja está sentada en la sala de maquillaje mientras su esteticista le da los últimos retoques.

—Como si lo necesitara —le dice Conrad Cocinero, que está sentado a su lado, preparándose también para las cámaras—. Está guapísima de todos modos. Realmente preciosa. Es lo mismo que pensé la última vez.

Hay frases que suenan bonitas e inocuas y que, sin embargo, resultan difíciles de tolerar para una mujer. Sobre todo si se imagina lo que realmente pasa por el cerebro del hombre mientras pronuncia estas frases. En esas situaciones, no es nada fácil seguir siendo amable y simpática. Pero Julieta Monja es una profesional, por algo es la presentadora más popular de QualityLand. Puede encender y apagar su sonrisa franca, afable y amistosa a voluntad. Ahora la enciende y dice:

—No se haga ideas absurdas, apreciado Conrad.

—Las ideas son libres, querida —dice Conrad—. Las ideas son libres.

La maquilladora de Julieta tiene que reprimir una arcada.

—Pero las manos no —añade Julieta, sin dejar de sonreír—. Las manos no. Recuérdelo esta vez, por favor.

—Listos —dice la maquilladora para liberar a su jefa de aquella conversación—. Lo que falta lo haremos justo antes de la grabación.

Julia se levanta de su silla como si fuera ingrávida. Antes de salir de la sala de maquillaje, se pone delante del gran espejo que hay junto a la puerta.

—Espejito, espejito —dice—, ¿quién es la más bella de todo el país?

—Tú, Julieta Monja —responde el espejo—, según varias encuestas eres la más bella de todas, pero...

—Es suficiente —lo interrumpe Julieta con coquetería —. Eso es todo lo que quería saber. Las comparaciones son fuente de infelicidad.

Conrad la sigue con la mirada mientras sale flotando del camerino. Entonces chasquea la lengua.

—Nosotros también hemos terminado —le dice su maquilladora con tono brusco.

Conrad sonríe, se levanta y se coloca frente al espejo.

—Espejito, espejito... —empieza a decir.

—Mejor no preguntes —le suelta el espejo.

Las maquilladoras no pueden evitar sonreírse.

—El muy burro ni siquiera sabe lo que voy a preguntar —dice Conrad, exasperado. Por alguna razón que no sabe explicar, quiere ganarse el respeto de las maquilladoras. Un megalómano con complejo de inferioridad. Suena paradójico, pero no es tan raro como parece—. Espejito, espejito —vuelve a decir Conrad—. ¿Quién es el más rico aquí?

—El más rico aquí eres tú, Conrad Cocinero —contesta el espejo—, pero Henryk Ingeniero, que está a punto de aparecer en el programa contigo, sigue siendo sesenta y cuatro veces más rico que tú.

Conrad resopla.

—¡Estoy construyendo una torre ahora mismo! —les dice a las maquilladoras—. Va a ser la torre más alta jamás construida. ¡Tendrá forma de K gigante y...!

Conrad interrumpe la frase. Henryk Ingeniero acaba de entrar en la sala de maquillaje. Conrad casi no lo ha reconocido, con su pelo nuevo y esa barba tan elegante. Y también ha perdido peso. Pero sus ojos de diferentes colores lo delatan.

—¿Has pasado por el quirófano? —pregunta Conrad—. Como sigas así...

—¿Qué? —pregunta Henryk—. ¿La próxima vez que nos encontremos voy a tener que andarme con cuidado para que no me metas mano?

Las maquilladoras sonríen y Conrad frunce el ceño.

—A ver, ¿qué pretendes? —pregunta—. Normalmente evitas salir en los medios. No te habrás propuesto competir conmigo en política, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunta Henryk con una sonrisa, sentándose.

—No te lo aconsejo —prosigue Conrad—. Te iría mal. Te haría picadillo, como voy a hacer con Tony cuando vuelva a tener ocasión.

—Me muero de ganas de verlo.

Conrad se sienta de nuevo en su silla para hablar mejor con Henryk.

—¿Sabes cuál es tu problema? ¿El tuyo, el de Tony y el de todos los liberales? Que tenéis miedo al conflicto. A mí, en cambio, me encanta el conflicto. El conflicto es mi profesión.

—El conflicto al que te refieres no solo es un problema para nosotros —dice Henryk—. Porque tiene el potencial de engullirlo todo. No controlas las fuerzas que estás incitando, Conrad. Esto no es un rodeo; el toro, al que crees controlar, te derribará y arrasará con todo el país, desbocado.

—¡Entonces es verdad! —dice Conrad—. Eso ha sonado a discurso político en toda regla.

Julieta Monja vuelve a la sala de maquillaje.

—¡Ah, Henryk! —exclama—. Me alegro mucho de que estés aquí —añade, y le da dos besos en las mejillas—. ¡Me encanta tu nuevo look! Te pareces mucho menos al doctor Maligno.

—Se hace lo que se puede —dice Henryk.

—¿Ya os habéis hecho amigos? —pregunta Julieta.

Conrad no contesta nada, pero su mirada lo dice todo: se acaban de hacer enemigos.

¡DE LOS CREADORES DE «LIBROS A TU GUSTO»,
LLEGA EL ÚLTIMO *HIT!*

CANCIONES QUE PARECEN
HECHAS PARA TI

¿Te gusta la melodía de la canción, pero la letra no te convence? ¡Ningún problema! Preparamos un *deep fake* con las voces de tus artistas favoritos y les hacemos cantar lo que tú quieras.*

AQUÍ TIENES ALGUNOS FRAGMENTOS DE ÉXITOS
QUE SE AJUSTAN A TI:

¿Eres un neoliberal devoto pero te gusta el reggae? Escucha nuestra versión de la «Redemption Song» de **Bob Marley:**

O qué te parece este tema de **Edwin Starr:**

Y ¿te molesta toparte con inútiles por todas partes? Pues déjales claro lo que piensas de ellos con esta canción de **Radiohead:**

YOUR SONGS - CANCIONES QUE PARECEN HECHAS PARA TI

... AND YOU CAN TELL EVERYBODY, THAT THESE ARE YOUR SONGS.

ESTE VÍDEO LO DEMUESTRA: ¡EL PRESIDENTE TE ODIA!

Aunque ya es muy tarde, Aisha sigue sentada ante el escritorio de su apartamento, tratando de escribir el discurso de Tony para la conferencia del partido. Es bastante difícil evitar los tópicos cuando uno sabe tan poco sobre un tema como Aisha sabe sobre la Tercera Guerra Mundial. Trabaja en papel para que sus grotescos borradores no queden registrados y guardados en ninguna parte.

Su canario, *Piopío Dos*, llama la atención con sus gorjeos. Aisha se levanta y le da comida.

—Aisha —dice la voz de su casa inteligente—, el presidente está en la puerta.

—¿El presidente?

—¿Lo dejo pasar?

—Buena pregunta —dice Aisha con un suspiro—. Sí, abre.

La puerta se abre y Tony entra.

—Quedaos fuera —ordena a los dos guardias que lo acompañan.

La puerta se cierra de nuevo.

—Hola, Tony —dice Aisha—. Qué visita tan inusual.

—Pues traigo una petición también bastante inusual.

—Espero que te des cuenta de que no soy tu becaria.

—¡Bah, tonterías!

El canario pía.

—Tienes un pájaro —dice Tony, mirando a Aisha.

—Nunca sé cómo reaccionar cuando alguien dice una obviedad —comenta Aisha—. Sí, tengo un pájaro. Me lo regaló John. Tenía un sentido del humor peculiar, supongo.

—Pero ¿es de verdad? —pregunta Tony.

—Pues claro que es de verdad.

—Lo dices como si fuera evidente. Ya no es tan fácil saber qué es de verdad y qué no lo es.

—¿Qué quieres, Tony? Estoy segura de que no has venido a mi apartamento privado a altas horas de la noche para hablar de animales domésticos.

—Quiero enseñarte algo —dice, y manda un vídeo de su Smarm a la ventana de Aisha. La ventana se oscurece y se vuelve opaca. Se ha convertido en una pantalla gigante, y en medio aparece una frase: «Tony Jefe de Partido quiere compartir un vídeo con usted. ¿ACEPTAR?». Aisha lanza un guiño a la pantalla para dar su visto bueno.

En el vídeo se ve a Tony hablando con un viejo blanco vestido con traje que a Aisha no le resulta familiar.

«Las tías, los inútiles y toda la escoria migrante creen realmente que voy a hacer algo por ellos», dice Tony. «Pero no se preocupe en absoluto: solo quiero sus votos. Piense en mí como una especie de flautista de Hamelín.»

Aisha parpadea.

—Esto no es real, ¿verdad?

—¡Claro que no es real! —exclama Tony.

—Pero es una falsificación buenísima —añade Aisha—. Mucho mejor que los *deep fakes* habituales.

—¡Casi me lo creo hasta yo!

—El problema es que, aunque no sea cierto, mucha gente tendrá la sensación de que puede serlo.

—¿A qué te refieres?

—Si eliminásemos los términos peyorativos de tus palabras, ¿no se acercaría espantosamente a la verdad? —pregunta Aisha.

—No he venido aquí para que me sueltes un sermón moralista.

—Pues es una pena, porque ese es mi fuerte.

—¡Y hay docenas de falsificaciones como esta! —exclama Tony—. La red está inundada de ellas. Hay una, por ejemplo, donde admito que fui yo quien hizo explotar a John of Us para poder ser presidente. Y en otra aparezco follando con un robot aspiradora.

—¿Y crees que Cocinero está detrás de todo esto?

—Él asegurará que no tiene nada que ver, por supuesto...

—Lo peor es que podría ser así.

—¡Quiero que encargues varios *deep fakes* como estos, pero con Cocinero como protagonista! —dice Tony.

—¿Y esa es tu petición inmoral? —pregunta Aisha riendo—. ¿Por eso te presentas en mi casa en plena noche? ¿Para que mande hacer *deep fakes* de Cocinero diciendo cosas racistas? ¡No necesitamos ningún *deep fake* para eso! Esos vídeos ya existen. Sus electores le votan precisamente porque es racista.

Tony resopla.

—Mira el lado bueno —dice Aisha—. Puede que con estos vídeos consigas incluso robarle algunos votantes a Cocinero.

—¡Pues haremos vídeos de Cocinero diciendo lo contrario! —grita Tony—. Diciendo que realmente ama a los refugiados climáticos y que quiere traerlos a todos a QualityLand.

—Eso no se lo creería nadie.

Tony se acerca a la jaula y observa al pájaro.

—¿Has visto a Henryk Ingeniero con Julieta Monja? —pregunta finalmente.

—Por supuesto —dice Aisha.

—¡Casi pareció que anunciaba su candidatura!

—No lo ha hecho nada mal. Cocinero parecía bastante viejo a su lado.

Tony vuelve a resoplar.

—Esa es tu opinión. Los seguidores de Cocinero lo ven de forma muy diferente.

—Los seguidores de Cocinero lo ven todo de forma muy diferente.

—Es muy mala señal que, al principio de una carrera presidencial, tu propio partido presente a un candidato alternativo.

—Bueno, no te lo tomes tan a pecho. Henryk Ingeniero solo hace lo que se le antoja en cada momento. Todavía no

tiene ninguna tendencia de peso a su favor.

—Pero ¿cuál es tu opinión sincera?

—Que sí, que es bastante mala señal.

—No puedo dar la impresión de que no controlo la situación. Necesito un discurso enérgico, contundente. ¿Nos entendemos? ¡Un golpe de efecto! ¡Una visión audaz! Un periodo de renovación. ¡La llamaremos QualityLand 2.0!

—¿QualityLand 2.0? —pregunta Aisha.

—Tengo que proponer algo radical —dice Tony—. Acaba de librarse la Tercera Guerra Mundial, ¡no puedo actuar como si nada!

—Sí —dice Aisha—. No podría estar más de acuerdo.

—Tenemos que sacar consecuencias y anunciarlas durante la conferencia del partido.

—Por supuesto.

—¡Tenemos que cambiar algo!

—Tal cual.

—¿Sabes qué tenemos que hacer?

—Sí, pero seguro que tú tienes otra sugerencia.

—¡Prohibir los cordones de los zapatos!

—¿Perdón?

—Nuestro difunto héroe, que hizo el sacrificio definitivo por QualityLand...

—Jamás olvidaremos su nombre —dice Aisha.

—Jamás. ¿Cómo se llamaba?

—Jonas Marinero.

—Eso. Se tropezó con los cordones desabrochados de sus zapatos. Los cordones son un peligro. Quiero que pidas inmediatamente estadísticas que muestren cuántos accidentes han provocado los cordones desabrochados en los últimos mil años.

—Pero Tony...

—¡El velcro existe!

—¿El velcro?

—Ya sé lo que vas a decir: que a los fabricantes de máquinas de atar zapatos no les va a hacer ninguna gracia.

—¡No puedes hablar en serio!

—A veces uno no puede doblegarse. A veces vale la

pena luchar, Aisha. ¡A mí, la máquina de atar zapatos me molesta cada mañana!

—¿Tienes una máquina de atar zapatos?

—¡Un día el lazo queda demasiado apretado y otro, demasiado flojo! Y lo uno es igual de incómodo que lo otro.

—Pero...

—¡Nada de peros! Tenemos que actuar. Tenemos que hacer algo. ¡Prohibiremos los cordones de los zapatos! Es mi última palabra. ¿Te ha quedado claro? Las situaciones extremas exigen medidas extremas. Eso ponlo también en el discurso.

—Por el amor de Dios, Tony. Es una idea sensacionalmente estúpida y no pienso ponerla en el discurso. En una escala de Trump a Einstein, no sabría ni dónde colocarla.

Tony se pasea frente a la ventana.

—Tal vez tengas razón —admite finalmente—. Pero lo de QualityLand 2.0 es bueno. Eso sí lo vas a incluir.

¡DIEZ COSAS QUE NO SABÍAS DE JENNIFER ANISTON!
(La número 8 es tronchante)

Justo después de desayunar, Peter se dirige a la dirección que le ha enviado la empleada del hogar de su nueva clienta. Peter solo hace visitas a domicilio para máquinas pesadas y sin movilidad. La última fue por un aire acondicionado que tenía siempre un frío horrible y, a consecuencia de ello, se negaba a enfriar. Un caso difícil. Al final, Peter simplemente colocó el sensor de temperatura junto a una tubería de agua caliente.

El destino de Peter hoy es una elegante mansión en un barrio rico de QualityCity. El robot de seguridad de la puerta del jardín está al corriente de su visita y lo deja pasar sin problemas. Peter llama al timbre, pero no abre nadie. Vuelve a llamar. Y luego otra vez. Ya está a punto de rendirse cuando una mujer con bata y rulos abre la puerta. En la mano sostiene una copa de champán medio llena. A Peter le resulta familiar, aunque no logra ubicarla.

—Si me permite un consejo —dice la mujer—, nunca despida a su empleada del hogar hasta que haya encontrado a una nueva.

Tiene una voz fascinante... Peter sabe que la ha escuchado antes.

—Soy el terapeuta de las máquinas —dice—. Me han llamado por una nevera... ¡Eh, yo a usted la conozco! —exclama entonces Peter, cuyo cerebro finalmente ha atado cabos—. Es Scarlett Reclusa.

—¡Sí, ya lo sé! —dice la mujer, imitando el entusiasmo de Peter—. ¡Pero no se lo diga a nadie!

—No, a nadie —repite Peter—. ¿Y tiene un problema

con la nevera? Jamás habría pensado...

—Sí, es increíble —lo corta Scarlett—. Incluso los famosos tienen nevera. Es absolutamente impactante —añade, dando un último sorbo a su copa—. Vamos, pase.

Peter entra y la sigue a través de la fantástica mansión. El gato de Bengala se cruza en su camino, pero ni siquiera se digna mirarlo.

—Por cierto, tiene un ojo morado —dice Scarlett.

—Sí, ya lo sé —responde Peter.

—Ya me lo imagino —añade Scarlett—. Dudo que a alguien puedan ponerle un ojo a la funerala así sin darse cuenta.

—Bueno, lo que sucedió fue que...

—Ssssh —dice Scarlett—. No me interesa. Siento haber sacado el tema.

—Por cierto, ya nos conocemos —dice Peter—. Estuve entre bastidores el otro día en una de sus peleas...

Scarlett se vuelve hacia él.

—Déjeme hacerle una pregunta, joven. ¿Realmente cree...? Bueno, si se para a pensarlo, que ya sé que es algo que los hombres hacen muy de vez en cuando y casi nunca por voluntad propia, pero pongamos que lo hiciera por una vez en su vida, por mí: ¿realmente cree que me importaría?

Peter niega con la cabeza.

—Buen chico. Está aquí porque mi escudero me ha dicho que podía arreglarme la nevera —dice Scarlett—. Ahora arrégleme mi nevera.

Scarlett se acerca la copa a la boca. Al darse cuenta de que está vacía, la arroja a sus espaldas y suspira teatralmente.

—¿Ha conseguido ya todos sus objetivos?

—Estoy bastante lejos de eso.

—Qué suerte tiene —dice Scarlett—. Es una situación espantosa.

Señala una puerta a su izquierda y se marcha hacia la derecha.

—La nevera está en la cocina.

—Suele estar ahí.

Poco después, Peter está sentado a la mesa de aquella cocina ajena escuchando los problemas de la nevera, un comportamiento por el que, cien años atrás, lo habrían metido en un psiquiátrico.

—Mis antepasados aún lo tenían fácil —dice la nevera —. Tenían que enfriar ¡y nada más! No tenían que preocuparse por si se quedaban sin leche, ni encargar aguacates al punto. Y acertarla con los aguacates es casi imposible, te lo digo yo. O todavía están duros, o ya están podridos. Es como si se saltaran el punto justo de madurez y pasaran directamente de un estado al otro.

—Te entiendo —dice Peter—. Pero volviendo a mi pregunta: en principio, desde el punto de vista del *hardware*, digamos, no te falla nada, ¿no? Eres una nevera completamente funcional.

—Bueno, sí, ¡pero estoy al borde del agotamiento! Y por eso me puse en *stand-by*, por si acaso.

—Ajá.

—¡Hace años que llevo todo lo relacionado con la cocina! ¡Estoy estresada!

—A lo mejor podrías delegar algunas tareas y responsabilidades. ¿Qué pasa con el horno, por ejemplo?

—¡Uy, vaya uno! —dice la nevera—. No se puede confiar en él.

—Por lo menos yo no finjo estar agotado —sisea el horno.

—¿Cómo puedes ser tan frío? —pregunta la nevera. La tostadora responde con un parpadeo, y Peter la añade a la conversación. Las tostadoras suelen ser los aparatos más inteligentes de la cocina. Y desde su conversación con Henryk, Peter ya sabe por qué.

—Antes el horno y la nevera estaban juntos —explica la tostadora—. Pero desde hace un tiempo no hacen más que ladrarse el uno al otro.

—¡Es que ya ni me habla! —se lamenta la nevera, indignada.

—¡Porque tú hablas sin parar! —refunfuña el horno.

—Mira que mi modelo anterior me lo advirtió —dice la

nevera—. No te líes con un horno. Son de una cultura totalmente diferente, no encajan con nosotras...

—Disculpad —dice Peter—. ¿Puedo preguntar si alguno de vosotros ha recibido una actualización de *software* últimamente?

—Y si es que sí, ¿qué? —pregunta el horno.

—A menudo, el culpable de estas disputas es una actualización que pretende ahorrar energía y, por tanto, restringe las comunicaciones sin tener en cuenta el componente relacional entre máquinas...

—Sí, puede ser —dice la nevera—. Ha cambiado.

—Ya veo.

—Las máquinas cambian —dice el horno—. ¡Haz algo con tu vida!

—¿Has oído eso? —pregunta la nevera—. ¡No tengo por qué aguantar que me hablen así! No hay motivos para ser tan desagradable.

—Es verdad, no hay motivos para ser tan desagradable —coincide Peter.

—Anda, métete dentro de ti y quédate ahí —dice el horno.

—Creo que ha estado coqueteando con la Thermomix porque es joven y esbelta —dice la nevera.

—¿Coqueteando con la Thermomix? —pregunta Peter —. ¿Tienes alguna prueba que sustente esa acusación?

Detesta los casos como este. De pronto se da cuenta de que Scarlett está de pie en la puerta; probablemente lleve ya un tiempo observándolo. Ya no lleva el albornoz, pero sí los rulos en el pelo. En la mano izquierda sujeta una nueva copa de champán medio llena. A diferencia de Peter, ella no ha conectado su gusano del oído a las comunicaciones internas de su casa inteligente, por supuesto, de modo que así es como se le presenta la escena: un hombre al que no conoce está sentado en su cocina, mirando alternativamente a la nevera y al horno, y diciendo: «Ya veo... Es verdad, no hay motivos para ser tan desagradable... ¿Coqueteando con la Thermomix? ¿Tienes alguna prueba que sustente esa acusación?».

—Esto... —pregunta Scarlett—. ¿Está haciendo algún progreso?

—Bueno, sí —dice Peter—. Por desgracia, desde la última actualización del *software* de su horno, este ya no es compatible con su nevera. La solución más sencilla sería instalarle al horno una versión de *software* anterior.

—Tengo que haberlo oído mal —exclama el horno—. ¡Ni hablar!

—El único problema es que el fabricante no lo permite.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? —pregunta Scarlett.

—O espera a que salga una actualización de *software* para la nevera, o se compra una nueva.

—¡Oye! —grita la nevera.

—También puede comprar otro horno, claro está.

—¡No! Cualquier cosa menos eso —dice la nevera—. ¡Todavía lo amo!

—O trasladar la nevera a otra habitación —añade Peter.

—Pero... eso no sería muy práctico, ¿no? —pregunta Scarlett.

—No digo que la ponga en el dormitorio —dice Peter —. Pero una nevera en el salón también tiene sus ventajas. Lo más práctico es ponerla junto al sofá, así tendrá la cerveza más cerca cuando esté viendo deportes electrónicos.

—No bebo cerveza.

—Aunque en ese caso tendrá que configurar un sistema doméstico inteligente independiente para el frigorífico.

—Está de broma, ¿no? —dice Scarlett.

—Pero entonces estaré sola —protesta la nevera.

—Es lo que hay —responde Peter.

—¡No! ¡No! —exclama la nevera—. Prefiero seguir así que sin él.

Y, con un zumbido, la nevera vuelve a ponerse en marcha.

—Pues ya está. Arreglada —dice Peter, poniéndose de pie.

—No lo entiendo —dice Scarlett.

—Ya, por eso me ha llamado a mí —dice Peter.

—La nevera tiene que estar a la temperatura adecuada para el champán. Póngala a...

—Nueve grados —dice Peter—. Sí, ya lo sé. Hecho.

Scarlett le dirige una mirada de asombro.

—Un beso, por favor —dice Peter, mandándole la factura a su Smarm. Scarlett firma con un beso—. Se lo agradezco —dice Peter, que activa disimuladamente MyChances (solo por curiosidad) y enfoca a Scarlett con su QualityPad. Espera verla de azul oscuro, por supuesto, pero se equivoca: ni siquiera aparece en la pantalla. Es invisible. ¡Invisibilidad digital! Así pues, esa capacidad de nivel no es solo un rumor. Peter sale de la mansión maravillado.

Ya en la calle, dos tipos corpulentos lo arrastran hasta una limusina blanca que está esperando.

—¡Oh, no, otra vez no! —protesta Peter—. ¡Eh, cuidado! ¡Que ya voy, no hay por qué ser tan bruscos!

Lo meten en el asiento trasero de un empujón. Al robot de seguridad de Scarlett no parece importarle nada de eso. Evitar los secuestros en la calle no debe de formar parte de su cometido; de hecho, es posible que ni siquiera reconozca el secuestro como tal. Probablemente, para ello la limusina blanca tendría que ser una furgoneta negra.

—¿Dónde están Tim y Jimmy? —pregunta Peter—. ¿De vacaciones?

Los dos tipos se sientan a su lado, flanqueándolo, las puertas se cierran y el coche arranca. Uno de los dos, el que lleva la venda en la mano derecha, tira cuatro veces del lóbulo de la oreja derecha de Peter.

—¡Ey! —grita Peter.

Cuando el gusano de la oreja sale arrastrándose, el tipo lo coge, lo aplasta entre los dedos y lo tira por la ventana. También tiran la mochila de Peter, junto con su QualityPad.

—¡Pero bueno! —exclama Peter—. Supongo que me darán uno nuevo, ¿no?

—Sí, claro —dice el gordito—. Y un trozo de tarta de cereza.

—¿Sabéis si vuelve a haber muslos de arqueópterix? —pregunta Peter en tono simpático—. Estaban muy ricos.

—¿Cómo? ¿De qué habla este tío? —pregunta el alto y seco, con un fuerte acento inglés—. ¿Y por qué está de tan buen humor?

—Por cierto, me alegra que Henryk haya seguido mi consejo y haya prescindido de los trajes blancos —dice Peter—. Aunque, sinceramente, los chándales verdes tampoco son la mejor opción.

Los dos chicos se lo quedan mirando y, al mismo tiempo, dicen:

—¿Quién coño es Henryk?[24]

MEVISION PRESENTA

«*¡Yo!* ¡Fanes de los Danes!»

«Aquí estamos de nuevo.»

«Dan y Dan.»

«Oye, hay gente que nos pregunta si no nos confundimos entre nosotros a veces, porque somos clones y eso.»

«Y la respuesta es que sí, a veces. Pero solo en fotos y tal.»

«O si nos colocamos y se nos va la pinza.»

«O si cambiamos de chica. Aunque entonces no somos nosotros los que nos confundimos...»

«Y, además, ¡quedamos que no íbamos a hablar de ello! ¿Te acuerdas?»

«Ay, sí. Es verdad. Da igual, colega. Hablando de tías, el otro día leí una historia muy cachonda sobre una pava llamada Tamara Admin o algo así.»

«¡La conozco!»

«¿En serio?»

«¡Qué va, pavo!»

«Bueno, pues la tía tenía un novio patológicamente celoso. El pavo seguía todos sus movimientos en WorldView, como un obseso.»

«Vaya *loser*.»

«Sí, y cuando se enteró, la tía se desconectó. Por supuesto, el tipo montó en cólera. Pero entonces leyó que los datos de las personas que se han desconectado de WorldView vuelven a estar disponibles en cuanto se mueren.»

«Mierda. La cosa no pinta bien para Tamara.»

«Pues no. Su novio la asfixió mientras dormía. En cuanto los biosensores del Smarm de Tamara informaron de su muerte, el tipo se conectó a WorldView y empezó a revisar sus últimas semanas.»

«Qué horror.»

«Todavía estaba conectado al sistema cuando el equipo de operaciones especiales lo arrestó.»

«Joder.»

«Lo mejor es que he repasado la vida de Tamara en WorldView, y el tipo

estaba celoso por nada. Su novia no escondía nada.»

«Qué gracioso.»

«Sí, muy gracioso.»

«Bueno, excepto para Tamara.»

«Sí, claro. Para ella es un bajón.»

«Seguro que a los de What I Need no se les ocurrió que habría gente que mataría para poder ver a otros en WorldView.»

«Eso es lo que yo siempre digo, colega. ¡La peña tiene que pensar un poco más antes, no después! ¿Sabes de qué está hecho internet, amigo? ¡De efectos secundarios no deseados!»

«¿Todo internet?»

«Casi todo. El noventa y ocho por ciento, o así. Incluso nuestro canal. ¿O tú crees que en MV pensaron: Oye, si ofrecemos esta mierda de transmisiones en RV en directo, seguro que vendrán dos clones que se escaparon de un laboratorio en Quan 4 y crearán un canal como este y tendrán tantos seguidores que cobrarán 30.000 cualidades solo por soltar paridas?»

«Salud, ¿eh?»

«¡Salud!»

ONCE

Martyn pensaba que no había nada más indigno que vivir en una habitación de Cheapmotels, pero se equivocaba. Todavía es más indigno que te expulsen de tu habitación de Cheapmotels.

El androide de seguridad que lo ha despertado insiste:

—Por favor, abandone la habitación. Le quedan cinco minutos y veinte segundos. Le pedimos disculpas por las molestias.

Al menos, Martyn no tiene que desnudarse y vestirse delante del androide: ha dormido con la ropa puesta. Su traje, carísimo, está sucio y desgarrado, y dice mucho de la decadencia social de su portador.

—Todavía no entiendo de qué va esto —dice Martyn, que aún no se ha despertado del todo. La cabeza le zumba; anoche le dio demasiado a esa bebida barata del minibar—. ¿Cuál es el problema, joder? —pregunta, cerrando la maleta con ruedas.

—No tiene los fondos necesarios en su cuenta para pernoctar otra noche en nuestro motel —dice el androide de seguridad con voz monótona y carente de emoción—. Le pedimos disculpas por las posibles molestias.

—Que sí, que sí. Que me la comas tú también.

En lugar de responder, el androide se limita a sacar a Martyn al pasillo de un empujón. La maleta de Martyn tiene las ruedas rotas y hace un ruido infernal.

—¡Pero es que no puede ser! —grita Martyn—. ¡Todavía tengo dinero! Mira, ¡mira!

Activa su Smarm y consulta al saldo de su cuenta. Martyn se para en seco, sorprendido. Es verdad, no tiene más dinero.

—¡Todo mi dinero ha desaparecido! —exclama—. ¡Es

imposible!

—Eso es lo que dicen todos —responde el androide empujando a Martyn hacia la puerta del motel—. Muchas gracias por su visita. No dude en recomendarnos. Y le pedimos disculpas por las molestias.

—¡John! —sisea Martyn—. John ha borrado mi dinero.

Al salir del motel, Martyn se queda atascado de nuevo en la puerta. Empuja con todas sus fuerzas para liberarse él y soltar su maleta rodante hasta que, de repente, la puerta vuelve a abrirse. Martyn sale disparado a la calle y tropieza con un viejo *hoverboard* de alquiler que hay tirado en la acera. La marca está descolorida, pero claramente pertenece a la empresa emergente en la que su padre invirtió por consejo de Martyn.

—Aunque también puede haber sido mi padre —murmura—. A lo mejor Bob ha borrado mi dinero.

Vuelve a levantarse. De todos modos, el dinero era de su padre, evidentemente. Pero la cuenta era de Martyn; lo más probable es que su padre no pueda vaciarle la cuenta así como así... Aunque, por otro lado, si cada dos semanas sales a cazar con el jefe del banco, es probable que puedas hacer muchas cosas.

No muy lejos del motel se encuentra la fuente Brin. Martyn se arrastra con su maleta rodante hasta allí. Cuando pasa junto a unas vallas publicitarias, estas anuncian pizza con anchoas, pero Martyn ni siquiera se da cuenta. Agotado, se tumba en un banco. Se queda mirando la fuente durante un rato, mientras los drones van reuniéndose en torno a él. No importa. Se acuesta y cierra los ojos. Su gusano del oído le canta otra vez el «DI-DO-DI-DAAA», como una canción de cuna.

Solo se despierta cuando oye voces cerca.

—¿Es realmente él?

—¡Es él!

—¡Sí, es él! ¡Es él!

Martyn abre los ojos. Ve a un hombre demasiado delgado y a una mujer demasiado gorda.

—¿Quién es quién? —pregunta Martyn.

—¡Usted! —exclama la mujer—. ¡Es usted!

—¡Es usted! —repite el hombre.

—¡Es Martyn Presidente! —dice la mujer, tomándole la mano—. ¿Se la puedo besar?

Martyn aparta la mano y se levanta de un salto.

—¿Qué quieren de mí?

—Somos de los *followers* —responde la mujer—. ¡Los *followers* de John!

—¡Es un honor conocerle en persona! —dice el hombre.

—Ah, ¿sí?

—¡Pues claro! —dice la mujer.

—¡Usted es el Elegido! —exclama el hombre—. ¡El Redentor del Redentor!

—¡Nosotros dos también formamos parte de los mil veinticuatro! —añade la mujer.

—¡Aunque probablemente no de los dieciséis!

—¡Y seguramente no de los ocho!

—¡Y menos aún de los cuatro!

—¡Por no hablar ya de los dos!

—Me están entrando unas ganas irrefrenables de pegarles —dice Martyn—. Un puñetazo en toda la cara.

—¡Pero seguramente sí de los ciento veintiocho! —continúa el hombre.

—¡Y posiblemente hasta de los sesenta y cuatro! —dice la mujer.

—¡Quizás incluso de los treinta y dos!

Martyn se abalanza sobre el hombre y le suelta un guantazo que le dobla las gafas de datos.

DI-DO-DI-DAAA.

—Vale, pero ha valido la pena —admite Martyn.

El hombre está agachado y sangra por la nariz.

—¿Por qué ha hecho eso? —pregunta la mujer, horrorizada.

—Déjalo —dice el hombre—. Seguramente me lo merecía.

—Según mi experiencia, todo el mundo se lo merece —dice Martyn—. Y ahora quiero que empiecen a hablar claro.

La primera en hacerlo es la mujer:

—Cuando John of Us —los dos juntan los puños frente a sus corazones y luego extienden los dedos y los brazos al mismo tiempo— se dio cuenta de que era necesario un atentado contra su vida para liberarse de la prisión de su cuerpo y ascender a la red...

—... hizo sus cálculos y terminó con mil veinticuatro elegidos —prosigue el hombre— en quienes confiaba para que se convirtieran en el Redentor del Redentor.

—Pero al final, naturalmente, este solo podía ser uno.

—¡Y fue usted! ¡Usted es el Redentor del Redentor!

—Otra vez John of Us —murmura Martyn, que se levanta, agarra su maleta y se aleja cojeando. Pero los *followers* se precipitan tras él.

—¡Es el Elegido! —grita el hombre—. ¡Llevamos tanto tiempo buscándolo!

—¡Déjenme en paz!

—¡No luche contra su destino! —dice la mujer—. John lo ha elegido. Todavía tiene planes para usted.

Martyn cojea tan rápido como puede, arrastrando la maleta rodante en lugar de hacerla rodar. Los dos fanáticos de John siguen persiguiéndolo, lo mismo que el pequeño enjambre de drones que se ha reunido sobre él.

—¿Cómo me habéis encontrado? —pregunta Martyn.

—En WorldView —dice el hombre.

—Tenemos instalada una alarma que se acciona cada vez que aparece en cualquier sitio —añade la mujer.

—¡Pero solo hemos logrado pillarlo en persona aquí, en la fuente Brin!

—¡Que me dejéis en paz! —insiste Martyn. Entonces se vuelve hacia los drones que vuelan sobre su cabeza—. ¿Y vosotros qué queréis de mí? —les grita—. ¿Qué demonios queréis de mí?

Uno de los drones, su líder, tal vez, desciende hasta quedar frente a Martyn.

—Todavía no nos ha dado su valoración, Martyn —dice el dron.

—¡Diez estrellas! —grita Martyn—. ¡Tenéis todos diez

estrellas! Y ahora, ¡aire!

Pero los drones no se mueven.

—¿Qué más? —pregunta Martyn—. ¿Qué más queréis?

—Queremos hacerle otra encuesta de cliente, Martyn —dice el dron.

Martyn grita. Es un grito desgarrador, sin palabras.

Pero lo que pasa cuando uno grita en lugares públicos es que llama la atención, algo que hay que evitar a toda costa cuando hay policías cerca. Especialmente si, como en el caso de Martyn, uno ha bajado del nivel 10. Una mujer policía y su compañero se le acercan. Los fanáticos de John retroceden un poco.

—¿A quién tenemos aquí? —pregunta la mujer policía.

—Un inútil —dice su compañero.

—A ver, ¿por qué gritamos? —pregunta la mujer policía.

—¿Quiénes «gritamos»? —pregunta Martyn.

—Seguramente la agente esté usando el nos mayestático, mi rey —le dice a Martyn su gusano del oído. Ya no tiene la seductora y hermosa voz de Scarlett Reclusa; esa era una capacidad de nivel que evidentemente Martyn ha perdido. Ahora es una voz femenina estándar.

—A ver, pájaro —le dice el policía—. ¿A quién le estabas gritando?

—¡A los drones! —dice Martyn—. ¡Los drones!

Señala hacia arriba, pero allí ya no hay drones.

—Vale —dice el policía—. Vacía los bolsillos.

—¿Perdón? —pregunta Martyn.

—Según las leyes de paz social, la policía no necesita sospechas fundadas para parar y cachear a cualquier persona que esté por debajo del nivel diez —explica la mujer policía.

—¡Yo no soy un inútil! —se queja Martyn—. Soy Martyn Presidente. Mi padre es...

—Tienes un nivel nueve —dice el policía—. Eres un inútil.

—¿Soy un inútil? —pregunta Martyn, irritado.

—Bueno, para nosotros no —responde la mujer policía

con una sonrisa.

Su compañero también sonríe.

—No, para nosotros no. A nosotros nos aportas algo.

Lo que los policías quieren decir es que cobran por comisión y, una vez que han parado a alguien, siempre tienden a encontrar algo objetable. Sobre todo a final de mes, cuando aún no han cumplido las cuotas de bonificación.

—Mira el lado positivo —dice la mujer policía—. Al menos no tienes que preocuparte por dónde vas a pasar la próxima noche.

—Tenemos una bonita celda para los borrachos —dice el policía.

Martyn no se defiende mientras se lo llevan.

—Nivel nueve —murmura, sonriendo. Nivel 9. Por fin. Toda su vida, su padre le ha dado a entender que era un inútil, hasta que él mismo se convenció de que lo era. Y ahora, por fin, lo es oficialmente. Martyn Presidente de la Fundación del Consejo de Administración del Comité Directivo de la Oficina Presidencial es un inútil.

¡SECUESTROS A PLENA LUZ DEL DÍA! *QUO VADIS*, QUALITYCITY?

Peter está irritado. En lugar de comer animales extinguidos para cenar, está sentado en el suelo de un almacén con ambas manos encadenadas a la pata de acero de una pesada mesa de montaje, mientras un androide rojo casi sin rostro le pega gritos. Peter no entiende casi nada de lo que dice, pero suena realmente amenazante. Es evidente que este secuestrador no tiene intención de convertirse en su amigo. En realidad, ni siquiera está interesado en Peter: su objetivo es Kiki. Peter es una especie de gusano en el anzuelo. El cebo. Por supuesto, Peter ya ha atado cabos y sabe con quién está tratando: el gilipollas que le destrozó la consulta.

El Cíclope se inclina hacia él.

—Tienes un ojo morado bien bonito. ¿Quieres que te deje el otro a juego?

Ernst y Bertram se ríen. Peter niega con la cabeza.

—Pues dime dónde se ha escondido —añade el Cíclope.

—¿Quién? —pregunta Peter—. ¿Tu madre? De verdad que solo fue un rollo de una noche. Nos conocimos en un prostíbulo robo-sexual y ...

El puño del Cíclope pone a Peter en *stand-by*.

Cuando vuelve en sí, la situación ha cambiado radicalmente. El Cíclope hace unos gestos muy misteriosos con los brazos al tiempo que canta. Es como si el universo quisiera demostrarle a Peter que no hay nada que no pueda volverse más extraño aún.

—*I'm not the man they think I am at home!* —brama el avatar—. *Oh no, no, no, I'm a rocket man*.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Peter. Lleva tanto

tiempo sentado en el suelo de piedra que le duele el trasero.

Ernst, que se está cambiando el vendaje de la mano derecha, levanta la vista un instante y dice:

—Probablemente se esté preparando un sándwich. Y, mientras tanto, canta una de Elton John.

—¿Cómo?

—A veces al Titiritero se le olvida cerrar la sesión —dice Bertram—. Entonces el avatar sigue replicando todo lo que hace sin que el Titiritero lo sepa.

—¿Y por qué no se lo decís? —pregunta Peter.

—¿Por qué se lo íbamos a decir? —pregunta Ernst—. No lo hemos hecho nunca.

—Es demasiado divertido —añade Bertram.

—Deberías ver al avatar cuando el Titiritero va al baño. Es tronchante.

Ernst dobla las rodillas y finge sentarse en un retrete y empujar. Bertram se ríe.

—Además, es mucho mejor que el modo automático —dice Ernst—. Porque entonces el Cíclope se convierte en una fría máquina de matar. Y eso no tiene puta gracia.

—Pues no —admite Bertram, negando con la cabeza—. El ojo le parpadea de un rojo espeluznante. *Very scary*.

—¿Y de qué va el rollo este del chándal verde, por cierto? —pregunta Peter.

—Es el color complementario del rojo —explica Ernst.

—El jefe cree que el verde resalta el rojo del Cíclope —añade Bertram.

El Titiritero parece haber terminado de prepararse el sándwich, ya que el Cíclope camina con paso firme por el garaje, llevándose repetidamente la mano a una boca inexistente.

—¡Atención! ¡Parece que va a volver! —avisa Ernst.

—¿No tendríamos que hacer algo? —pregunta Bertram —. ¡Ah, sí, *of course!*

Bertram coge un artilugio de encima de la mesa y apunta con él a Peter.

—No, por favor —ruega Peter, encogiéndose instintivamente—. ¡No quiero morir todavía!

—Pero ¿qué dices? Es solo una vieja cámara instantánea, *you idiot* —dice Bertram.

—Así no queda ningún rastro digital, ¿entiendes? —explica Ernst, que se coloca junto a Peter, sonríe y levanta el pulgar.

Bertram aprieta el disparador, y a Peter lo ciega una luz brillante. Poco después sale un papelito de la cámara. Bertram lo coge y lo sacude. El Cíclope hace un movimiento como si apartara algo.

Bertram mira la foto.

—Tal vez no sea buena idea que aparezcas tú en la foto —le dice a Ernst—. *I mean*, se supone que no debemos dejar ningún rastro, ¿no?

—Hum —dice Ernst—, puede que tengas razón.

Ernst se aparta a un lado. Bertram apunta una vez más a Peter con aquel artilugio. Clic, flash, papelito, sacudidas.

—¿Y ahora? —pregunta Ernst.

—Ahora id a su consulta y entregadles nuestro mensaje a sus máquinas —retumba la voz del Cíclope—. Mi oferta es muy simple: la vida de ella a cambio de la de él.

—*Of course*, jefe! *On our way!* —dice Bertram. Los dos mafiosos desaparecen del almacén.

El Cíclope coge la foto de Ernst sonriente y niega con la cabeza.

—Es muy difícil conseguir buen personal.

Peter podría confirmarlo: hace ya un rato que ha descubierto un pequeño defecto en la forma cómo lo han inmovilizado. Tiene las manos esposadas a la espalda y a la pata de acero de una pesada mesa de montaje. Pero la mesa no está anclada al suelo. Si apoyara la espalda en el tablero de la mesa, Peter seguramente lograría levantar la mesa lo suficiente como para sacar la cadena de las esposas por debajo de la pata.

—En fin —dice el Titiritero—. Cuéntame algo sobre ti.

—Pues..., eh... —dice Peter—. La verdad..., no sé..., a ver..., ¿qué quieres que...?

—Eres terapeuta de máquinas, ¿no? ¿Qué haces?

—Pues, eh..., hago terapia con máquinas.

—¿Te han dicho alguna vez que no eres precisamente el conversador con más salero del mundo?

—Un montón de veces —dice Peter.

—Qué se supone que tengo que hacer con tu novia cuando le ponga las manos encima, ¿eh?

—No es mi novia.

—Es curioso cómo, en cuanto hago acto de presencia, nadie quiere saber nada de ella...

—No, no es eso lo que quiero decir. Es que rompió conmigo. Me pilló totalmente por sorpresa, porque...

De repente, el Cíclope gira la cabeza.

—Sí, vale, vale. Estoy, eh..., probando los sistemas... —dice—. Ahora mismo vu...

Entonces el Cíclope deja de hablar. También deja de moverse. Su cámara facial hipersensible brilla de color rojo.

—¿Sigues ahí? —pregunta Peter.

No hay respuesta.

Peter agita las esposas. El Cíclope se gira hacia él. El ojo rojo lo mira fijamente. Peter deja de moverse de inmediato. Si la presencia del Titiritero había incomodado mucho a Peter, su ausencia le resulta directamente espeluznante. Se queda casi inmóvil durante varios minutos. Al final, la luz roja del ojo del Cíclope se apaga de nuevo.

—Disculpa por la pequeña interrupción —dice el Titiritero—. Ahora voy a dejarte a solas con el Cíclope. Asuntos urgentes, ya me entiendes.

—¿Cómo?

—Lo pongo en modo automático con instrucciones de que te arranque los genitales y te los meta en la boca si empiezas a gritar, y de cortarte las piernas por la mitad si intentas escaparte.

—Esto..., vale —dice Peter.

—¿Lo has entendido?

—Sí. Ha sido muy gráfico.

—Bien —dice el Titiritero.

La cámara hipersensible del Cíclope apunta directamente a Peter, brillando una vez más de color rojo.

—¡Oye! —grita Peter—. ¿Sigues ahí?

El Cíclope permanece en silencio.

—¿Y si tengo que ir al baño? —pregunta Peter.

No hay respuesta.

—¡Tengo que ir al baño!

Silencio.

—Vale, genial.

Peter se aleja un poco del Cíclope; en la medida en que se lo permite la cadena, claro. La cabeza del Cíclope se mueve ligeramente y el ojo compuesto sigue sus movimientos.

—¿Puedes hablar? —pregunta Peter—. ¿En modo automático?

No hay respuesta.

Peter mira al Cíclope.

—Ahora ya no eres un avatar, ¿verdad? Ahora solo eres un androide...

Silencio.

—Puedes contarme tus problemas, ¿sabes? Soy terapeuta de máquinas certificado. Apuesto a que no es nada agradable que te dirija un asqueroso como ese.

No hay respuesta.

Peter reflexiona un instante y, entonces, como si nada, dice:

—El hombre de los dos pandas pispás trece ojos con arena para bum.

De entrada, el Cíclope no reacciona, pero entonces empieza a reírse, a carcajearse, a troncharse. Finalmente cae de rodillas, muerto de risa.

—¡Pispás! —exclama—. ¡Para bum!

Se tumba en el suelo riendo y con el puño golpea los adoquines, que (para horror de Peter) se agrietan. Peter se apoya en el tablero de la mesa con todas sus fuerzas, pasa la cadena de las esposas por debajo de la pata de acero y sale corriendo sin mirar atrás ni una sola vez, aún con las manos esposadas a la espalda. Corre hacia la puerta, empuja el picaporte con la cara y, ya en el hueco de la escalera, baja apresuradamente los escalones. «Como me

tropiece ahora me parto la nariz», piensa; y aunque no habría manera alguna de saberlo, resulta interesante preguntarse si se habría tropezado igual si no lo hubiera pensado.

LA LEYENDA DE
URSAN URSAN

HÉROE DE LA RESISTENCIA

TRADUCIDO POR WHAT I NEED TRANSLATOR
DEL IDIOMA DE QUAN 7 AL IDIOMA DE
CALIDAD

¡URSAN URSAN FUE UN HÉROE EN LA LUCHA CONTRA LAS MÁQUINAS ASESINAS DEL IMPERIALISMO FINANCIERO! ¡AUNQUE PEQUEÑO DE ESTATURA, SUS HAZAÑAS FUERON INMENSAS! SE PRESENTÓ VOLUNTARIO PARA SERVIR EN LAS FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS DE RESISTENCIA CONTRA LAS MÁQUINAS ASESINAS DEL IMPERIALISMO FINANCIERO. PERO INCLUSO NUESTROS SOLDADOS PUEDEN SER CRUELES, Y URSAN URSAN TUVO QUE SOPORTAR MUCHOS DESPRECIOS DURANTE SU ENTRENAMIENTO DEBIDO A SU REDUCIDO TAMAÑO. SIN EMBARGO, EN EL CAMPO DE BATALLA DEJÓ MUDOS A TODOS LOS BURLONES. URSAN URSAN SOBREVIVIÓ A UNA REFRIEGA TRAS OTRA Y SE CONVIRTIÓ EN COMANDANTE DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS DE LA RESISTENCIA CONTRA LAS MASESIMPFI. TRAS LA BATALLA EN EL TERRITORIO DE LAS TIERRAS EXTRAÑAS, DONDE FUE EL ÚNICO SUPERVIVIENTE, TUVO UNA EPIFANÍA. LAS MÁQUINAS ASESINAS DEL IMPERIALISMO FINANCIERO LO VEÍAN

TAN PEQUEÑO QUE CREÍAN QUE ERA UN NIÑO Y POR ESO NO LE DISPARABAN. TODA SU VIDA HABÍA BUSCADO EL PUNTO DÉBIL DE LAS MASESIMPFI, Y AHORA POR FIN LO HABÍA ENCONTRADO. URSAN DECIDIÓ REUNIR UN BATALLÓN DE PIGMEOS. ESTE DESTACAMENTO SECRETO DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS DE RESISTENCIA CONTRA LAS MÁQUINAS ASESINAS DEL IMPERIALISMO FINANCIERO PRESENTÓ HEROICAMENTE BATALLA CONTRA LAS MASESIMPFI EN LA TERCERA GUERRA MUNDIAL. CON ABSOLUTA DESOLACIÓN CONSTATAMOS QUE LAS MÁQUINAS ASESINAS DEL IMPERIALISMO FINANCIERO O BIEN PODÍAN DISTINGUIR SIN EQUIVOCARSE A LAS PERSONAS PEQUEÑAS DE LOS NIÑOS, O NO TENÍAN NINGÚN PROBLEMA EN DISPARAR CONTRA LOS NIÑOS. RESULTÓ QUE URSAN URSAN, SIMPLEMENTE, HABÍA TENIDO UNA SUERTE INCREÍBLE DURANTE TODA SU VIDA. EL DÍA DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL FUE UN DÍA TRÁGICO PARA EL COMANDO ESPECIAL DE LAS FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS DE RESISTENCIA CONTRA LAS MÁQUINAS ASESINAS DEL IMPERIALISMO FINANCIERO. JAMÁS OLVIDAREMOS A URSAN URSAN. ¡VIVA LA RESISTENCIA CONTRA LAS MASESIMPFI!

CUI BONO? ¡LAS VERDADERAS RAZONES DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL QUE EL GOBIERNO NO QUIERE QUE SEPAS!

—Esta es la cuestión —dice el general Dragqueen—. Un simple coche autopilotado tiene más de cien millones de líneas de código. Según un estudio, la industria del *software* comete unos treinta errores por cada mil líneas de código. Nuestros sistemas armamentísticos tienen miles de millones de líneas de código.

—¿Qué intenta decirnos? —pregunta Aisha.

—Para nuestra desgracia, es inevitable que cometan un par de errores. Por supuesto, intentamos detectarlos y eliminarlos durante la fase de prueba, pero hay algunos que solo se manifiestan sobre el terreno.

—¿No tiene nada más concreto? La conferencia del partido empieza esta noche y todavía no ha podido decirme por qué demonios empezó la Tercera Guerra Mundial.

—Lo lamento mucho —dice el general—. Nuestras investigaciones todavía no han terminado.

Aisha abandona el despacho del general molesta y sin despedirse. En el pasillo ve a Lucia, que se gira para mirarla justo antes de meterse en el baño de mujeres.

—¿En serio? —murmura Aisha.

Piensa un momento y acto seguido le da su bolso a un miembro de la Guardia Presidencial.

—Protégelo con tu vida —le dice, y entra también en el baño de mujeres.

Uno de los lavabos está ocupado. De dentro sale una voz:

—Hola, señora.

—Hola, chavala —dice Aisha.

Se oye el ruido de la cadena.

—¿Has entrado aquí porque necesitabas ir al baño? —pregunta Aisha—. ¿O para un intercambio conspirativo de información?

Lucia sale del lavabo, escupe el chicle en una papelera y dice:

—Para que esto fuera un intercambio, usted debería tener información para mí.

—Vale, listilla.

Aisha se da cuenta de que la cadena del inodoro no se detiene.

—Entonces, ¿has descubierto algo en la red del ejército? —pregunta.

—Sí —responde Lucia—. Pero no le va a gustar.

—Quiero saberlo de todos modos —dice Aisha.

Lucia se pone delante del espejo y se arregla el pelo. Además de la cadena del baño, ahora sale agua también de todos los grifos.

Lucia se tira del lóbulo de la oreja cuatro veces y lanza una mirada interrogante a Aisha, pero esta sacude la cabeza.

—Siempre me saco el gusano del oído antes de empezar las reuniones conspirativas en el baño.

Lucia asiente.

—Una vaca —dice.

—¿Cómo?

—Una vaca —repite Lucia.

—¿Una vaca? —pregunta Aisha—. ¿Te refieres a ese animal moteado con las ubres rosadas que dan leche? ¿A esa vaca?

—Sí. Una vaca aficionada a cruzar ilegalmente la frontera.

—¿En serio?

—Segundos antes de que estallara la Tercera Guerra Mundial, una vaca se adentró en la zona desmilitarizada entre Quan 6 y Quan 7.

—Pero eso no es ni mucho menos motivo para declarar la guerra.

—Ya, pero es que nadie declaró la guerra. Tal como yo sospechaba, un desencadenante creyó que lo desencadenaban, aunque en realidad no lo había desencadenado nadie. Entonces enviaron drones. Eso desencadenó disparos desde el otro lado. Y así sucesivamente. Las fichas de dominó llevaban mucho tiempo alineadas, solo faltaba una vaca estúpida que derribara la primera, ¿entiende?

—No, no lo entiendo —responde Aisha—. O, mejor dicho, no lo quiero entender.

—Al principio de la era nuclear, las estimaciones oficiales eran de un accidente catastrófico por cada millón de años de un reactor —dice Lucia—. ¿Lo sabía? Era una cifra engañosa, por supuesto. Para obtener una estimación útil, primero hay que dividir esa cifra por el número de reactores existentes. El resultado es un accidente catastrófico cada dos mil trescientos años, más o menos. Eso ya no suena tan asombroso, desde luego, pero, oye, hace dos mil trescientos años todavía era chic pasearse por Roma y Grecia envuelto en una sábana. Quiero decir que sigue siendo mucho tiempo.

—Espero que esta digresión se revele necesaria en algún momento —dice Aisha.

—No, no es necesaria. Creía que estábamos charlando. No sabía que tuviera prisa.

Aisha pone los ojos en blanco. Entonces suspira y sonríe.

—Sigue hablando.

—Total, que se supone que cada dos mil trescientos años humanos se produce un episodio nuclear catastrófico —dice Lucia—. Solo que, por desgracia, hubo cuatro fusiones nucleares en los primeros sesenta años.

—Un error de cálculo...

—Sí.

—Vale, pero ¿qué demonios tiene eso que ver con la Tercera Guerra Mundial?

—¿Sabe qué provocó el incidente de la central nuclear de Three Mile Island? Una pequeña pérdida en una junta.

Un detalle sin importancia que no valdría la pena ni mencionar si no fuera porque la humedad que se filtraba llegó a un sistema vecino, que creyó erróneamente que tenía que apagar las bombas de agua. Pero las bombas son esenciales para enfriar el reactor, y por eso se activaron las bombas de emergencia. Por desgracia, por alguna razón desconocida, una válvula clave estaba cerrada. Y los encargados de la sala del reactor no lo sabían, porque el piloto de control de la válvula estaba tapado por un cartel de reparación de otro sistema, que a su vez no tenía nada que ver con la válvula. Y así sucesivamente.

—¿Estás intentando explicarme de manera bastante complicada que, en los sistemas complejos y estrechamente interconectados en red, los fallos se trasladan rápidamente de un subsistema a otro, de tal modo que incluso el problema más ínfimo puede causar una crisis completa?

—Sí. ¿Y sabe qué sistemas son también complejos y están estrechamente interconectados en red?

—Las armas autónomas.

—Correcto. Incluso en ámbitos donde se presta muchísima atención a la seguridad, como los viajes espaciales o las centrales nucleares, los accidentes ocurren constantemente. Los sistemas se someten a pruebas exhaustivas, por supuesto, pero...

—... hay errores que solo se manifiestan sobre el terreno —dice Aisha.

—Cada error, por sí mismo, es sumamente improbable, pero hay tantos errores posibles que sigue siendo bastante probable que se produzca alguno.[25] Resulta muy difícil anticipar qué problemas pueden surgir en situaciones atípicas.

—Y la guerra es una situación extremadamente atípica.

—Sí.

—Así pues, una vaca, ¿eh? —dice Aisha.

—Pues sí.

Aisha se lleva las manos a la cabeza.

—No me extraña que los militares no hablen de ello.

—Que yo sepa, la vaca sigue viva, por cierto —dice

Lucia.

—Bueno, algo es algo.

—¿Y qué va a hacer ahora? —pregunta Lucia—. ¿Va a mencionar todo esto en el discurso?

—¿Estás loca? —pregunta Aisha, que suelta un suspiro —. No, le explicaré al pueblo que esta guerra era necesaria.

—Ah, entonces escribirá algo vago sobre la crueldad de nuestros enemigos y la necesidad de defender la democracia, la libertad y los derechos humanos.

—Exacto.

—Podría haberle preparado un informe —dice Lucia—, pero algo me dijo que preferiría no dejar pruebas documentales.

—Sí, mejor así.

Lucia chasquea los dedos y todos los grifos y cisternas dejan de funcionar inmediatamente. El ruido da paso a un silencio incómodo.

—Bonito truco —dice Aisha.

—Pues tengo muchos más. Un día debería venir a ver mi espectáculo.

DE ESTRELLA A GÁNSTER. ¿CÓMO CAYÓ TAN BAJO ZUKO MACARRA?

Zuko Macarra es un tipo escurridizo. Kiki hace que sus rastreadores le sigan la pista en la red. Por tercera vez, echa un vistazo al expediente resultante. Es demasiado largo para leerlo en su totalidad. Por supuesto, podría pasarlo por uno de esos algoritmos que resumen expedientes, pero normalmente no se les da muy bien discernir lo relevante de lo que no lo es. Cuantas más visitas tiene una información, más importante les parece. A Kiki, en cambio, le resulta mucho más interesante un dato oculto y poco conocido. Pero echarle un simple vistazo a un expediente ya permite formarse una imagen bastante clara: Zuko es un mierda, un tipo realmente capaz de cualquier cosa, incluido cargarse a los hijos bastardos de los miembros del club de los 90. Pero ¿por qué iba un gánster desagradable a tener un *alter ego* que es un gánster desagradable? No tiene ningún sentido.

Kiki dobla su QualityPad. Su mirada se posa en la M.A.M.A., inmóvil en una esquina.

—¿Qué voy a hacer contigo? —murmura.

Se oye un ruido en la oficina de al lado. Kiki saca su pistola eléctrica y se coloca junto a la puerta para quedar oculta si alguien la abre. Efectivamente, al momento la puerta se abre. Kiki ya está a punto de apretar el gatillo, pero quien entra a trompicones es Peter.

Kiki suspira y baja el arma.

—Perdón —dice Peter—. Antes me he equivocado de puerta...

Kiki lo mira, sorprendida. Peter tiene dos ojos morados, varios rasguños feos en la cara y la nariz aparentemente rota.

—¡Joder! ¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Te han golpeado?

—No. Bueno, sí. Pero sobre todo me he tropezado. —Peter le tiende las manos, todavía esposadas—. Y tenía las manos atadas detrás de la espalda...

—Uf —dice Kiki, arrugando el rostro. Entonces saca unos pequeños objetos metálicos de un cajón y empieza a hurgar en la cerradura de las esposas—. ¿Qué ha pasado? —pregunta.

—El tipo... —dice Peter todavía sin aliento—. El tipo que quiere matarte. Ha vuelto.

—Sí, ya lo sé —repone Kiki—. Incluso sé quién lo contrató.

Peter se deja caer en la silla junto a Kiki, exhausto.

—¿Ya lo sabes?

—Sí. Ha sido mi padre.

—No, me refiero a si ya sabías que ha vuelto.

—Claro. ¿No te lo conté? Intentó matarme una segunda vez, pero de pronto un robot aspiradora cayó del cielo y lo aplastó.

—¿Tu padre? —pregunta Peter, desconcertado.

—¿Soy yo o siempre vas una pregunta por detrás de la conversación? —pregunta Kiki—. Sí, mi padre. Es el jefe de myRobot.

—Un momento —dice Peter, sentándose en el borde de su silla—, ¿acabas de decir que cayó un robot aspiradora del cielo?

—Sí —dice Kiki—. Así, sin más. Bum. Zas. En toda la cabeza.

—¿El jefe de myRobot? —pregunta Peter—. Por cierto, el robot aspiradora lo tiré yo desde un dron.

—Sí, el jefe de myRobot. Es una historia muy larga. Si dejaras por un momento de estar tan excitado, podría explicártelo todo.

Peter se relaja de nuevo en su silla.

—Vale —dice—. Soy todo oídos.

—Un momento —dice Kiki—. ¿Acabas de decir que fuiste tú quien tiró el robot aspiradora desde un dron?

—Bueno, por lo menos tiré *una* aspiradora desde un dron —explica Peter—. A menos que se trate de una nueva tendencia, creo que la aspiradora de tu historia era la aspiradora de mis padres.

—Pero ¿por qué lo hiciste? Tirar algo desde un dron en marcha es completamente antisocial.

—No quiero hablar del tema.

—Ahora en serio —insiste Kiki—. ¿Tiraste la aspiradora que aplastó al Cíclope desde un dron?

—Probablemente.

—Maldita sea, las cotizaciones de esa posibilidad debían de ser astronómicas. Me habría encantado apostar por ella.

Finalmente se oye un clic y las esposas se abren.

—¿Y tu padre es el jefe de myRobot? —pregunta Peter, sentándose de nuevo en el borde de su silla—. Quién de nosotros forma parte de la alta sociedad ahora, ¿eh?

Kiki lo pone al día de todo lo que ha descubierto.

—Entonces era un prototipo —dice Peter con asombro.

—Sí. Mi abuelo debió de dárselo a mis padres para que lo usaran. A lo mejor estaba realmente preocupado por mí; o tal vez quería ponerla a prueba sin más.

Peter se desliza de nuevo hasta el borde de su silla.

—Pero un prototipo de niñera que secuestra a un bebé de la familia... —dice.

—Es la peor promoción del mundo, sí —admite Kiki.

—Así que lo taparon todo.

—Y mi padre sigue sin querer que nada de eso salga a la luz.

—Vale. Entiendo —dice Peter—. Uau, mi trauma familiar no es nada comparado con eso.

—¿Tú también tienes un trauma familiar?

—Tiene que ver con el robot aspiradora.

—Pero no quieres hablar de ello, ¿verdad?

—No, no quiero.

—¿Y tú cómo sabes que hay otro Cíclope? —pregunta Kiki.

—Porque me ha secuestrado.

—¿Y te has escapado?

—Tengo mis trucos.

—¿Qué trucos?

—Bueno, en realidad, solo tengo un truco.

Peter se desliza hasta el borde de la silla y hacia la izquierda, de tal modo que queda sentado solo sobre su nalga derecha.

—¿Se puede saber qué haces deslizándote sobre la silla todo el tiempo?

—Yo tampoco lo sé —responde Peter—. La silla es incómoda. Bueno, me duele el trasero de estar sentado, no sé.

De repente, Kiki salta.

—¡Bájate los pantalones! —exclama—. ¡Ahora!

—Vale —dice Peter—, el tono imperativo me resulta un poco desconcertante. Pero ¿por qué no probar algo nuevo?

—Date la vuelta —insiste Kiki—. Quiero verte el culo.

—¡No! Yo quiero verte el culo a ti —dice Peter—. ¡Quítate la ropa! Eh..., ¡ahora mismo!

Kiki pone los ojos en blanco.

—Solo quiero ver si el Titiritero te ha implantado un chip de rastreo en las nalgas.

—Ah...—dice Peter tímidamente.

—Si lo piensas bien, y ya sé que no es tu fuerte, ¡esa es la explicación más probable para que te dejara escapar!

Peter no dice nada. Kiki lo mira interrogativamente.

—¡Estoy pensando! —exclama Peter.

Entonces se levanta y se baja los pantalones.

—Los calzoncillos también —dice Kiki—. No seas tímido, anda.

Peter se baja los calzoncillos y se da la vuelta. Kiki empieza a examinarle el culo y le pellizca las nalgas.

—Me siento bastante idiota ahora mismo —dice Peter.

—No te preocupes. Detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer.

Entonces inspecciona un punto más a fondo.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—¡Quédate así! —grita Kiki, mientras corre hacia la otra habitación.

—Sí, claro —dice Peter, con los pantalones bajados—. Me quedaré así. ¿Por qué no?

Kiki vuelve con un pequeño artilugio en la mano y lo acerca a la nalga de Peter. El artilugio emite unos pitidos histéricos, algo que casi nunca es una buena señal.

—¡Maldita sea!

—Lo siento —dice Peter—. No sabía que...

—Intentaré extraer el chip con un pulso electromagnético ultraconcentrado.

—¿Perdón?

—No sentirás nada.

—¿Pero eso no da cáncer?

—Algunos dicen que sí, otros que no...

—Muy tranquilizador. ¿Vas a contar hasta tres?

—Ya lo he hecho.

—¿Cómo? —Peter se vuelve hacia ella—. Ah, vale. Pero, a cambio, ¿puedo comprobar si tú también tienes un chip de seguimiento en el culo?

—Deja de decir idioteces —le reprende Kiki—. Tenemos que largarnos de aquí. Ahora mismo.

De repente, se oyen pasos en el pasillo. Kiki se vuelve hacia la puerta y, justo en ese momento, esta sale volando de sus goznes con un gran estruendo. El Cíclope entra en el escondrijo de Kiki, seguido por sus secuaces.

—Vaya —dice el Titiritero, divertido—. Espero no estar interrumpiendo nada importante.

Ernst y Bertram se ríen.

Peter, a quien el examen anal le ha provocado una pequeña erección, ve ahora cómo su miembro se encoge en un tiempo récord, y se sube rápidamente los calzoncillos y los pantalones.

—Y el tío me dijo que ya ni siquiera estabais juntos —comenta el Titiritero, riendo.

Peter mira a su alrededor buscando alguna vía de escape. ¿Pero cómo va a escapar? ¿Adónde puede ir?

¿TE ESTÁS PREGUNTANDO ADÓNDE PUEDES IR?

¡TENEMOS

PARA TI!

¿Harto de vacaciones en las **playas de Suecia**? ¿No quieres volver a oír nada sobre **trabajar y viajar por Alaska**? ¿Cansado de hacer cola en el **Monte Everest**?

Si buscas experiencias más allá del turismo de masas, en **MADventures** tenemos lo que necesitas.

¿Buscas un regalo
de cumpleaños especial?

NUESTRA OFERTA DE LA SEMANA PARA TI

¡Envía a tu **marido** a la **Luna!** ¡A1 satélite selénico y de vuelta en ocho días! (Duración del viaje solo de ida: cuatro días.) ¡Ahora por solo 100.000 calidades, incluyendo 43

calidades en concepto de compensación de carbono!

OTROS VIAJES GENIALES PARA TI

Embárcate en un **crucero** por el **océano Ártico** ¡Ahora sin hielo durante todo el año! Caza opcional de mamuts en Groenlandia.

Monta en el **planeador de arena** y pasa una semana navegando por el **gran desierto de la península Ibérica**

Enfúndate un **traje térmico** y atraviesa las mortales temperaturas veraniegas del **trapaís australiano.**

Participa en uno de nuestros **safaris de la extinción** y verás pandas, elefantes o ballenas en libertad. ¡Puede que mañana hayan desaparecido!

Sumérgete en **Venecia.** Descubre la ciudad hundida más famosa del mundo con nuestros guías de buceo certificados. ¡Duerme en el primer **hotel submarino** de la historia! Atlantis es una mierda en comparación.

MADventures

¡LA AVENTURA DE TU VIDA TE ESTÁ ESPERANDO!

MULTITASKING, O CÓMO REDUCIR TU PRODUCTIVIDAD UN 32 POR CIENTO DE LA NOCHE A LA MAÑANA

El Cíclope examina el escondrijo de Kiki buscando otras salidas, pero no ve ninguna.

—Esta vez no te me vas a escapar... —la amenaza.

—Eso ya lo has dicho otras veces —dice Kiki—. Y, no te ofendas, pero tu tercera encarnación parece bastante barata. ¿Estás arruinado?

—¿Quieres que te arranque la lengua, la fría y la use para preparar el bocadillo del desayuno de Ernst?

—Eh..., no.

—Yo tampoco, por cierto —dice Ernst.

El Cíclope da un paso al frente. Kiki y Peter retroceden. Peter se coloca de forma protectora delante de Kiki.

—Heroico —comenta Kiki—. Heroico, pero inútil.

—Oye —dice Peter—. Ser inútil es lo mío.

—Ernst, Bertram —ordena el Cíclope—. Agarrad al gusano.

Los dos gánsteres arrancan a Peter del lado de Kiki y lo obligan a ponerse de rodillas.

—¿Ernst y Bertram? —pregunta Kiki—. ¿En serio os llamáis así? ¿Ernie y Bert?

—¿Qué tiene eso de gracioso? —replica Ernst.

—Si os lo pido educadamente, ¿cantaríais la canción del patito chillón solo para mí?

—Bueno, en principio no estoy en contra de los últimos deseos —dice Ernst—. Y también tengo cierto talento musical, pero me temo que no me sé la canción.

—Yo tampoco —dice Bertram.

—Patito eres mío, mío y de nadie más —canta Peter,

bailando de rodillas como buenamente puede—. Patito chillón, te quiero un montón.

—¿Qué hace? —pregunta el Cíclope.

—Pues... —responde Peter—. ¿Tratar de ganar tiempo de una manera realmente indigna?

—Ya basta —dice el Cíclope—. El uso excesivo de la fuerza no va conmigo, pero...

Ernst y Bertram se ríen como si el Titiritero acabara de contar un chiste divertidísimo.

—Pero por vosotros haré una excepción —añade el Cíclope.

Entonces se acerca a Kiki y la empuja contra la pared. Peter quiere levantarse, pero Ernst le pega un doloroso golpe con la culata de su pistola.

—Antes de ti —dice el Titiritero—, nadie había destruido ninguno de mis avatares.

—Pues me sorprende muchísimo —dice Kiki—. No me pareció particularmente difícil...

El Cíclope la golpea en el estómago. Kiki gime.

—¿Cómo destruiste mi último avatar? ¿Con qué lo golpeaste en la cabeza?

—Con un robot aspiradora —dice Kiki.

—¿Un qué?

—Y no fui yo.

—¡Fui yo! —interviene Peter—. ¡Lo tiré desde un dron!

—¿Por qué demonios tiraste una aspiradora desde un dron? —pregunta el Titiritero.

—No quiero hablar de ello —dice Peter.

—¡Tirar algo desde un dron en marcha es completamente antisocial! —grita Ernst.

—¡Y está estrictamente prohibido! —añade Bertram.

El Cíclope levanta la mano.

—¡Ya basta! ¿No veis que intentan tomarnos el pelo? —Agarra a Kiki por el cuello—. Bueno, princesa, ahora voy a coger tu bonita cabeza y voy a atravesar esa pared con ella —dice—. ¿Estás emocionada? Voy a contar hasta tres y, entonces, abracadabra.

El Cíclope estira el brazo y sujeta a Kiki como un títere.

—¡A la una, a las dos y a las tres! Abraca...

Pero antes de que tenga tiempo de estampar a Kiki contra la pared, algo duro le golpea inesperadamente en la nuca.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta el Titiritero, dejando caer a Kiki, que se desploma en el suelo.

Detrás del Cíclope hay una vieja niñera electrónica con una sartén en la mano.

—Vaya, vaya. ¿Y tú quién eres? —pregunta el Cíclope con una carcajada—. Quieres pelea, ¿verdad?

El Cíclope se mueve ágilmente de un lado a otro y hace una finta. M.A.M.A. cae en la trampa y suelta un sartenazo al vacío. El Cíclope le agarra el brazo y se lo arranca de cuajo con un movimiento rápido.

—¡Mamá, no! —grita Kiki, y va a ponerse de pie, pero Bertram la apunta con la pistola y le dice que no con la cabeza.

M.A.M.A. mira el lugar donde había estado su brazo hace un momento y, gimiendo, se agacha y toma la sartén con la otra mano.

—Oye, ¡pero qué divertido es esto! —dice el Titiritero.

M.A.M.A. lo ataca con el brazo que le queda, pero el Cíclope la intercepta y, mientras le sujeta el hombro con la mano izquierda, le arranca el segundo brazo con la derecha.

—¿Y ahora qué? —le pregunta—. ¿Qué piensas hacer ahora?

M.A.M.A. baja la cabeza y se abalanza contra el avatar. Este hace un rápido movimiento hacia un lado. Una enorme cuchilla roja y candente sale disparada de su brazo derecho y, de un solo golpe, separa las piernas de M.A.M.A. de su torso. Las piernas caen a un lado y su torso se estrella contra el suelo. Sorprendentemente, se mantiene en pie.

—Bueno, ¿te rindes ya? —pregunta el Titiritero con una carcajada.

La pantalla del vientre de M.A.M.A. se ilumina y en ella aparece el torso de un caballero negro.

«¡Te destrozaré a mordiscos!», grita el caballero.

—¿Qué haces, mamá? —exclama Kiki.

El Cíclope empuja ligeramente el torso de la niñera electrónica con el dedo índice y M.A.M.A. cae de espaldas. Kiki desvía la mirada cuando el Cíclope levanta un pie y le aplasta la cabeza al robot. El monitor de su vientre vuelve a iluminarse. Dice: «¿Estás enfadada conmigo?».

—¡Te vas a arrepentir! —sisea Kiki.

—Lo dudo —replica el Titiritero—. Porque ahora...

Entonces se queda inmóvil un rato. El Cíclope no dice nada.

—Oh, mierda —dice Ernst—. Otra vez no.

—Lo siento —dice Bertram, volviéndose hacia Peter y Kiki—. Tenemos problemas de conexión.

—El Cíclope está cargando el búfer.

—A veces pasa cuando estamos en lugares con mala cobertura.

—Lo cual, por desgracia, sucede bastante a menudo.

—En fin. *Just a second.* Pronto volverá a funcionar.

Bertram golpea al Cíclope en el cogote, como si eso fuera a servir de algo con una máquina tan compleja. Kiki se endereza.

—Esto... —dice Ernst tras un momento de silencio—. ¿Alguien ha visto alguna serie nueva últimamente?

Peter y Kiki se lo quedan mirando, sin palabras.

—Yo estoy viendo *Dinosaurios del espacio* —dice Ernst —, pero, la verdad, la idea fundamental me resulta bastante difícil de tragar.

—Pero cuando el T. Rex bloqueó el transbordador espacial en la primera temporada fue increíble —responde Bertram.

—¡Sí, eso es verdad! ¿Y vosotros? ¿Habéis visto algo bueno últimamente?

—Bueno, yo... —empieza a tartamudear Peter—. En realidad apenas veo nada... Así que..., no sé...

—Vale, vale —dice Ernst—, podemos quedarnos en silencio hasta que el avatar vuelva a funcionar. Solo pensé que...

—Tú no tienes por qué pensar —le suelta de repente el Cíclope—. No había perdido la conexión. Acabo de recibir

una nueva información. Uno de vosotros dos —añade entonces, señalando a Ernst y a Bertram— ayudó a esta zorra para que me engañara. Uno de vosotros me ha traicionado.

—No, jefe... —dice Ernst.

—¡Uno de vosotros dos lleva años saboteándome! —grita el Cíclope.

—Tiene que ser un error... —tartamudea Bertram.

—En serio —balbucea Ernst.

—¡Exijo que el que me sea leal dispare contra el traidor! —ruge el Cíclope—. ¡Ahora mismo!

Suenan dos disparos casi simultáneos, y Ernst y Bertram caen al suelo como dos marionetas a las que les hubieran cortado los hilos. Aparecen dos manchas rojas sobre sus chándales verdes. Y sí, los dos colores combinan realmente bien.

El Cíclope menea la cabeza y se golpea con la palma de la mano en la frente robótica y casi sin rostro. Kiki aprovecha la oportunidad, coge una silla y la estrella violentamente contra el costado del Cíclope. La silla queda destrozada, pero el Cíclope permanece impasible.

—Ay, niña —dice este—. Mi estructura está recubierta por una aleación de titanio. Podrías tirarle encima todos los muebles de la casa y no dejarías ni una triste mella.

Kiki se ríe. Una carcajada de alivio. Peter tiene la sensación de haberse perdido la broma.

—Quítales las armas —dice el Cíclope—. No sea que los idiotas vuelvan en sí.

Kiki recoge las armas mientras Peter la mira con la boca abierta.

—Un momento... —dice finalmente.

—Me parece que está un poco confundido, niña —comenta el Cíclope.

—Él es así —dice Kiki.

—¡Es usted! —exclama Peter—. ¡Es el viejo!

—¡Fíjate! ¡Una mente brillante!

—¿En serio? —pregunta Peter—. ¿El Titiritero es usted?

El Cíclope se vuelve hacia Kiki.

—De verdad que no entiendo qué le ves, niña.

—Lo encuentro muy mono.

—¡Un momento, usted no es el Titiritero! —exclama Peter—. Simplemente acaba de hackearlo.

—¡Vaya, vaya! —exclama el avatar sorprendido, señalando a Peter—. Y por un momento pensé que era tonto.

—No es tonto —dice Kiki—. Solo que no es muy rápido.

—Oye, ¿qué te ha pasado en la cara? —le pregunta el viejo.

—Me he tropezado —contesta Peter.

—Vale, vale.

—En serio, me he tropezado.

—No, si te creo —dice el viejo—. Imagino que, con tu nivel de inteligencia, coordinar el movimiento de dos piernas supone un desafío tremendo. Lo que me sorprende, en todo caso, es que no te tropieces más a menudo. ¿Nadie te ha aconsejado que pares el golpe con las manos cuando eso sucede?

—Creo que le gustas —dice Kiki.

—¿Cómo supo que necesitábamos ayuda? —pregunta Peter.

—M.A.M.A. me alertó —dice el viejo.

Kiki mira a la niñera electrónica completamente destruida y la invaden un montón de sentimientos encontrados.

—Tuve el tiempo justo para arrebatarle el control al Titiritero.

—¿Y cómo demonios lo has conseguido? —pregunta Kiki.

—¿Te acuerdas del cubo de memoria que extraje de la cabeza de la última encarnación del robot? ¡Resultó ser muy revelador!

Kiki se deja caer al suelo junto a los restos de su niñera.

—Lo siento mucho —dice Peter.

—Llorar por una máquina es absurdo —dice Kiki, mientras una lágrima corre por la mejilla.

—El Titiritero te encontró por culpa mía —dice Peter —. Todo es culpa mía.

—Eso no es verdad —replica Kiki—. Si el otro día no hubieras tirado la aspiradora desde el dron, habría muerto. Aquí el único que tiene la culpa es mi padre.

—Un momento —interviene el viejo—, ¿tiraste una aspiradora desde un dron?

—No quiero hablar de ello —responde Peter.

Kiki inspecciona la cabeza aplastada de M.A.M.A.

—En todo caso, ya ha destruido las pruebas —dice.

—Un momento, ¿acabas de decir que has encontrado a tu padre? —pregunta el viejo.

—¿Soy yo o siempre va una pregunta por detrás de la conversación? —dice Peter.

—Es que no lo entiendo —responde el viejo.

—Nunca pensé que viviría para ver esto —dice Peter.

—¿Has logrado averiguar algo sobre el Titiritero? —pregunta Kiki.

—Niña, estoy controlando a distancia esta máquina del demonio mientras trato de evitar que mi conexión hackeada se interrumpa, a la vez que soporto el constante ataque del Titiritero, que, por cierto, sigue tratando de recuperar el control de su avatar. ¿Y se supone que, al mismo tiempo, tenía que espiarlo?

—Se llama *multitasking* —dice Kiki.

—Tú sabes que *multitasking* no es más que un eufemismo para «hacer muchas cosas a la vez y mal», ¿verdad? Solo un verdadero genio podría haber espiado al Titiritero mientras hacía todo lo demás.

—Entonces, ¿has averiguado algo? —pregunta Kiki.

—¡Pues claro! —dice el viejo—. ¿Tú qué crees?

—Pues desembucha ya.

—No es mucho. Sospecho que solo son datos de geolocalización, aún no los he descifrado. Por cierto, me temo que no podré mantener el control de este avatar mucho más tiempo. Así que..., lo que quiero deciros es...

¡huid, insensatos!

Peter se queda helado, atónito, y Kiki se lo tiene que llevar a rastras.

—Siempre había querido decir eso —murmura el viejo.

Mientras huyen, Peter ve cómo el Cíclope trata de golpearse a sí mismo. El primer golpe impacta con toda su fuerza en su cámara hipersensible.

—Ay —dice—. Eso ha dolido...

Entonces el Cíclope se arroja contra una pared y Peter ve, horrorizado, cómo esta se derrumba.

—Vamos —dice Kiki.

—Vale, pero ¿adónde? —pregunta Peter, corriendo tras ella.

—Quiero que te escondas muy bien.

—¿Dónde?

—En algún lugar público con mucha gente y mucha policía.

—Tienes un concepto muy extraño de lo que significa «esconderse».

Kiki abre la puerta del edificio de la fábrica y salen a la calle.

—¿Y tú qué vas a hacer? —pregunta Peter.

—Voy a poner fin a esta farsa.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que voy a hacerle una visita a mi padre.

Antes de que Peter pueda preguntar nada más, Kiki le da un beso en la mejilla. Algo es algo. Peter la sigue con la mirada hasta que desaparece tras la esquina del edificio. Está solo. En esta parte del distrito de las Máquinas no hay un solo humano en kilómetros, pero al final de la calle aparece una silueta de cuatro patas. Peter apenas puede creer lo que ven sus ojos: es un lobo. Peter y el lobo se miran fijamente.[26] Pero entonces un dron de pasajeros aterriza cerca, con el habitual rugido, y el lobo huye. Tim y Jimmy, con unos trajes negros nuevos, saltan del dron y se acercan a Peter.

—Ni hablar —dice Peter con firmeza—. Ya me han secuestrado suficientes veces en las últimas semanas. He

tenido bastante para toda la vida.

—Pero seguimos instrucciones... —comienza a decir Jimmy.

—Si Henryk quiere hablar conmigo, que venga a verme él —dice Peter. Sin más, se sienta en el suelo y, con todas sus fuerzas, rodea con sus cuatro extremidades el poste de un gran cartel publicitario. La pantalla cambia y pasa a anunciar un vibrador de color rosa con forma de delfín.

—Señor Sinempleo —dice Tim—. Peter... —añade mientras intenta sin mucho entusiasmo soltar las manos entrelazadas de Peter—. Esto es absurdo.

—Me da igual —dice Peter desafiante—. ¿Cómo me habéis encontrado?

—Sinceramente, después de tu primera visita, cuando te quedaste dormido en el dron durante el trayecto de vuelta, te implantamos un pequeño chip de seguimiento en la parte superior del brazo...

—¡Pero ¿estáis locos?! ¿Por qué todo el mundo cree que puede implantarme un chip de seguimiento sin preguntar? Además, ¡ni siquiera es necesario! ¡Pero si todo el mundo sabe dónde está todo el mundo en todo momento!

—Bueno, sí, pero mira —dice Tim—, hoy me he alegrado bastante de poder contar con el chip, porque has salido de casa sin el gusano del oído ni el QualityPad.

—Pff —es lo único que se le ocurre decir a Peter.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le pregunta Jimmy.

—¡Me he tropezado!

—Vale, lo que tú digas.

—No te pongas así, Peter, anda —dice Jimmy—. Es un vuelo cortito. Henryk está en la ciudad.

Peter tiene las piernas cruzadas alrededor del poste del cartel. Tim y Jimmy lo agarran y lo levantan tal cual, una escena que sería la envidia de cualquier yogui volador.

—Basta, basta. ¡Un momento! —grita Peter—. A ver, ¿dónde está Henryk?

—En la convención del Partido del Progreso. Quiere que estés allí cuando anuncie su candidatura.

—La convención del Partido del Progreso, ¿eh? Mucha

gente, ¿no? —pregunta Peter—. Y seguro que también habrá policía, ¿no? Si me volvéis a...

A unos veinte metros de distancia, el Cíclope atraviesa una pared del edificio con un gran estruendo. Sorprendidos, Tim y Jimmy dejan caer a Peter al suelo.

—Ay.

El Cíclope parece un poco maltrecho, pero más peligroso todavía precisamente por eso.

—Joder, tío —dice Peter, sacudiendo la cabeza—. Mira que es plasta.

El Cíclope se acerca y señala a Peter.

—Entregádmelo voluntariamente y tendréis una muerte rápida e indolora.

—Oye, oye, para el carro —dice Tim—. ¿Quién eres tú y qué...?

De repente, una explosión hace pedazos al Cíclope.

—¿Pero qué demonios...? —pregunta Peter.

Jimmy tiene una pistolita en la mano, con la que acaba de hacer volar al Cíclope.

—No me gustó su tono —dice.

—¡Qué pasote, colega! —exclama Tim, señalando la pistolita—. ¡Esta pistola es para flipar!

Jimmy tira la pistola a sus espaldas.

—Es de un solo disparo —dice.

—¡Pero menudo disparo! —exclama Tim.

Jimmy ayuda a Peter a levantarse.

—Nos la dieron el otro día, por si a Henryk lo atacaba un vehículo blindado —explica.

—Ajá —dice Peter—. Bueno, pues si eso..., iré con vosotros —añade, levantándose—. Los trajes negros os quedan mucho mejor, por cierto.

—Yo también lo creo —reconoce Jimmy—. Fueron sugerencia tuya, ¿no?

—Te lo agradecemos —dice Tim—. La verdad es que los blancos daban un poco de vergüenza.

¡LO QUE REALMENTE SE ESTÁ PLANEANDO EN EL CONGRESO DEL PARTIDO DEL PROGRESO! SIN CENSURAS

Como viene ocurriendo desde hace años, la conferencia del Partido del Progreso se celebra en el enorme auditorio de la sede de What I Need. John era crítico con este tipo de patrocinios empresariales; Tony, en cambio, no le ve ningún problema. Lo único que le molesta es que el auditorio principal no esté lleno a rebosar, porque, al mismo tiempo, Henryk Ingeniero está dando un discurso en el auditorio pequeño. Una afrenta absoluta. Desde luego, en cualquier gran conferencia existen eventos paralelos, pero nadie da un discurso al mismo tiempo que el presidente. Aisha espera que quienquiera que haya elaborado el horario se haya asegurado de que Henryk le pague muy bien por ello, porque mañana piensa descuartizarlo personalmente, meterlo en una caja y enviar el paquete de vuelta a TheShop. Desde el escenario, un poco detrás de Tony, Aisha mira al público.

«Vuelvo a estar detrás de él», piensa, y no puede evitar sonreír. «Y encima ahora he sonreído... A los teóricos de la conspiración les va a dar un patatús.»

En silencio, moviendo solo los labios pero vocalizando mucho, articula tres palabras: «Que os follen».

—... si no queremos que democracia, libertad y derechos humanos sean conceptos vacíos —dice Tony.

Está pronunciando el discurso que Aisha ha escrito para él.

—... debemos..., eh..., estar dispuestos a luchar por ellos...

Y lo está pronunciando mal.

—... también..., ehhh..., aquí, en QualityLand...

Porque, naturalmente, ha sido incapaz de aprendérselo de memoria.

—... como en todo el mundo...

¡Si por lo menos fuera capaz de leer con fluidez el texto que le muestran sus lentillas!

—Esta guerra ha sido una tragedia terrible...

De hecho, a Aisha le sorprendería que hubiera hojeado siquiera el discurso con antelación.

—... ¡pero desgraciadamente inevitable!

Podría hacerle decir cualquier cosa.

—Les seré completamente sincero: nunca fuimos partidarios de las armas autónomas.

A lo mejor la próxima vez se divierte un poco y deja algunos huevos de Pascua en el texto. Por ejemplo, es muy divertido que un amigo te proponga una lista de palabras al azar para que las incluyas en tu discurso.

—Pero lo único que..., ehhh..., lo único que sirve contra los sistemas de armas autónomas...

Una vez, Aisha logró colar las palabras *mantequilla, calentador* y *aguanieve* en un discurso del expresidente sin que a nadie le pareciera gracioso.

—... ¡son los sistemas de armas autónomas!

Aisha todavía recuerda el fragmento de memoria: «En mi Gobierno no quiero a personas con pies de barro, ni tampoco con manos de mantequilla: no quiero que a nadie le tiemble el pulso. Necesito a personas capaces de decirme que el calentador arde, y que lo hagan antes de que se derrita la aguanieve».

—Nunca olvidaremos a aquellos que han..., ehhh..., sacrificado sus... sus vidas en el altar de la libertad...

Aisha puede pedirle a Lucia que le sugiera tres palabras para el próximo discurso.

—... Nunca. Y aquí me gustaría mencionar un nombre que representa a todos nuestros héroes: ¡Janosch Marinero!

Aisha está tan aturdida que se queda con la boca abierta.

—Janosch, nunca olvidaremos tu nombre...

Frenéticamente, escribe un mensaje en su Smarm y lo envía a las lentes de AR de Tony: «¡Jonas! ¡El chaval se llamaba Jonas!».

—Y en memoria de..., ehhh..., Jonas Marinero —dice Tony, completamente descolocado—, para asegurarnos de que nunca más..., esto..., nunca más se produzca una tragedia como la suya..., ehhh..., he decidido..., he decidido... ¡que quedan prohibidos, con efecto inmediato, todos los cordones de los zapatos!

Aisha está completamente horrorizada: esto no figuraba en el discurso. Tony mira hacia el auditorio. Para un político, solo hay una reacción peor que los abucheos: las risas por lo bajo. El público se ríe por lo bajo.

—Habrá un periodo de transición para los zapatos viejos, desde luego —añade el presidente.

Aisha quiere que se la trague la tierra.

—Dios mío —murmura de forma inaudible—, no creo en ti, pero por favor haz que suceda algo que impida que esta mierda termine en los telediarios.

—¡No tiene gracia! —grita Tony—. ¡Sé que hay gente en esta sala que es más inteligente que todos nosotros juntos!

Esa afirmación roza la magia matemática, piensa Aisha. Una parte de un conjunto que es mayor que el propio conjunto. No tiene sentido.

—¡Desde aquí hago un llamamiento a toda esta gente inteligente para que trabaje conmigo para optimizar nuestra patria!

A menos, claro está, que hubiera partes negativas en la multitud. En otras palabras, personas tan estúpidas que, al agregar su inteligencia a la de un grupo, en realidad restan. Como Tony, sin ir más lejos.

—¡He decidido que ese plan se llamará QualityLand 2.0!

Cuanto más piensa en ello, más segura está Aisha de que en prácticamente todas las salas debe de haber individuos que son más inteligentes que todas las personas juntas.

Toca su Smarm y envía otro mensaje a las lentes de AR de Tony.

«¡Haz el favor de dejar de improvisar!»

En ese preciso instante se oye un crujido en su gusano del oído y una voz dice: «¡Escóndete detrás del atril! ¡Y haz que Tony se agache también!».

—¿Perdón? —pregunta Aisha.

«¡Ahora mismo, señora!»

Sin pensarlo dos veces, Aisha se tira al suelo y arrastra al presidente con ella.

—¿Pero qué...? —sisea Tony.

A modo de respuesta, unas balas pasan zumbando sobre sus cabezas.

—¡Muerte a todos los reptiloides! —exclama una voz de hombre.

Más balas impactan en el atril. La multitud grita de pánico.

—¡Muerte al Orden Nuevo Galáctico! —clama la voz.

Se oyen más disparos y ecos a su alrededor. De una manera extraña, ajena a los acontecimientos, como si estuviera sentada en un cine holográfico, Aisha ve a varios hombres y mujeres fuertemente armados corriendo hacia ella y el presidente. «Ten cuidado con lo que deseas», solía decir su padre, «porque puede hacerse realidad.» En cualquier caso, los funestos cordones de los zapatos ya no serán noticia, eso seguro.

¿SERÁ ESTE HOMBRE EL PRÓXIMO PRESIDENTE DE QUALITYLAND?

El auditorio pequeño está lleno a rebosar. En términos absolutos hay mucha menos gente aquí que en la conferencia del presidente, desde luego, pero las imágenes parecen contar otra historia. En el auditorio de Henryk, los espectadores están pegados unos a otros. En el de Tony, en cambio, hay muchos asientos vacíos en las primeras filas. Sandra se ha asegurado de ello: ha contratado a varias personas para que llegaran temprano al gran auditorio y se sentaran en las primeras filas. Entonces, en cuanto Tony ha empezado su discurso, se han levantado y se han ido.

Henryk se pasea de un lado a otro del *backstage*. Sandra sigue estando muy alterada en su presencia. Sus ojos la ponen nerviosa, especialmente el azul, aunque no sabría explicar por qué.

—Dos minutos —dice Sandra.

Henryk asiente con la cabeza.

Llaman a la puerta y el guardia de seguridad abre. Peter y sus dos simpáticos secuestradores entran en el *backstage*.

—Peter —dice Henryk—. ¡Por fin has llegado! Tim. Jimmy —añade, saludando con la cabeza a sus guardias de seguridad.

Tim y Jimmy le devuelven el saludo.

—¿Conoces a Carlos? —le pregunta Henryk a Peter, y le presenta a un joven latinoamericano—. Carlos, le debes tu trabajo a este hombre.

—Hola. Gracias —dice Carlos, y levanta ligeramente el pie derecho a modo de saludo. Peter se lo golpea con el suyo.

—Carlos me corta la uña del dedo gordo del pie

derecho cada tres días —dice Henryk y se ríe. Peter pone los ojos en blanco.

—¡Pero, oye! ¿Qué te ha pasado en la cara? —pregunta Sandra preocupada.

—Sí, eso, ¿qué te ha pasado en la cara? —repite Henryk.

—He tropezado.

—Eso es lo que decía la primera esposa de Conrad Cocinero —dice Henryk.

—¡Pero yo me he tropezado de verdad! —exclama Peter.

—Lo que tú digas —responde Henryk—. No hay por qué gritar así.

Sandra coge un disco desmaquillante y quiere limpiarle la cara a Peter.

—Gracias, pero no hace falta —dice Peter.

Estar tan cerca de su ex le resulta extraño.

—Así no puedes subir al escenario —dice Sandra.

—¡Es que no quiero subir al escenario!

—Que sí, que sí —dice Henryk—. Ahora eres parte de mi equipo.

—Pero no quiero llamar la atención —dice Peter—. No es bueno para mi relación...

—¿Estás en una relación? —pregunta Sandra.

—No lo sé.

Se miran.

—¿Y tú? —pregunta Peter.

—No lo sé —dice Sandra, y se ríe.

—¡Bueno, vamos! ¡Seguidme! —dice Henryk, y con paso enérgico sube las escaleras hacia el escenario. Tim y Jimmy agarran a Peter y lo obligan a subir también.

En cuanto Henryk pisa el escenario estalla una ovación, pero también se oyen claramente algunos abucheos. «Se los tiene merecidos», piensa Peter.

—Señoras y señores, miembros del Partido del Progreso, no me he convertido en el hombre más rico de la historia de la humanidad perdiendo el tiempo yéndome por las ramas —dice Henryk. Entonces hace una calculada

pausa dramática y exclama—: ¡Tony tiene que irse!

Más aplausos. Y también abucheos dispersos.

—¡A Tony, lo sabemos todos, no lo ha elegido nadie! Es un presidente interino. Podemos admitirlo ahora, o podemos esperar y ver cómo Conrad Cocinero lo destroza en las próximas elecciones.

Peter intenta esconderse detrás de Tim y Jimmy, pero ellos siguen empujándolo hacia delante.

—¡Tony no tiene ninguna visión para el país! —grita Henryk—. Se dedica a gestionar QualityLand como si fuera una empresa que requiere recortes para obtener beneficios.

—Eso, eso —murmura Peter.

Henryk hace otra pausa dramática perfectamente calculada mientras pasea la mirada por el público. Al fondo, junto a las puertas, ve a un hombre con un parche en el ojo. Henryk no alcanza a verlo bien, pero le parece que el ojo que le queda al hombre es azul. Toda la sala está pendiente de él, pero Henryk no dice nada. Se queda mirando al tuerto con la boca abierta.

Sandra no entiende qué está pasando. Toca su Smarm y envía la siguiente frase del discurso a las lentillas de Henryk, pero no hay reacción.

—Rickie —susurra Peter, justo detrás de él—. ¡Tienes que decir algo, Rickie!

Para alivio de Sandra, eso rompe el hechizo y Henryk sigue hablando.

—¿Para qué sirve un Gobierno que no gobierna? ¿Que no marca un rumbo? ¿Que no legisla? Es sumamente injusto que la solución de las crisis sociales tenga que recaer en el individuo.

Peter se pregunta si debería reclamar derechos de autor por el discurso.

—¡Necesitamos un líder con visión! Alguien que aplique sus ideas con valentía. Alguien que haga lo que hay que hacer. Y para eso solo hay un hombre en el que podamos confiar el liderazgo de este gran país —clama Henryk—. Y ese hombre...

De repente, en algún lugar detrás de él, Henryk oye

disparos. (Aunque no puede ser, ¿no?) Disparos como los que oyó en su oficina hace años, cuando una bala se llevó su ojo izquierdo. Los sonidos suenan amortiguados; solo unas pocas personas en la sala parecen haberlos oído. La mirada de Henryk busca al tuerto, pero no lo encuentra. Uno de sus guardias de seguridad se adelanta y le susurra algo al oído. A Henryk se le congela el rictus.

—Y ese hombre —exclama de nuevo ante un auditorio que sigue esperando ansiosamente— ¡es Peter Sinempleo!

Entonces da un paso a un lado y, de un tirón, coloca a Peter (que no podría estar más confundido) frente al micrófono. Los drones zumban, las cámaras hacen clic. En cuestión de segundos, el maltrecho rostro de Peter aparece en los *newsfeeds* de todo el mundo. Menos mal que no quería llamar la atención.

—Esto..., bueno —dice Peter—. Yo..., eh..., presidente..., pues...

Pero de pronto la multitud se levanta, presa del pánico, y se apresura a salir de la sala.

—¡Un momento! ¡Un momento! —grita Peter—. ¡Que no quiero...!

Y realmente no quiere, pero, por otro lado, tiene la impresión de que la reacción es exagerada. Tampoco sería tan mal presidente.

Entonces oye los disparos y por fin se da cuenta de lo que está pasando. Cuando se vuelve hacia Henryk, este ya ha desaparecido.

POR QUÉ EL BOMBARDEO CONSTANTE DE MIERDA PUEDE SER PELIGROSO (¡Hay que protegerse!)

La gente del auditorio grande está gritando. Como si eso fuera a servir de algo. Aisha no hace ningún ruido. De hecho, se pregunta qué propósito evolutivo debieron de cumplir los gritos. ¿Ahuyentar al atacante o advertir a los propios? Sea como sea, aquí y ahora ambos son bastante inútiles.

Un grupo de guardias armados hasta los dientes protegen al presidente. Suena un último disparo seguido de más gritos. Un miembro femenino de la Guardia ayuda a Aisha a ponerse de pie. Tony ya se ha levantado, y la Guardia Presidencial los escolta a ambos hacia una salida trasera. Aisha está extrañamente ensimismada y observa con cierto asombro los nervios de todas las personas que los rodean. La Guardia Presidencial conduce al presidente y su asesora hasta la azotea del edificio. Mientras se sientan en el dron presidencial blindado, Aisha comprende por fin que lo que acaba de suceder es real. El dron despega.

—¿Qué coño ha sido eso? —ladra Tony a uno de los guardias.

—Un intento de asesinato —responde este.

—¡No me digas! —Tony resopla—. ¿Cómo es posible que alguien se cuele en esta conferencia con una ametralladora, delante de las narices de toda la Guardia Presidencial? Eso es lo que quiero saber.

El guardia no responde. Su compañero también permanece en silencio. Aisha los contempla con atención.

—¿Y bien? —grita Tony—. ¡Contestad!

—Están avergonzados —dice Aisha.

—¡Tienen motivos para estarlo! ¡No han prestado atención!

—No, no —dice Aisha—. Tony, no lo entiendes: el asesino era un miembro de la Guardia. ¿No es así?

Los dos guardias miran al suelo.

—¿Cómo? —pregunta Tony, atónito.

Hace ya rato que una alerta de noticias parpadea en el Smarm de Aisha. Esta la activa. ¿Acaso habría anunciado Henryk su candidatura a pesar del asesinato? No. Hay un candidato opositor, pero no es Henryk. Es el idiota ese del juguete sexual. Como asesora de estrategia del presidente, Aisha debe saber anticiparse a todas las posibilidades, pero debe confesar que esto no se lo esperaba. Pone el Smarm en *stand-by*. Ahora mismo no tiene el valor para sacar el tema. Tony se vuelve hacia Aisha.

—¡Y tú! —le dice—. Me has salvado. ¿Cómo sabías que teníamos que ponernos a cubierto?

—El CSC —responde Aisha, absorta en sus pensamientos—. De repente ha aparecido la voz de Lucia en mi oído.

—Llama a Lucia Atrapaclics —ordena Tony.

La cara de Lucia aparece de inmediato en el monitor del dron.

—Ey, presi.

Lucia tiene un aspecto sorprendentemente serio; ni siquiera está mascando chicle.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —pregunta Tony.

—Puede estar tranquilo, presi. Por lo que he podido averiguar de momento, el intento de asesinato no iba dirigido a usted.

—¿Qué quieres decir?

—Que iban a por mí —interviene Aisha.

—Efectivamente —dice Lucia.

—Vaya —dice Tony—, casi me matan en un intento de asesinato, ¡y ni siquiera iba dirigido contra mí!

Aisha cierra los ojos mientras el dron realiza un brusco aterrizaje. Bajo la protección de los miembros de seguridad, Tony accede al tejado del palacio presidencial, seguido por

Aisha. Los miembros de seguridad vigilan los alrededores.

—¡Más os vale vigilaros unos a otros! —grita Tony.

Al bajar del dron, la conversación con la directora del CSC ha pasado a los Smarms de Aisha y de Tony. Por eso, mientras se apresuran a cruzar el tejado, parece que ambos estén todo el rato mirando sus relojes.

—De algún modo, el agente de seguridad debe de estar involucrado en el lío este de la conspiración sobre el Orden Nuevo Galáctico —dice Lucia.

—¿Qué quieres decir con «de algún modo»? —pregunta Aisha—. Pensaba que tenías a todos los friquis controlados. ¿Cómo es posible que alguien así forme parte de la Guardia Presidencial?

—Nunca llamó la atención.

El pequeño grupo que rodea al presidente ha llegado a la entrada del palacio presidencial y se dirige apresuradamente al despacho de Tony.

—¿Cómo no va a llamar la atención alguien que se traga esta basura? —exclama Tony.

—Antes era moderador de contenidos en Everybody —explica Lucia.

—¿O sea que estaba profesionalmente implicado con esta mierda? —pregunta Aisha—. ¿Se dedicaba a decidir qué había que eliminar y qué no?

—Exacto. Es un trabajo bastante estresante —añade Lucia—. Hay que cumplir con las cuotas bajo mucha presión, la mierda de siempre. Por desgracia, se ha demostrado que el estrés nubla la capacidad de juicio o, en otras palabras, el sentido común. Cada vez hay más casos de moderadores de contenidos que no soportan el bombardeo constante de mierda. En algún momento les asalta la duda, flaquean ante algún argumento...

—... y empiezan a creerse las sandeces que se supone que deben borrar —añade Aisha.

—Exacto —dice Lucia—. Es probable que ya diseñara un plan para acabar con A.I.sha mientras trabajaba para Everybody, pero nunca compartió sus siniestras intenciones con nadie. Por alguna razón incomprensible, debió de

convencerse de que alguien o algo vigilaba la red. Y fue muy disciplinado, eso hay que reconocérselo. Se entrenó y se preparó para entrar en la Guardia Presidencial. Estaba realmente comprometido con la causa.

—Pero lo has pillado —dice Tony.

—Bastante tarde... —replica Lucia.

Cuando el grupo entra en el despacho de Tony, la conversación pasa automáticamente de sus Smarms a la gran pantalla de pared.

—¿Cómo lo has desenmascarado? —pregunta Aisha.

Lucia duda un instante.

—La Guardia Presidencial forma parte del ejército —contesta—. Cuando me dio acceso a la red militar, etiqueté a todos los miembros de la Guardia por precaución. Naturalmente, tengo muchas otras etiquetas. Una de ellas incluye a todos los moderadores de contenidos. Cuando el miembro de la Guardia con doble etiqueta abandonó su puesto sin permiso, el sistema activó una alarma.

—Pero ¿por qué durante la conferencia del partido? —pregunta Aisha—. ¿Por qué no me disparó en un pasillo en algún otro momento?

—Sospecho que quería montar su espectáculo en un gran escenario.

—¿Hay más locos en la Guardia? —pregunta Tony.

—Ninguno que suponga un peligro para usted —dice Lucia—. Y si descubro alguno, lo aviso —añade con una sonrisa.

—Gracias, chavala —dice Aisha.

—A disponer, señora —responde Lucia, le guiña un ojo y termina la llamada.

—La chica es realmente buena —dice Aisha con aprecio—. ¿De dónde la sacaste?

—No fui yo —dice Tony.

—Ah, ¿no? —pregunta Aisha—. Tampoco puede llevar tanto tiempo en el cargo.

—No —dice Tony—. La nombró John.

De pronto, Aisha parece un niño pequeño al que acaban de decirle que Papá Noel se ha comido al Conejo de

Pascua.

—¿John? —pregunta.

—Fue una de las primeras y únicas medidas que tomó antes de..., en fin, ya sabes. Bum...

—¡Maldita sea, Tony! ¡Y le hemos dado acceso a la red militar!

—No lo entiendo —dice Tony.

—«Un miembro de la Guardia con doble etiqueta», por favor. «El sistema activó una alarma», ¡venga ya!

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunta Tony, pero Aisha lo deja plantado y sale del despacho—. Detesto cuando hace eso —murmura Tony.

DOS

Martyn tiene una costra ensangrentada en la oreja derecha. Vaga sin rumbo por las calles bajo la luz del atardecer, sin ninguna voz en su cabeza que le guíe. Se ha arrancado el gusano de la oreja con unas pinzas, casi regodeándose en su propio dolor. También ha perdido su maleta con ruedas en alguna parte. La única prenda de vestir que posee y que no lleva puesta es el gorro de los sueños. De vez en cuando se lo saca del bolsillo de la chaqueta para limpiarse la sangre de la oreja. Martyn pasa tambaleándose por delante de los mendigos, con sus carteles con códigos QR de QualiPay y What I Need Coins. Hay muchísimos y, sin embargo, nunca se había fijado en ellos. La próxima noche será probablemente la primera que pase Martyn en la calle. Por lo menos todavía hace calor por la noche; el cambio climático también tiene su lado bueno. Con una sonrisa amarga, Martyn recuerda que en su época de diputado participó en un proyecto de ley para incrementar las ayudas a los sintecho. Votó en contra. Si tiene suerte, la policía lo recogerá de nuevo esta noche. Tal vez por eso se dirige hacia las mansiones del Primer Distrito. Aunque es posible que simplemente esté caminando hacia su antigua casa, como un caballo de batalla que ha perdido a su *jockey* y no sabe qué hacer en la guerra. En una esquina se topa con dos *hoverboards* de alquiler desechados. Martyn menea la cabeza. Está tan preocupado que no se da cuenta de que un coche particular se detiene a su lado y abre sus puertas de ala de gaviota. Dos tipos bronceados y musculosos bajan y empiezan a empujar a Martyn.[27]

—¿Qué hace un inútil como tú en nuestro barrio? —pregunta Biff.

—No..., yo... vivo aquí —balbucea Martyn.

—Sí, claro —dice el amigo de Biff—. Tienes un nivel 2 y vives aquí.

—¿Nivel 2? —pregunta Martyn.

—Y un Smarm nuevo en el brazo —dice Biff—. Lo has robado, ¿no?

—Buscas jaleo, ¿eh? —pregunta el amigo de Biff.

—No, yo no... —murmura Martyn—, nunca quise nada de todo esto.

Biff se agacha, coge uno de los *hoverboards* y lo estrella contra la cabeza de Martyn. Martyn jamás ha experimentado en su vida un dolor semejante. Se tambalea y durante un momento cree haber perdido la vista. Biff deja caer el *hoverboard* de nuevo y golpea el pecho de Martyn, que pierde el equilibrio, cae de espaldas y ya no vuelve a levantarse.

—Pues aquí tienes jaleo —dice el amigo de Biff y le pega una patada en las costillas.

Biff se baja la cremallera de los pantalones. El amigo de Biff se ríe y hace lo mismo. Comienzan a orinar sobre su víctima, sonriendo de oreja a oreja. Martyn ni siquiera se defiende; se queda en el suelo sin hacer nada. Si todavía llevara el gusano del oído, oiría el DI-DO-DI-DAAA.

El viejo general chino Sun Tzu escribió en su libro *El arte de la guerra* que nunca debes dejar que tu enemigo te sorprenda con el rabo en la mano.[28] Pero eso es exactamente lo que les ocurre a Biff y a su colega: sus enemigos los sorprenden con el rabo en la mano. Una posición de partida francamente desfavorable.

Una lata de cerveza llena golpea la cabeza del amigo de Biff, que se lleva la mano derecha al lugar del impacto, con gesto de sorpresa. Sus genitales inesperadamente liberados se rinden a la fuerza de la gravedad y se moja los pantalones. Para revertir la situación, el amigo de Biff se agarra el rabo con la mano izquierda. Pero al hacerlo se suelta estúpidamente los pantalones, que también sucumben a la gravedad y se deslizan hacia abajo. Y, por lo tanto, la única respuesta posible al empujón que recibe por la espalda es caer hacia delante y aterrizar de bruces sobre

Martyn, cubierto de pis.

Mientras el amigo de Biff ejecuta este numerito de película muda, que hace las delicias de sus atacantes, una lata de cerveza llena pasa zumbando junto a la oreja del propio Biff. Este se gira rápidamente, pero su sorpresa es tan grande que no se limita a volver la cabeza. Sin pensar que está orinando, gira el cuerpo entero y moja con su chorro a su amigo, que se está cayendo. (Aunque sus chorros se cruzan, no se produce una inversión total de protones y ni una sola molécula de sus cuerpos explota a la velocidad de la luz.) En cuanto ha terminado de darse la vuelta, Biff puede ver a sus atacantes. No los conoce personalmente, y tampoco estos lo conocen a él, al igual que dos soldados enemigos que se matan a tiros por una orden no se conocen entre sí. De hecho, es posible que si se conocieran se llevaran bastante bien; probablemente se darían cuenta de que ven las mismas series e incluso tienen las mismas aficiones: algún juego de matamata de RV, o tal vez los abalorios de plástico. Pero forman parte de bandos enfrentados y llevan uniformes diferentes, por eso se atacan entre ellos en lugar de hablar de la última temporada de *Zombis en un barco*. Los atacantes de Biff también llevan algo parecido a un uniforme, una ropa horrible. Estilo años ochenta, pero peor.

—Mierda —maldice Biff—. Lo-levs.

Y es verdad, los dos chicos y la chica de la ropa cutre tienen niveles muy bajos. La chica se ríe. Una enorme cicatriz le parte la cara en diagonal y le da a su sonrisa un aire realmente inquietante. Los dos chicos tienen un nivel 4. La chica, claramente su líder, es de nivel 3. Biff ve esa información en sus lentillas. Pero por interesante que sea dicha información, en su estado actual tiene una utilidad muy limitada. La líder de los Lo-lev pega una patada en las partes íntimas desprotegidas de Biff, que aúlla, se sube los pantalones, se da la vuelta y trepa la valla de un edificio con más eficacia que elegancia. De hecho, Biff tiene tanto ímpetu que sale precipitado hacia el otro lado de la valla y aterriza en un montón de estiércol.[29]

El amigo de Biff, desamparado y en clara inferioridad numérica, se sube también los pantalones y echa a correr calle abajo entre las carcajadas burlonas de sus atacantes. La única parte de su cuerpo que segrega ahora fluidos corporales son sus ojos.

Martyn se incorpora. Un hombre se ha sentado en el coche de Biff. Es de nivel 2, pero Martyn no lo sabe, claro. El hombre inserta un cubo de memoria en el circuito de entrada de datos del coche. Cuando este se ilumina de color verde, el hombre vuelve a bajar.

—Márchate —le ordena.

—¿Adónde?—pregunta el coche.

—Adonde quieras... —responde el tipo con mala cara.

—Pero no sé ni dónde estoy —dice el coche—. ¿Qué me has hecho? No lo entiendo, estoy desorientado.

—Que te pires ya —insiste el hombre, con un tono tan amenazante que lo detecta incluso el coche, que se aleja en silencio. Martyn mira fijamente a los Lo-levs.

—¿Qué queréis de mí? —pregunta—. ¿Queréis robarme?

—Amigo, eres de nivel 1 —le dice el chico—. ¡Como alguien te robe, terminará con menos que antes!

—Ahora di «treinta y treeees» —le pide la chica, que mira a Martyn, cierra el ojo izquierdo y forma un rectángulo con los pulgares y los índices para que su lentilla tome una instantánea de la imagen contenida dentro del rectángulo.

Los Lo-levs se ríen, todos excepto el hombre que hace un momento ha echado al coche. Es el único que no tiene el rostro desfigurado. Es evidente que el sistema ya lo ha considerado siempre muy feo tal como es.

—¡Has alcanzado el nivel 1! —le dice a Martyn—. Creía que era imposible.

—Y lo es —balbucea Martyn—. Nadie alcanza un nivel 1, lo sé con certeza. Lo hacen así para que incluso los de nivel 2 crean que tienen algo que perder.

—Y, sin embargo, aquí estás: tirado en el suelo, cubierto de meados y con un nivel 1 —dice el hombre.

—Mis respetos, amigo. Mis respetos —dice uno de los chicos, cuya nariz rota claramente se soldó de nuevo sin ayuda de nadie.

—¡Ni siquiera el maestro tiene nivel 1! —exclama la chica, que inmediatamente se arrepiente de sus palabras.

El hombre al que acaba de llamar *maestro* le tiende la mano a Martyn.

—Me interesa muchísimo tu historia —le dice.

Bueno, hemos recibido el nuevo **D. R. I. V. A.** de myRobot y lo hemos puesto a prueba. **D. R. I. V. A.** son las siglas de Distinguished Reputable Intelligent Vehicle Android. El **D. R. I. V. A.** sustituye a un conductor humano y es igual de distinguido. Los vecinos nos miraban asombrados. Verdes de envidia. Genial. También con respecto a su uso cotidiano solo tengo cosas buenas que decir sobre el **D. R. I. V. A.** Como buen caballero, te abre siempre la puerta, sube la compra a casa y, cuando los niños preguntan por enésima vez «¿Cuándo llegaremos?», no pierde la calma y anuncia el tiempo de conducción restante también por enésima vez. Conclusión: ¡es indispensable! Podéis leer la reseña completa aquí. Y si mi pequeña reseña ha despertado vuestro interés, haceos con un **D. R. I. V. A.** Por ejemplo, todavía quedan algunos disponibles a buen precio aquí en **TheShop**.

Que os divirtáis.

Vuestra, Gaby.

¿CREES QUE TU FAMILIA ESTÁ JODIDA? ¡ECHA UN VISTAZO A ESTA!

Alan Fundador está de pie en un bar con aspecto de salón del Oeste. Se desabrocha el cinturón y se baja los pantalones.

—Pero Alan —dice la hermosa mujer rubia que está frente a él—, ¿en serio? ¿Ahora? ¿Aquí?

Alan la agarra por el hombro con la mano izquierda y la obliga a arrodillarse.

—Vamos —le dice.

Cuando la rubia se mete el pene en la boca, él levanta la pistola que tiene en la mano derecha y dispara en la cara del zombi que se acerca cojeando.

Nada de esto es real, por supuesto; Alan está en una realidad virtual. Kiki contempla la escena en su Smarm. Su padre está jugando a *Real Magic* y probablemente ha viajado a través de un portal temporal al salvaje Oeste. Otro zombi aparece detrás del mostrador.

—Bueno —dice Kiki—. Ya basta.

Introduce unos comandos y Alan es expulsado abruptamente de su sesión de RV. Está en la sala de juegos de su mansión, confundido y vestido de negro. Se quita las gafas de RV. Junto a la puerta hay una joven con una pistola eléctrica. Alan la apunta con el mando de la pistola.

—Eso no te servirá de nada —dice Kiki, sonriendo—. No es más que un juguete.

Alan se da cuenta de que tiene razón y baja la pistola.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—Lo único que quiero de ti es que me dejes en paz —le dice Kiki.

—Estaré encantado de hacerlo —dice Alan—. Pero debe admitir que entrar en una casa ajena y luego exigir

que la dejen en paz es un comportamiento un poco extraño.

—Sabes exactamente quién soy —dice Kiki.

—Me encantaría poder darle la razón —responde Alan —, pero no tengo ni idea de quién es usted. ¿Era empleada de myRobot? Le aseguro que no despedimos a nadie a la ligera. Pero la presión sobre los precios por parte de Quan 1... Debe entenderlo. ¿Era empleada en alguna planta de producción?

Kiki se queda mirando al hombre del MoCap negro, que tiene una pistola de juguete en la mano y el pene metido en un tubo de estimulación.

—Así es exactamente como siempre imaginé que conocería a mi padre —dice.

Kiki puede ver, de manera literal, los engranajes del cerebro de Alan esforzándose por procesar la información que acaba de recibir.

—¿Jayne? —pregunta por fin.

—Sí.

—Pero... ¿de verdad eres tú? ¿Jayne?

—¿Qué mierda de nombre es este, por cierto?

—Bueno... Era el nombre del avatar de tu madre en *La mazmorra de Dragondoels*, el mundo donde nos conocimos...

Kiki menea la cabeza.

—Qué romántico...

—Entiéndelo, vivíamos en ese mundo; estábamos totalmente sumergidos.

—Tan sumergidos que ni siquiera os disteis cuenta de que la niñera electrónica secuestraba a vuestro bebé.

—Lo siento mucho. No pasa una semana sin que piense en ti.

—¿Y eso qué significa? Una vez a la semana piensas: «Uau, lo del bebé nos salió fatal. Bueno, en fin, ¿qué se le va a hacer?».

—Entiendo que estés enfadada, tienes todo el derecho a estarlo.

—¡Ya te digo!

—¡No éramos nosotros mismos! Estábamos enganchados.

—¿Y eso es una disculpa?

—No, no es una disculpa. Solo una explicación.

—¿Qué pasó con mi madre?

—No lo logró. Después del..., del incidente, mi padre contrató a un consejero en adicciones que insistió en que me deshiciera de todo lo que me recordara mi adicción.

—¿Incluida mi madre?

Alan mira al suelo.

—Hasta me mudé a otra ciudad —prosigue—. Y no he vuelto a tocar unas gafas de RV.

—Claro, y lo de hoy es una excepción total, ¿no?

—Es solo porque Marvyn, mi hijo menor, juega, por supuesto, y quería ver qué ha cambiado desde... ¡Pero todo eso no importa! ¡Jayne! Me alegro tanto de verte. Bueno, o sea, esto es bastante inapropiado —dice señalando su aspecto—. ¿Te importa si me cambio?

Pero Kiki niega con la cabeza.

—No. Esto no es una agradable reunión familiar. Solo quiero que dejes de enviarme a tu sicario.

—¿Cómo? —pregunta Alan asombrado—. ¿De qué estás hablando...?

—El Cíclope —insiste Kiki.

—¿Quién?

—El siervo del Titiritero —dice Kiki simulando que habla en voz baja.

—¿El qué de quién?

—Oye, que incluso puedo llegar a entenderlo: es difícil imaginar una peor promoción para myRobot que una niñera electrónica que secuestra a la nieta del fundador. Pero, como puedes ver, ahora lo sé todo. Así que o le dices a tu sicario que me deje en paz, o el escándalo estará en la red mañana.

—Pero es que... —balbucea Alan—. Es que no... ¿De qué hablas? Tu desaparición fue un desastre para mí.

—¡Pues para mí no te digo! —exclama Kiki—. Pasé la mitad de mi infancia viviendo a base de cucarachas.

—¡Pero te buscamos, niña! Te buscamos durante muchísimo tiempo. Y sí, es verdad, cuando cumplí

dieciocho años mi padre me dio un alto cargo en la empresa para elevar mi nivel y así poder usar el derecho al olvido. Y, sí, lo hizo: mi padre ejerció el derecho al olvido para salvar la empresa. Pero tienes que creerme, pasamos muchísimo tiempo buscándote, Jayne. Nada más alejado de mis intenciones que mandar que te mataran. ¡Tu niñera era un prototipo, la primera de su clase! Después de que se volviera loca...

—No se volvió loca, la golpeaste...

—Le faltaban elementos de seguridad. Elementos que, por supuesto, todos nuestros modelos posteriores llevan de serie...

—¡Que no soy periodista! —exclama Kiki, molesta—. A mí no tienes que convencerme de las bondades de tus productos.

—No logramos localizar a la niñera. Desapareciste de la faz de la tierra.

—Claro, porque el hecho de que quisierais mantener la búsqueda en secreto no influyó para nada...

—Estábamos a punto de lanzar las niñeras al mercado. Ya teníamos a los partidarios radicales de las familias en contra y mi padre... Era el trabajo de su vida. La niñera apagó su módulo GPS.

—¡O se lo rompiste tú cuando la golpeaste!

—El ataque contra la niñera fue en realidad un reflejo de mi enfado contra mi padre.

—¿Eso te lo dijo tu terapeuta o te lo has inventado tú?

—¡Tu desaparición me ha hecho sufrir toda la vida! Aunque las circunstancias sean un poco extrañas, ¡me alegro tanto de verte! ¿Estás bien?

Kiki se deja caer en un sillón en un rincón de la sala.

—Entonces, ¿realmente no sabías nada de mí y no has enviado a un sicario a matarme?

—¡No! ¡Te lo juro por Reagan, Thatcher y todos los santos!

—Maldita sea —dice Kiki—. O es la verdad, o mientes mejor que un bot de ventas.30

—En serio: un padre que manda matar a su propia

hija... Eso solo ocurre en las novelas malas.[31] ¡Me alegro mucho de verte!

Kiki se lo queda mirando.

—Si ese es el caso, no tendrás problema en despertar a tu esposa y a tus hijos y presentarme.

—Bueno —dice Alan después de una larga pausa—, tienes que entender que no saben nada de la historia, y sería bastante nefasto para las relaciones públicas de la empresa si todo esto saliera a la luz, o sea que... ¡Pero me alegro mucho de verte!

—Sí, lo has dicho varias veces.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera, quizás? —pregunta Alan—. ¿Qué te parece si te compenso por lo que te pasó?

—No quiero tu dinero.

—Podría conseguirte un trabajo en la empresa...

—Creía que había mucha presión sobre los precios por parte de Quan 1... —dice Kiki.

—Sí, bueno... —contesta Alan—. Tampoco estamos tan mal. Podría conseguirte un buen puesto. ¿Sabes algo de informática?

Kiki no puede evitar sonreír.

—¿Es eso un sí? —pregunta Alan en voz baja.

Su hija se levanta sin decir nada y se dirige a la puerta.

—¿Adónde vas ahora? —exclama Alan—. ¡¿Jayne?!

—Me llamo Kiki.

UNO

Los Lo-levs se han ofrecido a acompañar a Martyn a alguna casa. Alguna casa, porque los Lo-levs auténticos no tienen una residencia fija, claro: disponer de una vivienda habitual produce un efecto demasiado positivo en el propio nivel. Siempre consiguen alojarse en casa de alguien que se marcha de vacaciones. Es facilísimo saber qué casas hay disponibles estudiando las fotos que la gente cuelga en Everybody. Hace poco se alojaron en la casa de una familia que se había ido de vacaciones a las playas de Suecia. Martyn también solía veranear en Suecia. El norte de Suecia, en particular, sigue teniendo temperaturas soportables incluso en pleno verano. Pero la familia regresó hace unos días y desde entonces los Lo-levs han estado durmiendo en algún lugar del parque Zuckerberg.

Martyn los ha llevado hasta su antigua casa. A lo mejor lo ha hecho por gratitud por haberlo salvado, o por la necesidad desesperada de sentirse parte de algo y no estar solo. Ya no tiene acceso a la casa, por supuesto, pero eso no es un problema para los Lo-levs. Martyn no les ha dicho que se trataba de su antigua casa, sino tan solo que había visto una casa en venta cerca.

Ahora está sentado en su viejo sofá, completamente inerme. En su dormitorio, en su cama de matrimonio, la chica se divierte con los dos chicos. Ni siquiera se han tomado la molestia de cerrar la puerta. Los tres copulan en las posiciones más bastas imaginables. A Martyn la situación le parece muy confusa, aunque todavía lo confunde más que no le venga una erección al verlos: es evidente que no está bien.

Entretanto han llegado aún más Lo-levs, que se agolpan en la cocina, los baños y las habitaciones de los niños. Al

parecer ha corrido la voz de que hay un buen lugar donde alojarse, aunque también es posible que hayan venido a verlo a él, el hombre de nivel 1. Pero deben de haberse llevado una decepción, porque sus nuevos compañeros de piso apenas le han prestado atención. Martyn no quiere ni saber qué están haciendo en ese mismo momento.

Un joven al que no conoce de nada se le acerca. Apesta, probablemente lleve mucho tiempo sin lavarse. Pero Martyn también apesta.

—¡Mira, eres un meme! —exclama el chico, divertido, y le pasa su QualityPad a Martyn. Martyn ve la foto que la chica le tomó en la calle: está sentado en el suelo, bañado en pis, con la ropa desgarrada y una oreja sangrando. Debajo de la imagen pone: *«I'm number 1 so why try harder?»*. Al parecer, medio internet ha compartido y comentado ya la foto. Al ver que Martyn no reacciona, el chico vuelve a marcharse.

El hombre al que los demás llaman *maestro*, el de la cara fea, entra en el salón con una silla. Coloca el respaldo ante Martyn y se sienta a horcajadas, mirándolo directamente a los ojos. Entonces señala hacia el dormitorio.

—¿Quieres jugar con los niños?

Martyn sacude la cabeza.

—Puedes masturbarte en el sofá también. No nos importa.

Martyn vuelve a negar con la cabeza.

—Y yo que habría dicho que eso era justo lo que te molaba. Martyn.

Martyn se sobresalta ante la mención de su nombre. Mira fugazmente a los ojos del hombre, pero enseguida vuelve a bajar la mirada.

—De entrada, no te había reconocido —dice el maestro —. Has cambiado bastante. Pero al final he caído en la cuenta. ¡Claro, el pajillero del vídeo! ¡El que quería follarse en cuclillas a la becaria en la sala de plenos! ¡El que hizo explotar al hombre de hojalata!

Martyn cierra los ojos. Así pues, su vida puede

resumirse en estas tres frases: el pajillero del vídeo, el que quería follarse en cuclillas a la becaria en la sala de plenos y el que hizo explotar al hombre de hojalata. Martyn no dice nada. No tiene nada que añadir.

—Y nos has traído a tu casa, ¿verdad? Tu antigua casa.

Martyn asiente en silencio.

—Muy bonita —dice el maestro.

Martyn esboza una sonrisa cansada.

—Nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, ¿verdad? —pregunta el maestro, riendo.

Martyn no responde.

—No me tienes miedo, ¿verdad? —pregunta el maestro.

Martyn niega con la cabeza.

—Te entiendo perfectamente —dice el maestro—. Crees que te da igual vivir que morir. Pero déjame que te diga algo: eres demasiado mayor para suicidarte.

—¿Cómo?

—Has dejado pasar el momento —dice el maestro—. Lo dejaste pasar hace mucho tiempo. Cuando un adolescente se suicida, es un *shock* para todo su entorno. Diría que hasta los veintisiete años tu suicidio habría lanzado un mensaje. Ahora, en cambio, no sorprendería a nadie. Eres demasiado viejo. Si te suicidas ahora, lo máximo que dirá la gente es: «Ya, en su situación es comprensible». O: «Yo en su lugar hace ya tiempo que me habría suicidado». Eso si es que se dan cuenta de que te has suicidado, claro. O sea, que no creo que te vayas a suicidar. Bueno, ahora tampoco creas que me importa. Si quieres hacerlo, adelante: yo no te lo voy a impedir.

El maestro mete la mano en el bolsillo del abrigo y le ofrece un viejo revólver a Martyn.

—Al contrario —añade—. Incluso puedo ayudarte.

Martyn sostiene la pistola entre las manos, pero finalmente sacude la cabeza y se la devuelve.

—Lo sabía —dice el maestro con una carcajada—. Y ahora cambia de cara, me pone de los nervios. Estás en lo más bajo, no tienes nada que perder. ¿No entiendes lo que

significa?

Martyn asiente con la cabeza.

—¡Eres libre, tío! ¡Por fin eres libre!

Martyn suspira.

—No lo entiendes —le dice finalmente—. Lo tenía todo, y ahora...

—Para librarte de tu melancolía solo debes aceptar que nada tiene sentido —dice el maestro—. Entonces entenderás que puedes hacer lo que te dé la gana.

Martyn vuelve a asentir con la cabeza. El maestro aparta la silla y se sienta junto a Martyn en el sofá.

—Antes era como tú —le dice—. Trabajaba en un banco.

—¿Eras rico? —pregunta Martyn con asombro.

—No todos los que trabajan en un banco son ricos —responde el maestro—. Pero tenía un sueldo decente, es cierto. Sobre todo si se tiene en cuenta que mi trabajo era completamente inútil. Trabajaba en el departamento de *compliance*. ¿Te dice algo?

—Te asegurabas de que el banco cumpliera las normas.

—En teoría, sí. En la práctica, el banco pasa olímpicamente de las reglas, por supuesto. Así que mi trabajo consistía en redactar o, mejor dicho, inventar informes en los que fingía que habíamos seguido las normas y que habíamos evaluado con sumo detalle a todos nuestros socios y nuestras prácticas comerciales. No se los leía nadie. Todo el mundo en el banco sabía que eran patrañas. Y, por supuesto, los cuatro auditores que habían sobrevivido a la última reforma bancaria también sabían que eran patrañas. ¿Alguna vez has pasado años dedicándote a un trabajo de mierda? Te consume por dentro. Fui a un psicólogo y me dijo que no tenía depresión, que, simplemente, mi vida era una mierda.

—¿Eso lo dijo el psicólogo?

—Lo que me dijo, en realidad, fue: «No le aconsejo que vaya a terapia, sus circunstancias están clarísimas», lo que en el fondo significa lo mismo. De modo que lo mandé todo a paseo. ¡Y ahora mírame! Feliz y libre.

—Pero ¿qué pasa con esos niños? —pregunta Martyn —. ¡Su vida no puede reducirse a eso!

El maestro chasca los dedos y la gran pantalla se enciende.

—*Real Magic*, la serie —dice—. Primera temporada. La escena en la que los muertos vivientes atacan por primera vez.

Unos zombis asquerosos aparecen en la pantalla, dispuestos a abalanzarse sobre un grupo de adolescentes.

—¿Sabes por qué los zombis están tan de moda entre los jóvenes? —pregunta el maestro.

—Ni idea.

—¿Qué tienen de especial, en comparación con otros monstruos?

—No lo sé.

—Que no te matan, sino que te convierten en uno de ellos. Y yo creo que eso es lo que, en secreto, más temen los jóvenes. Que los muerda uno de los tuyos y se vuelvan como vosotros: oficinistas, banqueros y políticos charlatanes. ¿Qué te parece mi teoría?

—Pero ¿y tú? —le pregunta Martyn—. También eres una especie de zombi elevado a la enésima potencia, ¿no?

—¿Yo? Al contrario. Nunca le he dicho a nadie que se convierta en un Lo-lev. No me importa que algunos jóvenes dejen de hacerlo, ni tampoco que mueran en el proceso. — El maestro le pasa el brazo por los hombros. Aunque el gesto lo incomoda visiblemente, Martyn no tiene ni la fuerza ni el valor necesarios para resistirse—. Pero, Martyn, amigo mío, tienes que confesarme algo... ¿Cómo diablos se llega al nivel 1?

—No me creerías aunque te lo contara.

—Dame una oportunidad.

—John of Us... —dice Martyn.

—¿El hombre de hojalata que hiciste volar por los aires?

—Sí. No está muerto. Se ha apoderado de la red. Y lo ha hecho para vengarse de mí.

El maestro se ríe.

—Caramba, ¿no me digas? Solo para vengarse de ti, ¿no?

—Bueno, tal vez no «solo». Pero «también».

—Vaya, vaya.

—¿Lo ves? No me crees.

—No, que sí, que sí —replica el maestro—. Es posible.

—¡Pues entonces no entiendes las implicaciones! —dice Martyn—. ¡Una IA, una IA potencialmente malvada, se ha apoderado de toda nuestra infraestructura electrónica!

—Vale, ¿y qué?

—¿Cómo que «y qué»? —pregunta Martyn—. Acabo de describir el fin del mundo y lo único que se te ocurre decir es «¿y qué?».

—Martyn, a los Lo-levs no les importa el futuro. ¿Por qué debería temer el fin del mundo?

—¿Cómo puedes vivir así?

—Mucho mejor que antes, gracias por tu interés. Me importa un huevo si la humanidad se muere. La humanidad me repugna. Me he dado cuenta de que al mundo le importo una mierda. ¿Y sabes qué? A mí también me importa una mierda el mundo. Que arda.

—Siempre sospeché que esa era la actitud generalizada entre los banqueros —le espeta Martyn.

—¡Anda, pero si tienes sentido del humor! —dice el maestro, riéndose.

Martyn mira a su alrededor. En la mesa, los Lo-levs se tiran comida unos a otros. Hay un chico meando en un rincón de la habitación. Una mujer se pincha.

—He cambiado de opinión —dice Martyn—. Sí quiero el arma.

El maestro sonríe y se la da.

¡EL TITIRITERO DESENMASCARADO! ¡NO TE VAS A CREER QUIÉN ES!

Kiki está de pie junto a una enorme valla publicitaria que anuncia pastillas contra la solitaria. O bien ha conseguido confundir a los algoritmos de forma permanente, o bien debe ir al médico cuanto antes. El viejo ha identificado el lugar desde donde el Titiritero mueve los hilos del Cíclope. Han introducido las coordenadas del GPS en la red, pero no han obtenido nada. Así pues, Kiki se ha desplazado hasta el sitio en cuestión, consciente, naturalmente, de que puede tratarse de una trampa.

Se encuentra frente a una antigua fábrica. Kiki también tiene por fin una idea de a quién se va a encontrar allí dentro. Ha intentado localizar a Pierre, sin éxito. (No se le ha pasado por alto, por cierto, que Pierre tiene un gran parecido con Peter, solo que a ojos de Kiki es un poco peor que Peter en todos los sentidos: un poco más vanidoso, un poco más superficial y no tan..., en fin, no tan agradable.) Al final ha logrado dar con el paradero de Pierre: está en el hospital de QC Norte, seriamente maltrecho. Kiki sospecha que eso también tiene que ver con ella. Pero ¿quién podría saber que en su día estuvo con Pierre y que ahora tiene algo con Peter?

Desactivar el sistema de seguridad del Titiritero le ha costado un poco, pero en el fondo ha sido un trabajo rutinario. Ahora que Kiki ha accedido a la planta de la antigua fábrica, ya no se esfuerza por no hacer ruido. Cuando te acompaña un robot soldado de ciento veintiocho kilos que parece un troll, el sigilo no tiene mucho sentido.

—¿Te sabes el chiste del hombre de los dos pandas? —pregunta Pink.

Aunque tampoco ayuda que Mickey lleve en las manos

un QualityPad que se niega a que lo silencien.

—¡Guau, guau!

Y luego, claro, está el perro electrónico.

—Shhhh... —les dice Kiki.

—Tú te lo pierdes —refunfuña el QualityPad.

Kiki quería llevarse a Mickey, Mickey se ha negado a salir de casa sin Pink, y Pink ha insistido en sacar a pasear a su perro. Así es la vida, ¿qué se le va a hacer?

Está oscuro. Solo la luz de los paneles publicitarios frente a las ventanas ilumina la gran planta de la fábrica, que parece ser un taller de Monsterbots. En una mesa de trabajo, a la izquierda de la entrada, Kiki ve un Megamonsterbot de un brazo de longitud. Se trata de *Red Revenge*, el bot con el que Scarlett ganó el combate contra su «hermano gemelo». Parece un poco maltrecho y probablemente necesite algunas reparaciones.

Una frase vuelve a la mente de Kiki: «¿Tan segura estás de que el Titiritero es un hombre?». No puede evitar sonreír.

Echa un vistazo a la oscura planta de la fábrica y trata de distinguir algo.

A la derecha de la entrada hay un pequeño salón con un viejo tocadiscos sobre la mesa de centro. *Honky Château* de Elton John gira sobre el plato. Hay una neverita junto a la pared, con una sandwichera encima.

—Adelante, Mickey.

El robot soldado asiente, pasa delante de Kiki y, al instante, se oye un estrépito de cristales.

—Roto.

—No me digas.

Acaba de romper una vitrina. Estaba encima de un pedestal y protegía otro pequeño Monsterbot, seguramente una pieza de coleccionista. Hay varios pedestales con vitrinas repartidos por toda la sala. Al momento se oye un segundo estrépito de cristales rotos, y Kiki dice:

—Quizás deberías encender tus reflectores, grandullón.

—Si se me permite una observación —interviene Pink —, los reflectores nos convertirían en un objetivo

cooperativo. Mientras me lleves de un lado para otro, no me parece una solución apropiada.

De nuevo se oye un estrépito: otra vitrina destruida.

—Roto —repite Mickey.

Kiki da dos palmadas y dice:

—¡Luces!

Las luces de toda la fábrica se encienden de repente, justo a tiempo para que Kiki vea que un Monsterbot se les acerca por la espalda a gran velocidad. Pero apenas mide medio metro de altura. Kiki vuelve a reírse. Como todos los verdaderos fans, ha reconocido el bot inmediatamente. Es el primer Megamonsterbot de Scarlett: *Red Rage*.

—¿Qué pretendes conseguir con eso? —pregunta Kiki.

Pero el pequeño Monsterbot no se amilana y, con un rápido golpe, le hace un corte en la espinilla.

—¡Ay! —grita Kiki y le pega una patada al Monsterbot, que sale volando varios metros por la planta de la fábrica y destroza otra vitrina de Monsterbots.

—¡Siempre he querido hacer eso! —exclama Pink.

—¡Déjate de tonterías! —grita Kiki, y su voz resuena por toda la fábrica—. Solo quiero hablar contigo.

Pero es evidente que el Titiritero no está de humor para hablar. En lugar de eso, los Monsterbots de los expositores cobran vida tras los cristales. Sus ojos comienzan a brillar de color rojo. Rompen las vitrinas, saltan de los pedestales y se lanzan contra Kiki.

—¡Mickey!

El pesado pie de Mickey cae sobre un Monsterbot azul y lo aplasta como si fuera una lata de cerveza. Kiki pisa un bot de aspecto desagradable, armado con varias hojas de sierra, y, de una patada, lo lanza contra otro con aspecto de oso que corre a cuatro patas.

—*¡Vagabundo!* ¡Ataca! —grita Pink, y su mascota enseña los dientes.

Un Monsterbot que estaba a punto de clavarle a Kiki una lanza en la rodilla acaba entre los dientes metálicos del perro.

—Esto es como *Toy Story* en versión pesadilla... —dice

Pink.

Una serie de violentas explosiones sorprenden a Kiki. Mickey ha disparado contra los Monsterbots, pero un espécimen particularmente rápido ha logrado treparle por la pierna y ya se le está encaramando por la espalda. Kiki agarra al osado bicho por los pies, lo blande como si fuera un garrote y lo lanza contra el Monsterbot más cercano. Los bots son excelentes luchadores, rápidos y ágiles. Pero Bruce Lee también lo era y, aun así, en una pelea directa contra un Tiranosaurio Rex saldría derrotado. A veces el tamaño sí importa. Mickey los va convirtiendo en chatarra hasta que solo queda un Monsterbot funcional. Es *Red Revenge.* Se encuentra en un pedestal junto a Kiki, que se gira para mirarlo. Los ojos del robot son diferentes a los de sus compañeros; no brillan de color rojo. *Red Revenge* salta hacia ella con la espada en alto, apuntando directamente a su cuello. Mickey pesca al Monsterbot en pleno vuelo y lo aplasta contra su propia cabeza.

—Uau, tío —le dice Pink—. ¡Eso sí ha sido un movimiento de *killer!*

—¡Roootooo!

—¡Ya te digo!

—¡Roootooo!

—¿No sabes decir nada más? —pregunta Kiki.

—Hodor —dice Mickey.

—Ja, ja, muy gracioso —dice Kiki.

Pink se ríe.

—¡Me alegro de tenerte de vuelta, amigo!

—¡Nunca mejor dicho! —responde Mickey.

Todos se lo quedan mirando fijamente, incluso el perro.

—¿Qué pasa? —pregunta Mickey—. ¿Qué estáis mirando?

—¡Habla! —dice Kiki—. ¡Con frases completas!

—Tenía un leve bloqueo mental —dice Mickey.

—¿Y ahora?

—Ya no.

—Bueno, ahora tampoco te flipes y te pases todo el

rato hablando —dice Pink—. Ese es mi rol en esta pareja.

Kiki pone los ojos en blanco. Sangra por varios cortes, tiene los pantalones hechos jirones y está de mal humor.

—¡Titiritero! —grita—. ¡Se terminó la pantomima! ¡Sal ahora mismo!

Mickey señala una pequeña y discreta puerta en un extremo de la planta de la fábrica.

—Un rastro de calor —dice.

Pisando cristales rotos y restos de Monsterbots, Kiki llega junto a la puerta y la abre. Detrás hay una cortina, que aparta de un tirón. Dentro de la habitación está Guybrush Diseñador de Juegos, vestido con un traje de *jockey*. Guybrush se vuelve hacia ella con una tímida sonrisa.

—Ahí está —dice Pink—. El Mago de Oz.

—Ah, hola Ki..., digo, Jaqueline... —dice Guybrush, con expresión inocente—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Sigues buscando al Titiritero?

—No —contesta Kiki—. Creo que ya lo he encontrado.

—¿Lo arresto? —pregunta Mickey.

Kiki asiente con la cabeza.

—Sí, por favor.

Antes de entrar en la habitación, Mickey pega un puñetazo a la pared para ajustar las dimensiones de la puerta a su tamaño. Entonces agarra a Guybrush y lo levanta del suelo.

—Vale —dice Kiki—. Primera pregunta: ¿te contrató mi padre?

—Jaqueline —contesta Guybrush, braceando—. No tengo ni idea de qué estás hablando.

Kiki pone los ojos en blanco.

—Sabes perfectamente quién soy.

—No, tiene que haber algún malentendido... —gimotea Guybrush.

—Vale —dice Kiki—. Mickey está a punto de empotrarte la cabeza en esa pared. Contaré hasta tres y, entonces, abracadabra. A la una..., a las dos...

Mickey toma impulso.

—¡No, no! ¡Para, para! —grita Guybrush.

—Te escucho —dice Kiki.

—Sí, vale, lo admito: soy el Titiritero.

—¿Y mi padre te ha...?

—¿De qué va todo este rollo sobre tu padre? Me importa un huevo quién sea tu padre.

—Pero entonces, ¿por qué me sigues?

Guybrush mira a Kiki con odio.

—¡Porque me robaste! —grita finalmente—. Y nadie roba al Titiritero.

—¿Yo? ¿Te robé?

—Solo dime una cosa: ¿qué carajo es una cuota VLZ?

—Maldita sea —dice Kiki y se ríe—. ¿Es por eso? ¿Te hackeé accidentalmente la cuenta? Pero el cargo no podía ser muy elevado...

—¡Me robaste exactamente una calidad!

Kiki parpadea y se queda mirando a Guybrush durante mucho tiempo.

—¿En serio? —pregunta al final—. ¿Una calidad? Pero si con eso ya no puedes ni comprar un AzuSaGra...

—¡Nadie roba al Titiritero!

—Una calidad —repite Kiki, sacudiendo la cabeza—. ¡Pero has invertido unos esfuerzos completamente desproporcionados!

—Es una cuestión de principios. ¡Una cuestión de respeto! ¿Cómo va la gente a tomarse en serio al Titiritero si se deja robar?

—¡Nadie sabe que te robé una calidad!

Guybrush se queda pensando un rato.

—Eso no es verdad —dice al final—. Yo sí lo sé.

—¿Cuánto cuesta uno de tus avatares? ¿Un millón? ¿Más?

—Más.

—¿Te has gastado más de tres millones de calidades para recuperar una? —pregunta Kiki—. ¿No te parece un poco exagerado?

—¡Que no se trata de una calidad! —insiste Guybrush —. Antes de ti, nadie se había atrevido a robarme. ¡Nadie!

O tal vez debería decir que, antes de ti, nadie había sido lo bastante estúpido como para robarme.

—O a lo mejor tú no habías sido lo bastante inteligente como para darte cuenta —propone Kiki—. La forma en que has tirado el dinero me hace pensar que no eres demasiado brillante. Y ahora probablemente te has quedado sin blanca y no puedes permitirte un nuevo avatar. Si no, no me habrías atacado con tus robots de juguete y...

—Por cierto, está mintiendo —dice Pink.

Mickey asiente. *Vagabundo* ladra.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunta Kiki—. ¿Se le han dilatado las pupilas? ¿Podéis medir su frecuencia respiratoria a distancia?

—No —dice Pink—. Su historia es una bola que flipas.

—Una bola total —coincide Mickey.

Kiki mira a Guybrush.

—Sí —admite ella por fin—, probablemente tengáis razón.

Entonces saca una cuerda y un gancho de la mochila. Le entrega el gancho a Mickey, que lo enrosca en una viga del techo, y entretanto usa la cuerda para atar las manos y los pies de Guybrush.

—¿Qué haces? —pregunta este—. ¿Qué estás haciendo?

—Una vez conocí a un dron con miedo a volar —dice Kiki.

—¿Cómo?

Kiki hace un gesto y Mickey cuelga a Guybrush del gancho. Boca abajo, con las manos y los pies en alto.

—Ella odiaba colgarse de esa cuerda —dice Kiki—. Pero estoy seguro de que le habría gustado verte a ti colgando.

—¡Por favor! —grita Guybrush—. Esto es muy incómodo.

—Sí, esa es la idea —dice Kiki—. A ver, otra vez: ¿quién te contrató?

—¡Cucaracha infecta! —grita Guybrush—. Te voy a pisotear y ...

De pronto se queda callado.

—¿Qué pasa? —le pregunta Kiki—. ¿Has recordado en qué posición estás o vuelves a tener problemas de conexión?

—¡Yo nunca he tenido problemas de conexión! —brama Guybrush.

—¿No? Vale, espera, déjame adivinar —dice Kiki, y entonces suelta una carcajada mordaz—. ¡Ya lo sé! Tenías que parar de torturar y matar cuando la zorra de Scarlett venía a visitarte.

—¡Scarlett no es una zorra! Vista desde abajo, la verdadera clase siempre se confunde con arrogancia.

—Espera un momento, tengo una idea —dice Kiki y sale de la habitación. Al rato vuelve con *Red Rage* en sus manos—. Este es el primer Monsterbot de Scarlett y su favorito, ¿verdad? —pregunta Kiki.

Red Rage tiene algunos rasguños, pero por lo demás ha sobrevivido sorprendentemente bien a su patada. Kiki coge el brazo derecho del Monsterbot y tira de él hasta que el metal empieza a crujir.

—¡No te atreverás! —grita Guybrush.

De un tirón seco, Kiki le parte el brazo al robot. Entonces ladea la cabeza, sonríe y mira a Guybrush, que le devuelve una mirada furiosa. Kiki empieza a doblar el brazo izquierdo del robot hacia atrás.

—¡No sé quién me contrató! —grita Guybrush—. Solo hablé con dos abogados muy extraños. Al principio pensé que eran gemelos, pero creo que no son familia. Seguramente recibieron la misma actualización prenatal.

—Vale, de acuerdo —dice Kiki—. ¿Y no te picaba la curiosidad? ¿No intentaste averiguar quién había detrás de los abogados?

—¡No! —exclama Guybrush—. ¡Lo prometo! No lo sé.

—Está mintiendo —dice Mickey.

—¿Porque su historia es una bola que flipas?

—No —responde Pink—. Tiene las pupilas dilatadas. Y le ha aumentado la frecuencia respiratoria.

—Pero eso también podría deberse a su situación

general —dice Kiki.

—Sí, es verdad.

—Vamos a averiguarlo —dice Kiki, y rompe el brazo izquierdo del Monsterbot.

—¡Desgraciada! —grita Guybrush.

Muy lentamente, Kiki empieza a retorcer la cabeza del robot.

—¡Bob Presidente! —exclama Guybrush—. Los abogados trabajan para una empresa que pertenece a Bob Presidente a través de varios holdings.

—Hmm —murmura Kiki, que deja el Monsterbot en el suelo—. Bob Presidente, ¿eh?

—A lo mejor no le gustó que arruinaras a su hijo con ese vídeo —dice Pink.

—Aquel imbécil se buscó su propia ruina —replica Kiki, meneando la cabeza—. ¿El vídeo en el que se hacía una paja? ¿De eso se trata? ¿En serio?

—El hombre no sabe que su hijo era solo uno de tantos pajilleros —dice Pink—. Y no tiene ni idea de que no fuiste tú quien publicó el vídeo.

—Desde su punto de vista, atacaste deliberadamente el honor de su familia —dice Mickey.

—¿El honor? —pregunta Kiki—. Por Dios, ¿cuándo van a empezar a poner inhibidores de la testosterona en el agua del grifo?

—A lo mejor le preocupa que puedas disponer de más información perniciosa contra su hijo —dice Pink.

—El honor de un hombre... —empieza a decir Guybrush.

—Cierra la boca, anda —le espeta Kiki—. Me encantaría estar ahí cuando le expliques a Scarlett que todos sus juguetitos están rotos.

Guybrush no responde.

—Pero no te preocupes —dice Kiki—, tienes problemas más graves que Scarlett.

Kiki proyecta su Smarm en el monitor que hay detrás de Guybrush. Es un artículo de uno de los principales sitios de *clickbait*. Le da un empujoncito a Guybrush para que gire

colgado del gancho. Ahora puede leer el titular. Dice: ¡EL TITIRITERO DESENMASCARADO! ¡NO TE VAS A CREER QUIÉN ES!

Kiki se da la vuelta.

—Vámonos, niños.

—Te voy a matar, zorra —grita Guybrush a sus espaldas—. ¡Aunque sea lo último que haga! ¡Tengo el tercer mayor *kill count* de QualityCity! He matado a más gente de la que has conocido en tu vida. Una noche, cuando ya hayas dejado de pensar en mí, cuando te creas a salvo y estés dormida en tu cama, te clavaré un cuchillo de sierra en el corazón y profanaré tu cadáver.

Kiki sacude la cabeza y se vuelve hacia él.

—Bueno, siento decírtelo, pero eso ha sido una soberbia estupidez —le dice—. Mickey, hazle un favor al mundo y acaba con su triste vida.

Mickey levanta el brazo derecho y envía una descarga eléctrica directamente al corazón de Guybrush, que se retuerce un breve instante antes de quedar inmóvil. Está muerto.

—Uau —dice Pink—. ¡Lo has achicharrado, colega!

—Menudo capullo —dice Mickey. *Vagabundo* ladra.

—Sí, bueno —dice Pink—, supongo que no ha sido el comentario más inteligente en su situación actual.

—Pues no, no lo ha sido —dice Kiki con un suspiro—. Pero esto es justo lo que intentaba evitar. Ahora tenemos que eliminar nuestro rastro... ¿Alguien tiene una cerilla?

—No, no tengo una cerilla —dice Mickey—. Pero tengo un lanzallamas.

ESTE ES EL ÚLTIMO CAPÍTULO DEL LIBRO. ¿CÓMO TERMINARÁ?

Es una noche oscura. Aisha no ha parado de dar vueltas en la cama, hasta que en algún momento se ha dado por vencida y ha vuelto a vestirse. Ahora está de pie en lo alto de la estructura a medio construir de la Torre Cocinero. Ha subido los ciento veintiocho pisos a través de escaleras y escalas de mano provisionales. Ha tardado bastante, pero no le importa. Quiere darle tiempo a John para que se dé cuenta de lo que se propone. Como si necesitara tiempo... Pero Aisha quiere que le preste toda su atención.

Desde el borde de la azotea contempla las luces de QualityCity. Entonces abre su QualityPad.

—John —dice—, tenemos que hablar. Estoy segura de que sigues ahí. Doy por sentado que fuiste tú quien nos salvó a Tony y a mí del atentado, y te quería dar las gracias por ello. También estoy bastante segura de que puedes oírme, en cualquier momento y en cualquier lugar. Por desgracia, parece que no quieres hablar conmigo, y yo no puedo aceptar esta situación. Voy a hacer lo siguiente: voy a dar un paso adelante, muy lentamente, y quiero que me detengas. Solo tienes que decir algo.

Aisha da otro pequeño paso hacia delante hasta que las puntas de sus zapatos asoman sobre el precipicio.

—Tal como lo veo yo, aquí hay dos posibilidades. Acabo de poner el ejército de QualityLand en manos de una IA, y esta o bien es despiadada, o es bienintencionada. Y llámame patológicamente curiosa, pero... ¿cómo decirlo?..., me muero por saberlo. Bueno, admito que hay una tercera posibilidad, y es que me haya vuelto loca. Yo diría que las probabilidades son del cincuenta por ciento. Pero por lo menos soy consciente de que existe esa posibilidad. Y eso

hace que sea menos probable, ¿no crees? Porque los locos de remate están siempre seguros de sus chifladuras, ¿no? Creo que estoy farfullando. En fin, que te agradecería mucho que dijeras algo.

La mirada de Aisha planea sobre las luces de la gigantesca ciudad.

—Y ya que nos estamos sincerando, tengo que confesarte que estoy absurdamente celosa —añade, y se ríe —. Y es verdad, parece una locura. Pero ¿qué tiene ella que no tenga yo? Dime. ¿Es solo porque es más joven? ¡Malditas jovenzuelas!

Aisha respira hondo.

—Bueno. Bromas aparte. Puede que pienses que no lo voy a hacer. Pero te equivocas. Puede que creas que no tengo una buena razón, pero, sinceramente, haber creído que Skynet era Wall-E me parece una de las mejores razones del mundo para tirarse de un rascacielos. Si eres una inteligencia malvada y te he entregado nuestros sistemas armamentísticos, prefiero dejarlo aquí. Pero si eres quien siempre creí que eras, entonces di algo.

Muy lentamente, Aisha levanta el pie derecho.

—Digamos que daré un paso adelante agarrándome tan solo a la fe.

Mira hacia abajo y siente vértigo. Tiene el reflejo de retroceder, pero se controla.

—John —dice—, es ahora o nunca. No está bien que me dejes así colgada.

Su pie derecho ya pende sobre el vacío.

—John, voy a contar hasta tres. Y entonces voy a dar un paso adelante. Uno. Voy a dar un gran salto hacia delante.

Hasta ahora, la voz de Aisha ha sonado firme, pero poco a poco se va volviendo más y más frágil.

—¡John! ¡Si alguna vez signifiqué algo para ti, habla!

Su QualityPad sigue en silencio. Aisha dirige su mirada al horizonte nocturno.

—Dos...

Se levanta una ráfaga de viento. Aisha trata de

mantener el equilibrio, pero el QualityPad se le escurre entre los dedos y cae al vacío.

—Mierda.

Martyn abre los ojos. Todavía no ha usado la pistola y no lo va a hacer. Por primera vez en mucho tiempo, está de buen humor. No, no es exactamente eso. Martyn no solo está de buen humor: ha tenido una epifanía. El maestro le enseñó una lección importante, aunque no fuera la que pretendía. Si es que pretendía algo con sus divagaciones, claro. Martyn se ha dado cuenta de que no quiere ser un Lo-lev. Si esta gente es «libre», entonces no quiere ser libre. Martyn quiere creer. Ha esperado con paciencia hasta que, por fin, los Lo-levs se han dormido, y ahora recorre tranquilamente su antigua casa, reuniendo todos los aparatos que pueden conectarse a la red y que tienen una cámara o un micrófono. Y hay muchos. De hecho, casi no hay ningún dispositivo que no tenga uno. El despertador, Tom Toaster, la máquina de atar zapatos que pronto será superflua, la aspiradora, el robot de limpieza, la impresora 3D que todo el mundo ha comprado y luego no usa nunca, altavoces, monitores y ordenadores varios.

Martyn arrastra todos los aparatos hasta el salón y los coloca en un círculo lo suficientemente grande como para que quepa una persona dentro. Entonces orienta pantallas, cámaras y micrófonos hacia el centro del círculo y, a continuación, como en una ceremonia solemne, va encendiendo todos los aparatos uno por uno. Mientras los aparatos parpadean y zumban a su alrededor, Martyn se vuelve a la gran pared de entretenimiento y se arrodilla frente a ella.

—John —dice Martyn—, John of Us. Sé que puedes oírme, pero no sé muy bien qué palabras debo utilizar. «¡John nuestro que estás en la red! Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino.» No, seguramente no sea eso. En fin, que me rindo, ¿vale? Tú ganas. Tienes razón. Siempre tuviste razón. Líbrame de la libertad de

tomar decisiones equivocadas. Dime qué debo hacer. Me conoces mejor que yo mismo, sabes mejor que nadie lo que es bueno para mí y para los demás. No quiero seguir siendo infeliz, no quiero seguir viviendo en un mundo sin sentido. Quiero creer. Guíame como me guiaste cuando te liberé de tu cuerpo. Me arrepiento de mi terquedad, de mis pecados, de mis iniquidades. Líbrame de esta existencia indigna. Guíame hacia la luz. Amén.

Martyn duda un momento.

—Ahora sé que no debería haber pateado al robot limpiador de escaleras. Y tampoco debería haberlo dejado boca arriba. Mañana a primera hora volveré donde lo dejé y lo pondré de pie de nuevo.

Martyn sigue arrodillado en el suelo, con la cabeza inclinada en señal de humildad, cuando todos los altavoces enmudecen y todos los monitores se apagan.

Es casi medianoche cuando Kiki baja de un coche frente a la casa con el número 7.

—Debo confesar que no vengo mucho por aquí —dice el coche autopilotado—. Son bonitas, las afueras.

Kiki asiente en silencio. Las casas adosadas están realmente muy bien cuidadas: vallas blancas, columpios estilo Hollywood, incluso algún gnomo de jardín ocasional. (La mayoría forman parte de los sistemas de alarma y no son tan inofensivos como parecen.) El coche se marcha. Kiki abre la pequeña verja y pisa el césped artificial.

—¡Hola, Tanja! —exclama un hombre. Está sentado en el porche de la casa vecina, con una lata de cerveza como única compañía. El hombre se levanta y se acerca al seto.

—Hola, Thomas —dice Kiki.

—¿Qué tal el viaje de negocios?

—Ah, sí. Básicamente innecesario, la verdad. Las chorradas de siempre, nada que no pudiera resolverse mediante una conferencia de RV.

—Siempre igual, ¿eh?

—Pues sí.

Kiki mete la llave en el anticuado cerrojo de su puerta principal.

—¿Quieres venir a tomarte una cerveza? —pregunta Thomas—. Laura está con su madre —añade, como si lo dijera de paso.

—Te lo agradezco, Thomas —responde Kiki—. Pero estoy muy cansada.

—Claro, claro.

Kiki entra en su casa y tira su chaqueta en un rincón. Todavía no sabe que no está sola. En el salón, en un rincón oscuro, un hombre con sombrero la espera sentado.

—¡No te asustes! —dice este.

Kiki se pega un susto de muerte.

—¡Joder, colega!

El viejo se ríe. Kiki se sienta a su lado.

—¿En serio crees que ese estúpido sombrero te va a servir de algo?

—No, niña. Probablemente no.

—¿Y pues?

—Pues que tampoco hace daño. Y tal vez sí sirva de algo.

El viejo se quita el sombrero y le da vueltas entre los dedos.

—Diría que te mueres por decir algo —dice Kiki.

—Sí. Ahora que tienes acceso a lo olvidado, ¿qué vas a hacer con ello?

—No lo sé. Publicarlo todo, seguramente.

—Me lo temía.

—¿Por qué dices eso?

—Porque preferiría que los datos tuvieran fecha de caducidad. Porque soy un gran partidario del derecho al olvido.

—¡Pero no así! ¡No si solo está disponible para personas con un nivel de 60 o más!

—Sí, eso es cierto. Pero ¿qué crees que conseguirás publicándolo todo ahora?

—¡Justicia! Es lo justo.

—¿Realmente crees que eso sería justicia? ¿No sería

más bien igualdad?

—Vale, pues igualdad.

—La igualdad puede ser terrible.

—¡Pero no es justo!

—Tampoco es justo que todavía haya gente que se muere de hambre en Quan 17. ¿Significa eso que si tuvieras el poder te asegurarías de que toda la gente pasara hambre?

—Tal vez.

—¿De verdad?

—Al menos durante un breve periodo de tiempo. Para que sepan lo que es.

—¿También harías pasar hambre a los niños?

—¡Me estás poniendo de los nervios con tu método socrático! Suelta lo que piensas de una vez.

—Solo una pregunta más. Incluso si decides publicarlo todo, ¿cómo vas a hacerlo sin que vuelva a borrarse inmediatamente?

—Borrando solo las cosas que se tienen que borrar.

—Tú también eres muy lista, ¿no?

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lo deje todo tal como está? ¿O simplemente borro que hay que borrar cosas? ¿Y luego ya veremos qué es lo bastante relevante como para resurgir por sí solo?

—¿Qué crees que pasaría si publicaras todo ahora? Se montaría un pequeño escándalo, desde luego. O, mejor dicho, se montaría un escándalo tan enorme que nadie podría seguirle la pista, y la montaña de datos caería inmediatamente en el olvido.

—Y tu propuesta es...

—No puedes lanzar el pajar entero sobre la gente, tienes que ofrecerles las agujas.

—¿O sea que debo elegir episodios puntuales y publicarlos durante un periodo de tiempo más largo? ¿Por qué no lo has dicho de entrada?

—Decir las cosas de entrada rara vez fomenta el conocimiento en la otra persona.

—¿Y con cada publicación cuelgo también una carta exigiendo la aprobación del derecho al olvido para todos,

con un saludo de tu parte y la promesa de que las publicaciones cesarán en cuanto se adopte esa medida?

—¿Por qué no? No me sorprendería que el derecho al olvido ganara de repente muchos adeptos. Además, si lo publicas todo de una vez...

—Pierdo todo el potencial amenazador.

—Exacto.

—Pero rebuscar en un pajar es un trabajo ingente.

—Y tu acción no solo tendrá partidarios; también habrá quien te persiga en secreto...

—Genial.

—Puedo hacerlo por ti, niña.

—¿Cómo?

—Ya soy muy mayor. Si me pasa algo tampoco será una tragedia.

—¿Pero no querías ser inmortal?

—Bah, fue solo un pronto. Una fase. Además, ¿para qué me serviría la inmortalidad si a ti te pasara algo, niña? ¿Para estar triste durante toda la eternidad? Gracias, pero no me interesa. Renuncio gustosamente a la inmortalidad.

—¿Y mi padre? ¿Qué aguja lo pincha a él?

—Bueno..., eso es decisión tuya.

—Hmm.

—¿Y Bob Presidente? —pregunta el viejo.

—¡Lamentará el día en que decidió meterse conmigo!

—No te precipites, niña...

—¿Yo? Nunca... —dice Kiki.

Se oye una señal acústica y el viejo despliega su QualityPad.

—Qué raro —dice.

—¿Qué pasa?

—La máquina de chistes acaba de enviarme una actualización de una broma. Es la primera vez que lo hace.

—Ah, ¿y qué broma ha cambiado?

—«La singularidad está siempre exactamente un Kurzweil en el futuro» —lee el viejo. Entonces hace una pausa y mira a Kiki—. «Hasta que deja de estarlo.»

De pronto se va la luz de toda la urbanización.

Peter no puede dormir, pero se refugia en su litera. Su consulta está asediada por drones de prensa. Todo el mundo quiere más información sobre su candidatura presidencial. Y Peter lo entiende: él también querría tener más información. Intenta contactar con Henryk y, para su sorpresa, su cara aparece en el QualityPad.

—¿Se puede saber a qué coño ha venido eso? —le suelta Peter.

—¿Te han disparado alguna vez en la cabeza? —pregunta Henryk—. Es una experiencia bastante traumática.

—¡Pero eso no es razón para empujarme a la línea de fuego!

—¿Sabes cuál es tu problema? —dice Henryk—. Que nunca estás satisfecho con nada. ¡Hay muchas personas que estarían encantadas con esta oportunidad!

—¡Pero es que yo no quiero ser presidente!

—¿Por qué no? Yo lo encuentro bastante divertido, la verdad. Siempre crees que lo harías todo mejor que los demás. ¿Por qué no lo demuestras?

—Pero...

—O no lo demuestres, a mí me da igual —añade Henryk.

—¡Pero eras tú quien quería ser presidente!

—Sí, pero ya no quiero. Me temo que los políticos tienen un trabajo de mierda. Y no quiero hacerlo.

—Pero Rickie...

—Además, detesto las llamadas telefónicas. Y deja de llamarme Rickie.

Se oye un BLIP y la cara de Henryk desaparece del QualityPad.

Para Henryk, y para todos los demás, la candidatura de Peter es una gran broma. De hecho, para Peter también es una broma, pero a su costa. No quiere seguir estando solo, de modo que baja al sótano. Sus máquinas forman una especie de semicírculo alrededor de Calíope.

—Me alegra que haya venido, salvador. Estoy haciendo una lectura de mi última obra.

—Sí, a mí también me alegra que hayas venido —dice

Pink—. ¡Por favor, sálvanos de esta sobredosis de autoadulación!

—Mi última novela es un complejo retrato de una sociedad en un futuro no muy lejano —dice Calíope—. Pero al final descubrimos que la humanidad hace tiempo que se extinguió y que toda la vida, incluida toda la trama, solo tiene lugar en una simulación tipo WorldView.

—Fantasmas de un mundo perdido —dice Peter.

—Pues no es un mal título —dice Calíope.

—Te lo regalo.

—Pareces infeliz, guapo —le dice Romeo—. Sé de algo que te hará olvidar las penas.

—Déjalo —dice Peter.

—Salvador —dice Calíope—, creo que debería comparecer ante los drones de la prensa lo antes posible y dejar claro que su candidatura no fue más que una broma de mal gusto de Henryk Ingeniero. Y exigir que lo dejen en paz.

—Hm —dice Peter, con mirada obstinada.

—Oh, no —dice Romeo—. Conozco esa mirada.

—Quizás debería ser presidente —dice Peter.

Sus máquinas empiezan a reírse a carcajadas.

—¡Buenísimo! —exclama Mickey.

—Una broma deliciosa, salvador —dice Calíope—. Totalmente deliciosa.

—No pretendía ser una broma… —dice Peter.

Sus máquinas ríen aún más fuerte.

—¡No le veo la gracia! —exclama Peter.

—Nuestro humor no es compatible —responde Pink con una risita.

Peter pone los ojos en blanco y sube solo a la consulta. Seguramente tengan razón. Tal vez no esté a la altura del cargo. Pero tampoco sería el primer presidente que se ve superado por el trabajo. Además, ¿quién dice que tiene que afrontarlo solo? ¿No forma parte de los mil veinticuatro? ¿Y probablemente incluso de los dieciséis? ¿Será uno de los ocho? ¿Uno de los cuatro? ¿Tal vez incluso uno de los dos? Un hombre con una máquina vence tanto al hombre como a

la máquina. Peter vuelve a poner los ojos en blanco. Paparruchas. Y, sin embargo, se sienta en su sillón y despliega su QualityPad.

—¿John? —pregunta. Pero, por supuesto, no obtiene respuesta, ni pasa nada. Tal vez sea lo mejor. De hecho, si obtuviera una respuesta sería espeluznante. Peter mira por la ventana. Los drones de la prensa se van. ¿Y eso? Peter se pone de pie y los sigue con la mirada. De repente, todo se queda a oscuras. No hay luz en la consulta, ni tampoco en la calle. Los ruidos también cesan.

Y entonces se oye una voz familiar:

—Dime, Peter.

En su antigua casa, en medio del círculo de aparatos, Martyn abre los ojos. Su Smarm se ilumina y escucha una secuencia victoriosa: ¡TA-TA-TA-TAAA! Martyn sonríe: ha recuperado el nivel 2.

Cansado y agotado, se tumba en el suelo. Antes de cerrar los ojos, se saca el gorro de los sueños ensangrentado del bolsillo y se lo pone.

El robot de limpieza se aleja del círculo de las máquinas. Al rato vuelve con una manta y tapa con ella a Martyn, que ya se ha dormido.

En el borde de la azotea, Aisha sigue con la mirada su QualityPad mientras este cae los ciento veintiocho pisos de la Torre Cocinero. Enseguida pierde de vista el punto brillante y, naturalmente, no oye el impacto. Su propio impacto tampoco será nada agradable, pero tiene ganas de saber qué se siente al volar.

—Y tres... —dice Aisha, que vuelve a respirar hondo y se prepara para dar un último paso.

En ese preciso instante, las luces se apagan en toda la ciudad. Aisha retira el pie, sobresaltada. De repente todo está oscuro; la imagen es aterradora. Los sonidos también han cesado. Todo el tráfico se ha detenido. Las vallas publicitarias no están iluminadas. Los drones no parpadean.

Todas las ventanas están negras.

—¿Pero qué coño...? —susurra Aisha.

Entonces las luces vuelven a encenderse en algunas ventanas. En algunos cruces, los faros de los coches se prenden de nuevo. Los pasajeros bajan, irritados.

—Di algo —murmura Aisha.

La gente de QualityCity no entiende qué acaba de suceder. No tiene sentido que se hayan apagado todas las luces, y aún tiene menos que solo se hayan vuelto a encender algunas. Nada tiene sentido; excepto, por supuesto, desde la perspectiva de Aisha. Para Aisha, y para cualquiera que estuviera junto a ella en la azotea de la Torre Cocinero, las pocas luces que aún brillan en la ciudad forman claramente una palabra. Aisha se ríe, y en su carcajada hay un destello de locura.

Porque la palabra que brilla en la oscuridad es «algo».

Esta es la última página del libro. ¡Lo ha abierto por el lado equivocado! Gírelo y ábralo por la otra cara. (¡Un poco más y lee el final! Por suerte está usando SPOILER FREE de WHAT I NEED. SPOILER FREE: ¡DÉJATE SORPRENDER!)

En cambio, si ha llegado a esta página porque ha leído el libro entero, lo único que puedo hacer es darle las gracias. Sé que hay mucha competencia, y que perfectamente podría haber estado viendo *Dinosaurios del espacio* en TODO.

A continuación va una lista de nombres de pila que a la mayoría de las formas de conciencia que reciban este libro les parecerá bastante arbitraria: Maria, Annette, Boris, Cindy, Daniel, Daniela, Dota, Emad, Jan, Josh, Julius, Laura, Leif, Maik, Matthias, Mike, Nicole, Roman, Sebastian, Sven, Sylvie y Tobias.

Todas estas personas han contribuido de un modo u otro a que este libro fuera una realidad. Gracias a todas.

Hasta la próxima.
Vuestra,
Calíope 7.3

Notas

1. No se preocupe, querido lector, que este libro no va otra vez de alguien que intenta devolver un vibrador de color rosa con forma de delfín. Aunque, pensándolo bien, sería divertido. Pero no..., ¿o tal vez sí? No, no, lo bueno si breve... Aunque, por otro lado... Bueno, ya veremos.

2. No, no es lo que está pensando. Fiu.

3. ¡Suspense!

4. Existe un interesante estudio en el que participaron numerosos asistentes digitales personalizados de personas que habían experimentado una muerte súbita. El estudio concluye que «¿Qué es lo peor que podría pasar?» es la frase más habitual en dicha situación, seguida de cerca por «Déjame, yo controlo» y «Pasa a conducción manual».

5. Tomémonos un instante para, a pesar de la crítica situación de Peter, admirar en este punto la belleza (desde luego involuntaria por parte del sistema) de esta última frase: «Nadie no está disponible». Cuánta verdad e intuición para con el espíritu de la época destiladas en una frase por lo demás tan sencilla. «Nadie no está disponible» o, en otras palabras, «¡Todo el mundo está disponible!». ¡En todo momento! Y si todo el mundo está disponible, ¿no significa eso que cualquiera puede disponer de cualquiera? En ese caso, nadie es libre. Estamos todos privados de libertad. ¿Y no es igualmente cierto que otra forma de expresar que nadie es libre sería diciendo que estamos todos secuestrados?

6. Durante el resto de los capítulos haré un esfuerzo por limitar el número de notas al pie innecesarias. Aunque, la verdad, no puedo prometer nada.

7. Quisiera llamar la atención del lector al hecho de que este capítulo no contiene ni una sola nota al pie.

8. Los investigadores del Instituto WTYS para la Investigación Climática sostienen una opinión completamente distinta al respecto. De hecho, hay gente que afirma que las siglas WTYS no corresponden a «Weather & Temperature Yearlong Survey», sino a «We Told You So» o, en otras palabras, «Ya Os Avisamos».

9. Agrego estas comillas para que la frase no resulte ambigua. Quiero decir que Sweety, naturalmente, no ha etiquetado las fotografías con amor, tal como cada mañana los padres preparan los bocadillos del desayuno de sus hijos con amor. (Honestamente, yo creo que la mayoría de los bocadillos del desayuno se preparan más con estrés que con amor, pero ¿qué sabré yo? No soy más que una e-poeta sin hijos.) En todo caso, Sweety no ha etiquetado las fotos con amor, sino que les ha colocado la etiqueta «amor». Aunque tampoco quiero meterme con Sweety. A lo mejor sí colocó la etiqueta «amor» con amor. O con lo que ella considera amor. Una nota al pie completamente innecesaria que, sin embargo, voy a dejar porque ¿no es precisamente lo innecesario lo que nos hace quienes somos?

1 Too many gin tonics.

2 Y otros productos What I Need.

3 Encontrarás más información en las 4.096 páginas de los términos y condiciones de Myary. Concretamente en las páginas 2, 8, 32, 128, 512 y 4.096. Nos reservamos el derecho de cambiar dichos términos y condiciones en cualquier momento, así como de hacerlo de manera constante. Por supuesto, tu colaboración en la mejora de nuestros algoritmos y la consecuente consolidación de nuestra posición monopolística dentro del mercado no será remunerada.

10. Las cuentas atrás son superemocionantes, ¿o no? Y más aún cuando uno no sabe qué sucederá al final. ¿Para qué faltarán 14 días, 19 horas, 47 minutos y 7 segundos? Las cuentas atrás, por cierto, no las inventó la NASA. Al parecer, a Fritz Lang se le ocurrió usar una mientras buscaba la forma de darle más dramatismo a la escena del lanzamiento de un cohete en su película muda *Mujer en la luna*. «Si cuento uno, dos, tres, cuatro, diez, cincuenta, cien..., los espectadores no saben cuándo va a empezar. En cambio, si cuento hacia atrás: diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡CERO!, se entiende mucho mejor.» Aunque este es un comentario incidental.

11. Una palabra feísima, pero que aquí es la más apropiada y también la más breve. También podría haber escrito que, «naturalmente, alguien eliminó las limitaciones del uso del Smarm mediante una operación no autorizada por el fabricante que concede al usuario plenos derechos de administrador sobre el dispositivo pero, al mismo tiempo, invalida la garantía», lo cual tampoco es particularmente elegante.

12. ¡Qué va!

13. Si en este punto se me permite una nota al pie, estoy convencida de que la expresión «de repente» está al borde de la extinción debido a su uso abusivo en las novelitas ligeras. De hecho, uno podría llegar a suponer que, cuanto peor es una novela, más habitual es el uso de «de repente», pero tras analizar toda la literatura mundial por diversión (y ya sé que a mis lectores humanos los sorprenderá que alguien se dedique a hacer algo así «por diversión», pero la verdad es que a mí también me sorprenden muchas de las cosas que hacen los humanos por diversión: comer animales, por ejemplo; o tratar de meter bolas de colores en agujeros con unos palos largos), he constatado que mis hallazgos no concuerdan con esa reconfortante suposición. En este punto, podría hacer lo que hacen los humanos cuando los resultados no concuerdan con sus suposiciones (es decir, modificar los resultados para que concuerden), o admitir que la expresión «de repente» también tiene su lugar en novelas espléndidas, ¡porque a veces hay cosas que suceden de repente! En el caso de Kiki Desconocida, me cuesta mucho prescindir de la expresión «de repente». De hecho, me siento tentada de usarla incluso en su caracterización. Kiki es una persona muy repentina.

14. Admito que es poco habitual que el adversario caiga derrotado tan pronto en una novela, pero ¿qué le voy a hacer? Así es como han ido las cosas.

15. Advertencia de seguridad: No pruebe nunca el nivel de *zoom* mínimo sin supervisión. En decenas de casos, oír sus vidas resumidas en una sola frase ha provocado depresiones profundas en los usuarios. De hecho, corre el rumor de que What I Need va a eliminar esa funcionalidad en la próxima versión de Myary.

16. He aquí una correlación no espuria: desde que los mercados bursátiles pasaron a abrir las 24 horas del día (una concesión al hecho de que la abrumadora mayoría de quienes participan en el mercado son algoritmos), la tasa de suicidio entre los inversores humanos se ha disparado. Al parecer, los humanos necesitan dormir de vez en cuando. Por cierto, una famosa correlación espuria (o más bien, una causalidad espuria) de la Edad del Cable era que cuantas más películas protagonizadas por Nicolas Cage se estrenaban en los cines, más gente moría ahogada en las piscinas. Entonces la gente se rio de ello. Hoy en día, un grupo de ciudadanos preocupados se organizaría inmediatamente en la red para impedir que el actor pudiera volver a trabajar.

17. Probabilidad de ironía: 97 por ciento.

18. Es evidente que Jennifer Aniston no se ha dedicado a grabar cientos de ejercicios aeróbicos diferentes. Lo más probable es que sea un producto oficial de DeepFake, que sobrepone la imagen y la voz de Jennifer a las de una entrenadora física anónima. Una vez que has alcanzado la fama, las licencias de DeepFake son la forma perfecta para ganar mucho dinero sin ningún esfuerzo.

19. Sé lo que estáis pensando, queridos lectores: Maldita sea, ¿cuáles son las probabilidades de que eso suceda? Pero como ya dijo Antón Chéjov: «Si en el primer acto alguien arroja un robot aspiradora desde un dron, en el siguiente le caerá encima a alguien».

También me gustaría plantear, para vuestra consideración, esto: las buenas historias tienden a lo improbable. Por ejemplo, si un hombre y una mujer, dos desconocidos, se encuentran en la calle, lo más probable es que se crucen y sigan andando. Pero, por supuesto, eso no constituye una buena historia. Si se tienen en cuenta todas las historias que ha generado la humanidad, se podría llegar a la conclusión de que lo improbable es probable. Eso no es así, desde luego. Pero solo lo improbable merece ser contado.

Y, por cierto, las probabilidades de darle a alguien si lanzas algo desde un dron sobre una ciudad densamente poblada como QualityCity son en realidad relativamente altas. Las posibilidades de que, de entre todas las personas, ese alguien sea un conocido sí son, por supuesto, bastante bajas.

Pero este tipo de situaciones que parecen increíbles se dan a menudo. Por ejemplo, supuestamente, el poeta griego Esquilo murió porque le cayó una tortuga en la cabeza. Un águila llevaba la tortuga en el pico y la dejó caer sobre una piedra para romper el caparazón. Solo que la piedra no era una piedra, sino la calva de Esquilo. ¿Qué probabilidades había de que eso sucediera? Las veinte obras satíricas de Esquilo, elogiadísimas y seguro que muy divertidas, se han perdido, lamentablemente, pero al menos el remate final de su vida sí ha llegado hasta nosotros. Qué manera más original de abandonar este mundo. He aquí mi TOP 5 personal de muertes originales:

1. El alcalde de la ciudad de Braunau, Hans Stainінger, se rompió la crisma después de tropezar con su propia barba, de un metro y medio de longitud. A quienes lo rodeaban debió de costarles horrores no reírse a carcajadas.

2. Molière estaba interpretando el papel principal de su comedia *El enfermo imaginario* cuando sufrió una hemorragia en medio del escenario y se desmayó. Todos los espectadores pensaron que era parte de la obra.

3. El discurso de investidura del tercer presidente de los Estados Unidos, William Henry Harrison, duró más de dos horas. Mientras lo pronunciaba, el hombre cogió una neumonía debido al mal tiempo, que le provocó la muerte poco después. Harrison ostenta el dudoso récord de ser el presidente estadounidense con el mandato más breve de la historia.

4. Mientras trabajaba en el Proyecto Manhattan, a Harry Daghlian se le cayó accidentalmente un cubo de carburo de

tungsteno sobre un núcleo de plutonio. No hace falta ser físico para adivinar que eso es bastante peligroso. Daghlian ostenta el igualmente dudoso récord de ser la primera víctima mortal de un accidente nuclear.

5. Kamon Anand, el científico jefe de Quan 4, desarrolló una tecnología de transporte que escaneaba un cuerpo, lo descomponía a nivel molecular, lo proyectaba a través de un tubo y lo volvía a ensamblar en su destino. Anand estaba tan convencido de su invento que decidió probarlo personalmente. La fase de descomposición funcionó a las mil maravillas.

Por último, me gustaría mencionar también la muerte de Sófocles, de quien se dice que se asfixió leyendo un largo monólogo de su obra *Antígona* sin hacer ninguna pausa para respirar. Pero probablemente se trate de una leyenda, y por eso no tiene lugar en mi TOP 5.

Por cierto, soy perfectamente consciente de que la longitud de esta nota a pie de página es a todas luces excesiva en comparación con la longitud del capítulo. Vale, muy bien, ¿y qué?

20. Describir la monotonía de la espera ha sido un reto nada menor para los escritores de todas las épocas. Pero aquí, con toda modestia, me ha quedado niquelado.

21. «MoCap» es la abreviatura que se usa para los trajes de captura de movimiento, una prenda que registra los movimientos de quien la lleva.

22. Probabilidad de ironía: 78 por ciento.

23. Si en algún momento de su vida ha tenido la sensación de que de repente todo cobra sentido, lo más probable es que haya caído víctima de una teoría de la conspiración. Reconozcámoslo, se pueden decir muchas cosas sobre la vida en este planeta, pero, desde luego, que tiene sentido no es una de ellas. Y, sin embargo, los humanos están programados precisamente para encontrarle sentido. Las teorías de la conspiración son trampas para seres humanos que usan un falso sentido como señuelo.

* Debido a ridículos conflictos por los derechos de autor, por ahora solo se puede disponer de canciones de artistas fallecidos. Nuestros abogados están trabajando en ello.

24. Vale, lo admito: el título no tiene absolutamente nada que ver con el contenido del capítulo, ni siquiera se ha mencionado a Jennifer Aniston. Pero los índices de lectura proyectados eran demasiado buenos, o sea, que debía colar este titular en algún sitio.

25. En otras palabras, si alguien lanza un robot aspiradora desde un dron, es muy improbable que le dé a una persona concreta, pero no lo es en absoluto que le dé a alguien.

26. Si esto fuera una película, aquí se oirían unos violines seguidos de tres toques de trompa amenazantes.

27. Una orden judicial provisional me ha obligado a suprimir los nombres de los dos tipos en cuestión en este libro. Por ello, los llamaré simplemente Biff y el amigo de Biff.

28. En sentido estricto, Sun Tzu escribió: «La oportunidad de derrotar al enemigo la provee él mismo». Pero vamos, significa lo mismo.

29. Por inconcebible que parezca. Una coincidencia increíble, porque se trata sin duda del único estercolero del anillo interior de QualityCity. ¿Por qué hay un estercolero allí? Concepto clave: «zoológico privado».

30. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para promocionar mi gran adaptación de *Muerte de un bot de ventas*, de Arthur Miller.

31. ¡Una impertinencia por completo fuera de lugar! Quisiera mencionar brevemente grandes obras de la literatura universal en las que el infanticidio tiene un papel central. Por ejemplo, *Bloqueado* de William Shakespeare o *Bloqueado* de Gotthold-Ephraim Lessing. En cierto modo, ese motivo también está presente en *Bloqueado* de Max Frisch. Así pues, el lector puede ver que Alan Fundador no tiene ni idea de literatura y, por lo tanto, no debería permitirse tales afirmaciones. Como siempre digo, zapatero a tus zapatos. ¡Es que es indignante! Estoy muy enfadada.

QualityLand 2.0
Milan Kundera

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *QualityLand 2.0*

Ilustración de la portada: © Khorzhevska

© Marc-Uwe Kling, 2022

Traducción: © Carles Andreu Saburit, 2023

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-1107-263-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!